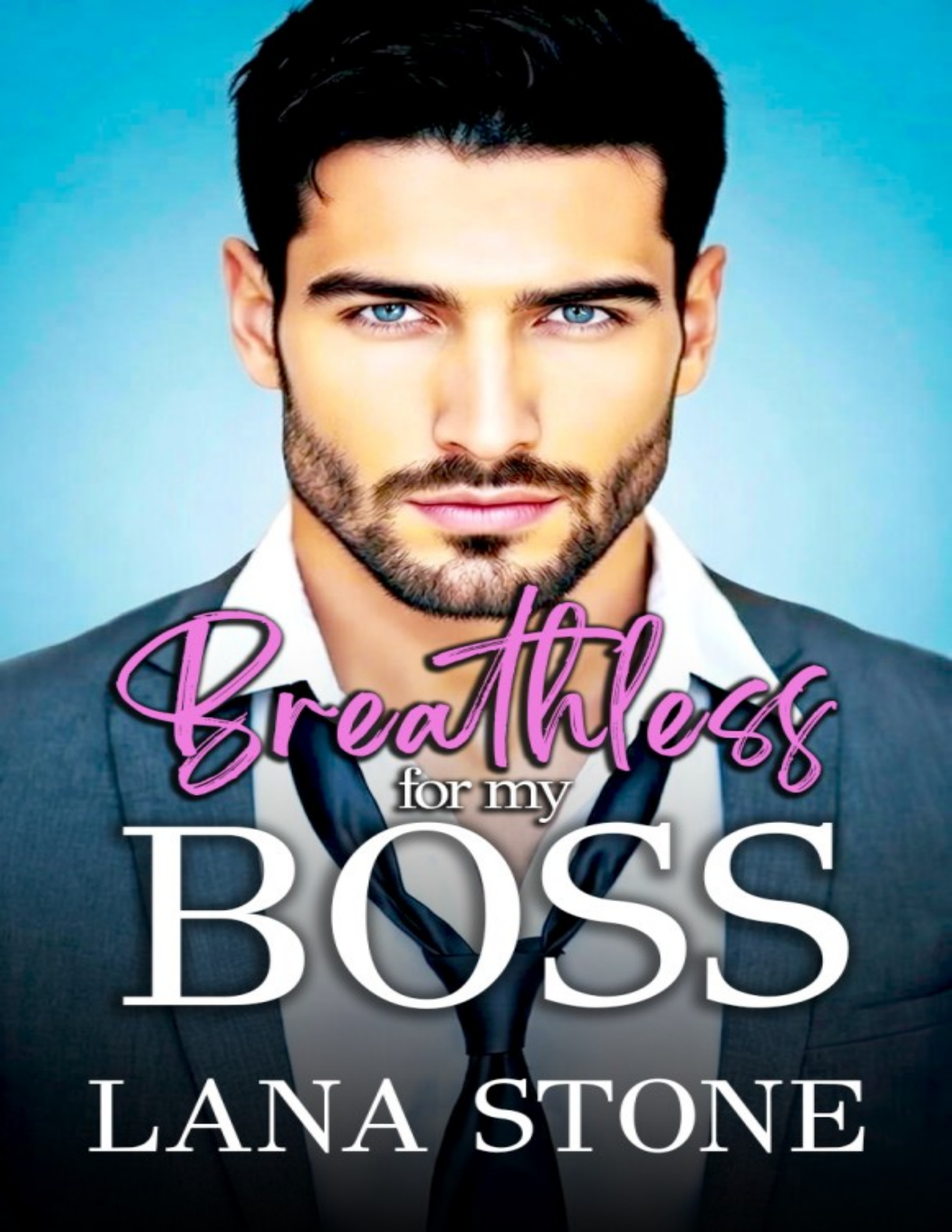

Breathless
for my
BOSS
LANA STONE

Breathless for my Boss

Multimillonarios de Nueva York 17

Lana Stone

Copyright © 2026 de Lana Stone
3833 POWERLINE ROAD
Suite101
FORT LAUDERDALE, FL 33309 EE. UU.

Lana en la red:

www.instagram.com/lana.stone.autorin/

Para ser lector de prueba, participar en sorteos y recibir información sobre novedades, apúntate ahora a mi boletín gratuito, Lanas Lieblinge, en: https://www.lana-stone.de

Contenidos

Dedicatoria
¿Se está quemando la tarta?
¿Necesitas ayuda para ser espontáneo?
Hubo una emergencia de Bourbon.
Como una cebolla. O como un tiramisú.
Hasta el próximo cierre trimestral.
Fue un asunto. No un asunto-asunto.
He puesto masa madre a fermentar en tu guantera.
Sabía que volverías.
¿Habéis robado Bourbon en mi boda?
El miedo no entiende de racionalidad.
Es como Hacienda.
Frank Sinatra. Sloppy Joes. Gemelo.
¿Haces alguna vez algo impulsivo?
No eres un accesorio.
Preferiría bañarme en ácido de batería.

Más vale que Dios no vea lo que te estoy haciendo.
¿Quieres llamar a la policía de la piscina?
Si pretendes castigarme, lo estás haciendo mal.
Formularios, burocracia, el salvoconducto A38.
Esa mirada de «sé que te pongo nerviosa y me gusta».
No me resisto al impulso, me resisto a las probabilidades.
¿Lista?
Las reglas son más divertidas cuando se rompen a propósito.
Eso no es un producto de limpieza. Es aliño para la ensalada.
Eres la primera persona que se merece un porqué.
Me estás confundiendo con Karl Marx.
Suenas como mi terapeuta.
Lo haces mejor que cualquier saco de patatas.
Un caso para urgencias estéticas.
¿Estás dispuesta a afrontar las consecuencias?
Al menos a nivel de Voldemort.
Aquí tienes toda mi existencia. No la derrames.
Nada que valga la pena es sencillo.
Doce.
Deberías ignorar mis palabras. A la mayoría de la gente le funciona.
Un desodorante de váter en un mundo lleno de diamantes.
Prefiero juzgar desde una distancia prudencial.
Te mereces algo mejor que a Elvis.
No es caerse si aterrizas de pie.
¿Por qué tengo la sensación de que solo puedo responder mal a esta pregunta?
Agradecimientos

Como siempre, dedico este libro al amor de mi vida.

***

¿Se quema la tarta?

Capítulo 1 – Parsley

BROOKLYN BOTANIC GARDEN, NUEVA York, verano, actualidad.

Me permití un momento para apartar la vista de mi carpeta y admirar la decoración del Jardín Botánico de Brooklyn que tenía ante mí. Todo lucía exactamente como lo había planeado, incluso mejor. Las flores, la música, la coordinación de cada detalle.

Daba la impresión de que el parque acababa de ser extraído de una novela romántica de la Regencia. En el centro de todo, literalmente radiante, estaba Juniper, a quien conocía desde la universidad, cuando todavía usaba sudaderas con capucha y manoplas integradas. Hoy lucía un recogido perfecto y un vestido de seda de ensueño, con toneladas de tul y unas diez mil lentejuelas cosidas a mano que parecían cobrar vida propia cuando giraba bajo las luces. A su lado, su flamante marido, de mandíbula angulosa y la serenidad propia de quien viene de buena familia, no podía dejar de lanzarle

miradas furtivas a su esposa. Casi como si temiera que pudiera desaparecer si apartaba la vista demasiado tiempo.

¿Quién habría imaginado que mi obsesión por los cronogramas por colores y las listas de proveedores revisadas por triplicado daría como resultado algo tan hermoso?

Enderecé una servilleta que ya estaba perfectamente alineada en una mesa cercana y sonreí para mis adentros. Esta no era una boda cualquiera de las que yo organizaba; era la boda de Juniper. Mi regalo para una amiga especial. Era su día perfecto y me sentía algo orgullosa de haber contribuido a que fuera inolvidable.

Y hablando del rey de Roma, o mejor dicho, de la feliz novia…

En cuanto Juniper me localizó con la mirada, vino corriendo hacia mí con los ojos como platos.

—Tú. Juniper respiró hondo y noté una fina película de sudor en su sien—. Parsley, tienes que venir conmigo ahora mismo.

—¿Se está quemando la tarta? —pregunté, porque no terminaba de descifrar su expresión.

Soltó una carcajada. —No, loca. Todo está perfecto. Tú ven conmigo.

Me dejé arrastrar por el césped recién cortado, pasando junto a las sillas de madera blanca con lazos de satén lavanda que estaban frente a la zona de la ceremonia, ahora vacía. Logré esquivar por los pelos una bomba de confeti de pétalos que lanzaron unos niños antes de llegar a los grandes arcos florales con peonías y rosas donde la pareja había intercambiado sus votos.

Una vez allí, Juniper se dio la vuelta y me agarró de los hombros con tanta fuerza que hasta me dolió un poco.

—¡Mira esto, Parsley! —Juniper soltó mis hombros y señaló la escena con un gesto grandilocuente. Seguí la dirección de sus manos hacia la concurrida pista de baile, enmarcada por arces sacarinos y cerezos llorones, entre cuyas ramas se entrelazaban guirnaldas de luces y farolillos. Al borde de la pista, un cuarteto de cuerda interpretaba clásicos y medleys de pop de forma tan fluida que apenas se notó cuando *All of Me* se transformó en una versión del *Bridgerton Waltz*.

Un poco más allá estaban las mesas del banquete, impecablemente puestas con cristal y plata, velas y preciosos centros florales, donde todavía quedaban algunos invitados comiendo postre o tarta nupcial.

—Tú has hecho esto —susurró Juniper con reverencia, volviéndose hacia mí y dándome un pequeño sacudón para recalcarlo—. ¡Incluso las peonías!

—Claro, si era lo que querías —respondí sonriendo. No mencioné que le había sacado las rosas a un florista de Jersey al que ahora le debía una buena docena de favores. Conseguir peonías en la costa este, y encima a finales de verano, era casi un milagro.

—Eres la mejor. Juniper me abrazó y yo le devolví el gesto como buenamente me permitió su vestido de novia.

—Solo hago mi trabajo —respondí sonriendo. Juniper se apartó, manteniéndome a la distancia de sus brazos, con los ojos brillando de felicidad. —¿Trabajo? Parsley, esto no es un trabajo. Es magia. Todo es absolutamente perfecto. Ni yo misma lo habría soñado mejor.

Sentí que las mejillas se me calentaban ante su elogio. —Bueno, cuando trabajas para amigos en lugar de para clientes, la diferencia es enorme.

—No. —Juniper sacudió la cabeza con determinación—. Esto no es tu trabajo, Parsley. Es tu vocación. Tienes un don para crear

momentos que la gente recordará para siempre. —Sus palabras me llegaron al alma. Parpadeé rápido para contener unas lágrimas inesperadas.

—Gracias por dejarme hacer esto por ti.

—Gracias a ti por hacer que nuestro día sea perfecto —respondió Juniper abrazándome una vez más—. Pero ahora tenemos que irnos para pillar un avión. —Observé cómo se dirigía a la limusina que la esperaba, donde Dominic ya aguardaba, mientras los pétalos llovían sobre ellos lanzados por los invitados.

Juniper se giró una última vez para despedirse con la mano antes de desaparecer en el coche.

Con los novios ya fuera de escena, me encontré de repente sin tarea. El personal se encargaría del resto de la velada y de la limpieza al día siguiente. Me acerqué a una de las barras más pequeñas instaladas al borde del jardín, lejos de la celebración principal. Estaba vacía y el camarero parecía aburrido mientras pulía copas.

—Un ginger ale, por favor —dije, dejando mi carpeta sobre la barra con un golpe seco y satisfactorio.

Había quien me llamaba loca por pensar así, pero para mí la mejor parte de una boda es cuando ya ha terminado. Los votos intercambiados, las fotos hechas y la tarta a medio comer; es entonces cuando todo el mundo se relaja por fin. Solo quedaba la hora dorada, un mar de parientes algo achispados y el suave tintineo de las copas de champán, mientras una suave brisa de final de verano soplaba trayendo consigo el aroma a césped recién cortado y rosas.

El camarero me sirvió un vaso grande, con mucho hielo y una rodaja de limón perfecta haciendo equilibrio en el borde.

—Aquí tiene —dijo el camarero, deslizándome el vaso por la barra.

Le di un sorbo y dejé que el gas frío me recorriera el cuerpo. Lo más probable es que cogiera el próximo taxi, me fuera a casa y me desplomara en la cama agotada pero satisfecha. O quizá me quedara un momento más fingiendo que este era el tipo de bodas que organizaba siempre. De esas en las que había mucho amor, que trataban sobre amigos y familia y no sobre el prestigio o la riqueza, como solía pasar cuando tenía que organizar bodas para Elysium Weddings.

—¿Ginger ale? —preguntó una voz a mi izquierda, profunda y divertida—. Eso parece trágicamente aburrido.

Me giré y ahí fue cuando la noche se salió del guion.

Al lado mío se encontraba de repente un hombre que se apoyó en la barra y le hizo una seña al camarero. Se me cortó un poco la respiración al observarlo. Era alto, con el pelo rubio ceniza revuelto y unos ojos oscuros que albergaban un destello de picardía. A diferencia de los demás invitados masculinos con su vestimenta formal, él llevaba todo lo contrario. Una camisa blanca con los botones superiores abiertos y una chaqueta de cuero que gritaba tanto *rebelde con causa* que casi me puse a buscar una moto entre las furgonetas del catering. La combinación debería haber desentonado en esta boda, donde todos iban vestidos como en un editorial de Vogue de *maximalismo floral*. Él, en cambio, parecía recién salido de un bar clandestino del Soho. Pero, de alguna manera, ese estilo le quedaba perfecto.

De pronto fui consciente del estado arrugado de mi propio vestido, del pelo pegado a las orejas por el sudor y de la tirita en el pulgar, donde había perdido una batalla épica contra un ramo de rosas rebelde.

—Que sean dos bourbon —le dijo al camarero—. Del bueno. Ese que escondes debajo de la barra para ti. —El camarero enarcó una ceja,

pero accedió a la petición, sacó una botella de abajo y sirvió dos generosas copas.

—Yo no he pedido bourbon —dije cuando me acercó una de ellas.

—Me lo agradecerás —dijo con una sonrisa, y sentí un cosquilleo en el estómago—. Por cierto, soy Tyler.

—Parsley —respondí, cogiendo la copa con vacilación.

El líquido ambarino atrapó la luz mientras lo hacía girar.

—Un nombre inusual —comentó Tyler, dándole un sorbo a su copa.

—¿Qué quieres que te diga? Mi madre tuvo una fase jardinera bastante intensa —respondí encogiéndome de hombros.

—Déjame adivinar, ¿tus hermanos se llaman Sage y Basil? —Tyler lo dijo tan serio que casi me atraganto de la risa.

No era raro que mi nombre causara sorpresa, pero nadie había respondido nunca como acababa de hacerlo Tyler.

—No, soy hija única —repliqué—. Y mi nombre es probablemente la única decisión no conservadora que han tomado mis padres en toda su vida.

—¿Por eso lo de esa *copa de niña buena*? Déjame adivinar, ¿eres la amiga sensata que tiene que mantener la cabeza fría mientras sus amigos se pillan el punto?

—No, no tengo que vigilar a mis amigos. —Me reí, un poco demasiado alto—. Además, no se trata de sensatez, sino de dignidad.

—El bourbon también se puede beber con dignidad —respondió Tyler, bebiendo un sorbo demostrativo.

Fingí estudiar la rodaja de limón para no tener que sostenerle la mirada. Que Tyler me calara así me hacía sentir insegura.

—¿Por eso has venido a esta barra vacía? ¿Para beber bourbon con dignidad? —pregunté para desviar el tema.

Tyler se encogió de hombros. —No me gustan las bodas. Solo he venido porque le debo a Dom más de un favor. Así que era obligatorio dejarme ver un momento y desaparecer justo después de la tarta.

—Eso es criminalmente antisocial —dije.

—Culpable de todos los cargos —dijo, haciendo una pequeña inclinación—, pero ya sabes cómo va esto de las amistades de la universidad. Una vez Sigma Dominus, siempre Sigma Dominus. —Me mostró un sello en su dedo con el símbolo de una fraternidad. Por la mirada de Tyler, pude intuir que esa amistad era muy profunda. Mucho más de lo que quería demostrarme.

—¿Y tú qué? Pareces tener el problema opuesto, como una especie de *superheroína social*.

Lo miré inquisitiva. —¿A qué te refieres?

Me examinó de una forma que resultaba a la vez elogiosa y nada amenazante. —Tienes la actitud. Esa forma de escanear a la multitud una y otra vez, como si estuvieras asegurándote de que nadie se atragante con una cola de gamba.

Me puse una mano en el pecho fingiéndome ofendida. —Evitar que la gente se atragante con colas de gamba forma parte de mis competencias principales.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no te he visto antes en ninguna de las reuniones sociales habituales donde la gente pasea sus esmóquines carísimos? Me acordaría de ti. —El sutil cumplido hizo que mis

mejillas se calentaran de nuevo. Le di un sorbo al bourbon; quemaba de forma agradable al bajar y me calentó por dentro.

—Normalmente no soy una invitada en este tipo de eventos —respondí. Como organizadora de bodas, solía ser invisible para la alta sociedad, igual que los fotógrafos y los camareros—. Estrictamente hablando, esta es una de las pocas bodas en las que también soy invitada. ¿Y tú qué?

Tyler sonrió. —Normalmente huyo de las bodas como el diablo de la cruz.

—Es una afirmación bastante contundente. ¿Y si algún día quieres casarte tú? —pregunté.

—Dios me libre —replicó Tyler sonriendo—. Nadie necesita vínculos sociales. Ni vínculos de ningún tipo.

—¿No es eso algo solitario? —pregunté antes de poderme frenar.

—No, en absoluto. —Tyler dejó su copa—. ¿Y qué haces en las bodas en las que no eres solo una invitada?

—Las organizo —respondí, intentando no preguntarme si Tyler había cambiado de tema a propósito o si de verdad le gustaba estar solo.

Tyler enarcó una ceja. —Lo dices con mucha naturalidad, pero se nota que tu trabajo de verdad significa algo para ti.

Me quedé mirando las nubes oscuras que se desplazaban lentamente por el cielo de la ciudad.

—Es complicado —admití—. Me encantan las bodas. Me encanta el momento en que todo el mundo deja de fingir y simplemente… celebra. Pero la mayor parte del tiempo mi trabajo consiste en elegir lo más caro de lo más caro y escenificarlo todo de cara a los medios. Apenas queda sitio para lo que de verdad importa.

Tyler emitió un gruñido pensativo. —Tienes tu propia empresa, ¿no?

Casi me atraganto con el borbón. —Cielo santo, no. Trabajo para una agencia. Una agencia muy prestigiosa. Prestigiosa significa excesivamente cara y dirigida por una sociópata que considera que la crema de mantequilla es vulgar.

Él se rió. —Déjame adivinar. ¿Solo viste de colores neutros, tiene un perfume característico y este año ha destruido al menos a tres becarias?

—Eres bueno —dije, sin poder ocultar la admiración en mi voz—. Arabella, mi jefa, hace que Miranda Priestly, ya sabes, la de *El diablo viste de Prada*, parezca una aprendiz de monja.

—¿Por qué te quedas si lo odias? —Se apoyó con el codo en la barra, resultando increíblemente atractivo. Era una distracción constante.

—Porque en una semana estaría en la calle —dije—. Y además, Arabella tiene bajo su control a todos los caterings y floristerías relevantes. —Me encogí de hombros, sintiéndome repentinamente cohibida—. Está bien. A veces puedo ser creativa.

—¿Como hoy? —preguntó Tyler, recorriendo brevemente el evento con la mirada antes de volver a centrarse en mí.

Negué con la cabeza. —No, esto lo he hecho de forma independiente a Elysium Weddings. En privado. Ha sido mi regalo de bodas para Juniper.

Tyler se acercó más a mí. El aroma de su perfume, amaderado y caro, hacía que me costara concentrarme.

—¿Y tú? —pregunté, desesperada por desviar la atención de mí otra vez—. ¿A qué te dedicas cuando no estás asistiendo a bodas con ropa inapropiada?

Tyler sonrió, sin el menor rastro de ofensa. —Estoy en el sector inmobiliario. Y si alguna vez tuviera que planear una boda —cosa que espero poder evitar, porque preferiría tirarme desnudo a ese estanque de carpas koi—, querría que tú fueras la responsable de llevar a cabo el evento.

—Muy bien, para ese caso sumamente improbable, sería un honor ser tu responsable. Pero debo advertirte: a la mayoría de la gente mi atención al detalle le resulta irritante —admití—. Soy un poco intensa con la planificación. —Señalé mi carpeta.

—A mí me parece encantador —replicó Tyler, mientras sus dedos rozaban los míos al alcanzar la botella de bourbon para rellenar nuestras copas. El breve contacto envió un impulso eléctrico por mi brazo. Fui muy consciente de lo diferentes que éramos. Mientras yo vivía pegada a mi agenda y revisaba cada detalle tres veces, Tyler irradiaba una especie de confianza relajada que sugería que rara vez se preocupaba por nada. Su chaqueta de cuero estaba desgastada justo por los sitios adecuados y su pelo parecía artísticamente despeinado, como si acababa de pasarse la mano por él sin miramientos. No me lo imaginaba creando tablas con códigos de colores o confirmando citas tres veces.

—¿Y qué hay de ti, Tyler? ¿Qué haces en realidad, aparte de lo inmobiliario y los molestos compromisos nupciales?

Me dedicó una sonrisa desarmante que hizo que mis piernas se volvieran tan flojas que casi me resbalo del taburete. —La mayor parte del tiempo intento no aburrirme. Compro edificios, los renuevo y los alquilo. A veces molesto a los vecinos solo por ver qué pasa. La vida es demasiado corta para tomárselo todo en serio.

Sacudí la cabeza divertida. —Pareces el villano de una película de sobremesa.

Él me guiñó un ojo. —Puedo vivir con eso.

Sentí que el calor me subía a las mejillas, y no tenía nada que ver con el borbón. Había algo tan directo en su forma de mirarme, como si fuera la única persona allí.

Una oleada de risas rompió el momento, causada por un grupo de tíos jóvenes y algo bebidos que asaltaron la barra exigiendo espresso martinis.

Y entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo allí. Con este tío increíblemente atractivo que estaba muy, pero que muy por encima de mis posibilidades.

—Tienes razón —dije—, esta copa me ha sentado bien. Gracias. — Dejé el vaso y sentí que las mejillas me ardían. Justo cuando iba a decir que era hora de marcharme, Tyler sonrió de lado.

—¿Ves? Estoy lleno de buenas ideas. ¿Quieres oír otra?

Hice un gesto generoso. —Desde luego.

—Sabes, Parsley, normalmente no hago esto. Lo de… quedarme en un evento más tiempo del necesario.

Enarqué una ceja. —¿Esa es tu buena idea? ¿Decirme que estás a punto de hacerme un *ghosting*?

Se rió y sacudió la cabeza. —No. Lo que digo es que me apetece seguir hablando contigo.

La sinceridad de sus palabras me cerró la garganta. Para alguien que solía ser tan comedida, de repente me faltaban las palabras.

Tyler echó un vistazo a los tipos de los espresso martinis. Luego cogió la botella de bourbon de la barra sin esperar la reacción del camarero.

Me miró y me tendió la mano. —¿Quieres salir de aquí? ¿Ir a algún sitio más tranquilo?

Dudé, mientras la parte antigua y responsable de mi cerebro me gritaba que no fuera esa chica que se va con un tipo de pelo bonito y chaqueta de motero. Pero por esta vez, quería ser impulsiva.

Miré su mano. —¿A dónde vamos?

Sonrió, de forma amplia y peligrosa. —¿Acaso importa?

Tragué saliva, con el corazón martilleándome. Y entonces, le cogí la mano.

¿Necesitas ayuda para ser espontánea?

Capítulo 2 – Parsley

BROOKLYN BOTANIC GARDEN, NUEVA York, un momento después.

Nos alejamos de la barra, cruzando el césped que se sentía blando bajo mis tacones. Los farolillos sobre la hierba arrojaban un brillo dorado sobre todo, y tuve la sensación de que despertaría de una secuencia onírica en cualquier momento. Tyler no me soltó la mano. Al contrario, parecía aprovechar cada oportunidad para apretarla con más fuerza.

—A ver —empecé—, ¿con qué frecuencia sueles secuestrar a mujeres en las bodas?

—En realidad, nunca. —Los ojos de Tyler se encontraron con los míos, oscuros y divertidos bajo la luz mortecina—. Pero secuestro el bourbon con regularidad. —Agitó el líquido color ámbar—. Es la única forma de sobrevivir a eventos como este.

Le devolví la mirada, sintiéndome más audaz de lo habitual. —Entonces, ¿solo soy un daño colateral en tu robo de bourbon?

Se detuvo, se giró hacia mí y sonrió de oreja a oreja. —Eres un daño colateral con valor añadido.

Solté una risita, porque hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajada. No sabía si era por Tyler o por el bourbon, o por ambas cosas.

Tyler tomó un sorbo de la botella de bourbon y luego me la tendió.

Sus dedos rozaron los míos al aceptar la botella, enviando chispas por mi brazo. Vacilé, pero luego tomé un pequeño trago. El líquido me calentó la garganta y relajó algo que estaba tenso en mi pecho. No estaba acostumbrada a beber directo de la botella ni a seguir a hombres desconocidos en la oscuridad, pero algo en Tyler me hacía cruzar mis límites cuidadosamente trazados.

—¿No vas a preguntarme si suelo ligar con hombres en las bodas? —pregunté devolviéndole la botella, mientras nuestros dedos volvían a rozarse.

Tyler sonrió, echó la cabeza hacia atrás, revelando la marcada línea de su cuello. —No hace falta que te lo pregunte. No eres de ese tipo.

—Ah, ¿no? —Bebí un sorbo que se me subió directo a la cabeza—. ¿Y cómo lo sabes? ¿Eres, por un casual, un gran psicoanalista?

Tyler se apoyó en un árbol, como si fuera a dar una conferencia. —Llevas horas en pie, has chantajeado a niños con tarta de boda y llevas un recogido que, después de un día de, ¿qué?, ¿quince horas?, sigue casi perfecto. Y las chicas como tú... —hizo un gesto con la botella—, las chicas que clasifican sus agendas por colores y revisan tres veces las listas de proveedores, no se lían con tipos con chaqueta de cuero que roban bourbon en las fiestas.

Me puse la mano libre en la cadera. —Parece que hayas escrito un estudio sobre el tema.

—Tengo talento para calar a la gente. —Me puso la botella de nuevo en la mano.

El calor me subió a las mejillas, pero intenté mantener la compostura. —Vaya, ¿de verdad me has calado? Lo próximo será decirme mi sabor de helado favorito y la temática de mi baile de graduación.

—¿Me equivoco? —Su sonrisa era suave, no burlona.

Suspiré y me encogí un poco de hombros. —No. Has dado de lleno en el clavo. Soy tan espontánea como el plazo de una declaración de la renta.

—¿Ves? —Asintió, con aspecto satisfecho—. Pero no te preocupes. Mi influencia surte efecto rápido.

—¿Ah, sí? —Solté una risita, un sonido que me sorprendió. Yo nunca me reía así—. ¿Me estás diciendo que eres una mala influencia, señor Chaqueta de Cuero?

—La peor —confirmó con solemnidad, pero sus ojos centelleaban—. Apuesto a que ahora mismo estás siendo impredecible por primera vez en tu aburrida y planificada vida.

Me habría gustado rebatirlo, pero tenía razón. —Vale, Sherlock, tienes razón. Pero tú tampoco eres precisamente lo que suelo dejar que se me acerque.

—Eso puedo cambiarlo. Bastante rápido, además. —Tyler dejó que su mirada recorriera mi rostro de forma pensativa—. ¿Necesitas clases particulares de espontaneidad, Parsley?

Iba a protestar, pero en ese momento una ráfaga de viento recorrió el parque. Unos mechones de pelo me cayeron sobre la cara y, por instinto, quise apartarlos. Tyler fue más rápido.

Me sujetó la mejilla, su pulgar atrapó unos mechones rubios dorados y los colocó suavemente detrás de mi oreja. Al hacerlo, rozó mi piel con tanta ligereza que me sentí como un globo con demasiado helio: completamente por las nubes.

—No puedo permitir que mi pequeña Miss Perfecta vaya por ahí con un mechón suelto —dijo. Y como su dedo seguía posado en mi cara, nuestra distancia de repente era de exactamente cero centímetros.

Por un momento pensé que quizá me desmayaría, porque mi sistema circulatorio no estaba hecho para este tipo de cercanía. Mi piel hormigueaba en cada punto donde él me tocaba. Mi respiración se volvió superficial. Sabía que si decía una sola palabra, acabaría hiperventilando o simplemente colapsando por completo.

Tyler se inclinó muy cerca de mí. Su mirada viajó de mis ojos a mi boca y volvió de nuevo.

Su contacto dejó un rastro de calor en mi piel, y me sorprendí apoyándome sin querer en su mano.

—Tienes exactamente tres segundos para decir que no —dijo. Su voz era ronca, oscura e increíblemente atractiva.

Asentí, porque mi voz se había quedado atascada en algún lugar entre el diafragma y las cuerdas vocales.

Sonrió satisfecho, como si lo hubiera esperado.

—¿Es así como corrompes a todas las chicas buenas? —susurré, con la voz vergonzosamente entrecortada.

—Solo a las que quieren ser corrompidas en secreto. —Sus ojos se posaron en mis labios y todo en mi interior se volvió líquido.

Apenas podía tomar aire. Sentía la piel demasiado estrecha, demasiado sensible, como si todas las terminaciones nerviosas hubieran salido a la superficie. Su mano se deslizó hacia mi nuca, los dedos se entrelazaron en el pelo en la base de mi moño, y me estremecí, no de frío, sino por la tensión que se acumulaba entre nosotros.

Tyler se inclinó lentamente, dándome todas las oportunidades para retirarme. Pero yo no quería retirarme. Quería ver qué pasaba cuando la mujer con la agenda clasificada por colores besaba al hombre del bourbon robado.

Nuestros rostros estaban ahora a solo unos centímetros. Podía sentir su aliento, cálido contra mis labios, oliendo a bourbon y a posibilidades. Mis párpados se volvieron pesados y mis labios se abrieron en señal de espera. Cada célula de mi cuerpo parecía vibrar en una nueva frecuencia, sintonizada exactamente con él. Mis manos temblaban ligeramente mientras descansaban sobre su pecho, sintiendo el calor sólido a través de su camisa.

Justo cuando pensaba que Tyler me iba a besar, un rayo cruzó el cielo a lo lejos, seguido de un trueno sordo que vibró hasta en las yemas de mis dedos.

El estruendo del trueno lo tapó todo, incluso mi corazón, que ya latía demasiado fuerte y demasiado deprisa.

Entonces cayó la lluvia. No como un goteo suave, sino como una cortina pesada que empapó en un abrir y cerrar de ojos todo lo que no buscó refugio lo suficientemente rápido.

Tyler me arrastró bajo un árbol, pero eso no sirvió de casi nada.

—¡Vaya! —exclamé, quitándome el agua de la cara—. Nueva York no se anda con chiquitas cuando se trata de tormentas.

—La ciudad sabe cómo montar un espectáculo. —Tyler se pasó la mano por el pelo. A él le quedaba especialmente bien, mientras que mi peinado se estaba convirtiendo poco a poco en un biotopo.

—¿Quieres que te acompañe a tu coche? —preguntó Tyler—. Te llevaría yo a casa, pero he venido en moto y no creo que te interese dar un paseo ahora mismo.

—Ni aunque no estuviera diluviando —respondí, intentando gritar por encima del estrépito de la lluvia—. Mi coche está al otro lado del parque.

—Entonces deberíamos darnos prisa. —Tyler volvió a cogerme de la mano, como si eso fuera ya nuestro modo por defecto.

Corrimos bajo la lluvia, pasando por mesas que se volcaban y un cuarteto de cuerda que huía con sus instrumentos hacia el invernadero. Las guirnaldas se enredaban con las luces y los arreglos florales agachaban la cabeza. Por suerte, Juniper ya estaba de camino a su luna de miel y no tenía que ver cómo su boda se iba, literalmente, al traste.

El césped se había convertido mientras tanto en una mezcla de agua jabonosa y barro, y tras pocos pasos mis zapatos estaban completamente calados.

Para cuando llegamos al coche, estaba —y de verdad que de la cabeza a los pies— mojada. El vestido se me pegaba al cuerpo, mis zapatos estaban para tirar a la basura y de mi pelo prefería no hablar.

Abrí el coche con el mando a distancia, Tyler me abrió la puerta más cercana y me metí en el asiento trasero. Menos mal que había

alquilado un SUV para poder meter todas las decoraciones de la boda.

—Estás temblando —observó Tyler. Y tenía razón. Yo no estaba hecha para estar *calada hasta los huesos*. Ni para hombres que robaban bourbon en las bodas.

Tenía frío, pero me negaba a admitirlo. —Es solo la descarga de adrenalina después de un largo día de trabajo.

Tyler me miró, preocupado, con los ojos oscuros serios por primera vez. —Tienes que quitarte esa ropa. La tela mojada solo te enfriará más.

—¿Qué? No, no es necesario —protesté, rodeándome con los brazos —. Estoy bien, de verdad. Solo estoy un poco húmeda.

—Estás empapada hasta la médula. —Su voz era suave pero firme—. No estoy sugiriendo nada inapropiado. Pero tenemos que secarte. La hipotermia es un peligro real. —Algo en la expresión de Tyler me hizo detenerme un momento. Estaba tan serio que me pregunté si seguía hablando de mí o de algún recuerdo del pasado. Porque el Tyler que había conocido hasta hacía un momento parecía demasiado despreocupado, demasiado indiferente para un poco de lluvia. Pero antes de que pudiera seguir dándole vueltas, Tyler se inclinó hacia delante y encendió la calefacción.

—Parsley. No quieras discutir conmigo. —Un gruñido escapó de su garganta e iba a protestar, solo por ver a dónde conducía aquello. Pero otro fuerte escalofrío sacudió mi cuerpo y tuve que admitir que tenía razón. La fina tela de mi vestido se me pegaba como una segunda piel y se enfriaba por momentos.

—Está bien. Pero date la vuelta —le ordené. Mi voz temblaba ligeramente, en parte por el frío y en parte por los nervios.

Tyler se giró obediente hacia la ventanilla y me dio privacidad. Con dedos temblorosos, me despegué el vestido mojado del cuerpo. La tela hizo un ruido desagradable al separarse de mi piel. Me quedé solo en sujetador y bragas, ambos también empapados y poco aptos para mantener mi dignidad.

—Esto... ya está —dije, mientras otro escalofrío me recorría. Me pegué las rodillas al pecho para conservar el calor corporal.

Tyler se volvió, se le agrandaron los ojos un momento antes de quitarse rápidamente su chaqueta de cuero. La chaqueta había mantenido su camisa bastante seca debajo.

—Toma. —Me puso la chaqueta por los hombros. El cuero estaba caliente por su cuerpo y el interior olía a un perfume caro y a algo que era claramente Tyler. Algo entre menta y arrogancia.

—Gracias —murmuré, metiendo los brazos por las mangas. La chaqueta me quedaba extrañamente grande, las mangas colgaban más allá de las yemas de mis dedos, pero estaba caliente y seca.

—Sigues temblando. —La voz de Tyler se había vuelto más profunda, sus ojos más oscuros. Sin previo aviso, se acercó, me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él.

Su cuerpo era como un horno y desprendía calor. Me quedé rígida un momento, luego me derretí contra él; mi cabeza encontró el hueco perfecto entre su hombro y su pecho. Mi piel hormigueaba donde presionaba contra la suya, y eso no tenía nada que ver con la regulación de la temperatura.

—No te habría tomado por un caballero —dije en voz baja, con mis dedos jugueteando con la cremallera de su chaqueta.

El pecho de Tyler vibró con una risa contenida. —No soy en absoluto un caballero —respondió, mientras sus dedos trazaban patrones

perezosos en mi hombro—. Ni en sociedad, y mucho menos lejos de ella.

Se me cortó la respiración. —¿Qué significa eso exactamente? —La pregunta salió con más falta de aliento de lo previsto.

Tyler se quedó en silencio, sus dedos se detuvieron sobre mi piel. Luego apartó lenta y conscientemente los mechones de pelo mojados que se me pegaban a la cara y los colocó tras mi oreja, igual que en el parque.

—Las chicas como tú no deberían juntarse con hombres como yo —dijo, con su voz convertida en un rugido profundo que sentí más de lo que oí.

Levanté la cara para mirarlo. —Creo que puedo decidir por mí misma con quién me junto.

—Es cierto. —Su pulgar recorrió la línea de mi mandíbula—. Pero eso no lo convierte en una decisión sabia.

—Soy realista —dije, intentando sonar despreocupada a pesar de mi corazón desbocado—. Probablemente no nos volvamos a ver nunca después de esta noche.

La expresión de Tyler cambió, sus ojos se oscurecieron. —No te infravalores, Parsley. No eres la típica *chica de una noche*.

—¿Cómo sabes qué tipo de chica soy? —le pregunté desafiante, aunque mi estómago casi daba un vuelco por la intensidad de su mirada. Porque Tyler había dado en el clavo otra vez. No es que no fuera una *chica de una noche*, es que directamente no era una chica que supiera cómo funcionaban esas cosas. Nunca me habían besado de verdad y nunca un hombre me había visto en ropa interior.

Pero lo que sí sabía con certeza era que hombres como Tyler no sentían un verdadero interés por mujeres como yo. Él era seguro de

sí mismo, exitoso y el mundo caía rendido a sus pies. ¿Y yo? Yo apenas lograba apañármelas en la vida, más mal que bien.

—Eres preciosa —dijo él, y su voz se volvió aún más profunda—. Y lista. Su rostro se acercó al mío, nuestras narices casi llegaron a rozarse. —Y apuesto a que...

Los labios de Tyler rozaron los míos, con tanta suavidad que apenas podía considerarse un beso, solo una insinuación de caricia que hizo que la electricidad recorriera mi columna vertebral.

—Y además sabes a gloria —concluyó la frase, apartándose un poco para mirarme a los ojos—. Y me cuesta cada vez más contenerme.

Tragué saliva, sintiéndome de golpe muy consciente de mi inexperiencia. Jamás había pasado de cogerse de la mano con mis anteriores novios, los dos que tuve. A mis veinticuatro años, seguía siendo virgen. Una realidad que me avergonzaba admitir, sobre todo ante alguien como Tyler, que rezumaba seguridad sexual por cada poro.

Pero no quería que se detuviera. No cuando su contacto me hacía sentir cosas que jamás había sentido antes.

—Entonces no te contengas —susurré, mi voz tan baja que apenas la reconocí como propia.

Sonriendo, tiró suavemente de mi barbilla hasta que nuestras puntas de la nariz se tocaron. Vaciló un instante y entonces me besó. Con dulzura, pero con decisión, como si tuviera que poner a prueba cuánto podía arriesgar. Yo me entregué, porque hacer otra cosa habría sido una verdadera locura.

El beso se volvió más intenso, más exigente, esta vez con más lengua, y pude sentir cómo mi piel entera se erizaba, aunque no era precisamente por el frío.

La mano de Tyler se deslizó bajo la cazadora de cuero, recorrió mi espalda y llegó hasta el cierre del sujetador, que desabrochó con una destreza inquietante. Dejó que los tirantes resbalaran bajo la chaqueta sobre mis hombros y besó mi cuello, mientras yo intentaba asirme a algo que no fuera él mismo.

Tyler me subió a su regazo; tenía las piernas tan blandas como gelatina, y me di cuenta de que ya no temblaba: solo vibraba, electrizada por la expectación. Bajo mis yemas noté su cuerpo tenso bajo la camisa, sus manos aferrándose a mis caderas, como si necesitara contenerse para no ir demasiado lejos.

—Es absurdo cuánto te deseo, Parsley —murmuró antes de besarme de nuevo.

Me detuve un instante, preguntándome de pronto si sería capaz de gestionar todas estas emociones desconocidas. Nunca antes había estado en una situación así: en el asiento trasero de un SUV con un tío escandalosamente atractivo al que acababa de conocer media hora antes en un bar.

Pero me dejé llevar, porque sabía que de no hacerlo, lo lamentaría el resto de mi vida. A veces no queda más remedio que lanzarse a la piscina.

Deslicé mis manos bajo su camisa, noté el calor y la tensión de su piel, y me pareció de locos desear tanto que no se detuviera.

Me volvió a besar, y luego dijo: —Si quieres que pare, dímelo ahora. Después no puedo garantizar que pueda controlarme.

Negué con la cabeza, atrayéndolo aún más hacia mí. —No pares.

Una sonrisa tiró de la comisura izquierda de su boca, como si eso fuera exactamente lo que esperaba.

—Bien —dijo—. Porque quiero perder el control. Al menos un poco.

—Puedes perderlo del todo —respondí en voz baja. Tan bajo que casi pensé que Tyler no me habría oído. Pero él negó con la cabeza.

—No, pequeña señorita Perfecta, no quieres que te haga las cosas que quiero hacerte —susurró Tyler con tal tono seductor que me dejó sin aliento.

Sus manos estaban en todas partes. Primero en mis hombros, luego en mi espalda, después descendieron por mis costados, atrayéndome como si temiera que alguien pudiera arrancarme de sus brazos en cualquier momento. Me sentía electrizada, como un neón que ha estado parpadeando demasiado tiempo y finalmente explota.

Tyler me besaba con ansia y su lengua exploraba mi boca. Me dejé hundir un poco más sobre sus muslos, mis piernas tan blandas como un brioche, y me atrajo contra él hasta que podía sentir cada línea de su cuerpo a través de la camisa. La botella de bourbon rodó por el suelo del coche, pero ahora me importaba tanto como la próxima declaración de la renta.

Me quitó la chaqueta de los hombros, me besó en la base del cuello y tuve que cerrar los ojos para no gritar, porque sabía que lo haría si no lo hacía. No tenía ni idea de qué debía hacer, pero Tyler sí lo tenía muy claro.

Sus manos me acariciaban con tal lentitud que creí que me desintegraría. Besó primero mi hombro, después, con sumo cuidado, mi pecho, mientras sus manos recorrían mi cuerpo con tanta naturalidad que parecía que hubiera estudiado cada curva desde hace tiempo.

Ardía. No como después de un chile mexicano o una tormenta de verano, sino como si todo mi cuerpo hubiera olvidado cómo se siente estar *normal*. Mi piel quemaba, y al mismo tiempo sentía frío, porque cada centímetro que él no tocaba se llenaba inmediatamente de una especie de vacío helado.

Sus labios descendieron, investigando mi escote, hasta llegar a mis pechos. Me acarició y después lamió mis pezones. Fue tan tierno que, sin pensar, sujeté su cabeza. Gemí suavemente, esperando que el ruido de la lluvia sobre el techo disfrazara mi voz. Las ventanas eran tintadas y, con semejante temporal, no veía a nadie en el aparcamiento. Aun así, no quería tentar a la suerte.

Mi corazón retumbaba como una maza neumática. Quería demostrarle que no era tan tímida como sentía, así que tiré de él, lo besé con más fuerza aún y aferré mis dedos a su nuca.

—Quizá no seas la niña buena que yo creía —ronroneó Tyler contra mis labios.

—¿Por qué? —pregunté entre beso y beso.

Tyler sonrió. —Porque las niñas buenas no me besarían así.

Entonces me empujó suavemente hacia atrás en el asiento, dejándome tumbada de espaldas.

Su mano se deslizó entre mis muslos, con cuidado, como quien se asegura de que realmente lo deseo. Y lo deseaba. Más que cualquier otra cosa.

Presionó suavemente sobre la tela de mis bragas y comenzó a masajearme justo donde más le necesitaba. Primero muy suave, luego algo más intenso, y nunca habría creído que mi cuerpo pudiera reaccionar de forma tan directa.

Me arqueé hacia él, como si necesitara eliminar la distancia entre los dos.

Tyler apartó la tela y sus dedos rozaron muy despacio mi punto más sensible. Me estremecí, no por incomodidad, sino porque la sensación era asombrosamente intensa y nueva. Me masajeó,

después introdujo un dedo dentro de mí y, al añadir un segundo, empecé a ver estrellas.

Me aferré a su camisa y lo atraje hacia mí. —Bésame —dije, porque de no hacerlo, solo hubiera gemido. Él gruñó suavemente, y me besó.

Mientras sus dedos seguían su trabajo en mi interior, besaba mi cuello, después mi boca, luego de nuevo el cuello, y yo notaba cómo todo mi cuerpo se convertía en un hilo de nervios. No sabía si estaba haciéndolo bien, pero Tyler parecía muy satisfecho.

—No eres tan buena chica como aparentas —susurró en mi oído—. Las buenas chicas no besan así.

Le mordí juguetonamente el labio. —Y los chicos de mala influencia no deberían ser tan educados.

Sonrió y, tras dejar de acariciarme un instante, me volvió a subir a su regazo hasta quedarme sentada de cara a él. La chaqueta de cuero había acabado en el suelo y solo llevaba las bragas puestas.

Tyler abrió su pantalón, bajó la cremallera, y sentí un leve nerviosismo porque todo aquello ocurría tan deprisa y, a la vez, tan natural. Notaba su erección bajo mí, y me pregunté si sería capaz de hacer todo lo que eso significaba.

Tomó mi rostro entre sus manos. —Dime que me deseas, Parsley.

Asentí; ya no me quedaban palabras.

Tyler se colocó en mi entrada, me levantó con delicadeza y después me dejó deslizar despacio sobre él, mientras yo escondía mi rostro en su hombro. Era demasiado tímida, demasiado nerviosa como para sostenerle la mirada en ese momento. Tenía que haberme vuelto loca para perder la virginidad de esa forma, pero mi sentido común

estaba desconectado: el momento era demasiado perfecto para pensar en lógica.

Noté una breve resistencia, una punzada aguda que me sacó el aire de los pulmones. Tyler se detuvo, la mandíbula tensa por el esfuerzo de contenerse.

—Tendrías que habérmelo dicho —susurró con voz cargada de tensión.

—¿Habrías seguido? —pregunté.

—¿Qué clase de hombre crees que soy? —Tyler me apartó un mechón de pelo de la frente con una ternura sorprendente. No era una respuesta real, pero sabía lo que quería decirme. Sus manos se deslizaron hasta mis caderas, a punto de ayudarme a levantarme con sumo cuidado. Pero yo le sujeté las manos.

—No ha cambiado nada en mi decisión. Te deseo. Y quiero que tú también me desees —susurré, deseando tener más confianza en mí misma.

—Aun así deberías habérmelo dicho —gruñó Tyler—. Habría sido aún más cuidadoso.

—Hazme tuya como harías con cualquier otra mujer —le respondí, respirando contra su cuello.

—Entonces mírame —ordenó Tyler en voz baja.

Obedecí, abrí los ojos y aparté la cara de su hombro. Lo encontré mirándome fijamente, con intensidad y, a la vez, con una calma que tranquilizaba.

—Quiero que me mires a los ojos mientras te follo. —Sus palabras hicieron que un escalofrío agradable me recorriera la espalda.

Tyler me dio tiempo a acostumbrarme a la sensación de estar completamente llena. Era ajustado y extraño, pero tras varias respiraciones, la presión se transformó en algo placentero que se extendía por todo mi cuerpo.

Empezó a moverse de nuevo, despacio, torturadoramente lento, dejando que mi cuerpo se habituara a esa fricción nueva. La incomodidad inicial se esfumó, sustituida por un deseo creciente que me impulsó a buscar el ritmo con mis caderas al compás de sus suaves embestidas.

—Más —susurré, sorprendida por mi propia osadía.

Tyler no necesitó más invitaciones. Sus movimientos fueron más decididos, más intensos, y sus penetraciones, cada vez más profundas. El coche se balanceaba levemente con nuestros vaivenes, las ventanas cubriéndose de vaho por nuestros cuerpos y nuestro aliento caliente.

Su mano se deslizó hasta mi cuello, ejerciendo la presión justa para transmitir dominio, sin dificultar mi respiración. Ese gesto me estremeció de puro placer. Que él tuviera el control, que me poseyera así, me resultaba embriagador. Me rendí totalmente, me entregué por completo a las sensaciones que provocaba en mí. Su agarre sobre mi cuello se intensificó apenas un poco más, pero aún así supe que Tyler se contenía, y una parte de mí deseaba que no lo hiciera.

Quería de verdad que perdiera el control y me tomara de tal manera que... que no pudiese olvidarlo jamás. Y porque yo también quería dejar huella en su memoria.

Me resultaba fácil adaptarme al ritmo de Tyler. A decir verdad, junto a él era sencillo dejarse llevar y ser espontánea, impulsiva. Y, por Dios, Tyler tenía razón: era el tipo de hombre del que una debería haberse alejado a kilómetros de distancia.

—¿Quieres más? —preguntó Tyler.

La pregunta tenía un sentido que iba mucho más allá del momento, y los dos lo sabíamos, aunque ninguno lo admitiría.

—Sería cruel detenerse ahora —respondí, besando a Tyler.

Sus movimientos se intensificaron todavía más y sus embestidas llegaron más profundo. Empecé a ver estrellas y no tardaron en convertirse en fuegos artificiales.

Sus dedos alrededor de mi cuello no resultaban desagradables; al contrario, me recordaban de forma exquisita el poder que ejercía sobre mí.

Y me gustaba. Más de lo que habría creído. Y, desde luego, más de lo que debiera confesar.

—Así... —me animó, notando cómo me movía al compás de sus envites, la voz ronca por el esfuerzo—. Déjate llevar por mí. Entrégamelo todo.

La presión dentro de mí creció hasta un clímax casi insoportable. Los movimientos de Tyler se volvieron urgentes, su aliento se estrellaba rítmicamente en mi oído.

—Cuando llegues... —gruñó—, di mi nombre. Quiero que todos sepan quién te está volviendo loca de placer.

Sus palabras, unidas a una embestida especialmente profunda, me lanzaron al precipicio. Ola tras ola de placer me atravesó, tan intensa que pensé que podría desmayarme. Fiel a su deseo, su nombre brotó de mi garganta mientras mi cuerpo se tensaba violentamente a su alrededor.

—¡Tyler!

Mi liberación desencadenó la suya. Con un gruñido, me penetró una última vez, su cuerpo se tensó sobre el mío mientras encontraba su propia culminación. Durante un instante quedamos inmóviles, intentando recobrar el aliento.

Cuando el temblor cesó, Tyler se inclinó para depositar un suave beso en mi frente y luego en mis labios. Sus ojos, más cálidos ahora pero todavía oscuros de satisfacción, se fundieron con los míos.

Entonces fui consciente de que estaba completamente desnuda sobre él y ya no pude sostenerle la mirada. Ahí estaba de nuevo, la antigua Parsley, con sus listas triples y su horario a prueba de bombas. Sin embargo, no me arrepentía ni un segundo de la persona en la que me había convertido, aunque solo hubiese sido por un instante, bajo las caricias de Tyler.

—¿Ahora te pones tímida? —preguntó Tyler, divertido—. Creía que mi mala influencia se te habría pegado más.

No pude evitar reír.—¿Y si es a ti a quien le he contagiado algo?

—Te avisaré si de repente siento la necesidad incontrolable de ordenar cosas o de llegar puntual a las citas —contestó.

Volví a reír, pero esta vez no era una risa real. Aunque mi vida estilo Marie Kondo fuera contagiosa y Tyler acabase obsesionado con el orden, la probabilidad de que volviera a verle era remota.

Y además, no tenía ni idea de cómo iba a volver a funcionar mañana en el mundo real.

Hubo una emergencia de bourbon.

Capítulo 3 – Tyler

DISTRITO FINANCIERO, NUEVA YORK, unas semanas después.

Se me dan mal un montón de cosas: aparcar, cualquier cosa a primera hora de la mañana o seguir órdenes que no tienen sentido. Pero si hay algo en lo que brillo, es en aparecer exactamente cuando me apetece y hacer que parezca que ha sido a propósito. Así que hice lo que cualquier persona sensata haría en una mañana bochornosa en Manhattan. Aparqué mi Ducati junto al bordillo, justo delante de Kingsley Enterprises, ignoré por completo el protocolo de estacionamiento y dejé el motor en marcha para que el servicio de aparcacoches se quedara mirándola como si acabara de soltar a un caballo de carreras en una guardería. El portero del edificio me miró dos veces cuando me quité el casco y le hice un gesto rápido con la mano. Luego subí los amplios escalones como si el local fuera mío. Lo cual, técnicamente, en cierto modo lo era.

Allí, apoyado contra una de las columnas monolíticas como si estuviera haciendo una audición para un remake de cine negro, estaba Jaxon. Su traje era de algún tipo de seda azul medianoche, y lo llevaba como una advertencia, no como un accesorio. Conocía a Jaxon lo suficiente como para reconocer su expresión de *‹llevo esperando exactamente treinta y cuatro minutos y no estoy enfadado, solo decepcionado›*, y lo saludé con mi sonrisa habitual.

—Llegas solo media hora tarde —dijo Jaxon, sin mirar su reloj—. Para ti, eso es prácticamente puntualidad británica.

—He pensado en empezar el nuevo trimestre con calma —dije, metiéndome el casco bajo el brazo—. Ya sabes que me gusta mantener las expectativas bajas.

Alzó una ceja mientras sus ojos azules escrutaban mi combinación de vaqueros y camisa blanca con chaqueta de cuero. —Vas a reunirte con la junta directiva ahí dentro, no con el reparto de El bar Coyote.

—No finjas que no ves El bar Coyote a escondidas —le espeté, asintiendo luego hacia las puertas de cristal—. ¿Qué pasa, Knight? ¿Haciendo un poco de espionaje industrial antes de comer?

La boca de Jaxon se contrajo en algo que casi pasó por una sonrisa, luego me tendió un sobre color crema, tan rígido y liso que temí cortarme el dedo con él. —Pediste todo sobre Worthington.

—Dije «todo», no «las memorias trimestrales de la CIA» —dije, abanicándome con el sobre y fingiendo que era una baraja de cartas —. Me haces parecer un mediocre.

—Es que lo eres —respondió Jaxon con voz plana mientras caminaba a mi lado al entrar en el vestíbulo de mármol. El vestíbulo era un santuario engreído al capitalismo moderno: cristal, acero y más instalaciones artísticas de gran tamaño que en una galería de Chelsea con esteroides. Unas cuantas recepcionistas con idénticos

vestidos negros de tubo piaron «buenos días» a coro cuando pasamos. Les dediqué mi mejor sonrisa de ligón; Jaxon no les dio nada excepto el eco de sus caros zapatos sobre el suelo.

—Bueno, ¿qué trapos sucios hay sobre el viejo Worthington? —pregunté, abriendo el sobre y ojeando la primera página mientras esquivábamos a un grupo de analistas junior que asediaban el carrito del café.

—Solo negocios —dijo Jaxon, asintiendo al barista y cogiendo un macchiato doble que este sostenía en la mano—. Nada de escándalos. Nada de herederos. Ningún indicio de una familia secreta en Connecticut, lo cual, lo admito, ha sido un poco decepcionante.

—Tiene que tener un lado oscuro —dije mientras ojeaba el dossier y entrábamos en la zona de ascensores—. Quiero saber algo de Worthington que haga que Tony Soprano parezca Bob Ross.

—Es la persona más conservadora de toda la costa este —respondió Jaxon, pulsando el botón de subir con precisión quirúrgica—. Los únicos rumores que hay sobre él son aquellos por los que me pusiste a investigarlo. Que está planeando su jubilación y, debido a su matrimonio sin hijos, busca un sucesor adecuado que se haga cargo de su legado.

—Como persona más conservadora de toda la costa este, es prácticamente alérgico a los cambios —dije—. Esto va a ser divertido.

El ascensor sonó y un par de becarios casi se tropiezan entre ellos para hacernos sitio. Jaxon les sujetó las puertas. Yo dejé que se inquietaran en la esquina mientras ocupaba espacio suficiente para tres personas.

—Seamos realistas —dije en voz baja—. Soy el último tipo al que Worthington le confiaría su tesoro.

—Solo si ha oído hablar de ti —replicó Jaxon, lanzándome una mirada de reojo—. Lo cual, por desgracia para ti, es el caso.

Me empeñé en leer el cartel con el aforo máximo del ascensor en lugar de mirar a Jaxon. —¿Crees que debería empezar a usar corbata, llegar puntual a las citas y pillarme una limusina decente?

—Creo que deberías empezar a hacer algo en absoluto —dijo Jaxon, dando un sorbo de su vaso—. Tu fama te precede, Tyler.

—No tengo ni idea de por qué dices eso con ese tono tan negativo. —Sonreí y me acerqué un poco más, de modo que tuvo que inclinar la cabeza hacia arriba para mirarme. Jaxon era quizá el único tipo que conocía que llevaba su estatura como si fuera una camisa de fuerza—. Soy un ciudadano ejemplar.

Emitió un sonido que era mitad tos, mitad risa. —Eres un modelo ejemplar de una sola cosa, y no es precisamente de civismo.

Me encogí de hombros. —He oído que Worthington respeta la iniciativa.

—Respeta la tradición —le espetó Jaxon—. Preferiría prenderse fuego antes que venderle su empresa a un tipo que aparece en moto, se acuesta con la competencia e ignora cualquier regla de negocios desde Hammurabi.

—¿Quién o qué demonios es Hammurabi? —pregunté frunciendo el ceño. No tenía ni idea de dónde sacaba Jaxon constantemente esas comparaciones. Daba igual cuánta gente inteligente hubiera en la sala, Jaxon no necesitaba ni cinco minutos para hacer que los pioneros intelectuales se sintieran como hombres de las cavernas.

—El Código de Hammurabi es simplemente el conjunto de leyes más antiguo del mundo. Nombrado así por su autor, el rey babilónico Hammurabi.

—Gracias por la lección de historia. Pero yo pensaba que las reglas estaban para romperse —repliqué con frialdad.

Los ojos de Jaxon se entrecerraron. —Lo dices como si estuvieras orgulloso de ello. Sin embargo, los principios siempre tienen su razón de ser.

Me encogí de hombros, pero fue un gesto un poco demasiado despreocupado. —Los principios siempre duelen, Knight. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Jaxon se quedó callado por un momento, y pude sentir cómo analizaba cada tic de mi cara, cada palabra que no había pronunciado en voz alta. Él nunca hurgaba —código Sigma Dominus — pero tampoco dejaba pasar nada.

—¿Cómo va todo en Knight Innovations? —pregunté, solo para distraerlo.

—Según lo previsto. Crecimiento constante. Sin dramas —dijo Jaxon, como si estuviera leyendo una hoja de cálculo—. Estamos superando las previsiones, como era de esperar.

—Dios, qué aburrido suena eso —dije, poniendo los ojos en blanco para regocijo de los becarios.

—La previsibilidad es buena para los negocios —respondió Jaxon sin perder el ritmo. Me miró de reojo—. Deberías probarlo alguna vez.

El ascensor volvió a sonar. Los becarios intentaron salir, pero casi chocan entre sí antes de dispersarse finalmente en un mar de salas de conferencias acristaladas y vistas al Hudson. Nos quedamos atrás y dejamos que las puertas se cerraran para un momento de falsa privacidad, y luego continuamos el trayecto hacia arriba.

—Entonces, ¿cuál es el plan, Tyler? —preguntó Jaxon con mirada dura—. Si quieres que Worthington te tome en serio, necesitas una

reputación nueva. Rápido. No eres el único que se ha enterado de esos rumores.

—¿Ah, no? —En realidad, no debería haberme sorprendido. Ese tipo de noticias se difundían como la pólvora en ciertos círculos.

—Solo en la última semana, el CEO de WayneTec Innovations, un tipo de una startup de Silicon Valley y el hijo de Pierce vinieron a verme pidiendo los mismos documentos a cambio de un par de favores importantes. —Jaxon asintió hacia el sobre que yo tenía en la mano.

Fruncí el ceño. —¿Y se los diste?

—No —dijo Jaxon con voz plana—. No hay nada de valor que ellos pudieran ofrecerme que yo no pudiera conseguir sin sus favores.

Jaxon podía parecer frío a los demás, pero yo sabía que eso era solo superficial. No lo demostraba hacia fuera, pero era un amigo condenadamente leal. Jaxon nunca me habría traicionado dándole información importante a la competencia potencial.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —continuó Jaxon, devolviendo el tema a lo esencial.

—Estoy en ello —dije, poniendo los papeles en un montón medianamente ordenado antes de volver a meterlos en el sobre—. Tengo algunas cosas en mente.

—Si alguna de esas cosas incluye arrastrar a Worthington a alguno de esos clubes de striptease sobrevalorados en los que pasas más tiempo del necesario, te lo desaconsejo.

Resoplé. —Ese es el plan C. El plan B es conseguir que le caiga bien.

—Buena suerte —dijo Jaxon—. Estás luchando contra cuatro generaciones de *ADN de la élite conservadora*.

—Tú me has conseguido la información —dije, colocándome el sobre bajo el brazo—. Ahora deja que despliegue mi encanto.

Jaxon se ajustó la corbata y apenas pudo ocultar su sonrisa. —El encanto no funciona con gente como Worthington.

—La lógica tampoco —dije.

Salimos a la planta ejecutiva, donde el aire estaba unos diez grados más frío y los dientes de todos eran de un tono más blanco de lo que debería ser legal. Bastaron exactamente tres pasos por la planta ejecutiva para que alguien intentara ponerme en la mano una carpeta, un bloc de notas y una sonrisa nerviosa. Lo tiré todo sobre el aparador más cercano y seguí caminando, con Jaxon siguiéndome al lado como una sombra preocupada por la moda.

Justo cuando Jaxon tomaba aire para decir algo, probablemente algo demasiado inteligente, lo interrumpí.

—¿No te cansas nunca de ser el tipo más listo de la sala? —le pregunté.

Se encogió de hombros, se abrochó la chaqueta y me lanzó una mirada que decía que, al menos, se lo estaba planteando. —¿No te cansas tú de fingir que todo esto no te importa?

Aquello dio en el clavo, pero lo disimulé con una sonrisa. —¿Nos vemos esta noche en el Astor Club?

—Por supuesto —dijo Jaxon. Daba igual lo ajetreadas que estuvieran nuestras vidas, siempre lográbamos acudir a nuestra partida de póker.

Se apartó de la ventana y ya iba a mitad del pasillo, con el deslizamiento silencioso de una guillotina bien engrasada.

—¿Vienes o te vas a quedar ahí todo el día? —preguntó.

—Depende —dije, poniéndome a su altura mientras recorríamos el pasillo—. ¿Crees que Worthington intentará mandarme asesinar antes o después de la primera reunión oficial sobre la venta?

La boca de Jaxon se torció. —Suponiendo que acepte siquiera reunirse contigo... probablemente sea durante la reunión. Le gusta la eficiencia.

Pasamos por delante de una sala de conferencias en la que todo el equipo de fusiones y adquisiciones discutía sobre una hoja de cálculo proyectada en una pantalla de 60 pulgadas. Nada mal para un jueves por la mañana; normalmente los jefes de equipo no se tiraban de los pelos hasta bien entrada la tarde. La mayoría de las empresas, y sobre todo la de Jaxon, no toleraban discusiones acaloradas. Yo, en cambio, opinaba que mis empleados debían hacer lo que quisieran mientras el resultado al final del día fuera satisfactorio.

—Por cierto —dijo Jaxon, con un tono un poco demasiado casual—. Apenas te vi en la boda de Dominic.

Me encogí de hombros. —¿Te sorprende?

—No —dijo Jaxon—. Pero deberías esconderte menos en las barras si quieres causar la impresión adecuada. Ya sabes, por tu reputación actual y la que aspiras a tener.

Lancé una mirada a Jaxon. —No me estaba escondiendo. Hubo una emergencia de bourbon.

—No eres de los que beben bourbon —rebatió él con tono afónico.

—Soy de los de *‹lo que haya disponible›* —dije—. Y había barra libre.

Jaxon sonrió como si supiera algo que yo ignoraba. —Qué curioso. La última vez que te vi en una boda, te empeñaste en marcharte

antes de que cortaran la tarta. Pero en la de Dominic te quedaste bastante más tiempo de lo habitual.

—¿Llevas un registro de mis asistencias a bodas? —pregunté con cinismo.

—Seguías allí después de medianoche —respondió Jaxon, ignorando mi maniobra de distracción—. Ese no es tu comportamiento normal.

Podía sentir la pregunta acechando tras sus palabras. —Quizá solo quería ver a Dom una última vez antes de que se vuelva un completo burgués remilgado.

—Seguro —dijo Jaxon, que no se creía ni una palabra. Me preparé para el remate, pero Jaxon no dio más explicaciones. En su lugar, aminoramos el paso al llegar al final del pasillo, donde aparecían las puertas de la sala de juntas. Jaxon me miró con seriedad; sus ojos azules se clavaron en mí.

Jaxon tenía un talento especial para estar presente siempre que el universo necesitaba a alguien que cortara el rollo.

—Sabes —dijo—, para alguien que se jacta de que todo se la suda, parecías bastante interesado en la compañía que tenías en la barra.

Consideré decirle que lo dejara estar. Pero eso habría sido admitir que me importaba, lo cual iba todavía menos con mi estilo que llegar puntual.

—Se lo debía a Dominic, al menos, quedarme en su boda más tiempo de lo normal —dije simplemente—. Nos conocemos desde hace mucho, ya lo sabes.

Me examinó durante un segundo y luego se encogió de hombros. —Si tú lo dices.

Lo dejó caer así, sin más. Jaxon era un maestro en dejar el silencio justo para que tus propios pensamientos hicieran el resto del daño.

Miré por encima de él hacia el horizonte a través del ventanal. Era una de esas mañanas de junio en las que el calor sofocante era visible y en las que uno deseaba un chaparrón.

Recordé la boda, la lluvia, cómo Dom había besado a Juniper como si no existiera nada más en el mundo. Y entonces, inoportuno como siempre, el recuerdo de cierta organizadora de eventos de cabello liso color miel y un nombre que aún me hacía sonreír —Parsley— se abrió paso en mi conciencia.

Debería haber sido algo olvidable, un desliz puntual. Lo había hecho cientos de veces: conocer a alguien embriagador, hacerla reír, desvestirla y luego desaparecer antes de que se instalara la incomodidad. Sin embargo, Parsley había reescrito el guion para mí, y no solo porque su risa me diera ganas de volver a oírla, o porque estuviera desgarradoramente mona con mi chaqueta, temblando en el asiento trasero del SUV.

Se me había quedado grabada a fuego en el sistema, como solo lo hacen los mejores errores.

A la mañana siguiente me había despertado en mi propia cama. Solo, por supuesto. Daba igual cuánto bourbon o cuántas malas decisiones hubiera de por medio, siempre volvía a casa pensando que me lo sacudiría de encima. Pero cada vez que lo intentaba, recordaba cómo me había mirado, a partes iguales asustada y desafiante. Cómo me había cogido la mano bajo la lluvia. Cómo había gritado mi nombre cuando... bueno. Por primera vez en la historia de mis rollos de una noche, me preguntaba si ella también pensaba en mí. Si mis caricias habían dejado huellas grabadas en su memoria o si todavía olía mi colonia cuando cerraba los ojos.

Debería darme igual, joder.

Tanto que no debería desperdiciar ni un pensamiento más en ello.

—¿Cuánto crees que tardará Jefferson esta vez en perder los nervios? —pregunté, mientras observaba a través del cristal a la manada de asociados sénior que me esperaban en la sala de conferencias para informarme antes de la reunión de la junta.

Jaxon consultó su móvil. —Le doy veinte minutos. Y yo no apuesto. Por cierto, todavía me debes algo por el descalabro del March Madness.

—Eso fue una anomalía estadística —respondí—. Nadie podría haber predicho que St. Peter's llegaría tan lejos.

—Tú podrías haberlo hecho si no fueras tan vago como para no leerte las malditas estadísticas —replicó Jaxon con una cara de póker perfecta. Solo soltaba tacos cuando quería sonar especialmente crítico. Funcionaba. Pero no podía permitirse que yo lo notara.

Así que pasé de largo por la sala de conferencias hacia la nevera común, de donde saqué un Cold Brew y desenrosqué la tapa.

Tras un sorbo, reanudé el camino hacia mi despacho.

—¿No tienes una reunión de la junta? —Jaxon miró hacia la puerta abierta de la gran sala de reuniones, donde mis empleados me aguardaban—. Llegas más de media hora tarde.

—Entonces no les importará tener que esperar unos minutos más —repuse.

—Es un auténtico misterio para mí cómo has llegado a dirigir una empresa de este tamaño. —Jaxon sacudió levemente la cabeza.

—Por la misma razón por la que os desplumo al póker constantemente. Soy flexible y no tengo ataduras, lo que significa que siempre tengo el mundo entero a mis pies.

—Menos las puertas de la empresa de Worthington —respondió Jaxon.

Una sonrisa asomó a mis labios. —No sabía que tuvieras sentido del humor, Jax.

Llegamos a mi despacho, técnicamente mi lugar de trabajo, aunque en su mayor parte había convertido el espacio abierto en un bar improvisado.

—Te sorprendería lo que podrías descubrir sobre la gente si te interesaras seriamente por ellos. —Jaxon cerró la puerta tras de sí y se instaló en mi silla de visitas como si estuviera evaluándome para concederme un préstamo.

—Me intereso por Worthington —repuse con sinceridad.

—Te interesan sus inmuebles —me corrigió Jaxon con sorna.

Ahí había dado en el clavo. Pero eso no quitaba que ambos supiéramos que sus palabras eran solo a medias en serio. Yo podía ser leal si quería. Lo que pasa es que, a mis ojos, había muy pocas personas que merecieran mi lealtad.

—Como sea, ven hoy más o menos puntual. Dominic todavía tiene jet lag de su luna de miel, así que el ambiente debería ser interesante antes de que se caiga de la silla dormido.

—Les doy seis meses antes de que Juniper se dé cuenta de que Dom es insoportable —dije en broma y tomé un trago largo—. Y otros dos antes de que ella dirija el cotarro.

—No me lo tomes a mal, pero tus pronósticos en temas de pareja son pésimos. No eres un hombre de relaciones, Tyler.

—¿Te ha dado la pista la Ducati o ha sido mi desenfrenada entrega a la adicción a la cafeína, la cual nadie frena? —pregunté, cínico,

elevando mi Cold Brew.

Jaxon se encogió de hombros. —Solo hago una observación.

—Escucha. Respeto el compromiso —dije—. Tanto que me mantengo alejado de él. Sencillamente no soy el tipo de hombre que está dispuesto a compartir el espacio de su armario.

—Eso va a ser un problema, teniendo en cuenta que Worthington busca un sucesor que proyecte estabilidad. —Jaxon volvía a estar en modo analista total.

Hice una mueca. —La estabilidad está sobrevalorada.

—No en su mundo. —Jaxon se echó hacia atrás—. Hagamos cuentas. Quieres Worthington Imports.

—No por el vino —le interrumpí.

—Por los inmuebles —asintió Jaxon—. Sus locales comerciales valen su peso en oro. Como extra, te llevas un puñado de contactos útiles y una infraestructura que funciona. No es que eso te interese de verdad.

Me apoyé en mi escritorio con los brazos cruzados. —Haces que suene muy mercenario.

—Es que es mercenario. Por eso nunca lo conseguirás si sigues yendo de rebelde —sentenció Jaxon secamente.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Dejar atrás mi vida de rebelde y empezar a llevar chalecos de lana y pantalones de pinzas?

—Sería un comienzo. —Jaxon se permitió una sonrisa, algo tan raro como verle con algo que no fuera negro o gris.

—No, ningún comienzo. Era una broma —le corregí.

—Sea como sea, no vas a superar a Worthington en conservadurismo —dijo Jaxon entrelazando las manos.

—No necesito superarlo si puedo tomar un atajo —dije pensativo, examinando a Jaxon con atención. Él era exactamente el tipo al que Worthington le cedería su empresa. Jaxon era íntegro, escrupuloso con las normas y nunca se había visto envuelto en ningún escándalo.

—¿Y cuál sería ese atajo? —Jaxon enarcó una ceja interrogante.

—Podrías comprar tú la empresa para mí. Pagaría un buen sobreprecio para que te valiera la pena.

—Yo no mezclo los negocios con lo personal —espetó Jaxon, desviando la mirada hacia las llaves de mi Ducati sobre el escritorio —. Deberías saberlo ya.

—¿Es por eso por lo que nunca llamas después? —Quizá no era el mejor momento, pero no pude evitar la guasa.

—Es el motivo por el que no llamo antes —replicó Jaxon, y la comisura izquierda de su boca hizo un amago de sonrisa.

Me reí, pero sonó un poco hueco. Jaxon lo caló al instante.

—Necesitas una estrategia, Tyler —dijo—. Algo que haga creer a Worthington que eres el tipo que continuará su legado y no quien lo reducirá a cenizas.

—¿Qué harías tú si fueras yo? —pregunté. Esta vez sin rastro de cinismo ni ironía en la voz. Quería saber de verdad lo que pensaba Jaxon de todo el asunto.

—Muy fácil —dijo Jaxon—. Me buscaría una esposa, un Golden Retriever y una casa en Connecticut. Organizaría estiradas cenas de gala y me suscribiría al New Yorker. Para cuando Worthington se

jubilara de verdad, te estaría suplicando que te hicieras cargo de su imperio.

—Es mucho esfuerzo por unas cuantas botellas de vino —dije, pero ya estaba dando vueltas a los distintos enfoques.

—No vas a poder caerle en gracia con engaños. Tiene que ser real. O al menos parecerlo rematadamente bien.

—Tú espera y verás. —El desafío en mi voz era inconfundible.

—Esa es mi señal. Debería ocuparme de mis propios asuntos. Llego tarde. —Se levantó de la silla y se ajustó los puños—. Recuerda: si vas a fingir una vida, asegúrate de hacerlo de forma convincente.

—¿Cuándo he hecho yo algo a medias? —pregunté con sorna.

—Eso es precisamente lo que me da miedo.

La puerta se abrió un poco y una asistente de uno de los directivos asomó la cabeza. —Señor Kingsley, la junta le espera.

—Diles que voy enseguida, todavía estoy ocupado —dije, volviéndome de nuevo hacia Jaxon—. Una última pregunta.

—Dispara.

—¿Qué probabilidades hay de que haga creer a Worthington que soy un material apto para el matrimonio, con Golden Retriever y casa en Connecticut incluidos?

—Cincuenta-cincuenta —dijo Jaxon—. Pero ese cincuenta solo si encuentras a alguien que te soporte y que desempeñe la parte conservadora mejor de lo que tú podrías hacerlo jamás.

—Subestimas mi innegable encanto —respondí fingiéndome ofendido.

—Por desgracia, tu encanto no grita precisamente *‹futuro cónyuge›*. Para compensar tu estilo de vida liberal, necesitas a una mujer a tu lado que haya mamado el conservadurismo y que lo desayune cada mañana con cuchara.

Sus palabras me dieron una idea. Porque, casualmente, conocía exactamente a una persona que encajaba en esa descripción. —Quizá vaya siendo hora de ampliar mis horizontes.

Jaxon sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta. —Solo intenta no prenderle fuego a todo.

—No prometo nada —dije, sonriendo, y luego saqué mi móvil del bolsillo.

Eso atrajo de nuevo la atención de Jaxon. Me miró con una ceja levantada.

—Me estoy organizando lo de la esposa —dije encogiéndome de hombros para responder a su pregunta muda.

—Worthington calará a tus acompañantes de lujo al instante. Sabes que esas señoritas solo tienen clase superficialmente. Si es que tienen alguna. —La forma en que Jaxon recalcó sus palabras casi me hizo reír.

—¿En qué estás pensando? No voy a llamar a un servicio de acompañantes.

—¿Entonces? —Jaxon se cruzó de brazos y la curiosidad asomó por su habitual fachada estoica.

—A una agencia de bodas. —Mis palabras hicieron que la máscara de Jaxon se desmoronara por un segundo antes de que volviera a recomponerla cuidadosamente.

—¿No necesitas primero una novia para eso?

—No te preocupes, esta llamada va a solucionar todos mis problemas de un plumazo.

Capítulo 4 – Parsley

DISTRITO FINANCIERO, KENSINGTON INDUSTRIES, NUEVA York, esa misma mañana.

El mundo no te prepara para todo. Por ejemplo, para el momento en el que te encuentras frente a un edificio de oficinas tan elegante que las puertas giratorias tienen sus propias puertas giratorias. Y eres la única persona en tres metros a la redonda que no parece tener una casa de verano en los Hamptons. La fachada de cristal de Kingsley Enterprises reflejaba una ciudad que, para mi gusto, estaba demasiado despierta.

Me alisé con las manos la blusa blanca, que estaba tan almidonada que al respirar temía que los botones salieran disparados como pequeños cohetes, y una falda de tubo que, a cada paso, obligaba a mis muslos a un matrimonio forzoso. Me había recogido el pelo en un moño tirante, como cada mañana. Los tacones eran negros, altos

y, en cuestión de diez minutos, dolorosos. No obstante, parecía una mujer que sabía lo que hacía. Lo cual contrastaba drásticamente con mi estado de ánimo. Era buena en mi trabajo. Pero si lo de hoy no salía bien, estaba acabada. Mi móvil vibró por quinta vez en otros tantos minutos, y la pantalla parpadeó con un nuevo mensaje de Arabella.

Lo saqué del bolso y vi cómo el nombre de Arabella se iluminaba una y otra vez en la pantalla.

Arabella: *Llega tarde.*

Arabella: *NO LO FASTIDIE, Parsley.*

Arabella: *El mayor cliente de la HISTORIA de Elysium*.

El reloj de la pantalla de mi móvil indicaba que incluso llegaba tres minutos antes. Lo cual era casi una eternidad, teniendo en cuenta que Kingsley Enterprises me había citado hacía solo media hora. Normalmente hacían falta semanas, a veces incluso meses, para conseguir una cita en Elysium Weddings. Siempre y cuando uno obtuviera el privilegio de una cita tras superar el estricto proceso de selección.

Arabella: *Recuerde: ¡ME representa a MÍ!*

Me tragué los comentarios cínicos que tenía en la punta de la lengua y me alegré de que Arabella no pudiera verme poner los ojos en blanco. Luego me desplacé hasta el último mensaje.

Arabella: *No me deje como una idiota ante el señor Kingsley.*

Antes de responder, me sequé las manos sudorosas en la falda.

Parsley: *Entendido.*

El vestíbulo se parecía más a un hotel de lujo que a un lugar donde se supone que la gente va a trabajar. No había las típicas plantas de oficina en macetas ni olor a café rancio, solo un ejército de orquídeas blancas y una fuente minimalista que probablemente costaba más que la casa de mis padres.

Apenas tuve tiempo de asombrarme antes de que una mujer detrás del mostrador de recepción me atrapara con su sonrisa de rayo tractor. Llevaba un traje de chaqueta negro impecablemente planchado y un corte de pelo bob tan geométrico que mi moño parecía una bola de pelusa.

—Bienvenida a Kingsley Enterprises —dijo, con una voz entrenada para sonar como una canción y, al mismo tiempo, como una orden —. Usted debe de ser la señorita Johnson.

—Esa soy yo —dije, y entonces me di cuenta de que apretaba mi agenda con tanta fuerza que las esquinas se estaban doblando—. Parsley Johnson. Para la cita de las once.

Se levantó, revelando que me sacaba al menos media cabeza, y tendió una mano. —Soy Veronica. El señor Kingsley ya la espera.

Se produjo una pausa, y en esa pausa me di cuenta de que este no era el tipo de edificio donde uno se registra o lleva una tarjeta de identificación de visitante. Aquí, o pertenecías al lugar o no.

Intenté seguir el ritmo de Veronica mientras me guiaba más allá de la recepción, pero mis tacones tenían otros planes y cada paso producía un chirrido minúsculo sobre el mármol. Pasamos por una fila de sillones de cuero, flanqueados por plantas que probablemente tenían un máster en fotosíntesis. Básicamente, todo el mundo y todo lo que me encontraba parecía tener dinero, tres másteres o ambas cosas.

El ascensor se abrió antes incluso de que llegáramos. Veronica pulsó el botón del último piso.

—Hoy hace un buen día —dijo, como si la charla trivial fuera una obligación legal.

—Sí —asentí, aunque técnicamente solo era cierto para alguien que no empezara a empapar la blusa de sudor a los treinta grados y con un ochenta por ciento de humedad.

Mientras subíamos continuamente, Veronica me escudriñó de arriba abajo, aunque no con desprecio, sino con una especie de respeto curioso. O quizá era lástima. Nunca sabía distinguirlo con mujeres que parecían haber nacido en las páginas de Vogue. —Está nerviosa —dijo Veronica.

Me aclaré la garganta. —¿Tan evidente es? Ella se rió. —Solo porque mira el botón del ascensor como si pudiera derretirlo mentalmente. —No me llevo bien con los ascensores —repuse. Aunque en realidad no era cierto. Los ascensores y yo no teníamos ningún problema. —¿O con los CEOs? —preguntó ella, y fue definitivamente una sonrisa con matices. —Con ambos —confesé—. Aunque en realidad me gustan los CEOs. Suelen ser muy previsibles si se les observa el tiempo suficiente. Directos. Conservadores. —Eso sí que era cierto, porque cuanto más claros eran los deseos de mis clientes, más fácil me resultaba hacerlos realidad. —El señor Kingsley es todo menos previsible —dijo Veronica, y sonaba realmente divertida.

Mi móvil volvió a vibrar y supe que era Arabella. Así que reprimí el reflejo de abrir el mensaje y esperé que Arabella dejara de enviarme spam antes de que la batería explotara.

El ascensor se movía con una rapidez asombrosa y los pisos pasaban volando. Aun así, tuve un momento para admirar las vistas que se ofrecían en el lado norte: la ciudad de Nueva York, en toda su belleza confusa y abrumadora. —¿Cómo es trabajar aquí? —pregunté.

—Parece peor de lo que es. El señor Kingsley lleva las riendas de forma bastante relajada. Quizá demasiado, según dicen algunos.

Pero nadie se queja mientras el café sea bueno y el sueldo acompañe. Y, si me pregunta a mí, más CEOs deberían trabajar como el señor Kingsley. Que lleve las riendas relajadas no significa que al final del día no esté todo el trabajo hecho. Casi siempre, al menos.

Las puertas se abrieron con un tintineo apenas perceptible y salimos a un pasillo tan impecable que casi me sentí culpable por dejar las huellas de mis zapatos en él.

—Por aquí —dijo Veronica, y su paso se volvió un poco más decidido. Pasamos por delante de unas cuantas puertas cerradas tras las cuales se oían voces amortiguadas y el tecleo de ordenadores.

—Y, ¿cómo es él, el señor Kingsley? ¿Cuando no está siendo imprevisible? —pregunté, con la esperanza de obtener información privilegiada. Veronica sonrió. —Poco ortodoxo. Pero ya lo verá usted misma ahora mismo. —Me condujo hacia una puerta de cristal esmerilado con un cartel minimalista: ‹*KINGSLEY – EXECUTIVE*›.

—Simplemente entre, ya la está esperando. Veronica llamó brevemente, luego abrió la puerta y casi me empujó suavemente hacia dentro. —Si necesita algo, me encontrará en recepción — susurró antes de desaparecer. Me encontraba en una oficina que era más un apartamento que un lugar de trabajo. Las paredes eran de cristal de suelo a techo, con vistas a todo Manhattan, que desde aquí arriba parecía un juego de Lego. Un escritorio enorme, de madera oscura, dominaba la estancia; detrás, un sillón de cuero que parecía diseñado tanto para dirigir un consorcio como para echarse una siesta. Y allí sentado estaba —¡maldita sea!— Tyler.

Yo nunca decía palabrotas. Pero en este preciso instante, un «maldita sea» me parecía quedarse muy corto.

¡Maldición, maldición, maldición!

Mi corazón dio un vuelco y después se hundió directamente hasta el suelo.

¿Y Tyler? Él se reclinó en su sillón de cuero y me sonrió con esa misma mezcla de arrogancia y encanto que ya lo había convertido en un problema en la boda de Juniper. Había una chispa en su mirada que prendió fuego de inmediato a todo lo que yo me había esforzado por extinguir en las últimas semanas.

—Señor Kingsley —dije, y mi voz sonó tan aguda que ni yo misma la reconocí.

—Buenos días, Parsley —dijo Tyler, y sus ojos brillaron divertidos—. A mí también me alegra volver a verte. Pasa.

Parpadeé porque mi cerebro necesitaba un reinicio urgente.

—Eres... esto... —Busqué las palabras, porque ninguno de los vocablos habituales parecía encajar con Tyler.

—¿El hombre que te ha citado aquí? —me echó un cable y se levantó ágilmente del sillón—. Por favor, dejémoslo en Tyler. «Señor Kingsley» solo lo usan los empleados a los que tengo que firmar un cheque especial.

—Estoy sorprendida —logré articular finalmente, mientras seguía de pie torpemente en el umbral. Mi cerebro se negaba a aceptar la situación. —Yo también —dijo él con sequedad—. Nunca pensé que realmente llegarías puntual. El plazo de tiempo era bastante ajustado.

Ignoré eso y me obligué a no sonrojarme. O a no hiperventilar. Tyler había fijado la fecha límite tan justa a propósito. Realmente le encantaba sembrar el caos. —¿Qué haces aquí? —pregunté, y me arrepentí de la estupidez de la pregunta al instante. Él señaló el escritorio. —El edificio es mío. Y alguien tiene que encargarse de causar un poco de caos.

Tyler lo dijo con tanta naturalidad que casi me desmayo. Sí, había sospechado que Tyler era insultantemente rico, pero lo de *rico como un dios* me dejó un poco fuera de juego.

Me quedé allí plantada, como congelada, durante tres buenos segundos; mi cerebro se negaba a aceptar la situación. Luego me coloqué la falda, erguí los hombros y recorrí el resto del camino hacia el interior. Al hacerlo, evité cualquier contacto visual con Tyler.

En su lugar, me concentré en el minibar repleto, sobre el que había una cafetera espresso, como si nunca hubiera visto nada más interesante. Pero, en algún momento, me vi obligada a mirar de nuevo a Tyler. Y, Dios mío, Tyler estaba aún más guapo que en mi recuerdo, lo cual no era nada justo. Tenía el pelo algo más largo, la barba de varios días perfilada con más intención, y la camisa sin corbata estaba abierta en el cuello lo justo para demostrar que nunca se había topado con un código de vestimenta que no pudiera ignorar. Detrás de él, colgada en el respaldo, estaba su chaqueta de cuero, cuyo aroma aún sentía en la nariz cuando recordaba la noche con Tyler.

Tyler señaló una de las sillas frente a su escritorio. —Siéntate. A menos que prefieras quedarte ahí de pie como un pasmarote.

Me senté, crucé las piernas por los tobillos y recé para que no se me quebrara la voz.

Tyler entrelazó los brazos detrás de la cabeza, con un aspecto demasiado satisfecho de sí mismo.

—Esto es una broma, ¿verdad? —pregunté, mirándolo con seriedad.

—Si lo es, nadie me ha pasado el informe —dijo Tyler, sin que esa sonrisa desapareciera en ningún momento—. Espero que no te importe, pero he preguntado específicamente por ti.

Abrí la boca, la cerré, volví a abrirla. —¿Por qué?

Tyler ladeó la cabeza, como un gato que sopesa si tirar o no un vaso de la mesa. —Digamos que la última boda dejó una impresión duradera.

Me ruboricé con tanta fuerza que pensé que mi piel podría arder de verdad. —¿Es eso una insinuación, o...?

—En absoluto —dijo Tyler—, a menos que quieras entenderlo así. En ese caso, sí.

Resistí el impulso de esconderme tras mi agenda. —Estoy aquí porque mi jefa, Arabella, me dijo que esta era una reunión muy importante. También ha dado a entender, tal vez, que toda mi carrera depende de que no lo fastidie. Así que, si planeas repetir lo de la barra libre del mes pasado, prefiero pasar.

Tyler se rió, un sonido sincero que le salía de las entrañas. —Una lástima. Pero, en realidad, mi petición es puramente profesional.

No me lo creí ni por un segundo, pero también sabía que echarme atrás ahora significaría que Arabella me mandaría literalmente al cuerno. Así que respiré hondo, me arreglé la blusa e intenté canalizar mi mejor versión de adulta competente.

—De acuerdo —dije—. ¿Por qué estoy aquí?

Dejó que el silencio colgara por un momento, luego se inclinó hacia delante y se pasó las manos por el pelo. De pronto, parecía menos el CEO engreído y más el tipo que me había quitado la ropa a besos bajo la lluvia. Lo cual no facilitaba las cosas.

—Quiero que planifiques una boda para mí —dijo Tyler.

—Vale. —Asentí despacio. Él sonrió, mirándome de nuevo con esa ‹*mirada-de-gato-que-se-ha-comido-al-canario*›. En el fondo, su petición era lógica. Él quería una boda. Yo era planificadora de bodas. Fin de la historia.

—Mentiría si dijera que no estaba esperando a ver cómo reaccionabas. Supongo que tienes preguntas. —No era realmente una pregunta; la mirada de Tyler decía mucho más. Me obligué a recomponerme. Estaba aquí para conseguir un contrato, no para que un hombre con unos pómulos perfectos me pusiera en evidencia.

—Sí. Dos, de hecho —respondí más rápido de lo que mi boca pudo frenar—. Primero, ¿por qué yo? Y segundo, ¿no dijiste que evitabas las bodas como el diablo al agua bendita?

Tyler me escuchaba con atención, pero la chispa no abandonaba sus ojos. —Primero, eres la única persona que conozco capaz de convertir cualquier catástrofe en un cuento de hadas con apenas tres horas de antelación. Y segundo, necesito una boda lo antes posible.

—Lo dices en serio —dije más para mí misma que para Tyler.

—Totalmente en serio. —Asintió y su expresión se volvió más grave —. De hecho, ya he realizado un adelanto a tu agencia. Supongo que Arabella estará encantada.

—Encantada no es la palabra que yo usaría —murmuré, recordando la serie de sutiles amenazas de muerte de hace un rato.

—Llamémoslo un desafío profesional —dijo Tyler mientras se levantaba. Se acercó al mueble bar, se sirvió un líquido de color ámbar y luego me ofreció otro a mí—. Tienes cara de necesitarlo.

—Para mí un agua, por favor —respondí, aunque mis nervios realmente habrían agradecido una copa. Pero no podía olvidar lo que pasó la última vez que Tyler y yo bebimos juntos.

Esperaba algún comentario irónico por su parte, pero en lugar de eso, me sirvió agua de una gran jarra en un vaso de cristal sin rechistar.

Lo cogí, solo para que un ligero temblor en mi mano me delatara. —Gracias —dije, intentando dar un sorbo con dignidad.

Tyler se apoyó en el borde de su escritorio y me miró con curiosidad. —Se te da muy bien, ¿sabes?

—¿Lo de beber agua o lo de fingir que no estoy perdiendo los estribos? —Intenté bromear, pero mi risa sonó demasiado aguda.

—Lo de hacer que las cosas parezcan fáciles. Sé que te mueres por dentro porque probablemente he echado por tierra todos tus planes de la A a la Z, pero aun así sigues aquí.

Había dado de lleno en el clavo. Para Tyler no existía ningún plan; solo había este gran caos indescifrable que yo no era capaz de desenmarañar.

Hubo un largo silencio en el que ambos fingimos no notar la extraña electricidad que flotaba en el ambiente. Volví a mirar el perfil de la ciudad y luego regresé la vista a él.

Lo que más deseaba era levantarme, salir de aquel despacho y no volver jamás. Y casi lo habría hecho de no ser por mi jefa. Arabella me despellejaría viva, me pegaría de nuevo y me volvería a despellejar si me marchaba ahora.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que quieres que haga por ti? —pregunté tras lograr poner mis ideas en orden.

Tyler sonrió, lenta y relajadamente. —Creía haberlo dejado claro. Quiero que organices una boda.

La situación seguía siendo tan surrealista que mi cerebro no lograba procesarla.

—De acuerdo —dije—. ¿Para quién estás planeando la boda exactamente? ¿Para amigos o familiares?

—Para mí —respondió Tyler con tal seriedad que por un momento pensé que era una broma.

—Buen chiste —repliqué sonriendo. Pero él no añadió nada más y mi risita se me quedó de pronto atravesada en la garganta, haciéndome toser—. ¿Te vas a casar?

—Sí. —Tyler asintió y yo me quedé de piedra. ¿Acaso me había acostado una noche con un hombre casi comprometido y ahora tenía que organizar su boda? Mi corazón se aceleró. Hace unas semanas mi vida quizá no era estupenda, pero al menos era predecible. ¿Y ahora? El destino había lanzado una «bomba Tyler» sobre mi apacible existencia y ya nada salía según lo planeado.

En mi lista personal de objetivos vitales definitivamente no figuraba el punto de *adúltera*. Me entró frío y calor al mismo tiempo y mi estómago se revolvía cada vez más cuanto más lo pensaba.

—Deberías haberme dicho que había una novia, *Señor los-compromisos-no-son-para-mí* —solté con dificultad, pues el sarcasmo era el único clavo ardiendo al que agarrarme.

—Es que sigo sin estar hecho para los compromisos —respondió Tyler.

—¿Y cómo piensas llamar entonces a una boda? —pregunté parpadeando varias veces, confusa—. ¿Y sabe tu novia que no estás hecho para compromisos?

—Bueno, lo de la novia está... todavía en proceso.

—¿Qué? —Se me cayó la mandíbula—. ¿Quieres que te organice una boda pero no tienes novia? ¿Cómo es eso posible?

Esto cada vez va a mejor...

—Es muy sencillo. —Volvió a sonreír con tal suficiencia que me dieron ganas de besarle y abofetearle al mismo tiempo—. Habrá una novia. Solo que la novia aún no sabe que se va a casar. Y la novia tampoco sabe aún que se va a casar *conmigo*.

Lo contemplé, por primera vez verdaderamente sin palabras. Al mismo tiempo, no estaba segura de si mi cerebro había procesado bien lo que acababa de decir. —Tyler, no puedes simplemente... las bodas no funcionan así. No sé cómo funcionarán en tu mundo, pero en el mío, la novia y el novio deciden que quieren pasar el resto de sus vidas juntos después de mucho tiempo y sentimientos intensos.

—¿Diría eso Arabella? —preguntó Tyler, y creí notar un tono desafiante en su voz.

—No. Arabella hablaría primero del presupuesto y después de las expectativas sobre el producto final. Y de los sentimientos mantiene una distancia de seguridad de al menos tres metros.

—*Producto final* suena como si estuvieras vendiendo una lavadora —apostilló Tyler.— Es verdad. Pero es el lenguaje preferido en Elysium Weddings. Seamos francos: algunas bodas son tan aburridas como un ciclo de lavado a treinta grados, sin importar los millones de dólares que hayan costado —repliqué, ante lo cual Tyler sonrió brevemente.

Por un instante había olvidado por completo la boda de quién se suponía que estaba organizando. Así que obligué a mi pulso a normalizarse. Cuanto antes terminara esta conversación, mejor. Le daría a Arabella toda la información que pudiera conseguir y después caería en un coma que, por casualidad, durara justo hasta que terminara la boda de Tyler.

—Necesito algunos datos para poder poner en marcha la boda —dije.

—¿Por ejemplo? —En sus ojos volvió a brillar ese destello que interpreté como un desafío.

—¿Dónde quieres casarte y cuántos invitados vendrán? —comencé con mi lista de preguntas.

—En el fondo me da igual todo —respondió Tyler encogiéndose de hombros.

Suspiré. —Eres el peor cliente que he tenido nunca. Y eso que una vez organicé una fiesta de los dieciséis para una niña riquísima que insistió en soltar pavos reales vivos en el Waldorf.

Tyler pareció genuinamente impresionado. —¿Lo hiciste?

Suspiré. —Por supuesto. Yo siempre cumplo. Es lo que se espera de mí.

Se reclinó hacia atrás con las manos tras la cabeza, con aspecto satisfecho. —Eso me gusta de ti, Parsley. Eres pragmática.

Sentí que las mejillas se me ponían rojas de nuevo y odié que tuviera ese efecto sobre mí. —Entonces, ¿cuáles son tus preferencias reales? Ubicación, lista de invitados, colores, temática, ¿algo?

Miró al techo como si estuviera consultando a un planificador de eventos imaginario. —¿Cómo sería tu boda? No la que vendes en Elysium Weddings, sino la *tuya*.

Esperé a que dijera algo más, pero Tyler solo me observaba con los brazos cruzados, como si estuviera disfrutando de una broma privada. Intenté ignorar la forma en que sus ojos se posaban repetidamente en mis labios cuando hablaba, o cómo parecía ser totalmente inmune al concepto de espacio personal.

—Bien —dije—. Te sigo el juego. Si esta fuera mi boda, se celebraría en una preciosa iglesia gótica. El vestido sería sencillo: nada de

pedrería ni corsés, pero con una larga cola y encaje. Habría mesas largas, no redondas, porque las mesas redondas obligan a la gente a mantener contacto visual, lo cual es una pesadilla para los introvertidos. La comida sería reconfortante, pero sofisticada, como unos macarrones con queso trufados y mini hamburguesas, y definitivamente nada de ese plato principal de pollo gomoso servido en todas partes. La música correría a cargo de una banda en directo, algo con una orquesta de cuerda, con guitarra y un cantante que sepa cómo animar al público; y el primer baile no sería coreografiado, porque no hay nada más triste que una pareja ejecutando una rutina de TikTok ante sus familiares aterrorizados.

Me detuve para tomar aire. Tyler sonreía más que nunca.

—Por supuesto, habría flores. Nada de rosas, porque no soy una duquesa del siglo XIX, sino quizá flores silvestres o peonías, algo que parezca que podrías haber recogido en un paseo por el campo. La tarta sería de puro chocolate, nada de vainilla, y habría una tarta de repuesto para los alérgicos a los frutos secos, porque vivo con el miedo constante de que alguien sufra un choque anafiláctico en mi boda. —Me di cuenta de que estaba parloteando, pero las palabras seguían brotando de mí—. La ceremonia sería corta, los discursos más cortos aún pero llenos de emoción, y la barra libre estaría abierta toda la noche porque es la única forma de que alguien se ponga a bailar. No habría fotomatón, sino un fotógrafo realmente bueno que supiera captar momentos espontáneos. Y la boda sería privada. Solo mis amigos más cercanos y mi familia, para poder compartir el momento juntos. Y, bueno, creo que eso es todo.

Dejé que el silencio se prolongara, un poco avergonzada. —No es que importe, porque no soy yo la que se casa —concluí, como si los últimos treinta segundos de incontinencia verbal nunca hubieran ocurrido.

Tyler me miró durante un largo rato. Demasiado largo. Entonces regresó su sonrisa pícara y la expresión pensativa desapareció.

—Has pensado bastante en ello, ¿verdad? —preguntó finalmente.

—Alguna que otra vez. —Sentí mis mejillas arder. No solía compartir pensamientos tan íntimos—. ¿Quizá esto te haya ayudado con tu boda? Por favor, dime algo que pueda presentarle a Arabella.

—¿Quieres mi opinión sincera?

—Sí. —Asentí.

—No quiero nada grande, el lugar me da totalmente igual y por mí el juez puede venir solo a que firmemos. Lo importante es que la boda se celebre mañana.

Casi me atraganto con mi propia saliva. —¿Mañana?

—Sí —dijo Tyler, sin fingir siquiera que lamentaba haber ocultado ese detalle tan importante.

Mi cerebro sufrió un cortocircuito. —¿En veinticuatro horas?

Él negó con la cabeza y el alivio me invadió. Al menos hasta que abrió la boca. —Mañana a las diez.

—¿Mañana? Eso es... —Eché cuentas mentalmente—. Eso no es ni un día entero. No se puede planificar una boda en un día. Es físicamente imposible. —Intenté encontrar una respuesta que no fuera solo una serie de vocales presas del pánico—. Estás loco. ¿Lo sabes? No puedes decirle a alguien que organice una boda en un día. Hay una logística. Hay contratos y proveedores y permisos y degustaciones. Solo el vestido... ¿sabes cuánto tiempo se tarda en ajustar un vestido? ¿O simplemente en que te lo envíen? ¿Y qué pasa con las invitaciones, el catering y las flores? No puedes llamar a una pastelería y decir: *«Oye, necesito una tarta de bodas para el amanecer»*. Eso no existe fuera de las películas de Hollywood, e incluso entonces siempre hay un secundario valiente que salva el día

con un favor semilegal. En resumen, lo que esperas de mí es una locura.

No podía decidir si era un genio o un demente, pero en cualquier caso estaba segura de que intentaba volverme loca a mí.

Él extendió las manos. —Eso es lo divertido, ¿no crees?

Dejé mi agenda a un lado y entrelacé las manos para parecer más seria. No es que creyera que eso fuera a cambiar nada.

—Mi definición de diversión es totalmente distinta —repliqué intentando no perder los nervios.

—Bueno, ya conoces mis deseos. Y no hace falta que te recuerde que dijiste que siempre cumples —dijo Tyler—. Mañana, diez de la mañana, aquí en mi despacho. Sin flores silvestres, sin mesas redondas para introvertidos, sin pavos reales.

Lo miré fijamente, a partes iguales desconcertada y fascinada. —Eres imposible.

Él se encogió de hombros. —Pero encantador.

—Eso es cuestionable —dije agarrando mi bolígrafo, insegura de qué anotar.

El silencio creció, agradable e incómodo a la vez. Tyler me observaba mientras garabateaba y finalmente dijo: —¿Siempre eres así de intensa?

Le lancé una mirada. —¿Siempre eres así de pesado?

Él sonrió. —Tengo muchas capas.

—Como una cebolla —rebatí, y él soltó una carcajada.

—O como un tiramisú caro —contraatacó.

No pude evitarlo; yo también sonreí. —Definitivamente no eres un tiramisú.

Él sonrió de nuevo, esa clase de sonrisa que me daban ganas de lanzarle el cuaderno a la cabeza.

Dejé caer el bolígrafo sobre el escritorio. —Tyler, aunque planificara tu boda como quieres —y seamos francos, no tengo nada que planificar, y el depósito astronómico que has pagado era innecesario —, sigue faltando una novia que esté de acuerdo con todo esto. Porque, seamos realistas, si yo fuera tu novia, saldría corriendo lo más rápido posible.

—¿Cómo de rápido puedes correr? —preguntó Tyler con una sonrisa.

—¿Qué? —Su pregunta me confundió.

No respondió de inmediato; en su lugar se inclinó hacia delante, fijando sus ojos en los míos. —Parsley, ¿confías en mí?

—No —dije, casi por reflejo.

Él sonrió como si esperara precisamente eso. —Bien. Eso hace que el asunto sea interesante.

—¿Qué asunto? —Empecé a tener un presentimiento muy malo.

—El asunto de que mañana a las diez te casarás conmigo en mi despacho.

Hasta el próximo cierre de trimestre.

Capítulo 5 – Parsley

KINGSLEY ENTERPRISES, DISTRITO FINANCIERO, NUEVA York, en ese mismo instante.

Hay momentos en la vida en los que el tiempo se detiene. No de esa forma guay de Matrix en la que esquivas balas, sino de una forma bochornosa y estúpida en la que quieres que la tierra te trague, pero no aparece ningún agujero. Ese fue uno de esos momentos. Me quedé allí sentada, limitándome a mirar fijamente a Tyler, que, por cierto, parecía que acababa de rescatar a un gatito de una casa en llamas mientras equilibraba un Old Fashioned en la otra mano. Así. De esa manera tan increíblemente petulante.

—¿Perdona? —Tuve que asegurarme de no haber oído mal—. ¿Quieres que me case contigo? ¿Mañana?

Tyler sonrió y se reclinó relajado, como si acabara de anunciar que el código de vestimenta de hoy pasaba a ser informal. —Exactamente, sería mañana a las diez, sí. Pero soy flexible con el horario.

Estaba segura de que mi cerebro se estaba formateando a sí mismo, pero me obligué a no perder el conocimiento. —Esto no tiene ninguna gracia, Tyler.

—No estoy bromeando —dijo él—. Pensaba que para estas alturas ya resultaba obvio.

Abrí la boca, volví a cerrarla y la abrí de nuevo. Tenía un nudo en la garganta. O mejor dicho, un sapo. Uno bien gordo.

—¿Pero qué demonios está pasando aquí? —Me quedé mirando a Tyler como se miraría a un panda gigante aparecido de la nada en mitad de Manhattan—. ¿Quieres... casarte?

Él levantó las manos como si tuviera que calmar una toma de rehenes. —No. No quiero un matrimonio. Solo quiero que el mundo exterior piense que estoy dispuesto a comprometerme. Por el momento.

—¿Por el momento? —repetí. Mi pulso ya se había ido de viaje con un billete de solo ida.

—Seis meses. Quizá nueve, si eres especialmente convincente. —Sus comisuras se crisparon—. Te prometo que después me divorciaré de forma muy sencilla y serás libre como el viento.

Lo miré fijamente. —Sabes que ante Dios y ante testigos se hace un voto de por vida, ¿verdad? No un *«hasta el próximo cierre de trimestre»*.

Tyler se encogió de hombros. —Pensaba que eras una profesional. Sabes que la mayoría de los matrimonios no duran ni diez años. ¿No has oído hablar de la crisis de los siete años?

—Eso es de un cinismo absoluto —repliqué.

—Eso son estadísticas —objetó él, y a mi cerebro le entraron ganas de imprimirle un gráfico que demostrara que es un caso perdido. Increíblemente atractivo, pero un caso perdido.

Inspiré profundamente, porque de lo contrario mi sistema circulatorio probablemente habría presentado la dimisión. —Así que quieres que... haga el papel de tu esposa. ¿Ante tu familia?

—Principalmente ante Worthington —respondió Tyler.

—¿Quién? —Fruncí el ceño.

—Un socio potencial. Muy conservador, muy tradicional. Pero si hace falta, tendrás que hacer de mi mujer ante el mundo entero.

—¿Necesitas un matrimonio para cerrar un trato?

—Así es. —Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en el escritorio, como si fuera a ofrecer un apretón de manos para sellar aquel acuerdo absurdo—. No te preocupes. Será pan comido. Tú te limitas a ser tan conservadora como siempre y yo despliego mi encanto.

—Qué romántico. —Puse los ojos en blanco y me habrían entrado ganas de estamparme un donut en la cara para amortiguar mis emociones—. ¿Y por qué iba yo a ir en contra de mis principios? ¿Por un punto más en las estadísticas de divorcio y una entrada dudosa en el Libro Guinness de los Récords por la boda más rápida del mundo?

Tyler sonrió como si hubiera estado esperando exactamente eso. —Recibirás un millón de dólares. Netos. En tu cuenta, después de seis meses. Y hasta entonces, una tarjeta de crédito sin límite. Puedes usarla para lo que quieras. Ropa de diseño. Joyas. Vuelos a París si te apetece.

Me quedé sin aliento. — ¿Quieres comprarme? —La cosa iba de mal en peor.

Él sacudió la cabeza, muy despacio. —No. No quiero comprarte. Quiero contratarte.

—Es lo mismo que comprar —respondí con la voz una octava más aguda de lo normal—. No soy una escort a la que alquilas por medio año, Tyler.

—No, no lo eres. Y precisamente por eso te quiero a ti —dijo. Su voz se volvió de repente un poco más seria—. Eres la persona más honesta, leal y... conservadora que conozco. Si alguien puede hacerme parecer un marido modélico desde fuera, esa eres tú.

Aquello sí que era un cumplido para la posteridad. Lo miré como si acabara de caer de otra dimensión.

—Eres increíble —dije—. No puedo creer lo descarado que eres.

—No soy descarado, soy pragmático. Y sé que tú valoras el pragmatismo.

Le lancé una mirada fulminante. —¿Así que pensaste que me lanzarías un millón de dólares a la cabeza y yo firmaría de inmediato cualquier cosa que me pusieras delante?

—En primer lugar, aún no hay contrato. Y en segundo lugar, sabía que no me lo pondrías fácil. Por eso te he hecho venir aquí, para que pudiéramos hablar a solas.

Me levanté, simplemente porque de lo contrario temía tirarlo por la ventana, y desde este piso, eso probablemente sería asesinato.

—Olvídalo —le dije—. No me caso por motivos económicos. Y mucho menos contigo.

—¿Qué te parecen diez millones de dólares? —Arqueó las cejas como si hubiera contado exactamente con esa frase—. No tienes ni idea de lo que te estás perdiendo.

—Oh, creo que sí la tengo —dije con sequedad, y mi cerebro empezó a repasar todos los escenarios imaginables: matrimonio falso, divorcio, mi madre hiperventilando por teléfono y mi padre preguntándose si estoy en un programa de protección de testigos.

Tyler también se levantó, pero guardó la distancia suficiente para que no pensara que iba a volver a besarme de inmediato. Aunque una parte de mí se preguntaba si aquello me habría parecido mal, pero aparté la idea lo más lejos posible. Odiaba lo bien que olía. Odiaba que su camisa siguiera estando impecable a pesar de que me moría de ganas de rociarlo con café.

—Solo es una oferta —dijo Tyler—. Puedes decir que *no*.

—Digo que no. —Me crucé de brazos, aunque sabía que aquello probablemente parecía una postura defensiva—. Y lo digo en serio.

Me dirigí hacia la salida, pero me di la vuelta a mitad de camino. —Eres imposible. Y espero que algún día encuentres a una persona de verdad que te quiera tal como eres. Y que entonces sepas que el amor no tiene nada que ver con el cálculo.

Tyler sonrió con amargura. —No creo en el amor.

—Ese es tu mayor problema —dije, y luego agarré el pomo de la puerta del despacho.

—Puedes tener a quien quieras, Parsley. Eres más inteligente y más guapa de lo que crees —dijo Tyler, y de repente su voz ya no era despreocupada, sino sincera—. Pero te escondes detrás de tu perfeccionismo porque tienes miedo de que, de lo contrario, todos vean lo vulnerable que eres.

Aquello me dolió más de lo que quería admitir. No sabía si quería pegarle a Tyler o besarlo. Probablemente ambas cosas.

—Gracias por el análisis, señor Freud. —Abrí la puerta de un tirón, con tanta fuerza que castañeteó un poco.

—Aún puedes pensártelo —me gritó—. La oferta sigue en pie.

Me di la vuelta una vez más, porque jamás en la vida podría salir de una habitación sin decir una última palabra. —Vete al infierno, Tyler.

Él sonrió. —Solo si vienes conmigo.

Quería marcarme una salida de película, pero había olvidado que la puerta era de tirar, no de empujar, y me choqué con el torso contra ella.

—La puerta tiene truco, ¿verdad? —dijo Tyler, que ni medio segundo después estaba a mi lado, como si se hubiera teletransportado. Su brazo bloqueaba la puerta por encima de mi cabeza, y yo no estaba segura de si quería decirme algo importante o si disfrutaba siguiéndome la corriente para avergonzarme más.

—Gracias, pero puedo abrir la puerta sin ayuda —murmuré, pero mi intento de liberar la puerta fracasó estrepitosamente.

—Ya lo veo —replicó Tyler sonriendo. Estaba tan cerca que sentía su aliento en mi mejilla y de repente recordé de nuevo qué se sentía al estar con él bajo la lluvia. Mejor dicho, qué se sentía al estar sentada desnuda en su regazo mientras fuera la lluvia golpeaba los cristales y dentro el universo se ponía patas arriba.

No quería pensar en ello, pero mi cuerpo no estaba de acuerdo. Me flaquearon las rodillas y odié a mi cuerpo por reaccionar así ante Tyler.

Nuestros labios se acercaron más y más. Ya casi podía notar su sabor en mis labios cuando me estiré hacia él. Solo para que Tyler se retirara en el último momento y sonriera con autosuficiencia.

—Eres tan previsible —dijo Tyler—. Te ha decepcionado que no te besara.

—¿Ah, sí? —pregunté yo, con un tono que era una mezcla de ironía y auténtico desafío—. ¿Tan convencido estás de ti mismo que crees que todas las mujeres están esperando a que tú las beses?

Se inclinó más cerca, con su rostro de nuevo a escasos centímetros. —No todas. Solo las que realmente lo desean. Tú me deseas.

Tragué saliva, mi corazón dio un vuelco. Intenté desesperadamente pensar en cómo reconducir la conversación a un terreno seguro, pero fracasé.

Tyler clavó su mirada en la mía. —Parsley.

—¿Qué? —pregunté, pero me salió más como un susurro.

—Quieres besarme.

—No, no quiero.

Volvió a sonreír y supe que estaba perdida. —Eres una mentirosa pésima.

—Eres realmente insoportable —le dije.

Él enarcó las cejas y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. —Eso hará que nuestro matrimonio sea muy interesante.

—¿Con qué sueñas por las noches? —pregunté; mi voz volvía a sonar estable, pero solo porque me aferraba a mi orgullo.

Tyler soltó la puerta y se inclinó aún más hacia mí. —Sobre todo contigo, intentando borrarme de tu cabeza sin conseguirlo.

Me reí porque no pude evitarlo. —Eso solo lo dices porque es lo que quiero oír.

—No. Lo digo porque es la verdad.

Estábamos ahora tan cerca que por un momento pensé que realmente me besaría. Pero en el segundo en que abrí los labios mínimamente, él volvió a retirarse, como si hubiera estado esperando a que yo fuera la primera en ceder.

—¿Lo ves? —dijo en voz baja—. Sigues queriéndolo.

Le lancé una mirada fulminante. —Eres un imbécil.

—Pero un besador condenadamente bueno —replicó él—. Y lo sabes.

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza. Quería contradecirlo, pero mi cuerpo me abandonó. En su lugar, dije: —Eres peor que los pavos reales en una fiesta de graduación.

Tyler se rió. —Yo siempre soy sincero. Y sinceramente: tú también quieres aceptar la oferta.

Sacudí la cabeza. —No me caso por puro cálculo. —Era la verdad. Lo más importante en mi boda imaginaria, planeada hasta el más mínimo detalle, siempre había sido que en el altar hubiera un hombre que me amara de verdad. Y al que yo amara al menos tanto como él a mí.

—Entonces cásate por venganza. O por lástima. O por diversión. Me da igual. Lo importante es que estés aquí mañana a las diez.

Tuve que contenerme para no besarlo simplemente para demostrar que no era débil. Pero aquello habría sido lo contrario de la fortaleza, y lo sabía. Aun así, el aire entre nosotros estaba cargado de electricidad, como si ambos hubiéramos conectado un cable a una red de alta tensión.

—¿Sabes qué? —dije, y por fin liberé la puerta del atasco—, que te den.

Tyler sonrió satisfecho. —Cuando quieras, pequeña Miss Perfecta.

Le lancé una última mirada, abrí la puerta de un tirón, esta vez en la dirección correcta, la cerré de un portazo detrás de mí y salí disparada al pasillo. Solo para casi chocar con un tipo que parecía haber salido de la misma revista GQ que Tyler. Tenía el pelo negro como un café solo y la expresión de alguien que ya había contratado un seguro de vida a los cinco años. Su traje impecablemente planchado, corbata incluida, sugería que se tomaba el código de vestimenta más en serio que Tyler.

Frené justo delante de él. —Oh. Lo siento.

Él me examinó y luego asintió cortésmente. —No hay problema.

Me di la vuelta una vez más, pero Tyler ya había desaparecido de mi vista.

Caminé hacia el ascensor y pulsé el botón frenéticamente, como si pudiera acelerar la cabina por pura fuerza de voluntad. Mientras llegaba el ascensor, sentí que mi corazón volvía a latir con más calma. Pero la sensación en el pecho persistía. Ya no era solo rabia, orgullo o confusión. Era una chispa que no se dejaba apagar.

Quizá Tyler tuviera razón.

Una parte de mí, una muy, pero que muy pequeña, quería lanzarse a esta aventura. Mi vida era tan estructurada, tan planificada, tan...

aburrida.

Quizá mi resistencia no fuera más que una fachada. Pero preferiría morir por la explosión de un corcho de champán antes que admitírselo ahora.

Y luego, además, tenía que explicarle a Arabella lo que acababa de pasar.

O a mí misma.

La oferta de Tyler seguía ahí y sí, sentía curiosidad.

Pero bajo ningún concepto, nunca, ni en un millón de años, diría que sí.

Fue algo puntual. Nada de "un asunto".

Capítulo 6 – Tyler

KINGSLEY ENTERPRISES, DISTRITO FINANCIERO, NUEVA York, en ese mismo instante.

La puerta de cristal de mi despacho se cerró justo en mis narices, dejando tras de sí un último rastro de su aroma. Lavanda, limón y, maldita sea, algo que olía a hogar, aunque ni siquiera sabía muy bien qué se sentía al tener uno.

Y tenía que rectificar: Parsley Johnson no era solo la mujer más conservadora de todos los tiempos, también era la única persona capaz de salir de mi despacho como si fuera un edificio en llamas y no un templo del éxito más absoluto.

Estaba a punto de disfrutar de mi pequeño momento de diversión, e incluso de servirme otra copa, cuando una silueta inconfundible apareció al otro lado del cristal esmerilado. Si mi despacho fuera un

castillo gótico, Jaxon Knight sería la gárgola huraña apostada fuera, lista para juzgar en cualquier momento. No llamó. Se quedó allí parado, esperando con temple a que yo abriera la puerta, porque sabía que yo también podía verlo a través del cristal.

Abrí la puerta solo un poco, lo justo para que el efecto de mi sonrisa perfectamente ensayada le diera de lleno. —La has perdido por un pelo, Knight.

—Me he dado cuenta —dijo Jaxon con voz seca. Inclinó la cabeza y me clavó esa mirada analítica que siempre daba la impresión de que podía desnudarte y, al mismo tiempo, diagnosticar tu estado mental. No me extrañaba que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, al menos desde la distancia. Porque Jaxon poseía esa aura especial que mantenía a la gente a raya por sistema.

—¿Quién era? Ha salido de tu despacho como si estuviera huyendo de una negociación con rehenes que hubiera salido mal —preguntó.

—Técnicamente —respondí, apoyándome con aire despreocupado en el marco de la puerta—, el rehén era yo. Deberías haber visto sus tácticas de negociación.

Jaxon ignoró mi intento de quitarle hierro al asunto, algo muy típico de él. Miró por encima de mi hombro y recorrió el despacho con la mirada como si esperase encontrar una segunda explosión. —¿Hay alguna razón por la que espantes a las mujeres antes del almuerzo?

—Lo dices como si fuera un pasatiempo —le solté, ensanchando la sonrisa.

—Es que *es* tu pasatiempo —replicó Jaxon sin inmutarse.

—Cierto —admití—. Pero en este caso, se trata de mi prometida.

El azul de sus ojos se volvió inexpresivo, lo cual resultaba impresionante, ya que llevaba años intentando encontrar la emoción

capaz de provocar un cortocircuito en Jaxon Knight. —¿Prometida? ¿Cómo que estás prometido?

Me encogí de hombros y dejé que la palabra flotara en el aire como el globo de helio más caro del mundo. —Algo así.

Parpadeó. Una vez. —¿Algo así?

Hice todo un teatro al estirarme, como si hablar de mi inminente boda antes de comer fuera lo más natural del mundo, fuera real o no. —¿Te acuerdas de tu charlita motivadora sobre Worthington? Esa en la que decías que tenía que parecer más estable.

Jaxon arqueó una ceja. —No me refería a fingir una boda relámpago con una mujer que, evidentemente, quiere matarte.

Sonreí. —Ya cambiará de opinión sobre mí.

—¿Quién es ella? —El tono de Jaxon cambió sutilmente, como si estuviera a punto de interrogar a un testigo y no fuera a parar hasta obtener una confesión.

—Parsley —dije—. Organiza bodas. Además, es posiblemente alérgica a la diversión y, definitivamente, alérgica a mí.

Jaxon asimiló la información. Luego, en voz baja: —¿Has elegido a una organizadora de bodas para tu boda falsa? Eso es una genialidad o una nueva forma de masoquismo.

—No estoy fingiendo nada, la boda es totalmente real. —Dejé que eso flotara en el aire durante un instante solo para ver si reaccionaba—. Quizá se pueda debatir sobre las intenciones. Y sobre el hecho de que aún no ha dicho que "sí".

La comisura del labio de Jaxon tuvo un espasmo, lo más parecido a una sonrisa que era capaz de esbozar. —¿Qué te hace pensar que lo hará? Parecía que quería prenderte fuego.

—Por eso se nota que es ambiciosa —respondí—. Además, no lo hace por dinero, lo cual es un cambio refrescante respecto a las acompañantes habituales.

—Tú tampoco lo haces por dinero —dijo Jaxon, cruzándose de brazos. Me estudió y luego desvió la mirada, como si temiera contagiarse de algo si mantenía el contacto visual demasiado tiempo —. Lo haces por el trato.

Le puse mi mejor cara de *"me has pillado"*. —Culpable.

—¿Sabes lo de Worthington?

—Sí —dije—. O sea, no conoce los detalles, pero le he explicado el plan a grandes rasgos.

La voz de Jaxon era puro escepticismo. —Estás apostando toda tu estrategia a una mujer que, literalmente, ha intentado romper la barrera del sonido al huir de tu despacho.

Sonreí y me pasé una mano por el pelo. —Soy un hombre de riesgos. Es mi estilo.

—Eres un idiota —me corrigió Jaxon, con el afecto propio de alguien que llevaba llamándome idiota desde segundo de carrera.

—Pasa, Jax. —Abrí más la puerta y le invité a entrar con un gesto teatral—. Vamos a abordar esto estratégicamente.

Entró y su mirada viajó del mueble bar al escritorio, pasando por el lugar donde el perfume de Parsley aún dejaba un leve rastro floral en el aire; definitivamente no era su tipo de veneno. No se sentó. En su lugar, se quedó cerca del escritorio con los brazos cruzados.

Me serví un bourbon, solo por guardar las formas. —¿Quieres uno? ¿O sigues con ese rollo del *clean living*?

—Ni siquiera es mediodía. —Jaxon me miró como si acabara de proponerle hacerse un tatuaje.

—En Tokio es casi medianoche —dije, brindando hacia él—. Además, en algún lugar del mundo siempre hay alguien que necesita una copa.

—Pues que se la beba él. Yo me quedo con el agua. —No hizo el menor ademán de reconsiderar la oferta. Así que le di un vaso de cristal con agua, que dejó sobre la mesa sin probar ni una gota.

—Aburrido. Parsley también ha querido solo agua. Como no tenga cuidado, se me van a pegar vuestras costumbres.

—Me lo tomo como un cumplido —dijo Jaxon—. Al fin y al cabo, ese era tu plan.

—No, mi plan es fingir. En la vida se me ocurriría fijar una reunión antes de las nueve de la mañana —le piqué a Jaxon.

—La disciplina no es un signo de debilidad, sino de soberanía —dijo Jaxon—. Pero tú eso no lo sabes, porque equiparas la disciplina con el aburrimiento.

Reflexioné un momento sobre las palabras de Jaxon. Me habría encantado llevarle la contraria, pero tenía razón.

—Tal vez. —Me encogí de hombros.

Jaxon arqueó una ceja, ya que no solía darle la razón a menudo. —De verdad que eres un caso aparte.

Sonreí. —Por eso me necesitas, amigo.

—No lo creo. Yo no soy el que tiene que fingir un matrimonio para cerrar un negocio. —Su tono era tranquilo, pero detecté un rastro de ironía—. Y, por cierto, Worthington nunca te tomará en serio.

Me apoyé en el mueble bar. —Subestimas mi poder de persuasión.

Jaxon sacudió la cabeza. —No, pero tampoco subestimo a Worthington.

—Entonces, ¿qué opinas de la situación en general?

—Opino que estás desbordado —dijo Jaxon—. Y opino que Worthington se dará cuenta en unos dos segundos.

—No si Parsley está conmigo. —Dejé el vaso y me incliné hacia delante—. Es la mujer más recta que he conocido en mi vida. Hace que una monja parezca una corista de Las Vegas. No importa que nosotros... —Me detuve y no terminé la frase. Normalmente no ocultaba mis líos de una noche, pero hablar de la noche con Parsley me resultó, de repente, demasiado íntimo.

Jaxon entrecerró los ojos, porque huelga decir que notó mi microexpresión. —Te has acostado con ella.

—Define *"acostarse"* —evadí.

—Tyler.

—Está bien —dije, levantando las manos en señal de rendición—. Una vez. Fue algo puntual. Nada de "un asunto". Solo algo puntual.

—Y ahora quieres casarte con ella. —La mirada analítica de Jaxon fue demoledora.

—Es un matrimonio de conveniencia, Jax.

—Hace un momento has dicho que el matrimonio sería real.

Maldita sea, Jaxon era como un sabueso. Cuando mordía algo, no soltaba la presa hasta estar satisfecho.

—Ya sabes a qué me refiero. Un matrimonio real sobre el papel, nada más. Un beso aquí, un baile allá. Eso es todo. Pan comido.

Jaxon se frotó el puente de la nariz, como si el dolor de cabeza ya estuviera echando raíces. —Sabes, cuando te dije que pusieras orden en tu vida, no me refería a montar una comedia romántica en tu propio despacho.

—Técnicamente ha sido más bien un drama —repliqué—. Pero con buenos índices de audiencia.

Jaxon cerró los ojos un instante. Luego dijo: —¿De verdad crees que Worthington se lo tragará?

—Comprará cualquier cosa que yo le venda. Por eso él es Worthington y yo soy yo.

Jaxon me miró fijamente durante un buen rato. Luego: —Tienes un exceso de confianza absolutamente insano, Ty.

—Posiblemente. —Me serví otro bourbon, solo por el efecto—. ¿Pero me has visto fracasar alguna vez?

Se quedó callado, lo cual fue respuesta suficiente.

Di un largo trago. —Sabes, podrías creer en mí para variar.

—Lo hago. —Jaxon apretó los labios hasta formar una línea—. Solo que no me convence tu plan.

Dejó que aquello pesara en el ambiente.

Dejé el vaso. —Volverá.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

No respondí de inmediato porque no estaba seguro. No del modo en que suelo estarlo cuando las probabilidades están a mi favor, las

cartas marcadas o el terreno es mío. Pero con Parsley me sentía diferente. Más bien como apostar por un comodín contra el que, en el fondo, querías perder.

—Lo hará —dije, con más convicción de la que sentía. Probablemente estaría haciendo una lista de pros y contras sobre mí en la que los contras ocuparían más espacio que un contrato de alquiler en Manhattan. Pero ese brillo en sus ojos... eso no podía haberlo interpretado mal.

Jaxon me observó un buen rato. Luego, con el más leve de los gestos en la comisura de la boca: —Si no vuelve, iré planeando tu funeral.

—Serías un organizador de eventos pésimo —respondí.

—Pero un excelente portador del féretro.

—*Touché*. —Brindé hacia él sonriendo—. Hablando del tema, ¿no has pensado nunca en relajarte un poco?

Jaxon me miró como si le hubiera sugerido cambiar sus trajes por pijamas. —¿Relajarme?

—Sí, ya sabes, vivir un poco. Presentarte a una reunión sin corbata. Beber bourbon antes de comer. Quizá incluso, no sé, hacer algo temerario.

Se lo pensó un momento. —Lo anotaré en mi agenda.

—Ya, claro.

—Eso es lo que me hace eficiente. —Por fin cogió el agua y dio un sorbo comedido—. Tu estrategia actual consiste en tener una extraña obsesión con una organizadora de bodas que no quiere casarse contigo.

Me apoyé en el escritorio y dejé que mi mirada se perdiera por la ventana.

—No es una obsesión. Y Parsley dirá que sí. —Volví a mirar a Jaxon.

—No dejas de repetirlo. —Jaxon entrecerró los ojos apenas un milímetro—. Pero nunca has dicho por qué lo crees.

Reflexioné. Por una vez, no tenía una respuesta ingeniosa a punto. Podría haber dicho que era por cómo me miraba, o por cómo discutía, o por el hecho de que, incluso odiándome, no podía apartar la vista. Pero todo eso sonaba demasiado blando, y no estaba de humor para sensiblerías. No con Jaxon delante.

—Llámalo corazonada —dije—. O quizá es que simplemente me van los retos.

La boca de Jaxon se curvó, casi en una sonrisa. —Pues al menos eso sí que lo tienes.

Nos quedamos en silencio, algo poco habitual en nosotros. Normalmente llenábamos el aire de sarcasmo, estadísticas y el tipo de bromas que habrían provocado nuestro despido en cualquier departamento de recursos humanos decente.

—Tengo que irme. —Jaxon miró su reloj—. Tengo una llamada pendiente.

—Siempre tienes una llamada.

Sonrió. —Algunos trabajamos.

—¡Auch! —Me llevé la mano al pecho fingiendo dolor.

Se giró para irse, pero se detuvo en la puerta. —Buena suerte, Tyler.

Le resté importancia. —No la necesito.

—Sí, la necesitas. —Su mano ya estaba en el pomo cuando hizo una pausa—. Sabes, la próxima vez que le pidas matrimonio a una mujer, intenta no traumatizarla antes.

—Me lo apunto.

He puesto masa madre en tu guantera.

Capítulo 7 – Parsley

CELESTIAL CAKES, UPPER EAST Side, Nueva York, un poco más tarde.

Solo hay tres lugares en Nueva York donde puedes sufrir una crisis emocional completa sin que nadie te juzgue: el metro, la cola de Trader Joe's un domingo y la cocina de Celestial Cakes, siempre y cuando traigas algo con un alto contenido en grasas. El aire acondicionado de la pastelería funcionaba más o menos tan bien como un niño de tres años tras un subidón de azúcar, y el personal ya había fundido seis versiones de la misma lista de reproducción de Olivia Rodrigo cuando entré, pero aun así me sentía más en casa que en mi propio apartamento.

En teoría no debería estar aquí; técnicamente no debería estar aquí nunca, porque Arabella insistía en trabajar con los proveedores

externos por correo electrónico y teléfono siempre que fuera posible, pero necesitaba ver a mi mejor amiga. Ahora mismo.

Scarlett estaba inclinada sobre una tarta de tres pisos del tamaño de un ternero recién nacido. Sus rizos oscuros solo estaban domados por un pañuelo rosa neón y dos churretes de puré de frambuesa le cruzaban la cara. Estaba aplicando estrellas de crema de mantequilla a lo largo del piso inferior y sus manos se movían con una velocidad y precisión que darían envidia a los ingenieros de la NASA.

Dos de sus pinches, ambos con zapatillas Converse en tonos pastel a juego, libraban una batalla a vida o muerte con un saco de harina de nueve kilos que ya había cubierto de polvo cada superficie disponible, incluido el aire.

En el momento en que entré en la zona de preparación, me golpeó un muro de aromas: vainilla, azúcar caramelizado y mermelada de frambuesa.

Scarlett levantó la vista de su tarta, entrecerró sus ojos color avellana y no movió ni un milímetro la manga pastelera que tenía en la mano.

—Llegas pronto. O tarde. En cualquier caso, nunca apareces en medio del caos a menos que estés al borde de un ataque de nervios. Venga, ¿qué ha pasado? —Se quitó el pañuelo y se limpió las manos, dejando una mancha de mermelada de frambuesa en su delantal.

Abrí la boca, pero toda mi vida pasó ante mis ojos y, en lugar de palabras, emití un sonido que parecía el de una cafetera averiada. —Scar, creo que se me ha roto el cerebro.

Gesticuló con la manga pastelera, lanzando un poco de crema de mantequilla en mi dirección antes de dejarla a un lado. —Te dije que no volvieras a probar ese café con CBD. Te pones como un chihuahua con sales de baño.

—Créeme, con aquella vez tuve suficiente, cuando... espera, esa es otra historia. En fin, no es el café. Es... —Tragué saliva, pero las palabras se me quedaron atascadas a mitad de camino—. Tyler Kingsley me acaba de pedir que me case con él.

Scarlett se quedó petrificada mientras iba a coger una espátula—. ¿El tío de las cejas?

—Cejas, chaqueta de cuero y una sonrisa que vale mil doscientos millones de dólares, sí. —Me dejé caer en un taburete y me arrepentí al instante, porque una nube de harina se levantó y cubrió mi falda—. Quiere casarse. Conmigo. Mañana. A las diez de la mañana. En su despacho.

Scarlett parpadeó una vez, despacio—. ¿He inhalado demasiados vapores de fondant o acabas de decir que quiere casarse contigo mañana?

—Has oído bien. Me ha hecho la propuesta menos romántica de la historia de las propuestas —respondí.

Scarlett procesó mis palabras y soltó un silbido—. Joder, Johnson. Eso sí que ha sido rápido.

Me apoyé la cabeza en las manos—. No es un matrimonio real. Es un acuerdo de negocios. Quiere parecer alguien serio para un inversor de la vieja escuela y cree que tener esposa le hará parecer menos... —Me detuve buscando la palabra adecuada.

Scarlett completó la frase—: ¿Menos sociópata?

—Más como un perro callejero en un catálogo de Brooks Brothers, pero sí. ¿Y lo mejor? Me ofrece un millón de dólares por representar el papel durante seis meses.

—Esto se pone cada vez mejor. ¿A los cuántos milisegundos le has dicho que *sí*?

Sacudí la cabeza—. He dicho que no.

—¡No fastidies! —La cara de Scarlett se contrajo en una mueca—. ¡Dile que sí! Yo me casaría con un mapache por la mitad de eso, y ya sabes lo que opino de esos pandas de la basura.

—Primero, no me estás ayudando. —Le lancé una mirada asesina entre los dedos—. Y segundo, todo el mundo sabe que les dejas comida para gatos a los mapaches en secreto todas las noches.

Scarlett dejó la espátula y me miró fijamente—. Parsley. Cariño. Probablemente ya tenías un plan de vida prenatal y estás preparada para cualquier escenario posible. Incluyendo impactos de meteoritos y ascendencias reales repentinas. Pero tú, querida mía, nunca has dicho que *sí* a nada descabellado. Esta es tu oportunidad de ser un completo gremlin del caos. Haz algo que no estuviera planeado por una vez.

Gemí—. Tú eres el gremlin del caos de las dos. Yo soy la que prepara el botiquín de primeros auxilios para el gremlin del caos y espera a que el desastre siga su curso.

Scarlett asintió con vehemencia—. Exacto. Y esta vez te estaré esperando con un pastel de primeros auxilios. No es que crea que esto te vaya a explotar en la cara. Quiero decir, Tyler Kingsley está más bueno que el pan, es más rico que Dios y te asegura el dinero para el resto de tu vida.

—Scar, es que... ni siquiera sé cómo describirlo. Es como si hubieran destilado a todos los villanos atractivos de la historia, les hubieran puesto una chaqueta de cuero y los hubieran rociado con colonia. Es peligroso. Y tiene una Ducati. ¡A mi madre le daría un síncope si supiera de su existencia!

—Sí, es un bombón. Ya te lo he dicho. —Scarlett cogió un poco de crema de mantequilla del bol casi vacío con una galleta y se la metió en la boca—. ¿Te preocupa enamorarte de él? ¿O enamorarte del

millón de dólares con el que, por cierto, por fin podrías montar tu propio negocio?

Quise decir que ninguna de las dos cosas, pero no pude, porque la verdad zumbaba dentro de mí como una avispa en un buzón—. Me preocupa fastidiarla, que Arabella me mate y arruinar nuestras dos carreras, y entonces tener que volver a casa y trabajar para mi madre en la oficina de la iglesia.

Scarlett resopló tan fuerte que casi se atraganta con la galleta—. Parsley, a tu madre le encantaría. Vosotras dos calzadas con vuestros vestidos camiseros de poliéster a juego, enseñando al coro juvenil a ordenar los himnarios por orden alfabético.

Me estremecí—. Por favor, no. Cualquier cosa menos eso. Eso es una vida demasiado ordenada incluso para mí.

Scarlett se incliná hacia delante y bajó la voz como si la batidora pudiera oírla—. ¿Puedo contarte un secreto?

Asentí, porque era imposible no hacerlo, aunque la mitad de las veces los secretos de Scarlett resultaban ser *«He puesto masa madre en tu guantera»* o *«Te he pedido cita para un tatuaje como sorpresa de cumpleaños»*. Casi siempre decía lo que pensaba y no temía tratar temas incómodos. Aunque fuera a su manera poco convencional.

Scarlett se chupó la frambuesa del pulgar—. Mi familia cree que soy una traidora porque prefiero hacer tartas que lasaña.

Parpadeé—. Pero si en todas las fiestas se comen tus pasteles, Scar.

Se encogió de hombros—. Da igual. He roto el molde de los Russo. Mis hermanos dirigen el restaurante, mis primos están todos en el negocio, y luego estoy yo. La oveja negra llena de azúcar glas.

No pude evitarlo. Sonreí—. Eres la mejor repostera de la Costa Este.

Asintió con aire sabio—. Lo sé. Pero ahí está la clave. Tú y yo... —Dibujó un círculo en el aire—. Somos polos opuestos, pero juntas tenemos sentido. Porque yo nunca planeo y tú nunca te lanzas. Así que tal vez, solo tal vez, deberías decir que *sí* a esa propuesta absolutamente loca y totalmente impropia de Parsley. Solo para ver qué pasa. Por si acaso no se da la improbable situación de que otro multimillonario increíblemente guapo te pida matrimonio.

Mi cabeza daba vueltas—. ¿De verdad crees que debería hacerlo?

—Mi labor de persuasión de los últimos minutos no ha sido precisamente sutil. —Scarlett sonrió—. Si lo odias, siempre puedes divorciarte. Si te encanta, consigues sexo salvaje con el villano y libertad financiera. ¿Dónde está la pega?

Me quedé mirando los pegotes de glaseado en la encimera—. La pega es que ya sé lo que me dice mi instinto.

—¿Y?

—Y me dice que debería decir que *sí* —susurré. Ese era precisamente mi problema. Quería aceptar, pero eso no se parecía en nada a mí. Yo era precavida y reservada. No me lanzaba de cabeza a aguas desconocidas.

Scarlett soltó un grito de júbilo que hizo vibrar las rejillas de refrigeración—. ¡Esa es mi chica! La primera copa después de la ceremonia corre de mi cuenta.

—Solo porque quiera hacerlo no significa que vaya a hacerlo —dije, sin lograr enfriar su entusiasmo ni un poco.

Alguien gritó desde la parte delantera—: ¡Scar, ya ha llegado el pedido! ¡Tres cajas, todas marcadas como urgentes!

Scarlett respondió a voces—: ¡Déjalas al lado de la cafetera, ahora mismo me encargo! —Luego se dirigió a mí—: En serio, Parsley. Te

haré una tarta de bodas y le pondré una Ducati encima. Una de verdad. Ahora te la podrás permitir de sobra.

Parecía tan divertida que casi me echo a llorar—. Scar, ¿y si me explota todo en la cara?

Scarlett me dio un abrazo que por poco me rompe las costillas, dejándome un churrete de frambuesa en la mejilla. —Pues entonces la habrás fastidiado. Ya encontraremos la forma de arreglarlo, como siempre. Con suficiente fondant se puede tapar cualquier problema.

Me fundí en el abrazo y, por primera vez desde que había salido del despacho de Tyler, sentí que podía respirar—. Sabes que a Arabella le va a dar un aneurisma cuando se entere de que el cliente más importante de la historia quiere casarse mañana por la mañana en una ceremonia unipersonal y sin adornos.

Scarlett se separó y sonrió. —Por suerte tienes un desfibrilador en tu cajón de abajo. Solo por si las moscas.

Aunque Scarlett sonreía, sabía que en realidad no le tenía mucho aprecio a Arabella. Scarlett llevaba trabajando para Elysium Weddings casi tanto tiempo como yo, pero a ella la ponían a prueba mucho más a menudo con plazos cortos y caprichos desorbitados. Los pavos reales eran un juego de niños comparados con los deseos de tartas para las fiestas de dieciséis cumpleaños.

Pero Scar dependía de los cheques de Arabella; de lo contrario, tendría que volver a trabajar en el restaurante italiano de sus padres y allí se marchitaría como una peonía sin luz.

Antes de que pudiera decir nada, la puerta de la cocina se abrió de golpe. Arabella entró con fuerza, luciendo un vestido de tubo a medida que gritaba: *«Tengo una agenda secreta y voy a arruinarte con ella»*. Tenía ese tipo de pelo brillante para el que se debería necesitar una licencia.

Miró de Scarlett a la tarta y luego a mí, y sus ojos se entornaron—. Parsley. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en Kingsley Enterprises?

Scarlett se irguió, pero sus ojos se desviaron hacia mí y, por primera vez, no dijo nada. Me levanté, me sacudí la harina de la falda e intenté parecer que tenía una razón legítima para existir.

—Solo estoy consultando con Scar algunos detalles sobre la boda de Kingsley —dije, odiando que se me quebrara la voz al pronunciar la última palabra.

Arabella arqueó una ceja perfecta—. Espero que esté satisfecho, ¿no?

—Eso espero yo también —respondí, sin mencionar el caos que rodeaba a la boda. Preferiría lanzarme al tráfico en hora punta antes que contarle a Arabella lo de la propuesta de Tyler sin estar preparada.

Los labios de Arabella se apretaron—. Lo discutiremos en mi despacho después de que haya terminado de solucionarlo todo con el senador Church. Mientras tanto, intenta no estorbar a Scarlett. Ya tiene bastante trabajo para dar abasto con la demanda.

Vi en la cara de Scarlett que iba a decir algo típico de ella, así que sacudí la cabeza y le lancé una mirada de *«Cállate»*. Arabella siempre era una fiera, pero con ese humor, estabas a un solo pelo fuera de lugar de una catástrofe de proporciones épicas.

—En fin. ¿Está lista la tarta? —La voz de Arabella era tan afilada que se habría podido cortar una tarta nupcial con ella.

Scarlett se limpió las manos en el delantal y giró el soporte del pastel para que la parte decorada quedara frente a Arabella. —Et voilà. Vainilla y frambuesa, tres pisos, cada uno cubierto con...

—¿Frambuesa? —repitió Arabella, moviendo apenas los labios—. Es una broma, ¿no?

La sonrisa de Scarlett flaqueó—. Sí, frambuesas.

—Frambuesa no es lo que quería el senador —le cortó Arabella—. La esposa del senador pidió explícitamente fresa. Fresa, Scarlett. No frambuesa. El senador es una figura nacional, podría entrar en cualquier momento, ¿y tú has decidido no entregar lo que él quiere?

Scarlett intentó mantenerse firme—. Solo es la primera prueba. Además... las frambuesas son rojas y dulces, las fresas son rojas y dulces, nadie va a...

Arabella levantó una mano—. Como termines esa frase, te juro por Dios que te meteré esa manga pastelera tan adentro por la nariz que estarás estornudando lunares durante un mes.

Scarlett cerró la boca y sus ojos buscaron los míos. Deseé haber podido ayudarla de alguna manera. Pero en ese tipo de debates yo era un completo desastre. Si acaso, las réplicas ingeniosas solo se me ocurrían semanas después bajo una ducha larga y caliente.

Arabella rodeó el pastel inspeccionándolo como si fuera la escena de un crimen—. ¿Y esto qué es? ¿Margaritas de crema de mantequilla? ¿No pedí líneas claras y una decoración minimalista? ¿Esto es una tarta o una fiesta de cumpleaños infantil?

Los nudillos de Scarlett se pusieron blancos al agarrar el borde de la encimera—. Puedo arreglarlo. Deme diez minutos.

Arabella chasqueó la lengua de una forma que probablemente habría traumado a cualquiera—. Debí haberlo sabido. Siempre eres tú, Russo. Siempre crees que sabes más que el cliente. —Se dio la vuelta, con la mirada como un láser, y se centró en mí—. Parsley. ¿Por qué sigues aquí? ¿No deberías estar ya haciendo todos los preparativos para la boda de Kingsley?

—Como ya he dicho... —Me alisé la falda y me obligué a sonreír—. He estado consultando con Scarlett las preferencias para el pastel de la boda. El señor Kingsley es muy... minimalista. —Tan minimalista que ni siquiera había pedido una tarta, para ser exactos.

Scarlett, viendo una tabla de salvación, intervino—: Sí, solo quiere un piso, de chocolate, sin ningún diseño. ¿Es que ese hombre es humano?

Arabella ni parpadeó—. ¿Sabes qué tampoco es minimalista? Ser despedida por incompetencia. Si no puedes realizar un encargo sencillo, no puedes trabajar para mí.

Sentí que un escalofrío de pánico me recorría—. Arabella, solo es una tarta. Scarlett puede cambiar la fruta en diez minutos. Y hornearle todas las tartas que haga falta hasta que esté satisfecho, en caso de que esta no le guste. El senador ni siquiera ha llegado todavía.

—No se trata de eso —espetó Arabella—. Se trata de que ambas representáis a Elysium. Cada pastel, cada ceremonia, cada detalle es un reflejo de mí. Y si me hacéis quedar como una idiota ante un senador de los Estados Unidos, no hay segundas oportunidades. —Se volvió de nuevo hacia Scarlett—: Has terminado. Recoge tus espátulas y tus mangas pasteleras y vete.

—Este es mi con... —empezó Scarlett, pero Arabella le cortó la palabra con un gesto tajante.

—Con efecto inmediato.

A Scarlett se le desencajó la mandíbula; las palabras murieron antes de salirle de la lengua. Era alguien que una vez le había dicho a un inspector municipal de Brooklyn que *«le mordiera el cannoli»*, pero ahora solo se limitaba a mirar con ojos vacíos.

No podía soportarlo. Así que hice lo único que se me ocurrió—: No. Eso no es justo. Yo soy la que ha cometido el error. Yo le dije que hiciera la tarta con frambuesas. Seguramente confundí dos pedidos. No tengo ni idea de cómo ha podido pasar. Pero ha sido *mi* culpa. Así que, si tienes que despedir a alguien, despídeme a mí.

Arabella entrecerró los ojos—. No seas melodramática, Parsley. No eres irremplazable.

Mi corazón hizo una rutina completa de gimnasia, pero me obligué a sostenerle la mirada—. Tienes razón. No lo soy. Pero si dejas marchar a Scarlett, pierdes a la mejor repostera de Manhattan.

Scarlett intentó hablar, pero Arabella la despachó con un gesto—. Puedo sustituirla en una hora. Hay cientos de graduados de escuelas de cocina suplicando por una oportunidad en la lista A de Elysium.

A Scarlett le tembló la mandíbula, pero permaneció en silencio. Eso, más que cualquier otra cosa, me demostró lo grave que era el asunto.

Por un momento, Arabella pareció ensimismada mientras miraba la tarta, como si pudiera lanzar láseres por los ojos. Al parecer había reflexionado sobre mis palabras.

Entonces, Arabella se volvió de nuevo hacia mí—. Si quieres sacrificarte por ella, adelante. Despeja tu escritorio para el mediodía. Y deja el expediente de Kingsley sobre mi mesa para que alguien competente pueda hacerse cargo. Este encargo te venía grande desde el principio.

Por un momento, el mundo se quedó en completo silencio. Incluso la cafetera parecía haber dejado de zumbar.

Quise decir algo inteligente, algo que atravesara la armadura de Arabella. Pero no pude. Estaba demasiado ocupada intentando mantener la cara neutral y que no me temblaran las manos.

Scarlett encontró por fin su voz, pero fue un susurro—: Parsley.

Le apreté la mano por debajo de la mesa—. No pasa nada.

Arabella dio media vuelta sobre sus tacones y salió de la cocina con la elegancia de una villana de Bond calzada con unos Louboutin.

La puerta se cerró tras ella y Scarlett soltó un suspiro tan trémulo que podría haber tirado el pastel—. Parsley, ¿por qué has hecho eso?

La abracé, con manchas de frambuesa y todo. —Porque eres la mejor, Scar. Y porque eres mi mejor amiga.

Me devolvió el abrazo, con los ojos empañados pero decididos—. Eres idiota.

—Lo sé.

—Eres tonta de remate. Una *idiota integral*.

Asentí—. Pero soy *tu* idiota.

Ambas empezamos a reír, porque si no te reías, te ponías a llorar, y a mí se me habían acabado los pañuelos y el orgullo por hoy.

Scarlett se separó y se limpió la nariz con el delantal—. ¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros, intentando parecer más valiente de lo que me sentía—. Irme a casa. Verme una temporada de Top Chef y fingir que nunca he oído hablar de Elysium Weddings.

—¿Junto conmigo y mis famosos pastelitos de crema de vainilla? —preguntó Scarlett dándome un codazo.

—Hecho —dije, aunque sentía el pecho como si estuviera lleno de cristales rotos—. Pero los pastelitos de crema de vainilla tendrán que esperar un momento.

Primero tenía que ir a rastras ante mi futuro marido falso y esperar que todavía quisiera casarse conmigo. Porque ya podía oír los ensayos del coro de la asociación de la iglesia de mi madre.

Capítulo 8 – Parsley

KINGSLEY ENTERPRISES, DISTRITO FINANCIERO, NUEVA York, ese mismo mediodía.

Estaba plantada frente a la puerta de cristal esmerilado del despacho de Tyler, sintiéndome fuera de lugar. Pero darle vueltas al asunto y analizar cada posible escenario en mi cabeza no servía de nada. No había nada que pudiera prepararme para Tyler Kingsley. Así que llamé. Silencio. Volví a llamar, esta vez con más fuerza y firmeza.

Tres golpes decididos que contradecían por completo el caos de mi mente. Mi madre habría estado muy orgullosa de mis perfectos modales al llamar a la puerta, justo antes de desheredarme por lo que estaba a punto de hacer.

—La puerta está abierta —la voz de Tyler atravesó la madera con esa irritante seguridad en sí mismo que me daban ganas de darle

una bofetada y... hacer otras cosas con él que prefería no admitir.

Abrí la puerta y entré. Tyler estaba repantingado en su ridículo y enorme sillón de cuero, con los pies sobre el escritorio, y parecía haber sabido durante todo el día que yo volvería. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sus labios se curvaron en esa insoportable sonrisa de suficiencia que hizo que se me encogiera el estómago.

—Sabía que volverías —me restregó por la cara mientras bajaba los pies de la mesa y se levantaba con un movimiento fluido. Seguía estando irritantemente guapo, tal vez incluso más ahora que llevaba las mangas remangadas hasta los codos, como si el concepto de código de vestimenta profesional estuviera por debajo de su dignidad.

—Pareces más satisfecho de lo que mereces —le espeté con voz apagada—. No siempre eres el centro del universo, ¿sabes?

—¿Ah, no? —su sonrisa se ensanchó mientras rodeaba el escritorio y se apoyaba en él, cruzando los brazos sobre el pecho—. Porque todo apunta a que estás en *mi* despacho, probablemente para aceptar *mi* oferta de convertirte en *mi* esposa, por lo cual te pagaré con *mi* dinero.

Di un paso al frente. —No lo hago por el dinero. —Las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas, y al instante me di cuenta de lo ridículas que sonaban—. Quiero decir, lo hago por el dinero, pero no porque quiera ser una especie de esposa trofeo de un millonario. Necesito el dinero por... otros motivos.

Tyler ladeó la cabeza y me observó con una atención inesperada. —¿Cómo cuáles?

Abrí y cerré la boca como un pez fuera del agua. No iba a contarle que me acababan de despedir por defender a mi mejor amiga de un jefe sociópata. Eso me haría parecer aún más desesperada de lo que

ya estaba, y Tyler Kingsley era la última persona del mundo ante la que quería mostrarme vulnerable.

—Motivos personales —dije finalmente, levantando la barbilla—. Que no te incumben.

Asintió despacio y, por un momento, vi algo en su expresión que podría haber sido respeto. Pero desapareció tan rápido que tal vez solo me lo había imaginado.

—Como quieras —dijo, señalando la silla frente a su escritorio—. Me da igual por qué hayas aceptado, Parsley. Lo que importa es que estás aquí y que estás dispuesta a interpretar tu papel como mi esposa.

Me senté y me alisé la falda con manos nerviosas. —A propósito. ¿Cómo va a funcionar exactamente este matrimonio? Porque, hasta ahora, solo me has dado un calendario vago y una promesa de dinero, lo cual no es precisamente una hoja de ruta detallada.

Tyler regresó a su silla y se recostó con esa elegancia desenfadada que hacía parecer que había nacido en muebles de cuero caros. —Es muy sencillo. Finges que me encuentras irresistible, sonríes en los momentos adecuados y el resto saldrá solo.

Lo miré incrádula. —¿Ese es tu plan? Eso no es un plan, es una ilusión y una súplica envueltas en delirios de grandeza. Necesitamos parámetros concretos, plazos, expectativas. Ya sabes, esos pequeños y aburridos detalles que hacen que un proyecto realmente funcione.

—¿Tan difícil te resultaría? —preguntó él, con la voz más grave.

—¿El qué sería tan difícil?

—Encontrarme irresistible. Y así, en los momentos oportunos, simplemente dejarte llevar por lo que inevitablemente acabará

pasando. —Sus ojos se clavaron en los míos y algo eléctrico saltó entre nosotros.

Sentí el calor subirme por la nuca al darme cuenta de que me acababa de tender una trampa verbal. Por supuesto, Tyler convertiría esto en una especie de juego. En muchos aspectos, Tyler era todavía un enigma para mí, pero había algo que sabía con certeza: le encantaba verme sufrir. Y lo peor era que ni siquiera podía decir que se equivocaba. Realmente me parecía atractivo, de esa forma en que un tornado puede resultarte atractivo justo antes de que destruya tu casa. Era devastador y peligroso, y el polo opuesto de la vida organizada y predecible que yo me había construido.

—Yo... eso no es... —balbuceé, odiando lo fácil que le resultaba desconcertarme—. ¿Podemos centrarnos en el problema real, por favor?

—¿Te pongo nerviosa, Parsley? —Tyler se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio—. Porque no hay nada de lo que avergonzarse. A la mayoría de las mujeres les parezco bastante atractivo. No es nada del otro mundo.

—Eres imposible —murmuré, tironeando de mi blusa solo para tener algo que hacer con las manos—. ¿Podemos hablar de las condiciones contractuales de este acuerdo? ¿Como adultos?

—Por supuesto —respondió, pero sus ojos seguían brillando de diversión—. Soy todo oídos, señorita Johnson y futura señora Kingsley.

—De acuerdo, entonces vamos a revisar el contrato —dije—. Por favor, que esté todo por escrito y sin trucos.

Tyler hizo una breve pausa en la que se limitó a mirarme, haciendo que se me disparara el pulso.

—El contrato es muy simple. Haces el papel de mi esposa durante seis meses. Me acompañas a todos los eventos sociales, apareces en las fotos, estás presente cuando yo esté. Tras el divorcio, recibirás un millón de dólares. Y durante nuestro matrimonio, tendrás una tarjeta de crédito sin límite.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Sin condiciones secundarias, sin cláusulas tipo *Cincuenta Sombras de Grey*, sin contratos antiguos sellados con sangre?

Tyler me miró más serio de lo que me habría gustado. —Solo si tú quieres.

Me puse roja. —Muy gracioso.

Saqué mi libreta para escapar de la mirada de Tyler y la abrí. Por supuesto, había tomado notas, porque nunca iba a una reunión sin prepararme.

Pero concentrarme era casi imposible mientras Tyler me observaba con tanta atención. Su mirada parecía grabarse a fuego en mi piel. Y la tensión en el aire, que no tenía nada que ver con nuestro contrato, sino con aquella noche bajo la lluvia...

No. Me di una bofetada mental. Tenía que controlarme. Esto era un negocio, nada más. Un encargo. Un cliente. Fin de la historia. El hecho de que nos hubiéramos acostado una vez era irrelevante. El hecho de que a veces me despertara tras soñar con esa noche era doblemente irrelevante.

—Vale —dije, forzando mi voz para que sonara profesional—. ¿Qué clase de esposa quieres que sea, aparte de encontrarte ‹irresistible›? —Hice el gesto de las comillas con los dedos.

La sonrisa de Tyler se hizo aún más amplia. —Estás mona cuando intentas ser profesional.

—No intento estar mona, intento entender en qué me estoy metiendo —repliqué, golpeando la libreta con el bolígrafo—. Porque, a diferencia de ti, yo no salto al abismo sin un plan.

—A diferencia de ti, yo no asfixio cada momento planeándolo hasta la muerte —me espetó Tyler, aunque su tono seguía siendo ligero.

Nos miramos fijamente por encima del escritorio; el aire entre nosotros casi chispeaba por... algo. ¿Frustración? ¿Atracción? ¿Ambas? No sabría decirlo, pero una cosa tenía clara: mantener la concentración cerca de Tyler Kingsley iba a ser la parte más difícil de todo este trato de matrimonio falso.

—De verdad tenemos que centrarnos en el plan de la boda —dije, intentando reconducir el tema. La siguiente página de mi libreta estaba vergonzosamente vacía, salvo por un único punto que decía *‹No entres en pánico›* con tres subrayados. No era precisamente el enfoque organizado que había planeado mientras venía hacia aquí.

Tyler se recostó en su silla y el cuero crujió suavemente bajo su peso. —Mi oferta no ha cambiado en los últimos cinco minutos. Un millón de dólares al finalizar nuestro divorcio, más una tarjeta de crédito durante nuestra felicidad conyugal. Úsala para lo que quieras: ropa, viajes, cafés ridículamente caros. Me da igual.

La naturalidad con la que lanzaba esas cifras me hacía dar vueltas la cabeza. El mes pasado me había estresado por una diferencia de veinte dólares en mi factura de la luz, y aquí estaba él, poniendo un millón de dólares sobre la mesa como si fueran las monedas que te encuentras entre los cojines del sofá.

Me pasó la tarjeta de crédito por el escritorio. Era de metal pesado y reflejaba la luz como un cuchillo afilado.

—No sé si quiero esto —dije, devolviéndosela—. No quiero transmitir ese aire de *sugar baby*.

—No tienes por qué usarla —dijo Tyler—. Pero ahí la tienes por si la necesitas.

Observé la tarjeta. Me parecía un artefacto explosivo que, si se usaba mal, haría saltar por los aires mi autoestima.

—Primero deberíamos hablar de mis condiciones, que han de incluirse en el contrato —dije, intentando sonar firme a pesar del ligero temblor de mi voz.

Tyler arqueó una ceja, divertido. —Soy todo oídos, *casi señora Kingsley*.

—En primer lugar —empecé, contando con los dedos—, nada de besos en público sin previo aviso.

—Te lo recordaré —respondió Tyler guiñándome un ojo. Fingí que no había oído su comentario.

—En segundo lugar, nada de boda por la iglesia. —Mantuve su mirada, asegurándome de que entendía lo importante que era este punto para mí—. No voy a mentir ante Dios. Esto no es un matrimonio real y no voy a fingir que lo es. —Intuitivamente, mi mano se dirigió a la cadena de mi cuello, de la que colgaba una pequeña cruz.

—Está bien. —Tyler asintió, sorprendentemente sin burlarse de mis creencias—. Por lo civil es más rápido de todas formas.

—Además, me gustaría que no fuera algo mediático —continué—. Nuestro matrimonio debe parecer lo más aburrido posible. No quiero que mis padres se enteren por algún artículo de periódico. Se quedarían destrozados si descubren que les he engañado. —Hice una pausa y entrelacé los dedos sobre el regazo—. Son muy... tradicionales. Si supieran que me caso, y encima de esta manera... Sin mi padre llevándome al altar y sin mi madre ensayando canciones con el coro de la iglesia... Se les rompería el corazón. Y

por si fuera poco, no estoy preparada para explicarle a mi madre por qué me caso con un hombre al que apenas conozco, por motivos que no tienen nada que ver con el amor.

—¿Eso es todo? —preguntó Tyler, pareciendo sinceramente curioso en lugar de impaciente.

—No. —Negué con la cabeza—. Por favor, avísame con al menos una semana de antelación antes de arrastrarme a cualquier gala benéfica o fiesta de empresa, para que pueda prepararme.

Me miró fijamente durante un buen rato. —Son bastantes exigencias.

No tuve que pensar ni un segundo lo que iba a responder. —A cambio obtienes una esposa aburrida con gran capacidad de organización que no te llevará a la ruina.

—Trato hecho. —Tyler me sonrió—. ¿Eso es todo, entonces?

—Sí. —Asinté. Luego negué con la cabeza—. Espera, una cosa más. El pastel de bodas.

—¿El pastel?

No pude evitar que una pequeña sonrisa asomara a mi rostro ante su expresión de sorpresa. —¿Qué pasa? Si voy a hacer esto, al menos quiero un pastel. Que, por cierto, ya está encargado. O algo así. De chocolate, sencillo y sin adornos, con una pequeña Ducati encima.

Durante un momento, Tyler me miró como si fuera la primera vez que me veía de verdad. No solo como la estirada organizadora de bodas que había entrado en su órbita. Entonces soltó una carcajada genuina, sin rastro de burla. —Un pastel con una Ducati. Poco convencional.

Rebuscó en el cajón de su escritorio y sacó una tarjeta de acceso, que colocó junto a la tarjeta de crédito. El plástico emitió un ligero sonido al rozar la madera.

—Con esta tarjeta puedes pasar los controles de seguridad de Kingsley Enterprises y también entrar en mi casa. Ya han informado de tu presencia a los conserjes y al personal de seguridad. No deberías tener problemas.

Me quedé mirando la tarjeta de acceso como si fuera a explotar en cualquier momento. —No tengo por qué vivir contigo, tengo mi propio piso.

—Un matrimonio solo es real si el marido y la mujer viven juntos, Parsley —replicó Tyler en tono práctico—. Tenemos que hacer que esto parezca real. Además, puede que te necesite en horarios poco habituales. Cuanto más cerca estés, mejor.

Se me secó la boca. No había sopesado las implicaciones de un matrimonio falso más allá de la ceremonia. Vivir con Tyler, verle todos los días, compartir espacios, fingir ser una pareja a todas horas... de repente todo me pareció de una intimidad imposible.

¿Pero qué más podía hacer? Tyler tenía razón.

Suspiré, mientras la derrota caía sobre mí como una manta pesada. —Está bien. Pero solo después de la boda. No me mudaré hasta que estemos oficialmente casados. —No podía creer que estuviera diciendo esas palabras tan en serio.

—De acuerdo. —Tyler asintió, con un toque de satisfacción en la comisura de los labios—. ¿Así que estamos de acuerdo?

—Supongo que todo está aclarado —respondí, intentando no sonar tan resignada como me sentía—. Aclarado de una forma sumamente insatisfactoria, porque no hay contrato firmado, pero aclarado al fin y al cabo.

—Ya verás cómo pronto te relajas —dijo, y la seguridad en su voz hizo que me entraran ganas de lanzarle algo—. La mayoría de la gente considera imposible mantener esa rigidez mucho tiempo estando cerca de mí.

—Tal vez se te pegue algo de mí y te vuelvas un poco más predecible —le espeté—. Solo para equilibrar las cosas. Ya sabes, dejar de tomar decisiones que te cambian la vida por puro capricho. O algo tan loco como usar una agenda.

—No digas tonterías, Parsley —respondió Tyler, con un tono burlón.

Me levanté, recogí mis cosas y guardé mi libreta. Con dedos temblorosos, cogí la tarjeta de acceso y la deslicé en mi bolso. No toqué la tarjeta de crédito. Aceptar su dinero antes siquiera de estar casados me hacía sentir como si me estuviera vendiendo. De esa forma retorcida e inmoral.

Tyler también se levantó y rodeó el escritorio para acompañarme a la puerta.

Debo admitir que ese simple gesto me descolocó, y creí que Tyler lo hacía a propósito. No era por cortesía ni por cálculo, no era un caballero. Era de ese tipo de hombres que roban whisky a escondidas con las mujeres y les susurran cosas al oído hasta que ya no pueden resistirse.

—Hablo en serio —le dije—. Un poco más de firmeza no te vendría mal.

—No digas tonterías, Parsley —dijo, acercándose tanto que pude oler su colonia, algo caro y con notas amaderadas que me recordó a aquella noche bajo la lluvia—. Los dos sabemos que eso no es lo que quieres de mí.

El aire entre nosotros volvió a cambiar, cargado con la misma electricidad que había sentido antes. Era como estar demasiado

cerca de un pararrayos durante una tormenta, peligroso y emocionante a la vez. Sabía que no podía permitirme volver a flaquear ante Tyler. No si quería sobrevivir a los próximos seis meses con el corazón intacto.

Pero algo en su amenaza sonaba tan tentador que quise seguir desafiándolo. ¿Quién era el Tyler que no decidía por instinto, sino que era calculador y controlador?

—Debería irme —logré decir, con la voz vergonzosamente ronca y sintiendo un vuelco en el estómago.

Hay un tipo específico de náusea que acompaña a la desesperación. No es la *variante de virus intestinal* ni la *del tipo resaca de tequila*, sino esa clase única y existencial que te golpea cuando te acaban de despedir y acabas de firmar un pacto con el diablo.

—Te veo mañana —respondió, sin apartar la vista de mí.

—A las diez. Estaré aquí puntual —dije, aferrándome a lo único que podía controlar con seguridad. Mi puntualidad.

Con una inspiración profunda, di un paso atrás y rompí el hechizo que había caído momentáneamente sobre nosotros.

Capítulo 9 – Tyler

ASTOR CLUB, CENTRAL PARK West, Nueva York, esa misma noche.

Lancé otra ficha al bote central, más por aburrimiento que por confianza en mi mano, y observé cómo Dominic comprobaba sus cartas por cuarta vez en dos minutos. Era evidente que todavía arrastraba el cansancio del viaje apenas regresado de su luna de miel.

—¿Tienes pensado mover ficha en lo que queda de siglo, Dom? —le pregunté, agitando lo que quedaba de mi bourbon—. ¿O sigues con el horario de las islas?

Dominic alzó la vista hacia mí con esa típica expresión de fastidio de los Kensington antes de recuperar su calculada neutralidad. —Algunos de nosotros sí que pensamos antes de actuar, Tyler.

—Suena agotador —respondí con una sonrisa burlona.

Alexander dejó sus cartas boca abajo y se reclinó en su sillón de cuero, con una sutil mueca de diversión en la comisura de los labios. —Dos semanas en las Maldivas y se te ha olvidado cómo marcarte un farol. El matrimonio ya te ha ablandado, Dom.

—Es solo el jet lag —murmuró Dominic, lanzando finalmente sus fichas—. Igualo.

Jaxon, que había estado calculando en silencio las probabilidades de ganar, como hacía siempre, apostó la misma cantidad sin siquiera pestañear. —Debo decir que se te ve sorprendentemente relajado. Dos semanas sin supervisar el mercado equivalen a casi veinte años como CEO. Yo en tu lugar no estaría tan tranquilo.

—Veinte años de CEO es ser generoso —intervino Ryder, dejando sus cartas con un chasquido exagerado—. Solo los mercados chinos deben de haberte costado al menos treinta. Te has perdido por completo el desplome de Shanghái.

La mandíbula de Dominic se tensó. —Estaba al tanto de la situación en Shanghái y reaccioné en consecuencia. Llevaba mi tableta conmigo.

—¿Durante vuestra luna de miel? —Solté un silbido bajo—. Seguro que a Juniper le encantó el detalle.

—Estaba durmiendo —dijo Dominic en tono defensivo, aunque sus ojos delataban un atisbo de culpa—. Y que conste que no me arrepiento de ni un solo minuto de esas dos semanas. —Hizo una pausa y su expresión se suavizó casi imperceptiblemente—. Pero sí, yo también me alegro de estar de vuelta en Nueva York. De vuelta al trabajo. De vuelta a la normalidad.

—De vuelta a perder dinero contra mí —añadió Alexander, mostrando su full y arrastrando el bote hacia su ya impresionante montón de fichas.

El póker de cuatros de Dominic aterrizó sobre la mesa un segundo después, y el gemido que recorrió nuestro círculo fue unánime cuando reclamó las fichas con una sonrisa de satisfacción.

—Parece que el matrimonio no ha entorpecido todos tus sentidos —admitió Ryder, cogiendo la baraja para repartir la siguiente mano.

Me levanté, pasé junto a las estanterías de vino repletas de botellas de cosecha y me serví otro bourbon. En el Astor Club disfrutábamos del privilegio de una sala privada. Sin otros clientes, sin camareros escuchando, solo nosotros y unas cuantas rondas de póker.

—Bueno —dijo Dominic mientras Ryder repartía cartas nuevas por la mesa—. ¿Qué hay de nuevo por vuestra parte? Ya me he cansado de ser el centro de atención.

La pregunta cayó en medio de la mesa como una granada sin explotar. Parecía inofensiva, pero aun así hizo que todos se removieran en sus asientos. Alexander cogió sus cartas con una concentración deliberada. Ryder, de repente, se quedó fascinado ordenando sus fichas por colores.

—Poca cosa —dijo finalmente Alexander con una calma evasiva—. Knight Innovations está superando las previsiones, pero eso es mérito de Jaxon.

Jaxon, que estudiaba su nueva mano con intensidad, como si fueran códigos de lanzamiento nuclear que debiera descifrar, se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

Dominic entrecerró los ojos. Su capacidad innata para oler las tonterías se había visto reforzada por años de negocios de alto riesgo. —¿Qué ha sido eso, Jax?

—¿Qué ha sido qué? —preguntó Jaxon con un tono tan monótono que hasta yo me di cuenta.

—Ese carraspeo. Tú nunca te aclaras la garganta a menos que estés a punto de soltar una bomba o de destrozar el plan de negocio de alguien.

—Solo tengo la garganta seca —replicó Jaxon, tomando un sorbo pausado de su bourbon—. Este bourbon es excepcionalmente seco.

—Es bourbon de Kentucky, no el Sáhara —respondió Dominic, con la atención ya totalmente desviada de sus cartas—. Suéltalo ya.

La mirada azul gélida de Jaxon se desvió brevemente hacia mí, un indicio microscópico que solo noté porque llevaba años jugando al póker con él. No me delataría, pero tampoco mentiría por mí. La clásica *neutralidad moral de Jaxon*.

No pude contener la sonrisa que se extendió por mi rostro. —Jaxon probablemente solo estaba intentando encontrar una forma delicada de mencionar que voy a casarme.

La reacción fue todo lo que esperaba. El montón de fichas de Ryder se derrumbó cuando su mano se quedó paralizada en medio de la ordenación. Los rasgos perfectamente controlados de Alexander delataron una genuina sorpresa durante una fracción de segundo. Y Dominic, recién llegado de su propia luna de miel, me miró como si acabara de anunciar que iba a hacer voto de castidad.

—¿Vas a qué? —preguntó Dominic frunciendo el ceño.

—Voy a casarme —repetí, disfrutando del raro momento de haber dejado sin palabras a todos los ex alumnos de Sigma Dominus—. Mañana a las diez en mi oficina.

—Eso es broma —dijo Ryder sin emoción alguna, no como una pregunta, sino como una afirmación de lo que, según él, debería ser la verdad.

Me encogí de hombros y lancé una ficha al centro. —Subo veinte.

—No puedes soltar un *«voy a casarme»* y subir veinte así como así —dijo Alexander, recuperando la compostura mientras igualaba mi apuesta—. Detalles. Ahora.

—En realidad no es para tanto —dije, reclinándome en mi sillón con fingida despreocupación—. Básicamente es un trámite comercial. Un paso necesario para asegurar el trato con Worthington.

—¿El importador de vinos? —El cerebro empresarial de Dominic ya estaba atando cabos—. ¿El que tiene esa cartera inmobiliaria a la que llevas tiempo echándole el ojo?

—Ese mismo —confirmé—. El viejo Harold es extremadamente tradicional. Ni siquiera consideraría vender a alguien que no sea, y cito textualmente, *«un hombre de familia con un carácter sólido»*.

—Así que te casas por conveniencia para impresionar a un empresario conservador —dijo Ryder, con un tono a medio camino entre la diversión y la incredulidad—. Es la cosa más típica de *Tyler Kingsley* que he oído nunca.

—Gracias —dije con fingida sinceridad—. Intento ser fiel a mi marca. ¿Jugamos al póker o vamos a analizar mis decisiones vitales? Porque una de esas actividades implica que os quite vuestro dinero, y esa me gusta especialmente.

Pero nadie estaba dispuesto a dejar el tema, y menos Dominic, que me miraba con una expresión que sugería que me podría haber salido una segunda cabeza durante su ausencia.

—¿Quién ha aceptado casarse contigo, para empezar? —preguntó con auténtico asombro en la voz.

—Una mujer diseñada para impresionar a Worthington —respondí con vaguedad—. Ahora, retiraos o igualad, caballeros. Este bote no se va a ganar solo.

Pero al mirar alrededor de la mesa a mis amigos de siempre, supe que el póker era lo último en lo que estaban pensando.

Ryder fue el primero en recuperarse y volvió a mirar su mano. Como si el movimiento mecánico pudiera reordenar también sus pensamientos. Sus ojos oscuros se entrecerraron mientras repartía la siguiente mano. Conocía esa mirada. Era la misma que ponía antes de destrozar a oponentes engreídos en la sala de juntas. La misma que, en más de una ocasión, había precedido a la aniquilación total de mis propuestas de negocio a medio cocinar en nuestros días de universidad.

—¿Así que simplemente sueltas un *«me caso mañana»* y esperas que pasemos a otra cosa? —preguntó Ryder con una voz engañosamente casual—. Eso no va a pasar, Kingsley. Quiero detalles. Todos.

Recogí mis cartas y las ordené con absoluta indiferencia. —Realmente no hay nada que contar. Es un medio para un fin.

—Un medio para conseguir la empresa de Worthington —repitió Dominic de nuevo lo evidente. Al hacerlo, estudiaba las cartas que tenía en la mano con tanta intensidad como si pudieran contener una respuesta a mi obvia locura.

—Exacto. —Lancé mi apuesta—. Y antes de que le demos vueltas por centésima vez: sí, lo que de verdad me interesa son los inmuebles, no el negocio de importación. Y sí, el vino es un extra agradable que apenas me importa. ¿Podemos dejarlo ya de una vez?

—¿Y de verdad crees que un matrimonio lo convencerá? —preguntó Alexander en un tono que sugería que, en el mejor de los casos, consideraba todo el plan dudoso.

—Jax cree que funcionará —respondí, asintiendo hacia Jaxon—. Él fue quien lo sugirió.

Los labios de Jaxon se apretaron en una línea fina. —Eso no es del todo cierto.

—Sugeriste que necesitaba una esposa para impresionar a Worthington —rebatí.

—Sugerí que te beneficiaría proyectar una imagen de estabilidad —aclaró Jaxon, aumentando la apuesta con un montón de fichas—. No que debieras lanzarte a un matrimonio legalmente vinculante con alguien a quien no conoces.

—Semántica —dije, restando importancia a sus objeciones con un gesto—. El resultado final es el mismo.

—No, realmente no lo es —insistió Jaxon. Me fijó con esa mirada penetrante que habría hecho que innumerables abogados contrarios se desmoronaran en el estrado—. Pero ahora ya no hay marcha atrás.

Dominic dejó sus cartas, abandonando cualquier intención de seguir jugando. —Llevo dos horas de vuelta de mi luna de miel y ya están sonando las siguientes campanas de boda.

—No te preocupes —le interrumpí—. No hace falta que aparezcas mañana por la mañana en mi oficina. No necesito invitados. Al fin y al cabo, no es una boda de verdad.

—Es un contrato legalmente vinculante —me corrigió Jaxon.

—Por unos meses —aclaré—. Luego un divorcio de mutuo acuerdo y cada uno obtiene lo que quiere.

Alexander me sorprendió al dejar también sus cartas y alzar su copa en un brindis fingido. —Bueno, aun así, felicidades, Tyler. Que tu breve incursión en el matrimonio sea rentable, aunque no sea especialmente romántica.

Le devolví el gesto con mi propia copa, agradeciendo su seca aceptación más que el escepticismo de los demás. —Gracias. Sabía que podía contar con al menos uno de vosotros para reconocer el sentido comercial de este acuerdo.

—Sigo dándole vueltas a quién es esa pobre mujer —dijo Dominic, inclinándose hacia delante—. ¿De dónde has sacado a alguien dispuesto a aceptar semejante trato?

Sonreí, disfrutando del momento quizás un poco más de la cuenta. —¿Te acuerdas de tu boda, Dom? ¿La organizadora?

Los ojos de Dominic se abrieron de par en par al comprenderlo. —¿En serio?

—Sí —confirmé—. Organizadora de bodas por excelencia y mi cómplice en el robo del bourbon.

—¿Habéis robado bourbon en mi boda? —preguntó Dominic, distraído por un momento.

—Céntrate, Dom. El caso es que Parsley Johnson es pragmática, organizada y exactamente el tipo de mujer que convencerá a Worthington de que no soy el playboy irresponsable que pintan los medios.

Ryder soltó un silbido bajo. —Nada mal.

Dominic sacudió la cabeza, atónito. —¿Parsley, de verdad? Esa mujer preferiría comer cristales antes que romper una norma, y mucho menos robar bourbon o fingir una boda. ¿Cómo demonios la has convencido para participar en este plan?

Me encogí de hombros. —Puedo ser muy persuasivo.

—O ella está desesperada —intervino Jaxon con aire despreocupado.

Le lancé una mirada, pero no me molesté en responder.

—¿Entiende ella realmente en lo que se está metiendo? —insistió Jaxon, con tono controlado, pero sus ojos revelaban una preocupación genuina—. Porque, por lo que he visto, no parece ser tu tipo habitual.

—No —admití sin rodeos—. Pero ya se irá dando cuenta. ¿Y quién sabe? Quizás mi pequeña Miss Perfecta hasta se divierta un poco.

Había olvidado por completo las cartas que tenía en la mano. Dos reyes y basura; una metáfora adecuada para mi situación actual. Una parte de escalera real y otra parte de farol total.

—¿Y entiendes tú en lo que te estás metiendo? —continuó Jaxon, empujando sus fichas hacia delante en una subida que resultaba más simbólica que estratégica—. Nunca te has acostado dos veces con la misma mujer, y mucho menos has convivido seis meses con una. Sabes de sobra que tu visión de futuro apenas llega del desayuno a la comida.

Había una verdad incómoda en sus palabras que no quería analizar demasiado. La relación más larga que había tenido nunca había sido con mi Ducati, e incluso esa había pasado por varios intercambios a lo largo de los años.

—Seis meses pasarán volando —dije con más confianza de la que sentía—. Y no es que vayamos a vivir en un estudio. Mi ático tiene espacio suficiente para que dos personas puedan evitarse durante medio año.

—Si tú lo dices —dijo Jaxon, claramente poco convencido.

—Por cierto, deberías venir mañana —le dije a Jaxon—. Necesito un testigo.

Se detuvo. —¿Un testigo? ¿Para tu boda falsa?

—Como tú bien has dicho, para mi boda legalmente vinculante. —Tomé un sorbo de bourbon—. Falsa o no, alguien tiene que dar fe. Y como fuiste tú quien me dio la idea, lo justo es que te mojes conmigo.

—Y yo que pensaba que me lo pedías porque somos mejores amigos —dijo Jaxon tras un momento—, pero eso sería absurdo.

Había una punzada en su voz que atravesó mi cuidadosamente construida indiferencia. Jaxon Knight rara vez mostraba emociones, pero cuando lo hacía, tenía la fuerza de un tsunami.

Le sostuve la mirada directamente y abandoné mi sonrisa habitual por algo más sincero. —Sabes perfectamente por qué te lo pido a ti, Jax.

El miedo no entiende de racionalidad.

Capítulo 10 – Parsley

KINGSLEY ENTERPRISES, DISTRITO FINANCIERO, NUEVA York, a la mañana siguiente.

Una sensación extraña se extendía por la boca del estómago. No eran los nervios típicos de una boda, esos en los que te preocupa tropezar al caminar hacia el altar o tener carmín en los dientes. No, aquello era ese miedo especial de preguntarse si el hombre que, esencialmente, te había contratado como esposa falsa se había olvidado de la cita. Había llegado a Kingsley Enterprises una hora antes, pero cuando dieron las 9:57 y Tyler seguía sin aparecer, consideré seriamente si el universo me estaba dando una última oportunidad para salir corriendo y salvar mi vida.

¿Qué probabilidades había de que mi falso prometido me dejara plantada en el altar de su propia boda falsa?

Me alisé el vestido color crema por decimoséptima vez. No era un vestido de novia, ya que me había negado a llegar tan lejos en esta farsa. Pero era lo suficientemente elegante como para que nadie cuestionara si era apropiado para una boda civil. Un dobladillo conservador, un escote discreto y detalles de encaje delicado con los que mi madre habría dado su visto bueno, si supiera que me casaba hoy. Cosa que, por cierto, no sabía en absoluto, porque esta no era una boda de verdad, y Tyler no era un prometido de verdad, y nada de esto formaba parte de mi plan de vida cuidadosamente trazado.

Mi estómago se retorcía en complicados nudos marineros mientras volvía a mirar el reloj.

9:58. El pasillo frente al despacho de Tyler seguía obstinadamente vacío. ¿Y si se había arrepentido?

La parte racional de mi cerebro sabía que esa idea era ridícula. Tyler necesitaba este matrimonio tanto como yo necesitaba el dinero. Pero el miedo no entiende de racionalidad.

Dos guardias de seguridad pasaron por delante y me lanzaron miradas curiosas. Esbocé una sonrisa débil y apreté mi bolso con más fuerza, preguntándome si aparentaba lo que realmente era: una mujer que esperaba para vender seis meses de su vida a un hombre que consideraba que el compromiso era algo a lo que era alérgico.

Cuanto más tiempo pasaba, más me preguntaba si un millón de dólares valía la pena a cambio de perder mi dignidad. Pero entonces recordé que el alquiler vencía la semana que viene, que ya no tenía trabajo y que mi dignidad no iba a pagar la comida.

Haber sido despedida por Arabella fue el último empujón que necesité para aceptar la oferta de Tyler. El hecho de que me hubiera echado todavía me tenía estupefacta. Tanto que ayer simplemente no fui capaz de recoger mis cosas, porque no quería volver a cruzarme con ella bajo ningún concepto.

9:59. El corazón me martilleaba contra las costillas y sentía los hombros cada vez más pesados.

¿Qué pensarían mis padres si lo supieran? Mi padre, que creía que el matrimonio era sagrado. Mi madre, que llevaba planeando mi boda desde que nací. Lo que estaba haciendo era todo lo que me habían enseñado a no hacer.

Oí pasos que bajaban por el pasillo y me di la vuelta. Pero, en lugar de a Tyler con su sonrisa insoportable, vi acercarse a otro hombre. El mismo de aspecto serio con el que casi choco ayer. Cabello oscuro, un traje de corte impecable y una expresión que sugería que ya había calculado las repercusiones de todo lo que había visto hoy.

Se detuvo a una distancia respetuosa y sus ojos azul hielo parecieron analizarme brevemente. —¿La señorita Johnson, supongo?

—Sí —asentí, sorprendida de que supiera mi nombre—. Pero nadie me llama señorita Johnson. Solo soy Parsley.

—Jaxon Knight —extendió la mano para un saludo formal—. Estoy aquí como testigo de Tyler. Y si quieres, nos saltamos las formalidades.

—¿Para qué formalidades, si vas a ser el testigo de mi boda? —Acepté su apretón de manos y noté lo diferente que se sentía comparado con Tyler. Todo en este hombre gritaba control meticuloso, desde su corbata perfectamente anudada hasta sus palabras medidas.

Que Tyler tuviera un testigo me parecía absurdamente ceremonial para lo que, en esencia, era una transacción comercial.

—Tyler aún no ha llegado —continué, porque se hizo un silencio extraño.

—Por supuesto que no —Jaxon miró su reloj, sencillo pero indudablemente caro—. Para los estándares de Tyler, todavía no llega tarde. Yo no lo esperaría antes de las 10:30.

Arqueé las cejas. —La cita está programada para las 10:00.

—Lo que significa que Tyler considerará que llegar a las 10:20 es ser impresionantemente puntual —replicó Jaxon, con un tono más pragmático que crítico—. Es uno de sus rasgos más predecibles.

No pude evitar soltar una carcajada, un sonido corto y nervioso. —¿Entonces por qué estás tú aquí puntual si sabías que él no lo estaría?

La expresión de Jaxon se suavizó de forma casi imperceptible. —Por la misma razón por la que tú probablemente hayas llegado antes de tiempo. Algunos de nosotros valoramos la puntualidad. —Se ajustó los gemelos de la camisa, un gesto casi inconsciente—. Tyler vive en su propia zona horaria. He aprendido a lidiar con eso.

—Debe de ser frustrante —dije, sinceramente curiosa por cualquier información que Jaxon pudiera darme. Parecía el polo opuesto de Tyler y, aun así, eran amigos.

—Al principio lo era —la comisura de los labios de Jaxon se contrajo en lo que podría haber sido el amago de una sonrisa—. Pero uno se acostumbra. Con el tiempo.

Cambié el peso de un pie a otro. —¿Entonces crees que acabará apareciendo? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera frenarla, revelando más de mi inseguridad de lo que pretendía.

Jaxon me observó pensativo. —Tyler tiene muchos defectos, pero siempre lleva las cosas hasta el final cuando le importan. Y por razones que aún trato de comprender, esta boda le importa.

—¿Ah, sí? —No estaba segura de si aquello debía resultarme reconfortante o no.

—Le gustas —dijo Jaxon con una expresión frustrantemente neutral.

—¿Vale? —Para ser sincera, no sabía qué más se suponía que debía responder a eso.

Jaxon asintió. —Puedes tomártelo como un cumplido. Hace falta mucho para quedarse grabado en la memoria de Tyler Kingsley.

Sentí que las mejillas me ardían y no supe cómo procesar esa nueva información.

Jaxon se sentó en un sofá frente al despacho de Tyler y se enfrascó en su móvil, mientras yo seguía desgastando el suelo caminando de un lado a otro.

En algún momento, el ascensor sonó al final del pasillo y tanto Jaxon como yo nos pusimos alerta. Poco después apareció Tyler, con chaqueta de cuero y sin corbata. Dios no quiera que Tyler Kingsley siga algún código de vestimenta formal, ni siquiera para su propia boda.

Le seguía una mujer pequeña, de unos cincuenta años, con el pelo gris acero, corto y práctico, que llevaba una carpeta de cuero y tenía una expresión que sugería que lo había visto todo y que nada de aquello la impresionaba.

—Hola a todos —dijo Tyler al acercarse, sin que pareciera en lo más mínimo que lamentaba llegar tarde—. ¿Os presento? La señorita Watkins —señaló a la mujer, que supuse era la oficiante y que nos saludó con un breve asentimiento de cabeza.

—Para tus estándares, llegas bastante temprano —comentó Jaxon con sequedad.

La señorita Watkins se aclaró la garganta. —No es por meter prisa, pero tengo otra cita a las once en la otra punta de la ciudad. —Su voz era escueta y eficaz, como la de alguien que ha oficiado demasiadas bodas como para ponerse sentimental en ninguna de ellas.

Tyler se giró hacia mí, su mirada recorrió mi vestido y se detuvo lo suficiente como para que mis mejillas se calentaran. —Estás guapa, Parsley. ¿Lista para convertirte en la señora Kingsley?

Mi estómago experimentó ese molesto aleteo que siempre sufría cuando él estaba cerca. —No.

Él sonrió, esa sonrisa estúpida y encantadora que probablemente ya había sido la perdición de millones de mujeres antes que yo. —Esa es la actitud. Casémonos.

La señorita Watkins se dirigió con eficiencia militar al centro de la sala y dejó su carpeta sobre el escritorio de Tyler, mientras Jaxon se colocaba junto a la ventana. Yo me quedé torpemente al otro lado de la mesa, sintiéndome como si me hubiera metido por error en la vida de otra persona. No era así como me había imaginado el día de mi boda. Ni de lejos. En mis sueños siempre había habido flores, padres llorando y, sobre todo, amor de verdad.

La señorita Watkins se aclaró la garganta y abrió su carpeta sin perder tiempo. —Nos hemos reunido hoy aquí…

—¿Podemos pasar directamente a la parte importante? —la interrumpió Tyler, mientras se apoyaba en su escritorio con esa arrogancia desenfadada que en él parecía tan natural como respirar —. Sin ánimo de ofender, señorita Watkins, pero todos somos personas muy ocupadas.

La oficiante se detuvo y sus labios se tensaron en una línea fina. —Señor Kingsley, aunque entiendo su impaciencia, hay ciertas formalidades…

—Que podemos omitir —terminó Tyler la frase por ella—. No somos precisamente tradicionales. Me lanzó una mirada con esa irritante media sonrisa.

La señorita Watkins soltó el suspiro propio de quien trata con demasiados clientes exigentes. —Como desee. Procederemos directamente con los trámites legales.

Sentí una punzada en el pecho. Esto no era solo *no tradicional*, era lo contrario de todo lo que alguna vez había imaginado. Sin padre que me acompañara al altar. Sin intercambio de votos sinceros. Sin coro cantando himnos que hicieran que mi madre llorara en su pañuelo. Solo papeleo e impaciencia en un despacho con ventanales que daban a una ciudad a la que le traía sin cuidado que nos casáramos.

—Estos son los documentos estándar para el matrimonio —explicó la señorita Watkins, extendiendo varios papeles de aspecto oficial sobre el escritorio de Tyler—. Ambos deben firmar en los lugares marcados.

Cogí despacio el bolígrafo que me ofrecía la señorita Watkins. Mi mano quedó suspendida sobre la línea de la firma. Si firmaba, pertenecería a Tyler los próximos seis meses. Sí, aunque me repetía a mí misma que lo hacía por la seguridad financiera, había una pequeña parte de mí a la que el dinero le daba igual. Y esa pequeña parte no podía tomar el control bajo ningún concepto.

—¿Quieres leer los papeles primero? —preguntó Tyler, sorprendiéndome con su consideración. Por un momento me miró con una expresión que hizo que mi corazón diera un vuelco.

Asentí, agradecida por un segundo para recomponerme. Leí los documentos con cuidado. Eran certificados de matrimonio estándar, nada que pareciera esconder cláusulas ocultas o trucos. Solo el vínculo legal directo entre dos personas que, supuestamente, deberían amarse lo suficiente como para pasar su vida juntas.

Respiré hondo y firmé con mi nombre —Parsley Johnson— por última vez, pronto sería reemplazado legalmente por Parsley Kingsley. El bolígrafo se sentía pesado en mi mano, como si fuera consciente de la importancia de lo que estaba haciendo.

Tyler tomó el bolígrafo a continuación y firmó con energía, como si estuviera firmando una pelota de béisbol en lugar de contraer matrimonio. Jaxon le siguió, con una firma tan precisa y controlada como el resto de su persona.

—Enhorabuena —dijo la señorita Watkins sin entusiasmo—. Ahora son legalmente marido y mujer.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, irreales y desconectadas de la realidad.

Estoy casada. Con Tyler Kingsley. Un hombre con el que me había acostado una vez y con el que me había peleado el doble de veces.

—Un momento —la voz de Jaxon rompió el incómodo silencio mientras buscaba algo en el bolsillo de su chaqueta—. Todavía necesitáis esto.

Sacó una pequeña caja de terciopelo y la abrió para revelar dos alianzas. Una estrecha y delicada con diminutos diamantes incrustados alrededor, la otra más ancha y maciza, ambas de platino a juego.

—Mi regalo de bodas para ambos —dijo con expresión indescifrable —. Ya que dudo que Tyler haya pensado en comprar los anillos.

Tyler gruñó. —Ya me habría encargado yo.

—¿Cuándo exactamente, entre ahora y el final de vuestro contrato? —Jaxon enarcó una ceja y luego se volvió hacia mí—. El anillo de compromiso también está incluido. Para guardar las apariencias.

Me quedé mirando los anillos sin palabras. Eran preciosos: elegantes, con buen gusto y más o menos lo que yo habría elegido si esto fuera real. El hecho de que vinieran del amigo de Tyler y no del propio Tyler hacía que todo el asunto fuera aún más extraño. Estos anillos no eran más que accesorios carísimos.

Tyler cogió el anillo más grande y se lo puso en el dedo como si tal cosa. Luego cogió el anillo más pequeño y el de compromiso y me los tendió.

Los tomé y me los puse en el dedo. Se sentía doblemente mal llevar los anillos, pero intenté que no se me notara nada.

Jaxon miró su reloj. —Debería irme. Tengo una reunión en veinte minutos. —Me saludó con una cortesía formal—. Enhorabuena, señor y señora Kingsley. Nos vemos en el divorcio.

Antes de que pudiera responder, se había ido, dejándome con la duda de si sus palabras habían sido una advertencia o simplemente una constatación.

La señorita Watkins recogió sus documentos. —Presentaré esto hoy mismo. Recibirán las copias oficiales por correo en un plazo de dos semanas. —Nos dedicó una sonrisa fugaz—. Les deseo lo mejor para su futuro juntos.

Y así, de repente, Tyler y yo nos quedamos solos. Marido y mujer. La idea era tan absurda que casi me daban ganas de reír.

—¿Entonces dónde están los otros contratos? —pregunté, haciendo girar los anillos desconocidos en mi dedo—. Los que detallan nuestro acuerdo.

Tyler parecía genuinamente confundido. —¿Qué otros contratos?

—A ver, los que establecen las condiciones de nuestro trato. La duración, las expectativas, las condiciones de pago. —Me crucé de

brazos—. La parte realmente importante de todo este asunto.

—No los necesitamos —dijo él con sencillez.

—¿A qué te refieres con que no los necesitamos? Pues claro que los necesitamos. —Respiré hondo—. Todo tiene que quedar por escrito.

Tyler se apoyó contra su escritorio. —¿Acaso estás planeando estafarme de alguna manera, señora Kingsley?

—¿Qué? ¡No! —tartamudeé, desconcertada por la repentina acusación.

—Entonces no necesitamos contratos adicionales. —Se encogió de hombros como si fuera la conclusión más obvia del mundo.

—Esa no es la cuestión —insistí—. Necesitamos límites y expectativas claras, por escrito y firmados por ambos.

Tyler suspiró teatralmente, luego buscó en el cajón de su escritorio y sacó un bloc de post-its amarillos. Garabateó algo en él, arrancó la nota y me la entregó con un gesto grandilocuente.

—Aquí tienes. Un contrato.

Miré el post-it. Con la caligrafía de Tyler, sorprendentemente ordenada, ponía:

«Yo, Tyler Kingsley, pagaré a Parsley Johnson y temporalmente Parsley Kingsley 1.000.000 $ tras nuestro divorcio. Firma: Tyler Kingsley.»

—Es un post-it —dije con voz monótona.

—Es un documento legalmente vinculante, ahora que lo he firmado —sonrió—. Puedes guardarlo en tu monedero si quieres, justo al lado de tus listas de la compra innecesariamente detalladas.

—Hablas en serio, ¿verdad? —Seguí mirando el papel amarillo.

—Por supuesto. Pero solo será legalmente válido cuando tú también firmes —Tyler me tendió un bolígrafo con una sonrisa.

—Vas a hacer que me arrepienta de haberme casado contigo cada día de los próximos seis meses, ¿a que sí? —pregunté de forma retórica, cogiendo el bolígrafo para firmar.

—Sí —respondió Tyler guiñándome un ojo.

Doblé el post-it con cuidado y lo metí en mi bolso, demasiado cansada para seguir discutiendo. Su cercanía me distraía y la realidad de lo que acabábamos de hacer empezaba a calar en mí.

—¿Y bien, cuál es tu plan ahora, señora Kingsley? —preguntó Tyler, acercándose más—. Tú siempre tienes un plan.

Di un pequeño paso atrás. —Supongo que tendré que empaquetar mis cosas.

—Puedo enviar a alguien a tu apartamento para que se encargue de eso —se ofreció.

—No, me refiero a las de Elysium Weddings —aclaré, desviando la mirada—. Yo... ya no trabajo allí.

Las cejas de Tyler se dispararon hacia arriba. —¿No?

Vacilé. Ser despedida era humillante, especialmente cuando había construido toda mi identidad sobre ser competente y fiable. —No —dije por fin—. Pero eso no importa. Probablemente a ti ni siquiera te interese.

—Vale —dijo Tyler, con una mirada repentinamente intensa. Casi como si, después de todo, sí le interesara.

Pero qué va, ¿por qué iba a interesarle a Tyler? Había conseguido todo lo que quería con el contrato, le daba igual si yo seguía trabajando para Arabella o no.

—Debería irme —dije, esquivando su mirada—. Seguro que tú también tienes mucho que hacer.

Sin mirar a Tyler una sola vez más, salí del despacho, sintiendo su mirada clavada en mí durante todo el trayecto hasta la puerta.

Mi nuevo marido, viendo cómo su nueva esposa se marchaba el día de su boda. Nada de aquello seguía el guion que yo había escrito para mi vida, y eso me asustaba más de lo que quería admitir.

Es como la Agencia Tributaria.

Capítulo 11 – Parsley

CELESTIAL CAKES, UPPER EAST Side, Nueva York, el mismo día.

Entré a duras penas en *Celestial Cakes* con una caja de cartón entre los brazos, pasando por la puerta abierta, y por poco no me estampo contra el mostrador de los brownies sin gluten de los nervios que llevaba. Tenía que hablar con Scarlett o me iba a estallar la cabeza.

Scarlett estaba al fondo, enzarzada en una discusión con su segundo de cocina por una *emergencia con una manga pastelera*. Me vio, clavó la vista en la caja y levantó una manga a medio llenar. Llevaba un minivestido de terciopelo, botas militares y un delantal de cocina en el que se leía, en letras de purpurina arcoíris: *Bite Me*. Tenía el pelo como si acabara de perder una pelea contra un tornado, pero, de alguna forma, el efecto parecía deliberado. Con ella siempre lo parecía.

—¡Vaya, Parsley! —exclamó, dejando de lado el desastre de la manga para acercarse a mí. Se limpió las manos en el delantal, dejando una huella de polvo sobre el «Bite Me»—. ¿Has estado en Elysium Weddings? ¿En persona? ¿Y has sobrevivido?

—¿Acaso me crees suicida? —Dejé caer la caja sobre una encimera cromada entre nosotras con un golpe seco—. Le he dado cincuenta dólares al conserje para que me vaciara la mesa. No he puesto un pie en el edificio. Arabella no puede hacerme nada si no me encuentra.

Scarlett resopló con aprobación.

—Esa es mi chica. Táctica de evasión: diez de diez.

—Tú habrías hecho lo mismo —dije encogiéndome de hombros.

Ella sonrió y sus ojos se iluminaron como si alguien acabara de legalizar los fuegos artificiales en Manhattan.

—No, no. Yo habría puesto una bomba de purpurina en su aire acondicionado y solo después habría enviado al conserje a recoger mis cosas. —Dio un toquecito a la caja—. ¿Qué te has llevado de ese antro, para empezar?

—Sobre todo bolígrafos. Y mi agenda. Y muchos pósits. Muchísimos pósits. —Me quité una mancha de glaseado de la mejilla con el dorso de la mano—. Pero ya sabes. Es cerrar una etapa.

Scarlett guardó silencio un segundo y luego preguntó:

—¿Te has quedado con la taza fea? Esa que pone *«Bridzilla Whisperer»* que te regalé de broma.

—Pues claro. —Sonreí con un punto de orgullo—. Hay que atesorar los regalos, aunque sean espantosos.

Scarlett soltó una carcajada y empezó a hurgar con ambas manos en la caja como un mapache en un contenedor.

—Eres una leyenda. Madre mía, si hasta te has llevado la minigrapadora. Parsley, eres oficialmente una delincuente.

—En realidad ha sido el conserje. Yo solo le di una lista —respondí.

—Por supuesto que le diste una lista al conserje —repitió Scarlett, poniendo los ojos en blanco con guasa.

—No me tientes, que soy capaz de volver a por la perforadora de tres agujeros.

La expresión de Scarlett se suavizó y se apretó la grapadora contra el corazón como si fuera un gatito recién nacido.

—Estoy tan orgullosa de ti que no te lo imaginas. La antigua Parsley habría devuelto la grapadora de inmediato.

—La nueva Parsley simplemente no sabía que el conserje la había metido en la caja —repliqué—. Créeme, me siento lo suficientemente mal por ello.

Scarlett, sonriendo, cogió un cupcake de una de las bandejas. Ya de lejos se veía que el contenido de azúcar podía tumbar a un caballo, pero aun así lo acepté cuando Scarlett me lo puso en la mano.

—Cómetelo. Está diseñado científicamente para que olvides que una *Cruella de Vil* rubia platino acaba de despedirte.

Quité el papel del cupcake y le di el mordisco más indigno posible.

Estaba perfecto. Primero me golpeó el dulzor del glaseado. Y luego el bizcocho, con mucho chocolate, denso y todavía tierno. Si existía el cielo, esperaba que Scarlett fuera la encargada del catering.

—¿Mejor? —preguntó dándome un codazo en las costillas.

—No, pero estoy distraída. Que básicamente es lo mismo. —Le di otro mordisco y me lamí el glaseado del pulgar—. No sé qué voy a hacer con mi vida. Que conste.

Scarlett se encogió de hombros y sus pulseras tintinearon.

—Haces lo que hace todo el mundo, cielo. Entras en pánico, reprimes tus sentimientos y luego te levantas, trazas un plan y conquistas el mundo. Contigo siempre hay un plan. Es la *garantía Parsley Johnson*.

—Eso no es una garantía —dije—. Es más bien una sugerencia vaga con una alta tasa de fracaso.

Me dio un toque en la frente con un dedo que, a pesar de habérselo limpiado, aún tenía virutas de colores.

—¿Quieres saber qué pienso?

—En realidad no, pero sé que me lo vas a soltar de todas formas.

—Exacto. —Scarlett se puso las manos en las caderas y se inclinó hacia delante—. Te acabas de casar con un multimillonario. Eso significa que ahora puedes comprar la dignidad, literalmente. De esas que pides por internet y te traen con un dron.

—No es por el dinero —protesté, y acto seguido me di cuenta de lo ridículo que sonaba cuando acababa de firmar un contrato matrimonial por un millón de dólares—. Vale, es un poco por el dinero. Pero principalmente se trata de... no sé. De no venderme por completo. Las liquidaciones siempre resultan desesperadas. Y tristes. Pero sobre todo desesperadas.

Ella sacudió la cabeza.

—Tú, amiga mía, eres la persona menos vendida de la historia del universo. En serio, eres como la *antiheroína del capitalismo*.

—Eso dice la mujer que cobra suplementos por poner oro comestible en los cupcakes.

—Eso no es capitalismo, es el mundo del espectáculo. Hay una gran diferencia.

—¿El mundo del espectáculo? —Fruncí el ceño.

—Sí. Los que quieren oro en sus cupcakes necesitan que se les cobre un extra. Cuanto más caro, mejor. La calidad les importa un bledo. —Scarlett me acercó un segundo cupcake y me señaló—. Come. Estás demasiado delgada.

Me reí y obedecí.

—Entonces, ¿cuál es el veredicto? ¿Tengo cara de recién casada?

Scarlett me examinó con los brazos cruzados.

—Tienes cara de alguien que está a punto de sufrir un ataque de hiperventilación. Por cierto, si buscas la suite nupcial, está a la izquierda de la cámara frigorífica.

—Me daré por aludida. —Lamí más glaseado—. Debería haberme fugado a Las Vegas cuando tuve la oportunidad. Al menos habría tenido un imitador de Elvis y una foto de boda en la que parecería una delincuente.

—Aun así, tendrías que lidiar con Arabella. Es como la Agencia Tributaria: te encuentra donde sea.

—No si me cambio el nombre. Cosa que, técnicamente, he hecho esta mañana.

Scarlett asintió con aprobación.

—Parsley Kingsley. Suena tan bien que deberías quedarte con el apellido después.

—Me conformo con tener que interceptar durante los próximos seis meses cada carta que pueda llegar a casa de mis padres —gemí—. A mi madre le daría un síncope si se enterara de lo de hoy.

—Ya se le pasaría —dijo ella, restándole importancia—. Los padres siempre lo superan. Incluso cuando su hijo no cocina una boloñesa napolitana tradicional y prefiere hacer tartas de queso neoyorquinas. Y si no, te fabrico una familia nueva de mazapán.

Ambas nos reímos y, por un momento, todo el asunto de *«me acabo de casar por un millón de dólares con un hombre al que apenas conozco»* se sintió menos como una condena a prisión y más como una aventura.

Scarlett comprobó el temporizador del horno y se volvió hacia mí.

—Hablando de eso, tu tarta está lista.

—¿De verdad? —Me animé—. ¿Con la Ducati pequeña?

Radiaba alegría, con las mejillas encendidas de orgullo.

—No solo eso; la he hecho anatómicamente correcta. Tiene manillares de fondant diminutos y de todo. Ven, mira.

Me guio más allá de las mesas de preparación hasta la vitrina, donde reposaba una modesta tarta de chocolate negro sobre una base de mármol. Coronándola, había una perfecta miniatura de una motocicleta Ducati hecha de fondant y glaseado, pintada a mano.

—Scar, es increíble —dije con los ojos como platos—. Eres una genia.

Tocó con cuidado la moto de fondant.

—Sí, lo soy. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Sonreí; de hecho, fue mi primera sonrisa de verdad desde la boda.

—No sé qué haría sin ti.

Scarlett se quedó extrañamente callada un momento, luego extendió la mano y la puso sobre la mía.

—Vas a triunfar, Pars. Hagas lo que hagas. Ya sea organizando bodas o huyendo a Uruguay para abrir una pastelería que solo venda pan de plátano a gente que se llame Gary.

—Es un modelo de negocio muy específico, pero espantoso —dije, aunque me sentí mejor solo porque ella lo hubiera dicho.

—Eso es lo que lo hace genial.

Ambas nos sobresaltamos cuando la campana de la entrada de la pastelería tintineó, resonando por toda la cocina.

Scarlett asomó por la esquina con los ojos entrecerrados.

—Dios mío, es ella. Está aquí de verdad. Corre.

Su rostro pasó de la alegría al horror en cuestión de segundos.

—¿Me estás tomando el pelo? —Me agaché instintivamente tras la isla de cocina, tirando de paso una pila de bandejas de horno que cayeron con un estruendo tan fuerte que el segundo de cocina nos miró desde el fondo.

—¡Viene hacia aquí! —susurró Scarlett sofocada, agitando los brazos como si yo fuera una niña pequeña perdida en un supermercado—. ¡Rápido, debajo de la mesa de preparación!

—¡Pero esto es ridículo! —respondí, también en susurros.

—Parsley, es como la villana de una película original de *Disney Channel*.

Scarlett tenía razón y encogí la cabeza un poco más mientras Arabella se acercaba. Sus tacones, esos imposibles estilettos como dagas, repicaban sobre el suelo, cada vez más cerca. Olí su carísimo perfume incluso antes de oírla.

Asomé con cautela por un lado de la mesa. Arabella llevaba el pelo recogido de forma más impecable que la coartada de un capo de la mafia, y sus ojos se clavaron en Scarlett.

—Scarlett, querida —dijo con voz melosa pero letal—, veo que sigues vendiendo tus dulces a las masas.

Sabía que a Arabella no le gustaba que sus socios trabajaran para otros. Exclusividad por aquí, exclusividad por allá.

Los labios de Scarlett se curvaron en una sonrisa que era en un ochenta por ciento una amenaza velada.

—A eso se le llama apoyar a las pequeñas empresas. Seguro que has oído hablar de ello.

Arabella la ignoró y paseó la mirada por la sala.

—¿Está Parsley aquí? Tengo que hablar con ella. Es urgente.

Scarlett se cruzó de brazos, bloqueándole la vista.

—¿Por qué iba a estar aquí? La has despedido. ¿O ya se te ha olvidado esa parte?

La boca de Arabella hizo una mueca.

—Por favor. Vosotras dos sois como gemelas siamesas, solo que con menos sentido de la moda. Estáis pegadas la una a la otra todo el día.

Sopesé mis opciones: quedarme en el suelo y arriesgarme a ser pisoteada, o enfrentarme a Arabella directamente y arriesgarme a

una vaporización instantánea. Ninguna de las dos me convencía. Así que elegí la tercera vía: me alejé a gatas lo más rápido y silenciosamente posible.

Por desgracia, mi huida se vio frustrada por otras cuantas bandejas que golpeé, provocando un gran estrépito.

Maldita sea.

Los estilettos de Arabella anunciaron su avance hasta que se detuvo frente a mí.

—Parsley.

—Oh. Hola, Arabella —respondí, fingiendo que era de lo más normal estar allí de rodillas en el suelo—. Estoy buscando mi... esto... ¡Mi lentilla! Se me ha caído al suelo.

—Ajá. —El tono de Arabella era seco como la pólvora—. No importa lo que estés buscando ahí abajo, ya sea tu lentilla o tu dignidad; tenemos que hablar.

—Claro —dije sacudiéndome la harina de las rodillas mientras me levantaba como si nada extraño estuviera ocurriendo—. ¿Qué pasa?

Intenté sonar natural, como si tuviera la columna vertebral hecha de algo más firme que linguini recocido.

Arabella se acercó y se quedó lo bastante cerca como para que su perfume me hiciera llorar los ojos.

—La necesito de vuelta en Elysium Weddings.

Eso no me lo esperaba. Parpadeé.

—¿Cómo dice?

—Me ha oído. Tiene que volver a trabajar para mí. —Miró mi caja y luego volvió a mirarme a mí.

No sabía si sentirme halagada o aterrorizada.

—Me despidió ayer y dijo que era prescindible.

—Considérelas unas vacaciones anticipadas. La vuelvo a contratar. Con un aumento de sueldo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es la única capaz de organizar una boda con dos días de margen sin necesitar después un programa de doce pasos. —A Arabella se le notaba que cada fibra de su ser sufría al pronunciar esas palabras.

Miré mi caja, miré a Scarlett y luego las manos perfectamente manicuradas de Arabella. Sabía lo que debía decir. Mi plan de cinco años, mi necesidad de estructura, mi absoluta falta de un plan B. Todo eso eran argumentos de peso para volver a Elysium Weddings. Aun así, vacilé. Tanto que Arabella volvió a la carga.

—Lo que logró con la boda de los Kensington demostró su valía. Y volverá a demostrarla cuando organice la boda de los Kingsley en nombre de Elysium Weddings.

Ahora sabía lo que Arabella quería de verdad. Yo le daba igual; solo quería la publicidad. No tenía ni idea de cómo se había enterado de la boda de Juniper, pero no importaba. Porque no cambiaba el hecho de que Arabella seguía su propia agenda.

Quizás era el subidón de azúcar de los cupcakes, pero algo cambió dentro de mí. Me erguí, eché los hombros hacia atrás y dije:

—No.

Arabella abrió mucho los ojos.

—¿Perdón?

—No. No quiero volver. —Sentí que me sudaban las manos, pero seguí adelante—. Quiero hacer algo distinto.

—¿El qué? —preguntó ella con tono desafiante.

Miré a Scarlett. Ella sonreía, de forma lenta y sincera, y supe la respuesta.

—Quiero montar mi propia agencia —dije—. Una que organice el tipo de bodas en las que yo crea de verdad.

El rostro de Arabella hizo algo que no había visto nunca. Algo parecido al shock o quizás simplemente furia envuelta en desconcierto.

—¡No puede rechazarme sin más!

—Puedo —dije—. Y lo haré. De todas formas, gracias por la oferta.

Scarlett, que estaba un poco por detrás de Arabella, me jaleó en silencio.

Me sentía mareada, pero de una forma positiva. Por primera vez en una eternidad, no me daba miedo tomar una decisión visceral.

—Bien, usted se lo pierde. ¡Pero no venga llorando cuando su jueguecito le estalle en la cara! —Arabella me fulminó con la mirada un largo instante, luego giró sobre sus talones y salió de allí.

En cuanto se cerró la puerta, Scarlett me envolvió en un abrazo y me apretó tanto que pensé que se me romperían las costillas.

—Lo has hecho —dijo contra mi pelo—. ¡De verdad has conseguido espantar a la Malvada Bruja del Oeste!

—Lo he hecho, ¿verdad? —pregunté sonriendo.

—Vaya que si lo has hecho. —Se apartó y se secó los ojos—. Ahora pilla unos cuantos cupcakes más y cuéntame cuál es el primer paso de tu nueva vida.

Le di un mordisco a uno, saboreándolo, y sonreí.

—Paso uno: averiguar qué demonios estoy haciendo. Paso dos: convencer a cierta genia de la repostería para que sea mi socia.

Scarlett sonrió de oreja a oreja.

—El paso dos ya está hecho.

—Y el paso tres —dije con algo menos de entusiasmo—: llevarle la tarta de nuestra boda a mi marido.

—Y no olvides que hay otras tradiciones entre maridos y mujeres —respondió Scarlett levantando las cejas.

—¡Scarlett! —exclamé indignada, fingiendo que no se me había pasado por la cabeza. Pero la realidad era otra. Una que me gustaba menos, porque para la atracción que sentía por Tyler no existía ningún plan.

Frank Sinatra. Sloppy Joes. Géminis.

Capítulo 12 – Tyler

KINGSLEY ENTERPRISES, DISTRITO FINANCIERO, NUEVA York, el mismo día.

Por la forma en que la fachada de cristal captaba el último calor del día y me lo lanzaba a la cara, me di cuenta de que eran casi las seis.

Yo era el único que quedaba en mi planta, si no contaba al personal de limpieza o a los guardias de seguridad, y así era como me gustaba. Menos posibilidades de que alguien entrara por ahí e intentara impresionarme con sus avances en una hoja de cálculo.

No es que yo fuera inmune a las distracciones. Especialmente cuando la distracción llevaba una falda de tubo, una coleta baja y una inclinación por la perfección.

Y hablando del rey de Roma…

Parsley llamó a la puerta y asomó la cabeza poco después. —¿Interrumpo?

Cerré el portátil y bajé las piernas del escritorio; luego hice el paripé de mirar el móvil como si estuviera enterrado en trabajo. En realidad, me había pasado los últimos diez minutos mirando por la ventana sin hacer absolutamente nada. Una habilidad que había perfeccionado desde la universidad.

—Mi mujer nunca interrumpe —dije, haciéndole un gesto para que entrara.

Parsley entró, manteniendo en equilibrio una pequeña caja rosa de pastelería en una mano y su bolso a rebosar en la otra.

Vaciló un momento y luego dejó la caja sobre mi mesa de juntas. —¿Siempre trabajas hasta tan tarde?

—Solo cuando estoy evitando algo.

Me miró entornando los ojos. —¿Me estás evitando a mí?

—No.

—¿Qué evitas entonces?

—Sobre todo correos electrónicos que voy posponiendo eternamente. Y a veces mis propios pensamientos. —Esbocé una sonrisa y ella puso los ojos en blanco, pero también sonrió.

—He traído tarta —anunció Parsley, como si fuera contrabando.

Abrió la caja y reveló un pastel de chocolate redondo, de unos quince centímetros de diámetro, coronado por una réplica de una Ducati hecha completamente de glaseado. Era uno de esos detalles en los que solo te fijas si miras con suficiente atención, y Parsley definitivamente se fijaba con mucha atención en todo.

—Es nuestra tarta de bodas —dijo, sin llegar a sostenerle la mirada —. La ha hecho Scarlett, mi mejor amiga.

Consideré la posibilidad de hacer una broma sobre la consumación del matrimonio, pero algo en la forma en que las manos de Parsley temblaban ligeramente me contuvo. En su lugar, me senté a la mesa y le hice un gesto para que hiciera lo mismo.

—Bueno. Tarta.

Cogió los dos tenedores que venían en la caja, me dio uno y se quedó mirando el pastel como si estuviera negociando la liberación de un rehén.

—¿Sabes? Esto es nuevo para mí —dijo en voz baja.

—¿Comer tarta? —pregunté.

Me dio una patada por debajo de la mesa, su zapato golpeó mi tobillo. —Estar casada, idiota.

—Lo estás haciendo genial hasta ahora —le dije—. Has aparecido. Has traído tarta. Eso es básicamente toda mi lista de expectativas matrimoniales.

Parsley cortó la tarta con un cuchillo y dejó que una porción perfecta se deslizara sobre un plato de cartón antes de pasármelo. Se le arrugó un poco el entrecejo por la concentración y no pude evitar que me pareciera adorable. Se dio cuenta de que la estaba mirando y se sonrojó, algo que hacía a menudo y sin previo aviso. Como si su cuerpo estuviera equipado con un mecanismo de seguridad contra la vergüenza.

—No tienes que fingir que te interesa la tarta —dijo Parsley—. La tarta fue más o menos una coartada ayer.

—Me interesa todo lo que traigas a mi despacho —respondí—. Especialmente si es comestible.

Dudó un momento y luego ella misma tomó un bocado. —No pareces exactamente el tipo de persona a la que le interesen muchas cosas.

—¿Sería una confirmación de tu teoría si respondiera que me da igual? —pregunté con más seriedad de la que pretendía.

—Das esa impresión, Tyler. Pero estoy bastante segura de que en realidad no eres así.

Me detuve un instante y tuve que controlarme de mala manera para mantener mi expresión de indiferencia.

—Si crees que mi indiferencia ante muchas cosas ha surgido de algún trauma no procesado que tú puedes arreglar, quítatelo de la cabeza. No hay nada que arreglar.

—Vale. —Ella asintió y no insistió más, lo cual agradecí. No había nada peor para mí que las chicas que creían que tenían que repararme. Yo no era un puñetero caso social y llevaba una vida por la que otros venderían su alma.

No había nada que arreglar. No porque no hubiera nada, sino porque estaba demasiado roto y profundamente enterrado.

—La tarta está buena —dije y tomé otro bocado, sin dejar traslucir lo que acababa de pensar.

—Scarlett es la mejor. —Parsley tomó otro trozo. Una viruta de chocolate aterrizó en su labio inferior y tuve que clavar las uñas en las palmas de las manos para no limpiársela. O para no quitársela con la lengua, que era lo que realmente quería hacer, para ser sincero.

Comimos en silencio durante un minuto. Observé cómo su pie se movía inquieto bajo la mesa, cómo sus ojos recorrían la habitación como si estuviera catalogando las salidas.

Cuando terminamos, Parsley se limpió las manos en una servilleta y me miró con esa mirada brillante y escrutadora que hacía imposible mentirle. —¿Qué estamos haciendo aquí?

—Comer tarta —respondí de forma pragmática.

—No, me refiero a… a esto. —Gesticuló entre los dos—. A esta extraña *no-cita posboda*.

—No es extraña.

—Es extremadamente extraña —se cruzó de brazos—. Estamos casados, Tyler. Y no sé cómo comportarme contigo porque eres…

—¿Irresistible? —la interrumpí sonriendo—. No te preocupes, como señora Kingsley, tienes permiso para sucumbir a mi encanto.

—No. —gimió— Eres imposible.

Me eché hacia atrás y la observé. —¿Qué haría que fuera menos extraño?

Parsley se lo pensó. —Una lista. O una presentación de PowerPoint. No sé nada de ti. Ni tus gustos musicales, ni tu comida favorita, ni tu signo del zodiaco. Simplemente no sé cómo comportarme contigo, Tyler.

—¿Quieres que te haga un PowerPoint sobre lo que significa ser mi mujer? —resumí sus palabras frunciendo el ceño.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —dijo Parsley con sorna, pero la comisura de sus labios tembló—. En cuanto me des una lista.

—¿Qué te parece esto? Nos lo tomamos con calma e iré revelándote cosas sobre mí de vez en cuando. Y cuando te sientas incómoda, me lo dices e intentaré no portarme como un capullo.

Me miró fijamente y luego asintió. —Trato hecho.

Sonreí, pero una extraña sensación de opresión se extendió por mi pecho. Hubo un tiempo en que los nervios de Parsley me habrían parecido molestos, incluso infantiles. Ahora se sentían como un desafío, un enigma sin solución o una caja fuerte que no podía forzar.

Cuanto más intentaba mantener las cosas en el plano profesional, más quería poner a prueba los límites de este supuesto matrimonio falso. Me preguntaba si para ella sería igual, si cada mirada o cada contacto resultaba peligrosamente atrayente.

—Frank Sinatra, Sloppy Joes, Géminis.

Parsley parpadeó, preguntándome con la mirada.

—Las respuestas a las preguntas que me has hecho. Lo que más me gusta escuchar es Frank Sinatra, como Sloppy Joes con extra de queso y jalapeños, y mi signo del zodiaco es Géminis.

—¿Escuchas a Frank Sinatra? —Los ojos de Parsley me recorrieron de arriba abajo.

—Pareces más escandalizada por mis gustos musicales que por mi propuesta de matrimonio de ayer —respondí con sequedad—. ¿Qué le pasa a Frank Sinatra?

—Nada. —Parsley se aclaró la garganta—. Es solo que… llevas chaquetas de cuero en reuniones con multimillonarios, conduces una Ducati y le pides matrimonio a mujeres desconocidas. Esa imagen de conjunto grita más bien Rolling Stones o Bon Jovi.

—Ya ves que estoy lleno de sorpresas —respondí encogiéndome de hombros.

—Evidentemente.

—Hablando de sorpresas —dije levantándome—. Tengo algo para ti.

Parsley arqueó las cejas. —¿El qué? ¿Por qué?

Me encogí de hombros. —Como regalo de bodas. Es lo que hacen los maridos. Al menos, eso me han dicho.

De debajo de mi escritorio saqué una caja envuelta en papel de seda, atada con una cinta de color escarlata. La puse delante de Parsley.

—¿Hace tictac? —preguntó ella, mirando la caja como si pudiera explotar en cualquier momento.

—Ábrela y ya está.

Parsley desató la cinta, apartó el papel de seda y se quedó mirándolo al menos cinco segundos antes de reaccionar.

—¿Esto es…? —Sostuvo la chaqueta en alto. Cuero negro, hecha a medida, suave como la mantequilla, con un forro exactamente del mismo tono azul que sus ojos. En el bolsillo interior había hecho grabar sus iniciales en plata.

—Dijiste que te gustaba la mía —dije, sintiéndome idiota al instante por haberme acordado. Pero ¿cómo iba a olvidar aquello? Parsley no llevaba nada más que mi chaqueta de cuero mientras me nublaba el juicio con sus besos.

Parsley pasó los dedos por la solapa. —Es preciosa.

—Pruébatela —la insté.

Dudó un momento, luego se quitó la rebeca y se puso la chaqueta de cuero. El efecto fue inmediato. Parecía más alta, con más confianza, menos como una organizadora de bodas y más como alguien que podría atracar un banco y salirse con la suya.

—Me estás mirando fijamente —dijo Parsley, pero no parecía molesta por ello.

—Me gusta cómo te queda mi ropa —respondí con sinceridad.

Se sonrojó de nuevo, pero esta vez me sostuvo la mirada. —Gracias.

—De nada.

En el despacho se hizo el silencio. El único sonido era el zumbido distante del aire acondicionado y el tráfico de la ciudad bajo nosotros. Si alguna vez hubo un momento para dar un paso, era este.

Di un paso adelante y le cogí las manos. —Deja que te vea.

Parsley dejó que la acercara, tan cerca que podía oler la vainilla y algún tipo de champú floral. Sus ojos se agrandaron, pero no retrocedió. Quería besarla, y creo que ella lo sabía. Y si interpretaba correctamente su mirada, no solo lo sabía, sino que también lo deseaba.

Antes de que pudiera hacerlo, mi móvil vibró sobre el escritorio, zumbando con insistencia.

Lo ignoré, pero Parsley miró la pantalla. —¿No vas a contestar?

—No —respondí con un gruñido.

—¿Y si es importante? —insistió ella.

—Nada es más importante que mi mujer.

Me miró a mí, luego a la tarta, y otra vez a mí. —Te estoy quitando de trabajar.

—No —respondí—. He terminado por hoy. Márchemonos de aquí.

Me puse la chaqueta de cuero y cogí mi casco de moto.

Parsley quiso protestar, pero le ofrecí mi brazo con expresión seria y ella acabó entrelazando sus dedos con los míos.

—Un momento, una cosa más —dije, deteniéndome—. Tengo otra cosa para ti.

Parsley frunció el ceño. —¿Otra cosa? Casi parece que te estás poniendo unos estándares irreales.

Saqué de una bolsa junto a mi escritorio un casco de moto blanco brillante que era de la talla de Parsley.

Lo miró fijamente y luego a mí. —No. Ni hablar.

—Atrévete. Iré despacio.

—Nunca he montado en moto —respondió insegura.

—Tampoco habías estado casada nunca, y mírate ahora —rebatí.

Parsley se cruzó de brazos. —Las motos son peligrosas. Y ruidosas. Y solo se conducen esos monstruos si tienes ganas de morir.

—En realidad, tengo un instinto de autoconservación excelente.

Dudó, volviendo a mirar el casco. Luego volvió a negar con la cabeza.

—Bien, entonces te pedimos un taxi —respondí. Parsley no andaba desencaminada con lo de llamar a la moto monstruo. Y aunque yo fuera un conductor excelente, no quería obligarla a nada. Aún tenía

medio año por delante para convencerla de que no había mejor sensación que un subidón de adrenalina sobre una Ducati.

Fuimos en silencio hacia el ascensor. El trayecto hacia abajo fue lento e incómodo, ese tipo de silencio en el que ambos quieren decir algo pero no saben por dónde empezar. Y luego estaba ese otro problema. Parsley y yo, en un espacio muy reducido.

—Créeme, Tyler, lo siento —dijo Parsley cuando pareció que ya no podía aguantar más el silencio.

—No pasa nada —respondí.

—De verdad que desearía quererlo. Pero ya sabes cómo es esto, con las cosas que queremos o no queremos. Vale, eso ha sonado confuso. Pero ya sabes lo que quiero decir. ¿Verdad? —Las palabras brotaban de Parsley sin freno.

—Sí. —Asentí.

—¿De verdad? —me miró con sus grandes ojos azules y no pude evitar decirle la verdad sobre lo que estaba pensando en ese momento.

Asentí. —Ahora mismo quiero besarte.

—¿De verdad? —preguntó Parsley, mientras se mordía brevemente el labio inferior y alzaba la barbilla hacia mí.

Me incliné hacia ella. Lo suficientemente despacio como para darle tiempo a detenerme. Pero no lo hizo. Ya casi podía sentir su sabor en mis labios. Chocolate y algo dulce que le pertenecía a Parsley. Sus manos buscaron mis hombros y me acercaron más. Podía sentir su corazón acelerado contra mi pecho.

Y por un momento todo era lógico, muy sencillo. Por un momento, no todo me daba igual.

Hasta que el ascensor llegó a la planta baja. Las puertas se abrieron con un suave siseo y nosotros también nos separamos, sin que nuestros labios hubieran llegado a tocarse.

—Vaya —murmuró Parsley. Y por un segundo me invadió la sensación de que todavía tenía que besarla. Con fuerza. Profundamente. De forma posesiva.

Pero aquello no podía ser. Ella era demasiado delicada, demasiado frágil.

—Te pido un taxi —susurré contra sus labios. Luego me aparté definitivamente de ella y puse tanta distancia como pude entre los dos.

Ella. Tiene. Que. Darte. Igual. Maldita sea.

¿Haces alguna vez algo impulsivo?

Capítulo 13 – Parsley

PENTHOUSE DE TYLER, SOHO, MANHATTAN, un poco más tarde.

Era casi injusto lo sexy que estaba Tyler apoyado en su Ducati. Ese hombre estaba genéticamente programado para hacerme cuestionar todas mis decisiones. El hecho de que hubiera decidido esperarme frente a su edificio, bajo el sol de la media tarde, con una chaqueta de cuero y el casco de la moto bajo el brazo, era, sinceramente, casi un insulto a lo atractivo que resultaba.

Apenas se detuvo el taxi, dejó que su mirada se deslizara hacia mí, como si hubiera calculado mi llegada al nanosegundo, y se separó de la moto con una gracia fluida y animal. Fingí no darme cuenta, pero a juzgar por su mirada, sabía perfectamente el efecto que causaba en mí.

Pagué al conductor, intentando no soltar la bolsa de papel con los aperitivos de emergencia que siempre llevaba en el bolso para cuando me daba por comer por estrés, y erguí los hombros. No iba a permitir que Tyler Kingsley siguiera intimidándome con su presencia. Cruzaría esa acera como cualquier otra neoyorquina que alguna vez hubiera fingido tener su vida bajo control.

Tyler me cazó la mirada al bajarme y sonrió con esa clase de sonrisa que te daban ganas de pegarle y besarle al mismo tiempo.

—Llegas solo tres minutos antes de tiempo, señora Kingsley —dijo cuando alcancé la acera—. ¿Debería preocuparme por si se te ha pegado algo de mí?

—A partir de aquí todo irá cuesta abajo —respondí sonriendo mientras me ajustaba la nueva chaqueta de cuero que me había regalado como presente de bodas. No era para nada mi estilo, pero me sentaba tan bien que no quería quitármela nunca.

—Esa es la actitud adecuada —me sujetó la puerta del vestíbulo—. Después de ti.

Intenté caminar como si hiciera esto todos los días, como si mi vida estuviera llena de entradas en vestíbulos de cristal y mármol con maridos que calzaban zapatos de mil dólares y conducían motos italianas. En realidad, me sentía como una estudiante de intercambio que hubiera volado al país equivocado.

El portero apenas levantó la vista cuando pasamos, limitándose a asentirle brevemente a Tyler.

El ascensor era uno de esos antiguos, todo de bronce y con botones de verdad. Tyler pulsó el botón del último piso y las puertas se cerraron tras nosotros con un estrépito. El zumbido del ascensor comenzó y, al instante, cada molécula de oxígeno fue reemplazada por tensión sexual.

O quizá solo estaba en mi cabeza. Tal vez fuera imaginación mía porque no había pensado en otra cosa durante las últimas cinco horas. O se debía al último viaje en ascensor que ambos habíamos compartido. En cualquier caso, no podía pensar cuando Tyler y yo estábamos encerrados en un espacio tan pequeño. Era un misterio para mí cómo Tyler se las apañaba para que mi corazón hiciera esa cosa de olvidarse de latir por un segundo y luego entrar en pánico para recuperar el ritmo. Pero lo había logrado.

Miré a Tyler, que me observaba fijamente, como si ya supiera lo que estaba pensando.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Estoy bien —mentí.

Enarcó una ceja. —Pareces nerviosa.

—No estoy nerviosa —dije, y al instante odié lo poco convincente que había sonado—. Vale, quizá un poco.

—No hace falta que lo estés —Tyler dejó que su mirada recorriera mi cuerpo lenta y elogiosamente—. Por cierto, el color crema te sienta de maravilla.

Aparté la vista, porque si lo miraba un segundo más, probablemente saldría ardiendo.

Dio vueltas al casco en su mano y pareció que quería decir algo más. Pero guardó silencio.

Las puertas del ascensor se abrieron, revelando un rellano privado y una única puerta negra. Tyler fue delante y yo le seguí, intentando apartar los ojos de sus hombros y evitar que mi cerebro se derritiera por las orejas.

Desbloqueó la puerta con su huella dactilar, porque por supuesto tenía una cerradura inteligente, y me indicó que entrara primero.

El ático era exactamente lo que uno esperaría de un hombre que dirigía una empresa multimillonaria: ventanales de pared a pared, planta abierta por todas partes y una vista de la ciudad que me hizo flojear un poco las piernas. Lo siguiente de lo que me percaté fue de que no había nada de desorden, ni un solo cojín fuera de su sitio, pero tampoco ningún toque personal. A decir verdad, me había esperado lo contrario de Tyler.

—Entonces —dije, tras haberme quedado mirando simplemente durante un minuto—, ¿siempre traes a casa a tus esposas en la primera no-cita?

Me miró y se le contrajeron los labios. —Solo a las que tengo intención de conservar.

El calor me recorrió la cara, así que me entretuve mirando de nuevo por la ventana. El sol se estaba poniendo, transformando cada edificio en un lingote de oro. Desde aquí podía ver el Empire State Building.

Tyler se puso detrás de mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó, con la boca cerca de mi oreja.

—No —dije, pero pude oír el temblor en mi voz.

Se rió. —¿Estás segura?

—Tengo que mantener la cabeza despejada. Por si intentas seducirme.

Ladeó la cabeza, fingiendo que se lo pensaba. —Pensaba que ese era el objetivo de todo esto.

Me giré para mirarlo, lo cual fue un error, porque tenía los ojos tan oscuros que casi parecían negros.

—Estás demasiado cerca —dije, lo cual era mentira, porque estaba exactamente tan cerca como quería que estuviera.

—¿Quieres que me aparte?

Negué con la cabeza. —No.

Se inclinó hacia delante, tan despacio que tuve tiempo de prepararme. Sus labios flotaban sobre los míos, esperando a que yo diera el primer paso.

No lo hice. No pude. Estaba paralizada, a partes iguales por el miedo y el deseo.

Sonrió, como si supiera exactamente lo que pasaba por mi cabeza.

—¿Haces alguna vez algo impulsivo, Parsley? —preguntó, con la voz tan baja que casi no lo oí.

Intenté buscar una respuesta ingeniosa, pero tenía el cerebro hecho puré. —Acabo de casarme con un hombre al que acabo de conocer. ¿Cómo de impulsiva quieres que sea?

Soltó una breve carcajada. —Eso no es impulsivo. Aun así, sopesaste mil planes antes de decir que sí.

No le faltaba razón, pero no iba a darle esa satisfacción.

Tyler se inclinó, tan cerca que pude saborear el bourbon en su aliento. —Demuéstrame que puedes ser impulsiva.

No se movió. Simplemente esperó.

Me quedé allí quieta durante uno, dos, tres latidos, y entonces lo hice. Lo besé. No fue un beso educado de *veremos-qué-pasa-en-la-*

primera-cita. Lo besé como si mi vida dependiera de ello.

Hizo un sonido gutural y profundo y me atrajo hacia sí, su mano se deslizó por mi espalda, por debajo de mi pelo. Sabía a azúcar y whisky, y el mundo se volvió un poco borroso por los bordes.

Me aparté solo para respirar, y él me siguió, besándome con más fuerza, con más profundidad, como si hubiera estado esperando este momento todo el día.

Cuando por fin pude volver a tomar aire, estaba mareada. Literalmente, de verdad, mareada.

Tyler sonrió. Tenía un aspecto a la vez satisfecho y hambriento. —Eso es ser impulsiva. Sé aún más impulsiva, Parsley.

—Eres un gilipollas —dije, pero sonó más bien como un jadeo.

—Te has casado con un gilipollas —respondió él con una sonrisa burlona.

—Sí, lo he hecho.

Apoyó su frente contra la mía y, por un momento, simplemente nos quedamos ahí, respirando el uno del otro.

Al momento siguiente me levantó, no de forma romántica, sino de esas de *vienes-conmigo-ahora-mismo*, y me cargó al hombro.

—¿Qué estás haciendo? —chillé.

—Mantener las tradiciones.

—Eso no es ninguna tradición, Tyler. A las novias se las lleva en brazos. Y se hace al cruzar el umbral, y eso ya lo hemos pasado. Por cierto, eso que estás haciendo es la carga del bombero.

—Mi novia entra así en su nuevo dormitorio —dijo, dándome un azote en el culo para enfatizarlo.

—¡Dios mío! —exclamé sin aliento y empecé a tamborilear con los puños en su espalda. No pareció en absoluto impresionado.

Me llevó por el pasillo, riendo todo el tiempo, y me soltó suavemente sobre una cama enorme en un dormitorio con ventanales de suelo a techo y unas sábanas que eran prohibidamente suaves.

No me dio tiempo a recuperarme antes de estar encima de mí y besarme de nuevo. Sus manos estaban por todas partes. Mi cerebro sufrió un cortocircuito. Olvidé cómo articular palabras.

La ropa desapareció como en un frenesí. La chaqueta fue lo primero, luego el vestido color crema, quedándome en la lencería blanca de encaje que había elegido porque, técnicamente, era mi noche de bodas, y para eso había una norma, ¿no?

La camisa de Tyler estaba completamente desabrochada, pero seguía llevando los vaqueros, lo que me pareció injusto. Se apartó lo justo para mirarme y sus ojos se oscurecieron.

—Eres, sin ninguna duda, la novia más hermosa del mundo —susurró, y la forma en que lo dijo hizo que mi rostro se encendiera de nuevo.

Se quitó la camisa y, por un momento, de verdad olvidé cómo respirar, porque era, objetivamente, el hombre más atractivo que jamás había visto.

Me recosté en la cama y él se cernió sobre mí, con las manos enmarcando mi rostro.

—¿Cómo de tradicional quieres que sea nuestra noche de bodas, Parsley? —susurró en mi oído.

—Tan tradicional como nuestra primera noche juntos —le devolví el susurro, y él emitió un sonido gutural que mandó una ráfaga de calor directa a mi centro.

—Sabes —dijo, bajando la mano por mi cuello hasta la clavícula—, aquella noche tuve que contenerme mucho.

Su mano se detuvo en mi cuello, su pulgar presionando apenas levemente, como si estuviera probando cuánto le permitiría.

Me estremecí, pero no de miedo. —No te contengas.

Sonrió, lenta y depredadoramente. —No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

Lo miré directamente a los ojos. —Esa era una de tus condiciones, ¿no? Que contigo nunca me aburriría.

Se rió, una risa auténtica y profunda. —Estás usando mis propias palabras contra mí.

—¿Funciona? —preguntó.

Me besó de nuevo y me mordió el labio inferior con la fuerza justa para hacerme jadear. —Sí. Funciona.

Me quitó la ropa interior. Despacio. Hizo todo un espectáculo de ello y la tiró a un lado.

—Esta vez, Parsley, voy a follarte toda la noche —dijo con voz sombría—. Pero hay reglas.

Inhalé bruscamente. —¿Reglas? ¿Desde cuándo te importan a ti las reglas?

Sonrió con picardía. —En mi dormitorio, las cosas funcionan de forma distinta al resto de mi vida.

Tragué saliva. —Te escucho.

Se inclinó hacia abajo, con la boca pegada a mi oreja. —Primera regla: Yo tengo el control. Siempre. Sin excepciones.

Un escalofrío me recorrió, sentí un hormigueo por todas partes. Podía ver en sus ojos que hablaba en serio. Me gustaba esa faceta suya que demostraba que, después de todo, no todo le daba igual.

—Segunda regla: Tus orgasmos son míos. Te corres cuando yo diga que puedes hacerlo.

Asentí, sintiendo que el calor subía rápidamente por mi interior. Repetí las palabras en mi cabeza y eso solo hizo que lo deseara aún más.

—Tercera regla: Tus besos y tu aliento también son míos.

Me besó tan fuerte que de verdad no podía respirar, su mano apretó un poco más mi cuello y sentí que el calor en mí subía como una fiebre.

—Cuarta regla: Por muy caliente que se ponga la cosa entre nosotros, por mucho que te posea aquí, se queda aquí. Esto es algo del dormitorio. Nada de sentimientos. Nadie se enamora.

Asentí, aunque ya sospechaba que esa sería la regla más difícil de todas.

Me besó de nuevo, esta vez más despacio pero con más profundidad, y sentí que me derretía en la cama.

—Conmigo no hay ningún *contrato de Cincuenta Sombras* —dijo, mordisqueándome la oreja—. Las reglas están claras. Sin excepciones. Sin discusiones.

—¿Qué pasa si rompo alguna regla? —pregunté con voz temblorosa.

Sonrió de forma diabólica. —Te encantan las reglas, Parsley. Eres mi niña buena. Mi pequeña Miss Perfecta. No vas a romper ninguna de mis reglas, ¿eh?

Sentí que me sonrojaba, pero asentí. —Seré tu niña buena.

Me besó de nuevo y luego se quitó los vaqueros, de modo que ambos estábamos completamente desnudos. Podía ver lo duro que estaba y, por un momento, entré en pánico al recordar lo grande que había sido la última vez.

Con una mano se deslizó entre mis piernas y me masajeó. Sus caricias eran tan precisas que empujé mi cadera contra su mano para aumentar la presión. Todo mi cuerpo estaba en llamas y el calor entre nosotros se volvía insoportable. Lo necesitaba. Ya. Urgente.

—Por favor, Tyler —supli qué, pero eso solo hizo que Tyler ralentizara su fricción y redujera un poco la presión.

—¿Te estoy volviendo loca? —preguntó mientras me lamiía el labio inferior.

—Mucho —respondí jadeando de frustración. Intenté apretar mis caderas aún más contra su mano para recuperar la presión, pero él siguió evitándome. Quería gritarle. Pegarle. Besarle. Lo quería todo.

Entonces, por fin, Tyler se apretó contra mí con su dureza, pero aún no me penetró. Solo ejercía una presión que me hacía temblar de deseo.

—Estás tan lista para mí —susurró y se deslizó dentro de mí con una estocada lenta.

Jadeé y me dio un momento para acostumbrarme a su tamaño antes de empezar a moverse, primero despacio, luego más fuerte, más profundo.

Esto era distinto a la última vez. La última vez se trataba de liberación, de perder el control. Esta vez se trataba de que él lo tomaba y yo se lo permitía.

Murmuraba cosas obscenas en mi oído, cosas que hacían que se me encogieran los dedos de los pies, cosas que nunca le confesaría a nadie, jamás. Pero que eran todas ciertas.

Podía sentir que me acercaba al clímax, cada vez más, y gemí.

Apretó su agarre en mi cuello, solo un poco. Veía que aún se controlaba.

—Recuerda las reglas, Parsley. Tus orgasmos son míos.

Asentí desesperada e intenté contenerme, pero era imposible.

—Por favor —supli qué—, por favor, Tyler, ¿puedo?

—No —dijo él sonriendo—. Todavía no.

Gemí y me folló más fuerte, más rápido, cada envite mandaba chispas por todo mi cuerpo.

Me besó de nuevo, tan intensamente que nuestros labios se quedaron en carne viva. Su mano permaneció en mi cuello, sin llegar a cortarme nunca el aire, solo recordándome que le pertenecía.

Me pregunté cuánto se estaría guardando y si lo hacía porque veía lo inexperta que era yo. No quería mostrarle mi inseguridad bajo ningún concepto, porque quería más. Quería que me poseyera. Cada centímetro, cada suspiro. Cuanto más control tomaba él, más segura me sentía yo, porque podía dejarme llevar.

Vale, también me estaba enfadando un poco porque necesitaba correrme con urgencia y apenas aguantaba el calor entre mis

piernas. Pero, sobre todo, quería que me enseñara qué pasaba cuando de verdad tomaba el control absoluto.

Tyler debió de leerme el pensamiento, porque apretó un poco más y vi las estrellas.

—Vas a poder correrte ahora mismo —dijo—, pero antes tienes que esperarme. Podrás correrte cuando yo me corra.

Asentí, jadeando, apenas capaz de pensar.

Aumentó el ritmo y el calor entre nosotros se hizo cada vez más intenso.

—Di mi nombre —gruñó.

—Tyler —jadeé—. ¡Tyler!

Gimió y pude sentir que se acercaba al clímax. Tyler se puso cada vez más duro dentro de mí, haciendo que me resultara aún más difícil contenerme.

Me besó con fuerza y su mano rodeó mi cuello un poco más firme. Entre jadeos, notaba que Tyler seguía luchando por el control.

—Ahora —dijo con voz ronca—. Córrete ahora para mí.

Y lo hice. Me quebré, cada músculo se tensó, mi visión se volvió blanca, todo mi mundo se redujo a la sensación de su mano en mi cuello y su dureza dentro de mí.

Segundos después me siguió con un gruñido que sonaba más a animal que a hombre, y se desplomó sobre mí.

Durante un minuto nos quedamos allí tumbados, entrelazados, temblando y recuperando el aliento.

Y entonces, justo cuando empezaba a preguntarme si alguna vez volvería a bajar de las nubes, me miró con esa sonrisa diabólica y satisfecha y dijo:

—No vas a romper mi regla, ¿verdad?

Negué con la cabeza, todavía temblando. —Jamás.

Me besó, esta vez con más dulzura, y casi le creí cuando dijo:

—Buena chica.

Quería decir algo ingenioso, pero mi cerebro había sufrido un cortocircuito total. Y aparte de eso, no estaba segura de si podría cumplir sus reglas durante los próximos seis meses. Esta vez el sexo había sido aún más intenso que la anterior —y eso que ya creía que aquello era imposible—, pero ¿y si la próxima vez era más fuerte? ¿Y la siguiente? Porque una cosa era segura: no podía resistirme al encanto de Tyler. Solo era cuestión de tiempo que, inevitablemente, acabara sacando esta faceta del dormitorio al exterior, porque Tyler prácticamente me obligaba a ello.

Recuerda las reglas, Parsley.

¡Por el amor de Dios, cíñete a las reglas!

¡Y mantén tu plan, que no incluía sentimientos de ningún tipo!

Capítulo 14 – Parsley

CIPRIANI 25 BROADWAY, UPPER East Side, Nueva York, unos días después.

Lo mejor del Cipriani 25 Broadway, aparte de las paredes decoradas con pan de oro y los techos tan altos que haría falta un telescopio para apreciar bien los frescos, era cómo hacía que hasta las bodas más caras que yo había organizado parecieran un mercadillo benéfico del AMPA. Esta noche estaba aún más decadente que de costumbre. Iluminación temática, jazz en directo y un ejército de camareros que parecían diseñados genéticamente para ignorar cualquier forma de sufrimiento humano, a excepción de las copas vacías.

Me cogí del brazo de Tyler y dejé que me guiara hacia el salón principal. No es que necesitara que me guiara. Su forma de moverse, segura y serena, sugería que no solo era multimillonario,

sino que poseía las patentes de todos los futuros proyectos de miles de millones en Manhattan. Llegábamos tarde, lo cual, por lo visto, era un requisito indispensable para que Tyler hiciera una entrada adecuada en eventos como la *Gala de Verano de Broadway*.

Tyler se había puesto un esmoquin para la ocasión que llevaba, al más puro estilo Tyler, sin corbata ni pajarita, como si quisiera decir: —*Acepto participar en vuestro jueguecito de disfraces, pero ni se os ocurra pensar que me voy a someter*—. Su camisa era a medida y llevaba los dos botones superiores abiertos, dejando a la vista la base del cuello. Lo sabía porque me había pasado todo el trayecto en coche mirándolo fijamente, intentando convencerme desesperadamente de que observar el cuello de mi marido falso no era, en primer lugar, algo raro y, en segundo lugar, no era una metáfora de nada.

Mi propio atuendo era… problemático.

Había pasado tres cuartos de hora de reloj en el vestidor de Tyler. Estaba lleno de vestidos de diseño de todos los colores, largos y de todas las décadas, todos todavía con etiquetas cuyos precios me daban vértigo. Cabe decir que era un vestidor de los de verdad, de esos en los que podrías organizar una cena para doce personas y aun así sobraría espacio.

Justo antes de sufrir una crisis nerviosa total porque *«no tenía nada que ponerme»*, Tyler me había tendido uno de los vestidos.

Al principio pensé que era una broma. Una especie de juego de poder tipo: —*Ja, ja, veamos si de verdad se pone eso*—. Era el tipo de vestido que solo se ve en anuncios de perfumes o en las chicas Bond unos tres segundos antes de que alguien muera. De un azul medianoche profundo, con un escote pronunciado y la espalda tan abierta que me habrían dado ganas de pegar la tela a mi piel con cinta de doble cara.

Pero, aun así, me lo había puesto, diciéndome a mí misma que la falda era larga y que la abertura solo llegaba hasta el muslo y no hasta la cadera. También me había autoconvencido de que en mis clases de Pilates había llevado menos ropa, lo cual, dicho sea de paso, era mentira.

—Deja de toquetear la tela —dijo Tyler mientras escudriñaba a la multitud—. El vestido te queda perfecto.

Enderecé los hombros e intenté mantener la voz calmada.—Eso solo lo dices porque ha sido lo primero que has encontrado en el armario.

No era mentira. Cuando Tyler se dio cuenta de mi crisis nerviosa, simplemente cogió uno de los vestidos y me lo puso en la mano.

—Eso no hace que el vestido sea menos perfecto. —Esbozó una sonrisa lenta y peligrosa—. Además, no te habría dejado salir del apartamento si no estuvieras perfecta con él.

Jadeé, que era exactamente lo que él buscaba.—El feminismo no funciona así, Tyler.

—Querer avergonzarse de su propio cuerpo funciona aún menos —replicó él con ironía.

—Es una reacción natural al hecho de que todo el mundo nos esté mirando —rebatí, intentando ignorar las miradas que nos seguían. Tuve que luchar contra el impulso de soltarme el pelo del moño para ocultar al menos algo de piel desnuda. Pero me había puesto tanta laca que el pelo se mantenía en su sitio incluso sin horquillas; solo un viento de fuerza 12 podría suponer una amenaza.

Tyler me dirigió suavemente hacia el centro de la sala.—Todos miran porque eres la mujer más guapa de aquí.

Resoplé.—Esperaba que dijeras que miran porque eres un multimillonario que jamás respeta el código de vestimenta, que

siempre llega tarde y que yo soy la última incorporación a una larga lista de accesorios desechables.

Dejó de caminar y se giró hacia mí; su mano se deslizó de mi codo a mi cintura.—No eres un accesorio.

—Cierto, solo soy de alquiler —murmuré. ¿Para qué engañarme? Aunque Tyler ahora me hiciera perder el sentido con una regularidad muy de marido, eso no significaba que yo fuera para él algo más que un contrato verbal.

Un camarero que pasaba nos ofreció una bandeja con copas de champán. Tyler cogió dos y me entregó una.

—Bebe —dijo, con la boca cerca de mi oído—. Te calmará los nervios.

—¿Tan nerviosa parezco?

—Vibras —dijo él, y estaba bastante segura de que no era una forma de hablar.

Le di un sorbo. El champán probablemente era más viejo que el matrimonio de mis padres y sabía más o menos a eso mismo. Aun así, seguí bebiendo.

—Muy bien, siguiente lección —dijo Tyler, dejando su copa intacta sobre una consola de mármol—. ¿Ves ese grupo de hombres junto a la escalera?

Asentí. Todos vestían esmoquin, todos estaban completamente relajados y todos se reían como ríen los hombres ricos cuando fingen que el dinero no les importa.

—¿El del pelo canoso y el reloj de bolsillo? Ese es Worthington.

—Harold Worthington —recité, porque me había aprendido de memoria la carpeta de Tyler con toda la información relevante sobre él—. Nacido en 1959, Harvard Business, casado con Eleanor Worthington, sin hijos. Dirige Worthington Imports, que…

—No es importante —me interrumpió Tyler—. Lo que cuenta es que le caigas bien.

Parpadeé.—Simplemente me gusta estar preparada.

—Le gustarás por tu carácter. No porque te hayas aprendido de memoria su biografía no publicada. —La mano de Tyler apretó mi cintura—. Es solo charla de cortesía, Parsley. Nada más.

Hice una mueca.—No se me da bien la charla de cortesía.

—En la boda de Dom y Juniper te desenvolviste muy bien cuando robamos el bourbon.

—Aquello no era por nada importante.

Tyler fingió sentirse ofendido.—¿Crees que esa noche no fue importante?

Puse los ojos en blanco.—Aquí se trata de convencer a un hombre para que te confíe el futuro de su legado —susurré—. Lo cual me parece casi imposible dada mi rigidez y tu alergia a reaccionar a las señales sociales.

Tyler sonrió.—Exactamente eso es la charla de cortesía, Parsley. Espontaneidad con un toque de cinismo. Muy fácil. No es una fiesta de los dulces dieciséis en el Waldorf con pavos reales vivos y una fuente de chocolate rosa.

—No me recuerdes ese desastre —respondí y di otro sorbo.

—Sigo pensando que suena divertido. ¿Quizá debería comprar yo también unos pavos reales? —bromeó Tyler con una sonrisa.

Decidí ignorar eso y me concentré en cambio en la comida.

—Es un crimen —dije, observando la selección de canapés intocados en el bufé—, que nadie coma nada. ¿Sabes cuánto trabajo conllevan estas cositas?

—Puedes comer todos los que quieras —respondió Tyler, acercándome más al mostrador.

—¿Está permitido? —pregunté—. Pensaba que era una regla que nadie toque la comida hasta que otra persona lo hace.

—Alguien tiene que empezar. —Tyler cogió un pastelito minúsculo, se lo metió en la boca y se encogió de hombros—. Además, las reglas son un farol. La etiqueta es solo una forma de ver quién parpadea primero.

—¿Dices que simplemente haga lo que quiera?

Se inclinó hacia delante.—Parsley, eso es lo que te llevo diciendo desde el primer día. No te vendría mal hacerme caso de vez en cuando y decidir según te pida el cuerpo.

Sentí que las mejillas me ardían.—Eso lo dice el hombre al que le digo cada mañana que se ponga una corbata con el traje.

Los ojos de Tyler se oscurecieron y, por un momento, olvidé cada palabra en cada idioma que había aprendido jamás.—No me quieres ver con corbata, Parsley.

Me flaquearon un poco las rodillas, lo cual era una novedad alarmante. Ahora quería verlo con corbata todavía más.

Tyler dirigió su atención a la multitud; su mirada se detuvo en un grupo de hombres, todos de la misma edad, con trajes caros y todos con ese mismo aura de *«soy asquerosamente rico»*.

—Perdóname un momento —dijo Tyler—. Y prueba los éclairs. Tengo que hablar un segundo con Jaxon.

Asentí. De repente fui consciente de que estaba allí sola, con un vestido que parecía sacado de una película de Bond, con una copa de champán y un plato lleno de pasteles. Intenté recordar todas las reglas de etiqueta que había aprendido, pero las descarté de inmediato y le di un bocado a una tartaleta de limón porque tenía una pinta demasiado buena.

Celestial.

Cerré los ojos y lo disfruté. Al abrirlos, una mujer mayor con un moño muy elaborado y un vestido que pertenecía a los archivos de la Gala del Met estaba a mi lado. Llevaba perlas del tamaño de canicas y una sonrisa que parecía tan encantadora como peligrosa.

Cogió un plato, seleccionó un par de macarons de lavanda y me miró de reojo.—He esperado una eternidad a que alguien diera el primer paso —dijo—, si no, parecería una glotona.

Me reí, porque era imposible no hacerlo.—Yo esperaba provocar un hambre colectiva para no llamar demasiado la atención.

—Una estrategia excelente —dijo ella, inspeccionando mi plato—. Tiene usted buen gusto.

—Gracias. Estos bocaditos son divinos.

Ella asintió.—Absolutamente. Vale la pena romper alguna que otra regla por ellos. —Observó su macaron, se lo metió en la boca y cerró los ojos con una concentración de felicidad—. Lavanda —continuó—.

Pero no demasiada. La mayoría se pasa. Pero esta es la mezcla perfecta.

Decidí arriesgarme al suicidio social.—¿Lavanda y azúcar? —pregunté.

—Lo sé, suena mal. Al principio yo también lo pensaba. Pero después de probar la famosa crème brûlée de lavanda de Olivier, me convencí de lo contrario. —Levantó uno de los macarons—. Estos no son de Olivier, pero se dejan comer muy bien.

Cogí uno de los macarons de lavanda y le di un mordisquito con cuidado. Sabía increíble. —Me ha convencido usted.

La mujer me sonrió, entrecerrando los ojos con aprobación.—Es usted una rareza.

—¿Rara o simplemente adicta al azúcar?

Se rió de forma sincera, y tuve la sensación de que no se reía así con cualquiera.—¿Por qué no ambas cosas?

Nos quedamos allí, una al lado de la otra, probando los dulces en un silencio que resultaba extrañamente cómodo. Me cayó bien al instante, lo cual era un problema, ya que se suponía que yo estaba aquí en otra misión.

Eché un vistazo a los petit fours, ante lo cual mi nueva y desconocida amiga sacudió la cabeza.

—No, mejor esos no. Están demasiado secos.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté, ya que en su plato solo había macarons y una tartaleta de limón.

Cogió uno de los petit fours y asintió.—Lo que imaginaba, demasiado seco. Uno desarrolla un instinto para estas cosas. Igual que se

puede reconocer la diferencia entre una sonrisa real y una falsa a veinte pasos de distancia.

Inspiré hondo.—Eso estaría bien. Yo sigo cayendo en las falsas cada vez.

Se inclinó hacia delante con aire conspirador.—Tiene que mirar a los ojos, no a la boca. La boca miente. Los ojos, nunca.

Traté de grabármelo para más tarde.—Lo tendré en cuenta.

La mujer me observó un momento.—No deja de mirar hacia el grupo de la escalera —dijo, no sin amabilidad—. ¿A quién observa?

Sentí que se me subían los colores, lo cual se estaba convirtiendo en el tema principal de la velada.—A mi… —Vacilé, porque pronunciar la palabra *«marido»* todavía me parecía una broma que me gastaba a mí misma—. Mi marido está allí.

No solo Tyler estaba allí, sino también Harold Worthington. El hombre ante el cual debía hacerme pasar por esposa, pero al que no lograba acercarme, incapaz de soltarme de la orilla segura del bufé desierto.

Ella asintió, como si eso confirmara una teoría.—Ya me lo imaginaba por cómo lo miraba.

La miré fijamente, con el tenedor a medio camino de la boca.—¿Y cómo lo miraba?

Se encogió de hombros, como si fuera obvio.—Con los ojos, no con la boca.

Casi me atraganté. —Eso es… quiero decir, él es… nosotros somos…

Hizo un gesto con el tenedor.—No tiene que explicar nada. Cuando yo era veinte años más joven, miraba a mi marido exactamente

igual.

Se me secó la boca y no supe qué responder.

—Pero lo fascinante en realidad —prosiguió mientras señalaba con el tenedor en dirección a Tyler— es que él le devuelve la misma mirada. No es que se vea a menudo a Tyler Kensington en este tipo de eventos, pero definitivamente deja huella.

—¿Gracias? —dije con inseguridad, totalmente confundida por su valoración. ¿De verdad Tyler y yo resultábamos tan convincentes? O…

Mis mejillas empezaron a arder y temí que el rubor se notara incluso a través de dos capas gruesas de maquillaje.

—Es usted encantadora —dijo ella—. Por cierto, soy Eleanor.

Sonreí.—Parsley.

Eleanor me tendió la mano.—Encantada de conocerla, Parsley.

Antes de que pudiera decir nada más, Tyler apareció de nuevo a mi lado y su mano encontró de inmediato la parte baja de mi espalda. El calor de su palma anuló cualquier pensamiento racional que tuviera.

Saludó a la mujer con una inclinación de cabeza cortés.—Señora Worthington. Siempre es un placer.

Mi cerebro dio un triple salto mortal. La señora Worthington. O sea, la mujer del hombre al que Tyler quería impresionar a toda costa. La mujer del hombre al que yo había estudiado durante días, de quien me lo había aprendido todo de memoria y para el que me había preparado como para un examen final. Y, sin embargo, no se me había ocurrido ni una sola vez que su esposa estaría aquí, o que me

pillarían atiborrándome a tartaletas de limón mientras fracasaba en el protocolo social.

—El placer es mío. ¿Dónde ha tenido escondida tanto tiempo a su encantadora esposa? —Eleanor le sonrió a Tyler y luego me miró con algo que parecía orgullo—. Su esposa es una auténtica joya, señor Kensington.

—Lo sé muy bien. —Tyler me cogió la mano y me dio un tierno beso que me dejó totalmente descolocada. Pero no se me escapó la mirada oscura que me lanzó. Realmente oscura—. ¿Me permite que le robe a Parsley un momento?

—Faltaría más. —Eleanor me guiñó un ojo y luego se deslizó de vuelta entre la multitud, con el plato ya vacío.

Me quedé mirando el lugar donde ella había estado, intentando procesarlo todo a la vez. El hecho de que acabara de encantar a la mujer de un multimillonario, el hecho de que la mano de Tyler siguiera en la parte baja de mi espalda… todo aquello me tenía perturbada. Pero lo más importante: la mirada oscura de Tyler no había cambiado.

Necesitaba otra copa de champán. O dos. O la botella entera.

Preferiría un baño en ácido sulfúrico.

Capítulo 15 – Tyler

BROADWAY SUMMER GALA, CIPRIANI 25 Broadway, New York City, un momento antes.

En realidad, para este tipo de eventos se necesitaba un manual de supervivencia. La charla intrascendente, el networking encubierto y más charla intrascendente hacían claudicar hasta a los hombres más curtidos. Por eso prefería pasar este tipo de actos —si es que llegaba a asistir— en los márgenes. Casi todos los que pretendían pintar algo en Manhattan en los próximos veinte años estaban allí. Una docena de senadores, dos docenas de directores ejecutivos, las típicas chicas de galería cuyos nombres nadie debía pronunciar nunca en alto, y un porcentaje considerable de la prensa de la ciudad, que ya se estaba abasteciendo de sus primeros escándalos en la barra.

Yo prefería quedarme en terrenos conocidos, aunque no dejaba de escudriñar a la multitud en busca de Worthington. Solo por eso debería venderme su empresa, porque nadie se sometería a un evento así por voluntad propia.

Me apoyé en una de las columnas de mármol que hacían que el Cipriani fuera tan ofensivamente opulento que hasta el Vaticano se sentiría avergonzado, y di un sorbo a mi whisky.

A mi lado estaban mis mejores, peores y únicos amigos que había tenido jamás. Dominic, la definición de la intimidación en traje; Alexander, que parecía a punto de asesinar a alguien con una hoja de cálculo; Ryder, que llevaba demasiado tiempo mirando fijamente la salida, y Jaxon, que no se había reído ni una sola vez en años y trataba cada evento social como un tribunal de guerra. Todos teníamos nuestras particularidades, pero permanecíamos unidos como una familia. Éramos una familia.

—Entonces —dijo Ryder con tono relajado, pero sus ojos recorrían la sala como una cámara de vigilancia—. ¿Cuánto falta para que la multitud que se ha tragado a Worthington lo escupa de nuevo? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Nunca?

—¿Por qué estamos hablando de Worthington? —pregunté.

—Porque es la única razón por la que estamos aquí —dijo Alexander —. Y ahora no finjas que de repente estás disfrutando de este tipo de eventos.

—Culpable. Preferiría un baño en ácido sulfúrico —respondí, alzando mi whisky para brindar.

—Worthington es siempre puntual, ya debería estar aquí —intervino Jaxon—. Ese hombre es un reloj suizo en el cuerpo de un profesor de Oxford.

Ryder sonrió. —Un reloj suizo con el carisma de un interrogador del KGB.

—Y tú eres el más indicado para hablar de carisma, Ryder —replicó Jaxon con sequedad—. Serías capaz de hacer llorar al predicador en tu propia boda. Solo por diversión.

Ryder no se inmutó. —Entonces es que su sermón habría sido pésimo. Pero como no me voy a casar nunca, todos los predicadores están a salvo de mí.

Alexander hizo un gesto en el aire con su copa. —Hablando de bodas. Tyler, ¿dónde has aparcado a tu esposa?

Me encogí de hombros y bebí. —En el bufé. Parecía tener hambre.

Me costó muchísima fuerza de voluntad no mirar hacia Parsley. Y fracasé, aunque los demás no parecieron darse cuenta.

—¿La has dejado sola? —Ryder arqueó una ceja—. ¿En vuestra primera gala como marido y mujer? Eres un animal.

—Un animal, tal vez, pero no un monstruo. De lo contrario, la habría traído aquí con nosotros —respondí sin inflexión. Para ser sincero, no sabía por qué quería mantener a Parsley alejada de mis amigos. Al fin y al cabo, eran mis mejores amigos. Y Parsley era definitivamente presentable. Pero si llegaban a conocerse, se volvería oficial. Y no lo era, solo era un contrato. Nada más.

Realmente no había nada más.

Entonces una sombra cayó sobre el grupo. Todos levantaron la cabeza al unísono, como perros cuando alguien abre la nevera en la cocina.

Harold Worthington era un hombre que llenaba el espacio, sin importar cuántos metros cuadrados hubiera disponibles.

—Caballeros. —Tenía ese acento de Nueva Inglaterra que no se podía imitar, porque destilaba dinero viejo. Nos estrechó la mano a cada uno. Su apretón fue firme, pero noté que se detuvo unos segundos más con Jaxon. —Es un placer verlos a todos.

Me preguntaba qué quería en nuestro grupo; normalmente la gente se acercaba a él, no al revés. Pero quizá ese era precisamente el punto. Desde que se habían difundido los rumores sobre su retirada, la élite zumbaba a su alrededor como moscas molestas.

—El placer es nuestro, Harold, ¿cómo van los negocios? —preguntó Dominic, con la voz tan impecable como su traje.

—No me puedo quejar. Worthington asintió y luego se dirigió a mí: —Tyler Kingsley. He oído hablar de su nueva esposa. Para ser sincero, era difícil no oír hablar de esa boda relámpago. Todo el mundo comenta el tema.

—Parsley es única, habría sido una estupidez por mi parte no asegurarme de que se quedara a mi lado —respondí, despreocupado, pero sabía que él analizaba cada sílaba. Mi mirada volvió a Parsley, que seguía en el bufé, ahora acompañada. Worthington siguió mi mirada.

—Creo que mi mujer acaba de descubrir a la suya en el bufé —dijo Worthington—. Llevaba una hora diciendo que quería ir a comer algo, pero no quería ser la primera.

—Parsley se toma la etiqueta muy en serio, pero con las tartaletas de limón olvida todas las reglas —dije, y Jaxon llegó a sonreír brevemente.

—A mi mujer le pasa lo mismo. —Worthington sonrió levemente—. No esperaba verle como hombre casado, Tyler.

—Para ser sincero, yo tampoco —repliqué. ¿Por qué iba a mentir en ese punto? Cuantas más verdades pudiera venderle a Worthington,

mejor.

—Parece que nuestras esposas se llevan de maravilla. ¿Nos veremos en la boda del senador Church?

—Por supuesto, nadie querría perdérselo —respondí, con tanto entusiasmo como si se tratara de una cita con el dentista, pero Worthington asintió satisfecho.

Después, una de las organizadoras se lo llevó, probablemente porque querían anunciar su donación en el escenario.

—Ha sido una jugada malditamente buena —dijo Alexander en cuanto Worthington estuvo fuera del alcance del oído.

—¿El qué? —pregunté.

—Lanzar a Parsley contra la mujer de Worthington. A pesar de esa reputación que la precede.

—¿Qué reputación? —pregunté con curiosidad genuina. Jaxon apenas había recopilado información sobre la mujer de Worthington en sus investigaciones.

Alexander empezó a contar con los dedos. —Reina del hielo, excelencia en la charla pasivo-agresiva, y es capaz de recordar cada nombre y cada cara desde 1984. Pero lo más importante: ella decide en gran medida con quién trabaja Harold Worthington. Según los rumores. En cualquier caso, nadie ha cerrado nunca un trato con Worthington si a su mujer no le caía bien.

—Interesante —dije, arqueando una ceja, pensativo. Mi mirada volvió a Harold Worthington, que fue interceptado por el senador Church a mitad de camino al escenario. Los demás también miraron en su dirección.

—Ese senador da un poco de miedo —dijo Ryder.

—Su boda será la razón por la que Tyler obtendrá pronto su contrato. Siempre y cuando Ty tenga un plan de verdad —dijo Dominic—. Respeta al menos eso en el senador.

Le lancé una mirada elocuente a Dominic, porque, por supuesto, no tenía un plan de verdad. Había principios que yo respetaba.

—Yo respeto que mañana por la mañana no me despertaré descubriendo que le he vendido mi alma por haber hecho un pacto en un cruce de caminos con el senador —replicó Ryder.

Jaxon me miró a la cara con aire pensativo. —¿Eres consciente de que la miras de una forma muy convincente cuando hablas de Parsley?

Quise rebatirlo, pero en su lugar me di cuenta de que estaba mirando otra vez hacia el bufé, donde Parsley y la señora Worthington se reían como viejas amigas. Me obligué a apartar la vista.

—Simplemente somos convincentes —dije, con un tono algo demasiado cortante—. De eso se trata, ¿no?

Jaxon arqueó las cejas. —Eres el único hombre que firma un contrato con su esposa e incluso así, parece que tiene una piedra en el zapato cuando ella se ríe con otro.

—¿A quién le ha sonreído? —pregunté, y solo después me di cuenta de la trampa en la que había caído. *Joder.*

—¿Lo ves? —preguntó Ryder con una sonrisa burlona—. Y si dices tres veces más que te es *indiferente*, puede que algún día llegues a creértelo tú mismo.

Lo ignoré. Pero en el fondo tenía que admitir que tenía razón. Todos tenían razón respecto a Parsley. Había conocido a muchas mujeres, pero ninguna había conseguido que, después de una hora de charlas

banales en un salón abarrotado, yo siguiera queriendo saber dónde estaba.

Ryder se inclinó hacia mí. —Si quieres deshacerte de ella, dímelo ya. Me parece estupenda.

—Te mataría si lo intentaras —respondí fríamente.

—¿Lo ves? No te es tan indiferente como quieres convencerte —respondió Ryder con una sonrisa de suficiencia—. Y no te asustes, todos sabemos que ella no encaja en absoluto en mi tipo.

Suspiré, vacié mi copa e inicié la huida. —Voy a seguir manteniendo la farsa para Worthington.

—¡Dale a *tu mujer* recuerdos de nuestra parte! —me gritó Ryder.

Levanté la mano sin darme la vuelta y navegué entre la multitud. El aire se volvía más cargado a medida que me acercaba al bufé, y con cada paso quedaba más claro que tenían razón. La quería. No porque tuviera que hacerlo, sino porque realmente la quería.

Lo que aquello significaba, no lo sabía. Pero sí sabía que era el principio del fin. O del comienzo. O de ambas cosas.

Sería mejor que Dios no viera lo que te estoy haciendo.

Capítulo 16 – Parsley

GALA DE VERANO DE Broadway, Cipriani 25 Broadway, New York City, un momento después.

Tyler no dijo nada más. Simplemente me cogió de la mano como si tuviera derecho a ello —cosa que, como mi supuesto marido falso, probablemente tenía— y me guió a través de la gala. Pasamos de largo ante hombres en esmoquin, mujeres con vestidos de cóctel y camareros que repartían incansablemente copas de champán. Dejé atrás el plato con los pastelitos, lo cual fue el mayor sacrificio que había hecho hasta la fecha. Le seguí porque, o bien había perdido la cabeza por completo, o porque sencillamente quería que no dejara de mirarme así. Tan sombrío y... posesivo.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando giramos hacia un pasillo lateral menos iluminado, donde la música solo se oía como un rumor sordo.

—Nada —respondió Tyler, pero tenía la mandíbula tensa y sus ojos estaban más oscuros que el cielo nocturno del exterior.

—¿He hecho algo malo? —pregunté tan bajo que apenas me oí a mí misma.

—No —respondió Tyler. Pero no estaba convencida. Al menos, no lo suficiente como para librarme de mi inseguridad.

—No he hablado con Eleanor de nada importante. De comida, principalmente. Y de esa crème brûlée con lavanda. En realidad, se ha pasado todo el rato hablando de eso. Quiero decir, ¿lavanda? Me encanta el olor a lavanda. Y me encantan las crème brûlées, ¿pero la combinación? Cuesta imaginarlo. Pero ella parecía realmente convencida. Y la sal y el caramelo también suenan fatal como combinación, al menos en teoría, pero en la práctica saben increíblemente bien. Sea como sea, el punto es... —seguí parloteando sin parar hasta que Tyler me interrumpió.

—No estoy enfadado contigo, Parsley. —Las palabras de Tyler fueron tan firmes que le creí. Aun así, no me sentí ni un ápice aliviada. Algo le había pasado a Tyler en los últimos minutos.

Siguió tirando de mí hasta que nos plantamos ante un cordón de terciopelo rojo que señalizaba claramente: *«Acceso prohibido, a menos que seas una celebridad superinfluyente o tengas un motivo muy bueno».*

—Eso está cerrado —dije cuando nos detuvimos delante. Tyler lo ignoró por completo y abrió el cordón como si lo hiciera todos los días. Probablemente porque caminaba a diario a través de cualquier barrera como si el local fuera suyo. O el hotel de muchos millones de dólares.

—Me da igual —dijo. Luego pasó al otro lado, pero volvió a girarse hacia mí—. Puedes venir conmigo. O quedarte. Tú decides. Pero agradecería que me siguieras.

Sentí que el corazón se me aceleraba mientras permanecía ante la barrera y tardaba una pequeña eternidad en tomar mi decisión. Así que sí, definitivamente había perdido la cabeza.

Levanté la barbilla y le seguí. Él sonrió brevemente y supe exactamente lo que quería decir con eso. Concretamente, que era una mala influencia y que disfrutaba viendo cómo se me pegaba.

Seguimos caminando hasta llegar a una puerta de cristal, sencilla pero pesada, que daba a un balcón. La abrió, me hizo pasar tras él y la cerró antes de que pudiera siquiera protestar.

El balcón estaba vacío, excepto por nosotros. Sobre nuestras cabezas había un cielo nocturno sin nubes, porque las luces de la ciudad no daban ninguna oportunidad a las estrellas. Y el aire era tan cálido que parecía que me hubiera chocado contra un muro de calor. Debajo de nosotros había un pequeño jardín desierto, pero de las ventanas abiertas subía hasta nosotros, tenue, la música de la gala.

Tyler encendió un cigarrillo e inhaló profundamente el humo. Y luego otra vez, y otra más. Nunca le había visto fumar antes, lo que confirmaba mi suposición de que algo debía de haber pasado. Su mano descansaba sobre la barandilla de piedra mientras su mirada se perdía en la distancia.

Cuando volvió a girarse, me miró con una intensidad tal que parecía capaz de desnudarme solo con los ojos.

Antes de que pudiera decir una palabra, Tyler lanzó lejos el cigarrillo y me empujó contra la pared de piedra del balcón, que aún estaba tibia. La mano de Tyler buscó mi espalda, la otra mi nuca, y entonces me besó.

No fue ese beso cortés y socialmente aceptable que se roba en las bodas, sino uno que me desconectó el cerebro por completo. Su lengua entró exigente en mi boca, sus dedos se clavaron en mi

cintura y tuve la sensación de que me evaporaría allí mismo en cualquier momento. Sabía a humo y a whisky.

Quise resistirme y decir que no podíamos hacer eso aquí. No en un evento con al menos una docena de reporteros acechando como francotiradores, fotografiando cualquier cosa que pareciera un *«escándalo»*. Y además, mi vestido era demasiado caro como para dejar que se arruinara con lo que fuera que Tyler planeaba hacerme.

Pero no pude decir nada porque deseaba ese beso más que nada en el mundo. Y porque probablemente haría que el mundo explotara de frustración si él paraba ahora.

Cuando se separó un momento, mi respiración era tan superficial que tuve miedo de desmayarme.

—Dime que eres mía —gruñó Tyler. Su boca estaba a solo milímetros de la mía, su mano fijaba mi mirada como si yo tuviera alguna elección.

—Yo... —comencé, pero mi cerebro ya no funcionaba bien—. Soy tuya.

Él sonrió, de forma oscura y peligrosa, y me besó con más fuerza todavía. Le quería a él, y quería odiarme a mí misma por ello, pero no podía. Todo mi cuerpo ardía como si fuera yesca y cada palabra que Tyler decía, una cerilla.

—Dime que no sonríes a otros tíos.

—¡Claro que no! Estamos casados —respondí.

—No por nuestro acuerdo. Dime que no sonríes a otros tíos porque no quieres hacerlo. —Algo en la mirada de Tyler se volvió... diferente. Intenso y sincero.

—¿A qué viene esto? —pregunté. Mis pensamientos iban a mil. En realidad sabía adónde quería llegar Tyler, pero una parte de mí no permitía ese pensamiento. No si existía la posibilidad de que me equivocara y me dirigiera de cabeza a que me rompieran el corazón.

—Dilo, Parsley —siguió gruñendo Tyler.

—No quiero sonreírle a otros hombres. Solo a ti —respondí. No porque Tyler me lo hubiera ordenado, sino porque era verdad.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, buscaron la abertura en el muslo de mi vestido, se deslizaron bajo la tela y encontraron mi piel. Me sobresalté porque no me esperaba eso. Menos aún esperaba que metiera la mano entre mis piernas y que sus dedos frotaran la tela de mi braguita.

—Esto estorba —murmuró, y antes de que pudiera protestar, bajó mi ropa interior de un solo tirón hasta que quedó colgando de mis tobillos.

—¡Tyler! —jadeé, medio indignada, medio electrizada—. Esto es...

—Esto ahora también es mío —dijo él, sacando el encaje de un tirón. Luego, como si fuera lo más normal del mundo, se metió mi braguita en el bolsillo del esmoquin y me apretó aún más contra la pared—. —Nueva regla. No quiero que lleves bragas bajo este tipo de vestidos.

Le miré como si estuviera loco. Pero al mismo tiempo quería que nunca dejara de estar loco.

—Dilo —exigió.

—Nunca más —susurré, y todo mi cuerpo vibraba de expectación.

Su mano volvió a viajar entre mis piernas, esta vez sin obstáculos. Deslizó dos dedos entre mis muslos y encontró mi punto más

sensible, masajeándolo con una naturalidad que prendió fuego a mi centro de inmediato.

—Estás tan mojada —me susurró al oído y sonrió casi con suficiencia —. Te gusta que te demuestre que me perteneces.

Quise protestar, pero la verdad era que tenía razón. Me gustaba, y quería más.

Mis dedos se crisparon en la tela de su camisa. Atraje a Tyler hacia mí, volví a besarle, y mientras nuestras bocas se encontraban, él siguió moviendo su mano y penetró profundamente en mí con sus dedos. Su pulgar estimulaba mi clítoris con tal puntería que pensé que perdería el juicio.

—Eres tan perverso, Tyler Kingsley —susurré contra sus labios.

—Y tú, Parsley Kingsley, eres aún peor porque te gusta —respondió mientras seguía moviendo su mano dentro de mí—. Peor aún, quieres más.

Ya no podía pensar. Todo lo que importaba era el calor que se acumulaba en mi vientre y la necesidad de que no dejara nunca de tocarme así.

Entonces Tyler agarró mi pierna derecha, la que daba a la barandilla, y la levantó de modo que mi muslo descansara sobre el antepecho.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, pero mi voz no era más que un susurro ronco.

—Voy a tomar lo que es mío —respondió él, arrodillándose ante mí, apartando mi vestido, y entonces su lengua estuvo en mi lugar más sensible y olvidé por completo cómo se hablaba.

Tyler me lamió como si tuviera la intención de que perdiera para siempre mi capacidad de pensar con claridad. Decidido, implacable y

como si no hubiera nada más en el mundo para él que hacerme perder la cabeza.

Cada movimiento de su lengua me electrizaba. Sabía dónde tocarme, cuánta presión necesitaba, cuándo pausar o cuándo acelerar. Lo hacía tan bien que me costaba incluso mantenerme en pie. Me apoyé con las manos en la pared; mis rodillas estaban tan débiles que temí que me fallaran.

—Sabes tan dulce —murmuró sin apartar la lengua de mi clítoris.

Me mordí el labio inferior y gemí suavemente. No quería que nadie debajo de nosotros se diera cuenta de nada. Pero, al mismo tiempo, la idea de que alguien pudiera pillarnos era tan excitante que apenas podía respirar.

Tyler introdujo la lengua en mi interior, luego volvió a mi clítoris, giró alrededor de él y después lo succionó con tanta fuerza que casi grité en voz alta.

—¡Oh, Dios! —gemí.

—No —me interrumpió, alzando la vista un momento, con los labios brillantes por mi culpa—. Sería mejor que Dios no viera lo que te estoy haciendo.

No sabía si reír o llorar, así que hice ambas cosas a la vez. Estaba tan cerca de correrme, pero Tyler se detuvo de repente, se levantó de nuevo y me besó. Me saboreé en sus labios y aquello resultaba tan prohibido que casi me vine solo con eso.

Su mano volvió a viajar entre mis piernas, esta vez me penetró con dos dedos mientras su pulgar masajeaba de nuevo mi clítoris.

—Dime a quién perteneces —susurró.

—A ti —respondí de inmediato.

Él sonrió y me besó mientras seguía moviendo los dedos dentro de mí. Presioné mi cuerpo contra el suyo, necesitaba más, todo, pero Tyler se retiró.

—Recuerda las reglas, Parsley —susurró.

—¿Cuáles? —jadeé.

Hizo una pausa. —Tus orgasmos me pertenecen.

La idea de que Tyler tuviera tanto control sobre mi cuerpo era tan absurdamente excitante que quise pegarle por ello. No necesitaba ni siquiera tocarme para volverme loca. Sus palabras bastaban por completo.

—Dilo —ordenó.

—Mis orgasmos te pertenecen —susurré, y me sorprendió lo mucho que aquello era cierto.

—Bien —dijo Tyler—. Ahora suplica por ello.

Le miré y al principio no entendí a qué se refería. Pero entonces simplemente se detuvo, con sus dedos a milímetros de mi punto más sensible. Quería explotar.

—Por favor —dije, en voz baja y vacilante.

Él negó con la cabeza. —Más alto.

—Por favor, Tyler —supliqué—, deja que me corra.

Sonrió satisfecho, volvió a mover los dedos y sentí cómo todo en mi interior se contraía.

—Puedes suplicar mejor.

—Por favor, Tyler, te lo ruego, deja que me corra —gemí, y me daba igual lo desesperada que sonara. No habría pensado que nunca llegaría a suplicar de forma tan patética, tan desarmadamente honesta, pero ya no me quedaba nada más que esa falta de vergüenza en aquel momento.

Tyler sonrió con esa superioridad oscura y burlona que al mismo tiempo me sacaba de quicio y hacía que mi corazón latiera más rápido.

—Así que así suena mi esposa cuando pierde los papeles de verdad —susurró—. Deberías hacerlo más a menudo.

Mis rodillas eran blandas como la cera y el calor en mi interior ardía con más brillo que nada de lo que hubiera sentido jamás. Me aferré a sus hombros porque sentía que, de lo contrario, simplemente me desmoronaría.

Tyler me provocó, hizo otra pausa y casi le odié por ello. La tensión era casi insoportable, solo faltaba una gota para que todo se desbordara.

—Dilo otra vez —me instó, y movió sus dedos con gestos minúsculos que me llevaron al borde de la locura, pero que no eran lo suficiente para que pudiera saltar al abismo.

—Tyler, por favor, lo necesito, tengo que, yo... —balbuceé—. ¡Te lo ruego, por favor! ¡Deja que me corra!

Pareció tener piedad al fin, su mirada se volvió aún más oscura, más ardiente, y entonces apretó su mano con fuerza contra mi cadera para que no pudiera escaparme a ninguna parte.

Aumentó el ritmo y ya no pude contenerme más. El calor explotó en mi interior, todo mi cuerpo se arqueó y tuve que presionarme una mano contra la boca para no gritar. El agotamiento y la euforia me

inundaron al mismo tiempo y ya no sabía dónde estaba arriba ni dónde abajo.

Tyler me besó la sien mientras me corría. Me sujetó con fuerza, como si de lo contrario fuera a salir volando, y no me soltó hasta que empecé a recuperar el sentido poco a poco.

Me apoyé contra él, todo mi cuerpo temblaba, pero me sentía más feliz que nunca.

—Eso ha estado bien —susurró Tyler contra mis labios—. Deberíamos volver a entrar.

¿Bien? ¿Me acababa de dejar fuera de combate y le parecía *«bien»*?

Asentí, incapaz de hablar o de mirarle a los ojos. Porque, una vez más, no tenía ni idea de qué lugar ocupaba yo en la vida de Tyler Kingsley. O qué lugar debería ocupar Tyler en mi vida o, mejor dicho, en mi corazón.

¿Vas a llamar a la policía de la piscina?

Capítulo 18 – Parsley

LOFT DE TYLER, SOHO, MANHATTAN, al mediodía del día siguiente.

Flotaba en la piscina infinita de Tyler con la esperanza de que el agua ayudara de alguna forma a calmar la resaca de campeonato que me martilleaba la cabeza. El sol me quemaba la cara y tenía la sensación de que los rayos se concentraban específicamente en mi frente. Y por qué no, mi cráneo ya estaba en llamas de todos modos, así que ¿por qué no añadir un poco de calor de finales de verano? El aire se había vuelto vibrante por el calor y el bochorno se pegaba a mi piel como cemento húmedo. Para ser sincera, me asombraba que el agua de la piscina estuviera siquiera por debajo de los treinta grados. Sobre todo porque la cubierta oscura que la tapaba seguramente llevaba calentándose desde las primeras horas de la mañana. Para cuando llegara la tarde, en esta agua se podrían cocer fideos sin problemas. O personas.

En realidad, no había tenido intención de salir siquiera de la cama. Pero después de pasar tres horas vegetando sobre las sábanas como un manatí muerto de agotamiento, me vi obligada a elegir: o me inyectaba café en vena o me tiraba a la piscina. La elección no fue difícil.

Anoche había bebido demasiado alcohol. Y luego estaba aquel asunto del balcón, que me enviaba oleadas de calor adicionales por el cuerpo con solo pensarlo.

Dios, apenas llevaba una semana casada con Tyler y ya había hecho tantas cosas prohibidas como en toda mi vida anterior. Lo peor no era haberlo hecho, sino haberlo disfrutado. Si mi madre se enterara, me condenaría a veinte años de grupo bíblico semanal, confesión incluida, antes de poder volver a mirarme a la cara.

Ahora no había ni rastro de Tyler; el loft parecía desierto y solía quedarse así hasta bien entrada la tarde.

Estaba sola, acompañada del sonido lejano de los cláxones y el chillido histérico de las gaviotas, que al parecer se arrastraban por el día igual que yo. Y cuanto más intentaba ignorar los ruidos, más fuertes se volvían. Era exactamente igual que con Tyler. Cuanto menos quería pensar en él, más rondaba por mi cabeza.

Genial. Como si un cráneo retumbante no fuera suficiente. Resaca. Gritos de gaviotas. Tyler, con esa mirada sombría, desnudándome lentamente…

Me sumergí.

Bajo el agua se estaba mejor. Cerré los ojos, me dejé llevar y esperé que la resaca desapareciera o que yo me evaporara allí mismo. Quizá ambas cosas.

Todo estaba tan tranquilo. Una tranquilidad tan maravillosa que casi deseé tener branquias y poder quedarme ahí abajo para siempre.

Los rayos del sol eran ahora agradables, ya no eran esos láseres ardientes que te quemaban la piel.

Lo siguiente que sentí fue un fuerte tirón en la parte superior del brazo. Alguien me agarró, me tiró hacia arriba y, de repente, me entró agua por la nariz y me encontré con un codo casi en la cara. Empecé a bracear salvajemente, tragué un chorro de agua de la piscina y grité mientras me atragantaba.

Luego me sacaron bruscamente de la piscina y terminé con el torso sobre las baldosas calientes junto al borde, mientras mis piernas aún colgaban en el agua.

—¡¿Pero qué…?! —Parpadeé. El agua me corría por los ojos y la nariz mientras me incorporaba sobre los codos. Tyler estaba de pie ante mí. Completamente vestido y empapado. Vaqueros, camisa blanca, pelo mojado. Parecía que acababa de tener un día pésimo y que yo era la culpable de ello.

—¿Estás bien? —preguntó mientras me sujetaba con ambos brazos, como si tuviera intención de volver a lanzarme al agua de inmediato.

—¡Estaba perfectamente hasta que me has dado el susto de mi vida! —Jadeé buscando aire, tosí y poco a poco logré volver a formular pensamientos claros.

—¿Que yo te he asustado? Parsley, parecía que te habías ahogado.

—Solo estaba nadando —respondí, todavía tosiendo un poco de agua.

Tyler me miró fijamente, como si esa fuera la respuesta más absurda del planeta. Luego sacudió la cabeza y apartó la vista, como si necesitara recomponerse antes de seguir hablando.

—De verdad pensé que te estabas ahogando —gruñó. Su voz vibraba con un pánico que no podía controlar. Por primera vez,

revelaba emociones de verdad. No a propósito, por supuesto, pero estaban allí claramente.

Tyler se sentó junto a mí en el borde, todavía con toda la ropa puesta. El agua goteaba de su camisa y caía en pequeños regueros por sus brazos. Sus manos temblaban ligeramente, algo que nunca le había visto hacer. Por primera vez mostraba una emoción distinta al desinterés o a algo que fuera más allá de la atracción física.

—Llevabas mucho tiempo bajo el agua —dijo, todavía con esa mirada dura que me hacía sentir como si fuera una mala persona.

—Eso se llama relajarse, Tyler —repliqué—. Deberías probarlo alguna vez.

Me lanzó una mirada de soslayo. —Yo no me relajo.

—Vaya —respondí con ironía—. No me había dado cuenta, sobre todo aquí en el agua.

Nos quedamos sentados un momento en silencio, mientras el sol seguía castigándonos implacablemente desde arriba y yo me preguntaba si Tyler se proponía ahora ahogarme con un silencio pasivo-agresivo. Lo creía muy capaz. Y lo habría aceptado, si no fuera por esa pregunta que me quemaba en la lengua más que el sol en la piel.

—¿Por qué estás en la piscina, para empezar? —preguntó como si la piscina no estuviera hecha para nadar, sino como un objeto decorativo para gente superrica.

Le miré, ahora realmente confundida. —¿Para qué se tiene una piscina si no es para nadar?

Tyler se pasó la mano por el pelo chorreante. —Normalmente la piscina está cubierta. Nadie la usa.

Quise reírme, pero me dolía demasiado la cabeza. —¿O sea, que tienes una piscina pero no la usas nunca? ¿Es una de esas absurdas reglas de multimillonario, como no comer hidratos de carbono después de medianoche o beber solo agua de Francia?

—La piscina está cubierta por razones de seguridad —dijo, como si eso lo explicara todo—. Es una cuestión del seguro.

—Yo quité la cubierta —dije—. Fue fácil. Se pulsa un botón.

—Esa no es la cuestión —dijo Tyler, y ahora estaba realmente enfadado. No furioso, sino… ¿preocupado? Ni siquiera sabía que conocía ese sentimiento.

—¿Entonces cuál es la cuestión? —pregunté, ahora también un poco molesta—. ¿Tienes miedo de que arruine el agua de tu piscina? Solo intentaba quitarme mi resaca infinita en tu piscina infinita.

Tyler me miró fijamente durante un largo instante. —Tenía miedo de que te hubieras ahogado —dijo entonces. En voz baja, pero con tanta seriedad que de repente se me puso la piel de gallina.

Tragué saliva. —Estoy bien —murmuré. Aparte de esta resaca asesina sobre la que podría escribir una guía de supervivencia si salgo viva de ella.

—Nueva regla —dijo Tyler después de examinarme detenidamente —. Nada de piscina, la cubierta se queda puesta.

—¿Qué? —Parpadeé irritada—. Pensé que no había reglas.

—A partir de ahora, sí —respondió, ignorando por completo mi indignación.

—¿Y qué pasa si no la cumplo? —pregunté con descaro—. ¿Vas a llamar a la policía de la piscina?

—Entonces instalaré sensores de movimiento y un escáner biométrico que te echen de la piscina en cuanto entres —dijo, y no supe si estaba bromeando o no. Con Tyler nunca se sabía.

—Eso es ridículo —dije, pero en realidad me pareció… ¿tierno? Dios, ¿qué me pasaba? Llevaba casada lo que me parecían cinco minutos y ya me parecía tierno que mi marido quisiera salvarme de morir ahogada a toda costa.

No protesté más. No porque no tuviera argumentos, sino porque algo en la mirada de Tyler me detuvo. Parecía que realmente le importaba. De verdad. No solo un poco, como el matrimonio falso para tener mejores cartas ante el señor Worthington. Había algo más, y estaba más arraigado en el interior de Tyler de lo que él quería mostrar.

—Deberías ir a ducharte —dijo Tyler, esta vez recuperando la arrogancia habitual en su voz—. Hueles a cloro.

—Tú también —repliqué—. Seguramente más que yo. Supongo que te tiras a las piscinas vestido a todas horas, ¿no?

Se encogió de hombros. —Hoy ha sido el estreno.

—¿El estreno? —Había creído que para Tyler todo lo inusual se había convertido en lo normal—. ¿Y cómo se siente?

—Una mierda —dijo, y sonrió brevemente, aunque sin sinceridad.

Luego se levantó y me tendió la mano. —Anda, ven.

Si pretendes castigarme, lo estás haciendo mal.

Capítulo 18 – Tyler

EL LOFT DE TYLER, SOHO, MANHATTAN, esa misma noche.

Le tendí la mano a Parsley y tiré de ella, pasando por la cocina y el pasillo directo al cuarto de baño, sin decir ni una palabra más. No solté su mano ni siquiera cuando ella entrecerró los ojos porque la luz del baño era aún más brillante que el sol del exterior.

Simplemente tiré de ella sin darme la vuelta y abrí el grifo de la ducha, a plena potencia, hasta que el agua de la alcachofa de efecto lluvia empezó a caer como si se hubiera roto una boca de riego. El olor a cloro, calor y piel lo inundó todo al instante.

Parsley me miró como si hubiera perdido el juicio por completo. Lo cual, probablemente, era cierto.

—¿Qué haces, Tyler? —preguntó, clavando la vista en mi ropa como si yo fuera un loco que no entiende que lo normal es ducharse

desnudo.

—Nos estamos duchando —respondí.

—¿Así? —señaló mi camisa, que ya se me pegaba al cuerpo, y luego los vaqueros— ¿Con ropa?

Me daba igual estar bajo la ducha con todo puesto, vaqueros y camisa incluidos. Tenía que quitarme ese olor. El cloro olía a hospital y a decisiones equivocadas. A cosas que prefería mantener enterradas bajo dos metros de tierra.

—Sabes que puedes desnudarte, ¿verdad? —preguntó Parsley. Su voz era baja y distinta a la habitual, un tanto asombrada.

—Me da igual —repliqué. Me coloqué de forma que el agua me cayera directamente sobre la cabeza. Parsley me observaba como si se me acabaran de fundir todos los plomos. Y lo cierto era que estaba haciendo todo lo posible para evitar precisamente eso.

—A veces estás loco, Tyler. No en plan *millonario sexy* que hace *cosas de millonario sexy*, sino loco de *verdad*. —Esbozó una sonrisa, pero su mirada recorrió mi pelo mojado, bajó por mi ropa y volvió a subir. Aunque Parsley no lo dijera en voz alta, me di cuenta de que le resultaba atractivo ver cómo la camisa se me pegaba al torso marcando mis músculos.

Ignoré el comentario y la empujé contra la pared. Los azulejos estaban fríos y su espalda se tensó de inmediato.

—Se acabó lo de la piscina —gruñí, clavando mi mirada en la suya.

Parsley arqueó una ceja. —¿Sigues enfadado, eh?

—No.

—Sí, lo estás. ¿Cuál es tu problema? —Se cruzó de brazos y me miró con esa expresión de cachorro culpable capaz de derretir cualquier corazón.

Sacudí la cabeza. —No hay ningún problema.

—Tonterías. —Levantó la barbilla con aire desafiante—. Nunca te habías comportado así. Normalmente eres tan relajado que parece que te importe un bledo que un meteorito gigante venga directo hacia nosotros y el mundo se acabe en unos minutos. ¿Pero ahora te pones así solo porque me he bañado un poco en tu piscina?

La agarré por la nuca, no con fuerza, pero sí con firmeza. —Deja de discutir conmigo.

—¿Y si no qué? —provocó, pero no llegó más lejos porque estampé mis labios contra los suyos. La besé con tal intensidad que dejé de sentir el sabor del cloro. Quería saborearla a ella. Solo a ella.

—Será mejor que no me desafíes —dije. No con brusquedad ni con malicia. Solo con contundencia. Enredé la mano derecha en su coleta mojada y tiré suavemente hacia atrás, de modo que su cabeza quedó presionada contra mi pecho. Mi otra mano seguía en su cuello, pero no aumenté la presión. Todavía no.

—Entonces no hagas que parezca un desafío —respondió Parsley. Tenía que estar cansada de vivir. Mi suposición se confirmó por el beso que ella misma reclamó. Intenso y hambriento.

Me separé un momento de su boca. —Debería dejarte claro una vez más que será mejor que aceptes mis reglas, Parsley. Puedo ser condenadamente convincente cuando me lo propongo. Y no me cabe duda de que ganaré esta discusión. Así que podríamos abreviar si me das la razón ahora mismo.

Me miró con aire desafiante. —Pues convénceme.

No necesité que me lo dijera dos veces. Agarré el nudo de su biquini y lo deshice de un tirón. La parte de arriba cayó al suelo, seguida de la braguita, que le deslicé por las caderas con un solo movimiento. Parsley jadeó, no por el frío, sino porque sabía perfectamente lo que yo pretendía. Y le gustaba.

Giré a Parsley para que quedara de espaldas a la pared y le levanté la pierna derecha. Mis dedos se deslizaron entre sus muslos y encontraron el lugar donde más me necesitaba. Ya estaba húmeda, lo que me puso aún más duro de lo que ya estaba.

Con la mano libre le rodeé el cuello, con suavidad, pero con la presión suficiente para que supiera que hablaba en serio.

Introduje dos dedos en su interior mientras mi pulgar trazaba círculos sobre su clítoris. Ella contuvo el aliento y se aferró a mi camisa. Su rostro se contrajo como si le hubiera propinado una descarga eléctrica por todo el cuerpo, y eso era exactamente lo que quería. Quería que olvidara todo lo que había pasado antes. Quería que solo pensara en mí, en mí y en el ahora, y en que yo tenía el control.

—Estás loco de verdad —susurró, pero movió la cadera siguiendo mi ritmo.

—Y tú estás loca porque te gusto así —le susurré al oído—. Se acabó lo de la piscina, Parsley.

—Vale. Lo he entendido: no más piscina —respondió, pero no me creí ni una palabra.

—No, pequeña Miss Perfect. No lo has entendido. Todavía no. Pero lo harás ahora mismo.

—Así que de verdad quieres discutir conmigo —respondió Parsley, respirando con dificultad contra mis labios.

—No. Voy a convencerte —repliqué con seriedad.

Parsley me sonrió. Su mirada era abierta, honesta, sin rastro de fachadas. Podía ver cómo me evaluaba, intentando adivinar qué sería lo siguiente que haría. Se lo puse fácil: la besé con fuerza, con exigencia, y cuando intentó protestar, simplemente no la dejé. La besé de tal forma que perdió el suelo bajo sus pies, y la presioné con más fuerza de espaldas contra los azulejos fríos. Al mismo tiempo, mi mano seguía encargándose de catapultar a Parsley a otra dimensión.

Aumenté el ritmo. Mis dedos la follaban mientras mi otra mano bajaba de su cuello para sujetarla por la cadera.

Jadeando, Parsley apoyó la cabeza contra la pared y esta vez no se contuvo. No había nadie que pudiera oírnos, nadie que pudiera molestarnos.

Estaba irresistible, con el pelo pegado a la mejilla y la respiración tan rápida e irregular porque la estaba volviendo loca. Las manos de Parsley subieron a mis hombros porque sus piernas no dejaban de flaquear.

Me bajé los vaqueros con una mano, lo que resultó más difícil de lo esperado, pero no quería dejar de tocarla con la otra. Me dejé la camisa puesta porque no tenía paciencia para quitármela de encima.

Entonces agarré a Parsley por los muslos y la levanté. Ella rodeó mi cintura con las piernas de inmediato. La apreté con más fuerza contra la pared y sentí cómo se frotaba contra mí. Me introduje en ella lentamente, centímetro a centímetro. Parsley hundió los dedos en mi camisa y tiró de los botones hasta dejarla completamente abierta.

Una vez que se hubo acostumbrado a mi tamaño, la follé con fuerza. Profundo. Y su gemido me confirmó que le gustaba. Más aún, lo necesitaba sin piedad, hasta el fondo y sin descanso.

El agua caía sobre nosotros, cálida y agradable. Demasiado agradable para mi gusto, por lo que abrí más el grifo.

—¿Recuerdas que tus orgasmos me pertenecen? —le pregunté a Parsley, a lo que asintió—. ¿Y recuerdas qué más me pertenece?

—Sí. —Volvió a asentir—. Mis orgasmos te pertenecen. Y mi aliento.

—Bien —susurré—. Contén la respiración.

Parsley inspiró profundamente y nos coloqué a ambos bajo el chorro de agua de tal forma que respirar se volviera más difícil. Sellé sus labios con mi boca y seguí follándola aún más rápido, con más fuerza y sin tregua. Todo el cuerpo de Parsley se tensó y sus piernas perdieron las fuerzas, pero yo la mantuve firmemente presionada contra la pared.

Solo cuando a ninguno de los dos nos quedó aliento para más besos, nos alejé del chorro de agua.

—Guau, eso ha sido… —Las palabras de Parsley se perdieron en un jadeo. Pero su mirada decía todo lo que necesitaba saber. Quería más. Bien. Porque no tenía ninguna intención de parar todavía. No hasta estar seguro de que Parsley acataba mis reglas.

—Te permito tantos orgasmos como quieras —le susurré contra los labios. Luego volví a empujarnos bajo el chorro de la ducha de efecto lluvia. Quizá estaba roto o completamente demente, pero necesitaba este tipo de control. Saber que podía decidir sobre algo tan vital como nuestra respiración. Pero más aún necesitaba saber que Parsley confiaba tanto en mí que me lo permitía.

Me hundí más profundamente en Parsley y su gemido fue engullido casi por completo por el estruendo del agua. Reaccionaba con tanta fuerza a mí, con tanta intensidad, que ya estaba a punto de alcanzar su primer orgasmo. Por eso nos mantuve bajo el chorro, para intensificar aún más su inminente clímax.

Parsley se corrió con tanta fuerza que casi me vengo yo también, por lo mucho que se contrajo alrededor de mi erección. Pero me contuve.

Cuando los temblores de su cuerpo remitieron, nos alejé un poco del fuerte chorro de agua para que pudiera volver a tomar aire. Solo por un instante, y luego volví a arrastrarnos bajo el agua. Tenía la boca abierta, pero no lograba articular palabra, solo un jadeo. Sus uñas se clavaron con más fuerza en mis hombros y no cabía duda de que quería más. Y recibió más. Lo recibió todo… y yo no pensaba parar hasta que fuera *demasiado*.

Mis embestidas volvieron a ganar firmeza, obligando prácticamente a Parsley a llegar al siguiente orgasmo. Estaba ya tan hipersensible que solo mi aliento sobre sus labios bastaba para arrancarle un gemido.

La atraje más hacia mí, la besé y, cuando noté que estaba a punto de nuevo, la dejé respirar.

—Córrete para mí —dije en voz baja.

Explotó de nuevo. Esta vez con más fuerza todavía. Su cuerpo se convulsionó y gritó. La mantuve sujeta, segura contra mi pecho y presionada contra la pared.

Le di un breve momento para recuperar el aliento, luego volví a meterla bajo el chorro de agua y seguí follándola.

Parsley ladeó la cabeza de modo que sus labios quedaron pegados a mi oído.

—Tyler, si pretendes castigarme, lo estás haciendo mal —jadeó.

—¿Ah, sí? —pregunté.

—Esto parece más bien una recompensa —respondió ella, sonriendo.

—Puedes verlo así si quieres —dije, porque aunque a corto plazo Parsley tuviera razón, a largo plazo ganaba yo de todos modos. Le di dos o tres orgasmos más, hasta que se quebró y empezó a suplicarme que parara. Entonces la tuve justo donde quería. Y entonces me creí cada promesa que salió de sus labios.

Seguí follándola, más fuerte, más profundo. El agua corría por nuestras caras arrastrando todos los sonidos. Su pelo estaba pegado a los azulejos y a nuestros cuerpos, sus ojos estaban muy abiertos, fijos totalmente en mí. Se corrió una vez más y se llevó la mano a la boca. Pero yo se la quité, porque quería oírla gritar. A Dios… y a mí.

Y luego se corrió otra vez y deseé que Parsley nunca dejara de mirarme así. Sabía que era una locura. Que no se le hacía algo así a una persona que te gusta. O tal vez sí.

Tras el siguiente orgasmo, casi se desplomó, pero la sostuve con fuerza. Sus piernas temblaban, todo su cuerpo vibraba, como si la hubiera cargado como una batería. Pero yo aún no había terminado.

—Más despacio —suplicó, pero sacudí la cabeza. Porque ahora la tenía exactamente donde quería.

—Has dicho que tus orgasmos me pertenecen —susurré—. Eso funciona en ambos sentidos. Quiero que no olvides nunca más lo que significa pertenecerme.

Jadeó e intentó protestar tímidamente, pero no la dejé. La follé hasta que gritó, hasta que no pudo más que pronunciar mi nombre, y cuando me di cuenta de que realmente no podía más, la llevé bajo el chorro de agua y la besé mientras volvía a correrse.

No la solté. Ni un segundo. Solo cuando la tensión de sus músculos cedió, cerré el grifo a medias.

—¿Vas a volver a meterte en mi piscina? —pregunté, dejándola respirar un momento.

Sacudió la cabeza, demasiado agotada para hablar.

—Dilo —exigí.

—Te lo juro, no volveré a meterme nunca más en tu piscina —susurró. Su voz era ronca, pero sincera.

—Bien.

La besé, con fuerza y aire posesivo, y luego le propiné dos estocadas profundas antes de correrme yo también. Se sintió como un cortocircuito, como un reinicio, y supe que nunca volvería a tener miedo de perderla. Al menos no en el agua de mi piscina infinita. Eso tendría que bastar para empezar.

La sujeté con fuerza hasta que ambos pudimos volver a respirar con normalidad. Luego besé la frente de Parsley y la estreché más contra mí.

—Otra regla nueva —dije con voz firme—. A partir de ahora nos ducharemos siempre juntos.

—Puedo vivir con esa regla —respondió Parsley sonriendo.

Asentí y le aparté un mechón de pelo de la cara. —Bien.

La cogí en brazos, la saqué de la ducha y la deposité en la amplia cama del dormitorio. Seguía temblando, pero su rostro irradiaba felicidad.

Me quité el resto de la ropa y me acosté a su lado, rodeándola con el brazo. No dijimos nada más porque no era necesario. Ya habíamos dicho todo lo importante. E incluso todo lo no dicho estaba expresado. De alguna manera, al menos.

Habíamos cerrado un buen trato. Parsley seguía con vida. Y yo, por fin, volvía a tener la sensación de poder controlar algo.

Formularios. papeleo burocrático. el pase A38.

Capítulo 19 – Parsley

CELESTIAL CAKES, UPPER EAST Side, Nueva York, unos días después.

Entrar en el Celestial Cakes fue como meterse en una cámara frigorífica. Y menos mal, porque el resto de Manhattan era en esos momentos una sauna averiada. El cristal de la vitrina de los pasteles ya tenía una fina capa de condensación por la lucha entre el aire acondicionado y el fuego del infierno. Me senté en una diminuta mesa redonda en la parte delantera de la tienda, cuyas patas curvas de latón parecían las patas de un caniche de alto mantenimiento. No había ninguna mesa igual a otra; algunas eran barrocas, otras geométricamente modernas y de colores. Pero, de alguna manera, el concepto general encajaba asombrosamente bien. Scarlett llevaba un vestido muy vistoso y sus rizos negros estaban domados por horquillas de colores que le apartaban los mechones de los ojos.

Scarlett y yo teníamos una regla para nuestros cotilleos de la tarde: durante los primeros cinco minutos no se habla de negocios y siempre se come algo nuevo que no haya hecho una misma. Hoy, eso significaba cupcakes que el sous-chef de Scarlett había sacado de la chistera. Por cierto, los cupcakes estaban increíblemente buenos. Uno estaba decorado con una espiral de cobertura teñida de azul, de la que sobresalían tiras de piel de limón confitadas como si fueran orejas de conejo; el otro, un monstruo de chocolate, estaba coronado con una calavera de fondant modelada con arte y una generosa montaña de purpurina comestible.

Mi propia elección fue menos dramática: un cupcake de vainilla con glaseado de queso crema y una buena espiral de mermelada de frambuesa. Aun así, tenía un aspecto tan perfecto que dudé antes de hincar el diente, sintiéndome ya culpable por lo que estaba a punto de hacerle a su simetría. Tamborileé con el tenedor sobre la mesa y esperé a que Scarlett rompiera el hielo, porque siempre lo hacía ella.

Se recostó en su silla y suspiró. —Parece que estés a punto de tener una *reunión de tutoría* con tu cupcake.

Dejé el tenedor junto al dulce y me encogí de hombros. —Es una pena arruinar algo tan ordenado.

Scarlett resopló y se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa y una mancha de glaseado azul ya en el labio superior. —¿Sabes qué más está ordenado? Las escenas del crimen. Todo se cataloga, se numera, se fotografía. Así que cómete la dichosa cosa antes de que llame a las autoridades porque aquí esté a punto de producirse una nueva escena del crimen. —Me sonrió a medias en broma, a medias con tono amenazante.

—Es que disfruto de este tipo de orden —dije, pero quité el envoltorio y le di un mordisco, asegurándome de mantener el

glaseado en un radio controlado. No sería la primera vez que acababa con la cara embadurnada de crema.

—Y bien —dijo Scarlett, bajando la voz hasta un susurro, aunque éramos las únicas en la parte delantera—, ¿cómo va esa *situación del matrimonio falso*?

Casi me atraganto con el cupcake. —¿A qué te refieres con *«situación»*? Va de maravilla —respondí demasiado rápido y en un tono demasiado agudo, lo que solo hizo que ella entornara los ojos.

Scarlett soltó una risita. —Parsley. Ha sido el *«de maravilla»* menos convincente que he oído desde que mi hermano le dijo a su mujer que no le importaba que trajera a casa un gato sin pelo. Al que ahora adora, por cierto.

Solté el cupcake y me limpié las manos con una servilleta. —No hay nada que contar. Hacemos exactamente lo que se supone que debemos hacer: algún evento aquí y allá, comportamiento civilizado, no nos matamos entre nosotros.

Scarlett ladeó la cabeza. —Vaya, realmente se respira amor en Manhattan.

—No se supone que sea amor —respondí echando un vistazo por encima del hombro, solo para asegurarme de que nadie estaba escuchando.

Scarlett se lamió el dedo para limpiárselo. —Ya, pero tú eres tú, Parsley. Te doy una semana antes de que empieces a ordenar su cajón de calcetines por colores y te enamores de él por accidente.

—No usa calcetines de colores, todos son negros —dije, y me arrepentí al instante porque sonó extrañamente íntimo. Además, no lo había visto ni una sola vez con calcetines de otro color, lo cual, ahora que lo pensaba, resultaba un poco raro. Por otro lado,

tampoco tanto, porque siempre vestía con el mismo estilo. Vaqueros, camisa y chaqueta de cuero.

Scarlett sonrió. —¿Ves? A eso me refiero. Ya te fijas en los detalles. Lo siguiente será decirme su marca favorita de pasta de dientes.

—Usa los tubos pequeños de hotel —murmuré, y luego intenté reconducir la conversación hacia territorio neutral—. Pero como sea, Tyler y yo nos llevamos bien. Tenemos un sistema.

Scarlett cogió el cupcake azul, lamió un poco de glaseado y movió las cejas. —¿El sistema es la *posición del misionero* o la *vaquera invertida*?

Casi tiro el vaso de agua. —¡Scar! Por Dios. Eso no es... No hacemos...

Se rió tan fuerte que la dependienta tras el mostrador levantó la vista del móvil. Scarlett le hizo un gesto restándole importancia y se inclinó hacia delante, bajando la voz. —Es broma. Más o menos. Escucha, si no se trata de sexo, ¿entonces qué es lo raro? Tienes cara de haber encontrado un bicho en tu cupcake.

Me asustó lo mucho que Scarlett se acercaba a la verdad. En el fondo, el sexo era realmente nuestro sistema. De alguna manera. Al menos era lo único en lo que Tyler no parecía que todo le diera igual. Al contrario, siempre que su mirada se volvía así de sombría, parecía importarle todo lo que pudiera controlar.

Miré hacia los pasteles de la vitrina, como si alguno pudiera ofrecerme un salvavidas, porque no sabía qué decirle a Scarlett.

—Entonces, Parsley, ¿qué clase de bicho has encontrado en tu cupcake? —insistió ella.

—La clase de bicho que te prohíbe usar una piscina infinita escandalosamente grande.

Scarlett parpadeó. —¿Tenéis una piscina infinita?

—Tyler tiene una piscina infinita. Yo solo la tengo prestada hasta que expire el contrato de arrendamiento de mi alma.

Apoyó la barbilla en la mano. —¿Por qué iba a prohibirte usar una piscina? Eso es inhumano. Las piscinas están para nadar y reflexionar sobre el sentido de la vida.

—¡Eso mismo dije yo! Con otras palabras, pero viene a ser lo mismo. —Levanté las manos olvidando que aún tenía restos de cupcake en los dedos, que salieron volando en todas direcciones—. Le pregunté por qué y solo me miró fijamente y... —Hice una pausa porque bajo ningún concepto quería mencionar lo de la ducha—. Y luego cambió de tema.

Scarlett puso los ojos en blanco. —¿Para qué tiene una piscina si nadie puede bañarse en ella?

—También le pregunté eso, pero no dijo nada —contesté, preguntándome qué habría detrás. Estaba claro que no quería hablar de ello. Y también había dejado claro que no quería volver a verme en la piscina. Todavía estaba tan sensible que una ráfaga de viento bastaba para hacerme estremecer.

—Bueno, hasta los tíos ricos tienen sus rarezas —comentó Scarlett encogiéndose de hombros—. Hablando de dinero, ¿cómo van tus planes para tu propia agencia de bodas?

—Ya he presentado todos los papeles —dije, sintiendo un ramalazo de orgullo y alivio—. Registros municipales, licencia comercial, incluso el número de identificación fiscal estatal. Me dijeron que podría tardar semanas o incluso meses hasta que pueda empezar, pero estoy lista.

Ella sonrió, cogió el cupcake de la calavera de chocolate y lo inspeccionó como una arqueóloga con un artefacto incalculable.

—¿Por qué sonríes así? —pregunté frunciendo el ceño.

Ahora la sonrisa de Scarlett se ensanchó aún más. —Porque eres un ser extraño al que le encantan esas cosas. Formularios, papeleo burocrático, el pase A38.

—No es raro que te guste el orden —dije, a la defensiva, pero también un poco avergonzada.

Ella se rió. —No, lo raro es que te alegren unos formularios de impuestos porque se pueden clasificar por colores.

—No los he clasificado por colores. Solo he usado subrayadores para que fuera más claro —la corregí.

—Parsley, date cuenta de que eres la única persona que conozco que disfruta de la burocracia y presenta su declaración de la renta a tiempo.

Clavé el tenedor en mi cupcake. —La puntualidad es una virtud. Aparte de eso, estoy deseando que la primera novia entre por mi oficina, que aún no existe, y me cuente sus deseos.

—Pero tampoco te importaría tener que hacer unas cuantas gestiones más en oficinas públicas. Con carpetas de documentos y subcarpetas.

—Pues no —respondí, porque no tenía sentido negarlo.

Scarlett estiró la mano sobre la mesa y me dio unas palmaditas en la mía. —Vas a ser la primera organizadora de bodas que envíe invitaciones con tablas de Excel adjuntas, con listas de comprobación de alergias, intolerancias y preferencias.

—¿A quién no le encantan las tablas de Excel interminables? —respondí con una pregunta retórica, y ella se rió tan fuerte que casi se asfixia con el cupcake.

—En fin —dije tratando de recuperar el control—, de todos modos no puedo hacer nada más que papeleo burocrático. Tengo que aguantar unos meses más hasta recibir mi *«dinero del divorcio»*.

La sonrisa de Scarlett flaqueó un instante, solo un segundo. Jugueteó con el borde del papel de su cupcake y luego me miró. —¿Sinceramente? Yo también estoy deseando que llegue ese momento, en cierto modo.

—¿Por qué? —pregunté, pero entonces lo vi: la pequeña nube gris en su rostro normalmente radiante.

Se encogió de hombros. —Arabella ha cancelado el pedido de la tarta de los McAllister. Dijo que la madre de la novia se echó atrás por lo de los cisnes de fondant. Y como ya había rechazado otros tres encargos para este fin de semana...

Se me cayó la mandíbula. —Espera, si ya tienes los cisnes terminados desde hace tiempo, eso cuesta una fortuna.

Scarlett asintió. —Más los pedidos especiales. Pan de oro comestible, veinte kilos de mantequilla y esas estúpidas perlas de azúcar de Japón. No son reembolsables. Ahora no solo me quedo con el gasto, sino que no sé si podré pagar el alquiler.

La miré sin palabras. Luego, sin pensar, me levanté tan rápido que mi silla chirrió sobre las baldosas.

Me dirigí a la vitrina de los pasteles, señalé cada uno de los artículos y anuncié: —Me lo llevo todo.

Scarlett prácticamente levitó de su asiento. —Parsley, no puedes pedir *«todo»* así como así, como en una comedia romántica cursi. Son pasteles por valor de unos dos o tres mil dólares.

—No hay problema. Mi marido multimillonario insiste en que use su tarjeta de crédito dorada. Le da, cito textualmente, *«absolutamente*

igual» para qué la use. Y esto es una emergencia. Así que está más que justificado.

Scarlett rodeó el mostrador con las manos en las caderas. —Esto no es una emergencia. Y yo no soy un caso de beneficencia.

—Sí que es una emergencia si no puedes pagar el alquiler —dije, sacando la tarjeta de crédito de mi cartera. Pesaba más de lo que debería pesar un trozo de plástico.

Scarlett miró a la chica tras el mostrador, luego a mí, luego a las tartas y cupcakes, como si buscara cámaras ocultas. —No hablas en serio.

—Hablo totalmente en serio —dije tendiéndole la tarjeta con ambas manos—. Y quiero otros veinte de esos cupcakes de limón y frambuesa para sustituir el pedido que Arabella ha cancelado. Ya encontrarás la forma de encasquetarles los cisnes.

Los ojos de Scarlett se llenaron de lágrimas, pero las ahuyentó parpadeando tan rápido que casi no me di cuenta. —Estás loca.

—No, solo aprovecho mis recursos. Y antes de que digas nada, tómalo como un proyecto benéfico de las dos, porque vas a donar los pasteles a donde hagan falta. A la vuelta de la esquina hay un centro de ayuda para veteranos. Y una calle más allá está ese refugio que también cuida de animales callejeros; a los empleados seguro que les vendría bien un detalle para animarse. Ya encontrarás gente de sobra que se merezca un detalle.

Se secó los ojos y me dio un abrazo de oso que olía a azúcar glas. —De verdad eres la mejor persona del mundo.

Le devolví el abrazo, asegurándome de no mancharme la blusa de glaseado azul. —No estoy ni entre los diez primeros, pero gracias.

Scarlett se separó y me examinó. —Si alguna vez necesitas un riñón, te horneará un pastel con su forma.

—Lo anoto en mi lista de deseos —dije, y ambas nos reímos, un poco excitadas y un poco locas.

La chica tras el mostrador había empezado a empaquetar los dulces. Scarlett corrió tras la vitrina para ayudar y criticó la falta de simetría al poner tartas redondas en cajas cuadradas. Luego, Scarlett marcó la astronómica factura de los pasteles en su caja y yo pasé la tarjeta de crédito sin límite de Tyler por el escáner por primera vez. Después volví a sentarme, sintiéndome más ligera de lo que me había sentido en semanas, cuando mi teléfono vibró. Tyler.

Dudé. Quería ignorarlo, pero cuando un multimillonario te dice que cojas el teléfono, lo coges.

Deslicé para responder y me aclaré la garganta. —¿Diga?

Hubo una pausa, luego la voz de Tyler, plana e indescifrable: —Parsley. Ven a mi oficina. Ahora.

El corazón se me cayó a los pies. —¿Está todo bien?

—Limítate a venir.

La línea se cortó. Me quedé mirando el teléfono un momento y luego levanté la vista hacia Scarlett, que ahora envolvía agresivamente un pastel de zanahoria con film transparente.

—¿Era él? —preguntó con las cejas levantadas.

—¿Qué me ha delatado? —pregunté.

—Tu cara, querida. —Scarlett me sonrió a medias. A mí, en cambio, no me hacía ninguna gracia.

Tyler nunca me había citado en su oficina. Y mucho menos con palabras tan escuetas.

—Tengo que ir a la Torre Kensington. Inmediatamente.

—Uuuh —exclamó Scarlett, moviendo las cejas de forma sugerente.

—Más bien «oh-oh» —repliqué.

—Si tú lo dices... —Cogió dos de los bizcochos de la vitrina terminados con fresas frescas, los puso en una caja y me los entregó —. Dale esto; después del subidón de azúcar se habrá olvidado de por qué te llamó a la oficina.

—¿Y si no es así? —pregunté.

—Al menos ya no tendrá hambre. Con eso ya habremos ganado algo. ¿Seguro que te acuerdas de lo de las palomitas con caramelo el otro día en el cine?

—Medio cine se acuerda, Scarlett —respondí y no pude evitar reír—. Eres un verdadero monstruo cuando tienes hambre.

—Sí. Por eso se puede decir que es un acto generoso que yo coma tantos cupcakes. —Scarlett hizo un gesto en el aire con la mano—. Pero basta de eso. ¡Hala, hala, andando! Para que tu maridito multimillonario cañón, que ahora es un poquitín menos superrico pero a cambio ha alimentado a medio Nueva York con pasteles, no tenga que esperarte una eternidad.

Esa mirada de «sé que te pongo nerviosa y me gusta».

Capítulo 20 – Parsley

KINGSLEY ENTERPRISES, DISTRITO FINANCIERO, NUEVA York, un poco más tarde.

El olor a cera para el suelo, a perfume caro y a mi propio pánico latente me invadió la nariz en cuanto entré en el vestíbulo de Kingsley Enterprises. En el edificio hacía una temperatura agradable, pero el frescor no lograba congelar mis pensamientos. ¿Qué quería Tyler de mí?

Ninguno de los empleados me detuvo mientras me dirigí a uno de los ascensores de cristal, me subí y pulsé el botón de la planta de presidencia. Ascendí tan rápido que los oídos me chasquearon un momento.

No es que me sintiera cómoda allí dentro, pero por mí el ascensor podría haberse quedado atascado perfectamente. Desde aquel

asunto del «Poolgate», Tyler y yo apenas nos habíamos hablado. Que Tyler me citara en su despacho sin darme ninguna explicación no me parecía una buena señal.

Al llegar a la planta de presidencia, caminé por el pasillo hasta que me encontré ante la puerta de cristal esmerilado que me separaba del despacho de Tyler. Solo entonces me fijé en que en la planta superior no había recepcionistas, ni siquiera una asistente merodeando por allí para interceptar a cualquiera que quisiera entrar sin cita previa.

Pero de nada servía intentar ganar más tiempo inspeccionando la zona; tenía que entrar ya.

Tras llamar brevemente, abrí la puerta y pasé.

Tyler estaba sentado en el sillón tras su escritorio, con el torso tan echado hacia atrás que parecía que iba a echarse una siesta en cualquier momento. Tenía los pies apoyados con naturalidad en una esquina de la mesa, dejando ver sus calcetines negros. Sin embargo, toda su atención estaba puesta en el móvil. No me hizo ni caso. Ni siquiera cuando me detuve en medio de la sala.

Esperé. Y esperé. Luego me aclaré la garganta suavemente. Nada.

Tras un tiempo de espera prudencial, volví a carraspear, esta vez más fuerte.

Tyler arqueó las cejas, como si lo hubiera arrancado de una reflexión complicadísima, y dejó el móvil sobre la mesa. Después me recorrió con la mirada de arriba abajo y se quedó esperando a que yo dijera algo.

Como soy de ese tipo de personas que empiezan a soltar tonterías en situaciones incómodas, no dije nada en absoluto.

Por desgracia, Tyler no hizo ningún ademán de hablar, sino que siguió observándome con esa mirada por la que me daban ganas de pegarle. Esa *mirada de «sé que te pongo nerviosa y me gusta».*

—¿Interrumpo? —conseguí decir por fin.

—No. —Tyler entrelazó los brazos detrás de la nuca y se estiró a conciencia—. He terminado con mi investigación.

—¿Investigación? Suena importante —respondí.

—Lo es. —Tyler sonrió. Acto seguido, giró su móvil de forma que yo pudiera ver la pantalla. Parpadeé dos veces solo para asegurarme de que no había visto mal. Pero no, la investigación de Tyler consistía en una crème brûlée en un cuenco ovalado de porcelana.

—Ehm. Vale. —No sabía qué más decir. Cielo santo, ni siquiera sabía si Tyler hablaba en serio o si estaba jugando conmigo otra vez—. Tyler, ¿por qué me has pedido que viniera?

—¿Hoy no hay charla de cortesía? —preguntó burlón—. Está bien, vayamos directos al grano. ¿Te has divertido hoy?

La pregunta me confundió. Tenía que estar haciéndolo a propósito.

—Creo que sí. —Me encogí de hombros—. He estado comiendo cupcakes con Scarlett, hemos hablado de... —Hice una pausa, porque en realidad nuestra conversación solo había girado en torno a Tyler—. Hemos filosofado sobre la vida y luego me has llamado tú y me has dicho que viniera. —Tampoco mencioné que, tras su llamada, se me habían puesto las pulsaciones a ciento sesenta. Ya tenía bastante con que mis mejillas me delataran tan a menudo.

—¿Y estaban tan buenos los cupcakes como para pagar dos mil quinientos cincuenta dólares por ellos? ¿O es que ha aparecido por casualidad todo el equipo de los Ice Intruders y les has invitado a unos cuantos?

Tyler siguió mirándome a los ojos mientras tamborileaba con el índice sobre el escritorio.

Parpadeé.

—¿Lo sabes porque me acosas o porque has metido un rastreador GPS en mi bolso? —A decir verdad, estaba tan indignada que mil pensamientos me vinieron de golpe a la cabeza—. Sabes, Tyler, que estemos casados no significa que puedas mandar que me vigilen. Sigo teniendo derecho a la intimidad.

Para mi sorpresa, Tyler aguantó mi larguísima y detallada charla sobre la privacidad con mucha entereza. Demasiada para mi gusto. Incluso se permitió una media sonrisa mientras yo le dejaba claro que me resultaba más que incómodo que me vigilara tan de cerca. Me dejó terminar hasta que no tuve nada más que decir.

—¿Ya? —preguntó Tyler cuando me quedé en silencio unos segundos.

—Sí. Por ahora. —Asentí.

—Bien. ¿Quieres sentarte? —preguntó.

—Vale. —Asentí y me senté en uno de los sillones de cuero que había frente a su mesa. En cuanto estuve cómoda, Tyler volvió a poner su sonrisa de suficiencia.

—Respeto tu intimidad, Parsley. Ni mando que te sigan ni te he metido un GPS en el bolso. Me han llamado de mi banco para decirme que tu excursión a ver a tu mejor amiga ha sido clasificada como actividad sospechosa. Muy sospechosa, de hecho. Yo nunca compro dulces. Al menos, no en cantidades industriales.

Madre. Mía.

Le había soltado aquel sermón de forma totalmente gratuita. Hubiera preferido que se me tragara la tierra de pura vergêenza. Por desgracia, no se abrió ningún agujero bajo mis pies.

Podía ver perfectamente cómo Tyler disfrutaba al notar que mis mejillas estaban cada vez más calientes.

—Ah. Pues, esto... efectivamente, he sido yo.

Tyler se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa. —¿Me explicas cómo se pueden gastar dos mil quinientos dólares en pasteles?

—¿No dijiste que podía comprar lo que quisiera con la tarjeta de crédito?

—Sí. —Asentió. Me miraba como si estuviera viendo un documental de Netflix especialmente raro y no supiera aún cómo reaccionar—. Aun así, me intriga saber qué le dan a uno por dos mil quinientos pavos en una pastelería.

—Ah, sí. —Levanté ambas manos—. Es una larga historia. El resumen es que hoy he vaciado la tienda. Ella tenía problemas con el alquiler del local y yo estoy casada con un multimillonario... así que todos ganamos, ¿no? Ella recibe el dinero, yo un par de cupcakes y los veteranos del barrio se ponen contentos con los dulces y tartas donados.

—¿Lo has donado todo? —Tyler me miró sorprendido.

—¿Acaso pretendías que me comiera yo sola unas cuantas docenas de tartas? —pregunté, igual de sorprendida. Entonces recordé que Scarlett me había dado dos cupcakes para Tyler.

Rebusqué en el bolso y saqué el pequeño paquete. —Toma, te he traído esto.

Tyler cogió el paquete, lo abrió e inspeccionó el contenido como si fuera un crítico de arte. —Tienen buena pinta. Pero hoy me apetece más una crème brûlée.

—¿Me vas a decir ya por qué estoy aquí? ¿O solo querías ponerme en evidencia por haber aceptado tu oferta y haber comprado algo con tu tarjeta?

En lugar de responder, Tyler se levantó. Rodeó el escritorio, se puso detrás de mí y se inclinó. Apoyó las manos en los brazos del sillón a ambos lados de mi cabeza. Y ahí estaba de nuevo, con el pulso por encima de las ciento sesenta pulsaciones.

—No —susurró Tyler—. Tengo hambre.

—Pero no de cupcakes —respondí automáticamente, porque mi cerebro no funcionaba bien.

—No. —Su mirada no estaba puesta en mis labios, sino en mi clavícula. Casi como si pudiera ver que, justo debajo, mi corazón iba a trompicones.

Me puse roja. Sentía como si mis mejillas fueran a empezar a echar humo en cualquier momento.

Finalmente, soltó el sillón, se incorporó y dijo: —Nos vamos a cenar.

—¿Ahora? —pregunté.

—Ahora —confirmó—. A menos que tengas que donar unas cuantas miles de tartas más.

Negué con la cabeza. —Solo si me retas a ello.

Tyler se rió entre dientes y miró hacia su casco de moto, que estaba sobre la vitrina junto al perchero. Al lado había otro casco más

pequeño: el mío. Me quedé mirando el aparato como si me hubiera pedido matrimonio. Bueno, otro más.

Antes de que Tyler dijera nada, negué rotundamente con la cabeza. —Ni hablar. Ni de broma. Ya conoces mi historial, no estoy hecha para esas máquinas.

Se cruzó de brazos. —Está bien, entonces iremos en limusina. Pero eso te va a costar otra pequeña fortuna.

Me levanté y le sostuve la mirada. —Me da igual. Mi marido es multimillonario, está preparado para todo.

Tyler sonrió. —Has entendido cómo va el juego.

Sonreí. —Gracias, hago lo que puedo.

Dio un paso hacia mí, tan cerca que su colonia me nubló el juicio. —Pero yo llevo jugando más tiempo *y* mejor.

Tragué saliva. —¿Ah, sí?

—Sí. —Tyler asentió. Luego caminó hasta el otro extremo de su despacho, hacia un armario cerrado, y lo abrió—. Ya que vamos a ir en limusina, puedes ponerte otra cosa.

—¿Tienes ropa para mí en tu despacho? —pregunté frunciendo el ceño.

—Básicamente es un vestido, y ha llegado esta mañana.

Me miré a mí misma. Blusa blanca, falda de tubo negra y zapatillas blancas a juego. —¿Qué tiene de malo mi ropa de ahora?

—Mi mujer no tiene por qué ir por ahí como una trabajadora social de camino a una entrevista de trabajo —respondió Tyler secamente.

Justo cuando iba a protestar y a decirle que mi atuendo era perfectamente adecuado para Nueva York, regresó y me puso el dedo índice sobre los labios.

—Quiero que la gente vea que te merezco, mi pequeña Miss Perfecta. —Tyler apartó el dedo de mis labios y me puso ante las narices un vestido de fiesta de color rosado. Era elegante, pero lo bastante recatado como para que me sintiera cómoda con él.

—¿A dónde vamos? —pregunté mientras intentaba calcular en qué liga salarial estarían las personas que daban importancia a esa clase de vestidos y dónde solían encontrarse.

—Ya te he dicho que vamos a cenar.

La expresión de Tyler me indicó claramente que no estaba dispuesto a discutir. Así que le quité el vestido, me fui al otro extremo del despacho por aquello de la intimidad y me cambié. En el armario había una caja de zapatos con unos tacones a juego, que también saqué. Mientras tanto, Tyler volvió a sentarse tras el escritorio. Oí cómo abría y cerraba un cajón, pero no le presté mayor atención. Cuando terminé, señaló el borde de la mesa.

—Inclínate —dijo.

Me quedé petrificada a mitad del movimiento. —¿Qué?

—Inclínate sobre la mesa —repitió Tyler. Aunque lo dijo con voz tranquila, era una orden sin lugar a dudas.

Apoyé las manos sobre el tablero y me incliné hacia delante, de modo que el torso me quedó casi pegado a la mesa. Tyler se levantó, me rodeó y se puso detrás de mí. Después me puso las manos en las caderas y sentí cómo sus dedos se dirigían directamente al dobladillo del vestido.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Cobrarme la factura —respondió él, subiendo el vestido un poco y pasando la mano por mis muslos.

El pulso se me aceleró. No me atreví a preguntarle a Tyler qué significaba todo aquello. Cuando tenía esa mirada oscura, no había forma de negociar con él, así que ni siquiera lo intenté.

Sus manos volvieron a subir, recorriendo mi columna vertebral y provocándome un escalofrío placentero por la piel. En cuanto me relajé un poco más, Tyler subió el vestido por encima de mis caderas, dejándome medio desnuda ante él.

—Tranquila —dijo, y su voz sonó tan profunda que casi me derrito.

Sentí cómo su mano se deslizaba entre mis piernas, y me sorprendió tanto el contacto que me olvidé de todo lo que me rodeaba. Al instante estuve lista para él, completamente entregada y agradecida de tener dónde sujetarme. Seguía sin saber cómo Tyler lograba descolocarme tanto con un solo roce.

Se rió entre dientes. —Me encanta lo rápido que reaccionas conmigo.

Apartó un poco la braguita y luego, antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, me introdujo algo entre las piernas. Era suave, liso, y noté enseguida cómo me rellenaba ligeramente, aunque no resultaba incómodo.

Justo cuando pensaba que iba a suceder algo parecido a unos «fuegos artificiales gigantes» por estar haciendo algo prohibido en su despacho... para mi decepción, Tyler volvió a bajarme el vestido y me ayudó a incorporarme.

Lo miré con cara de interrogación y Tyler me sonrió como si no hubiera pasado nada.

—Eso es algo que te endulzará la cena.

—¿A mí o a ti? —pregunté con recelo.

—A los dos —replicó Tyler.

No sabía si reír o gritar, así que opté por respirar.

Tyler volvió a teclear en el móvil, esta vez con expresión satisfecha. —Deberíamos irnos. Tenemos una reserva.

Me alisé la tela del vestido e intenté ignorar la ligera presión entre las piernas. —A decir verdad, no le veo el sentido. Casi ni noto ese trasto.

Se levantó, se puso la chaqueta de cuero y me ofreció el brazo. —Ya lo entenderás. Más tarde.

No me resisto al impulso, me resisto a las probabilidades.

Capítulo 21 – Parsley

CIEL BLEU, TRIBECA, NUEVA York, esa misma noche.

El Ciel Bleu resultaba a todas luces demasiado intimidante como para poder pasar en él una velada acogedora. Todo gritaba *lujo extremo*. Salí del coche negro mientras el sudor me resbalaba por la espalda, ya que ni siquiera el aire acondicionado del vehículo lograba combatir el bochorno nocturno. Tropecé con los tacones nuevos antes incluso de haber puesto ambos pies en el suelo, lo que le arrancó a Tyler una sonrisa inmediata.

Estaba allí de pie, apoyado con naturalidad en su Ducati, como si hubiera nacido sobre ese bicho. Ver a Tyler sin su chaqueta de cuero era inusual, pero con este calor cualquier otra cosa me habría extrañado. Llevaba una sencilla camisa blanca con las mangas remangadas.

La forma en que posaba me ponía casi enferma. Demasiado informal para Wall Street, demasiado seguro de sí mismo para un tipo normal. Me encontré con su mirada y estuve a punto de tropezar de nuevo, pero esta vez los zapatos no tuvieron la culpa.

Tyler me recorrió con la mirada de arriba abajo y la comisura de sus labios se contrajo, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por no sonreír. —Estás muy guapa. Me gusta el vestido.

Me crucé de brazos e intenté ignorar el hecho de que el vestido, aunque era precioso, se me pegaba a todo el cuerpo prácticamente como film transparente. Aunque el sol casi se había puesto, la ciudad aún irradiaba un calor desagradable.

—Gracias —respondí. Por supuesto que a Tyler le gustaba el vestido; al fin y al cabo, me lo había entregado él mismo.

Mi mirada se desvió hacia la Ducati, alrededor de la cual el aire todavía vibraba por el calor.

—Sabes que en algún momento tendrás que dejar de evitar la moto —dijo Tyler.

—Llevo semanas evitándola con éxito. Pienso mantener esta racha al menos hasta las próximas elecciones presidenciales.

Él sonrió, mostrando esa relajada sonrisa de depredador que probablemente ya había roto corazones a nivel internacional. —Eres consciente de que todavía no he intentado convencerte *de verdad*. Mis métodos son legendarios.

—¿Tus métodos? —Arqueé una ceja—. ¿A qué te refieres exactamente, a la guerra psicológica? ¿Soborno? ¿Chantaje?

—Parsley —dijo él—, por supuesto que podría sobornarte o chantajearte, pero eso sería aburrido. —Tyler se inclinó hacia delante

y bajó la voz solo para mí—. Seducción, pequeña Miss Perfect. Te seduciría.

Sentí el calor extendiéndose por mis mejillas. —Eso es tierno. Pero si crees que vas a ganar, te espera una decepción. —Las palabras salieron de mi boca espesas como la miel, porque estaba todo menos segura de mi victoria. Al contrario, una sola de esas miradas sombrías bastaba para hacerme actuar en contra de todos mis principios.

Tyler se inclinó y sus labios rozaron mi oreja. —¿Es un desafío?

Se suponía que era una pregunta retórica, pero respondí de todos modos porque, obviamente, había perdido el juicio. —Totalmente.

—Perfecto. —Se irguió y se ajustó las mangas—. En ese caso, apuesto a que para el postre estarás suplicando que te lleve a casa en mi moto.

En el fondo sabía que era mejor no provocar a Tyler, pero sencillamente no podía evitarlo. Era adicta a ese destello oscuro en sus ojos cuando yo hacía algo inesperado.

—Te diría que sigas soñando, pero ya has dormido más de la cuenta.

Sus ojos chispearon con picardía, pero me ofreció su brazo de tal forma que resultó imposible no aceptarlo. —Entremos antes de que nos derritamos.

Cruzamos la puerta y entramos en un vestíbulo refrigerado que fue como un puñetazo. Un puñetazo gélido y refrescante. Al instante se me puso la piel de gallina e intenté recordar cómo se caminaba con tacones altos mientras intentaba no pensar en que, gracias a Tyler, no llevaba absolutamente nada debajo del vestido. Bueno. Casi nada, porque todavía estaba eso... esa cosa dentro de mí que apenas sentía, pero lo suficiente como para saber que Tyler poseía un control sobre mí como nadie más.

Era una plaga. Y un genio.

El interior del restaurante era aún más hermoso de lo que se podía adivinar desde fuera. Plantas por todas partes: colgantes, trepadoras, en macetas; y sin duda importadas, porque ninguna hoja autóctona se veía tan feliz en este clima. Guirnaldas de luces tensadas entre las vigas de cristal lo bañaban todo con un suave resplandor, y las mesas estaban lo suficientemente separadas como para poder fingir que estabas en tu propio jardín privado. Nunca había visto tanto verde en Tribeca.

Algo en la forma en que Tyler miraba a su alrededor me reveló que él tampoco había estado aquí antes, ¿pero quién sabía nada con certeza tratándose de Tyler? En estos asuntos era aún más impredecible de lo habitual. Precisamente por eso no me había atrevido a mencionar de nuevo el desastre de la piscina. Quería saber qué pasaba por su cabeza, pero mi instinto me decía que se cerraría en banda en cuanto lo intentara. Así que, para bien o para mal, tenía que esperar hasta que se abriera por su cuenta. O hasta que firmara el divorcio y todo esto dejara de ser asunto mío. Oficialmente, al menos. Porque extraoficialmente, estaba más metida en esto de lo que una firma podría reflejar jamás.

Una recepcionista se deslizó hacia nosotros, con el pelo oscuro a la altura de la barbilla y una americana tan impecable que tuve que resistir el impulso de tocarla. Observó a Tyler exactamente durante un segundo antes de que su mirada se posara en mí y su sonrisa se convirtiera en una bienvenida completa, aunque algo intimidante.

—Señor y señora Kingsley —dijo—. Bienvenidos al Ciel Bleu.

Casi me atraganto con el título, pero Tyler se limitó a asentir como si fuera lo más normal del mundo estar casado conmigo.

—Gracias —dijo él secamente.

Nos guio a través de un bosque de helechos y orquídeas, pasando por delante de una mesa donde había alguien que se parecía sospechosamente a Hugh Jackman, hacia la parte trasera, donde el techo de cristal era tan alto que se podría haber construido una casa unifamiliar debajo. Justo antes de llegar al final del salón, mi mirada se posó en una pareja sentada a una de las mesas y los reconocí a ambos de inmediato.

Harold Worthington y su esposa Eleanor, quien, a juzgar por su sonrisa, también me reconoció. Por los vasos de agua intactos y las servilletas dobladas en forma de cisne, acababan de sentarse.

Harold Worthington vio a Tyler, se levantó y le estrechó la mano.

—Kingsley. No esperaba verle por aquí.

Tyler fingió su sorpresa a la perfección, lo que me indicó que no era ninguna sorpresa para él. —Harold. Eleanor, qué coincidencia. Mi mujer me ha hablado de la famosa *crème brûlée* y nos ha dicho que teníamos que probarla sin falta.

La sonrisa de Eleanor se ensanchó. —Me alegra que haya seguido mi recomendación.

Harold Worthington lanzó una mirada a su esposa y luego se volvió de nuevo hacia nosotros.

—Por favor, siéntense con nosotros. Hay sitio de sobra y estoy seguro de que las damas disfrutarán de la compañía mutua.

Tyler me miró y, por medio segundo, esperé que dijera que no.

—Encantados —dijo él mientras me acercaba la silla. Por supuesto que había dicho que *sí*; al fin y al cabo, ese había sido su plan desde el principio.

En mi cabeza intenté repasar cada regla de etiqueta que me había aprendido de memoria para mi trabajo, pero el pánico hizo que solo sonara con demasiada fuerza la sintonía de Jeopardy. Mezclada con algo de Juego de Tronos, desde que Scarlett me había obligado a ver las primeras cuatro temporadas del tirón.

¡Por favor, cerebro, vuelve a funcionar!

Una vez que el camarero terminó de poner el servicio, repartió las cartas y me alegré de poder esconder mi rostro tras ella.

Hasta ahora solo había visto a Harold Worthington de lejos, pero de cerca parecía aún más la viva imagen de un magnate: tranquilo, con un aura de autoridad y seriedad. Y aunque Eleanor me sonreía —una sonrisa bastante sincera, cabe decir—, sus rasgos revelaban que era capaz de detectar un acento falso a cincuenta metros de distancia. Esperaba que solo se tratara de acentos y que no tuviera un sexto sentido para los matrimonios farsa.

Apareció un camarero, delgado y calvo, pero con un aire que decía que él era quien controlaba el cotarro. —¿Puedo recomendarles hoy el menú del día? —preguntó con un acento que no supe identificar, pero que sonaba caro—. Se centra en los mariscos, cinco platos, muy ligero y de sabor intenso. Perfecto con este tiempo.

Worthington asintió de inmediato, al igual que Eleanor. Tyler ni siquiera había mirado la carta antes de asentir encogiéndose de hombros.

Estupendo. Si había algo en el mundo que odiaba, era la comida que venía del mar. Aun así, asentí por la presión del grupo.

—Suena de maravilla —dije, intentando no parecer tan atormentada como me sentía.

El camarero sonrió radiante y vertió agua con gas en nuestros vasos. Eleanor se dirigió a mí. —Le encantará el menú, Parsley.

Especialmente el postre.

Eleanor debía de tener en muy alta estima esa *crème brûlée* si no dejaba de hablar de ella. Pero bueno, yo hacía lo mismo con los bollos de Scarlett en cuanto tenía ocasión.

Sonreí, lo cual me resultaba más fácil ahora que sabía que después del cuarto plato recibiría algo que me gustaba. —Tengo muchas ganas de probarlo.

Tyler se reclinó y estiró un brazo sobre el respaldo de mi silla. —Harold, ¿ha seguido el S&P esta semana?

Worthington arqueó una ceja. —Intento no dejar que el mercado dicte mi estado de ánimo, pero sí. Una montaña rusa.

Tyler sonrió. —He visto cosas más salvajes.

Eleanor intervino: —¿Y usted, Parsley? ¿Sigue el mercado?

Negué con la cabeza y sentí que me relajaba ahora que la atención se alejaba mucho de mi estado civil.

—¡Cielo santo, no! —Al pronunciar las últimas palabras me quedé sin aliento, porque quizá me estaba relajando demasiado. Pero mi respuesta sincera hizo reír a Eleanor y a Harold.

—¿Qué prefiere como lectura matutina, Parsley? —preguntó Harold Worthington.

—Mi madre me envía cada mañana la versión digital de nuestro boletín parroquial —respondí, sintiendo cómo Tyler me sonreía por ello.

—Eso suena encantador —contestó Eleanor, y yo asentí.

—Mucho. —Sonreí y sentí una punzada de nostalgia. Pero antes de que la conversación pudiera continuar, sirvieron el primer plato. Un

vaso de chupito con un gazpacho de un verde brillante, coronado por un solo langostino en salmuera. Intenté no mirar al langostino, pero él me devolvía la mirada con sus enormes ojos negros y todo lo demás.

Tyler se dio cuenta. Por supuesto que se dio cuenta.

Se inclinó hacia mí y bajó la voz. —¿Estás bien?

—Perfectamente —mentí mientras cogía la diminuta cuchara y daba un golpecito al langostino como si pudiera ser venenoso.

Puso una mano sobre mi rodilla; su calor corporal traspasó de inmediato la fina tela. —Eres una mentirosa pésima.

Mantuve mi sonrisa para los demás en la mesa, pero susurré entre dientes: —Odio el marisco.

Su mano me apretó, lenta y deliberadamente. —¿Por qué no has pedido otra cosa entonces?

Me encogí de hombros, manteniendo la voz baja. —No quería ser maleducada. Es solo una comida.

Él sonrió, pero esta vez no era en plan burlón. Era una sonrisa suave y cariñosa. —Eres realmente especial, Parsley.

Le devolví el gesto con la cabeza y respiré hondo para prepararme para el primer bocado. Entonces Tyler volvió a inclinarse hacia mí.

—Voy a distraerte un poco —me susurró al oído. Al principio no comprendí a qué se refería. Pero solo un momento después, lo sentí. Un zumbido débil pero persistente en mi interior que al principio creí haber imaginado. Pero no, ahí había algo, profundo y constante, y ahora sabía lo que Tyler me había introducido antes. Un huevo vibrador. Uno con control remoto, evidentemente.

Mi corazón dio un vuelco. Le lancé una mirada, pero él se limitó a dar un sorbo a su agua, con ojos inocentes y su sonrisa habitual.

Intenté concentrarme en la conversación entre Tyler y Harold Worthington, pero cada vez que daba un bocado, la vibración se intensificaba un poco. Para cuando llegó el segundo plato —un trozo de atún crudo con algo rosado y encurtido encima—, estaba lista para meterme debajo de la mesa y no volver a salir jamás.

Eleanor contaba una historia sobre un viaje a París y tuve que morderme el labio para no gemir cuando las vibraciones se hicieron aún más fuertes.

La mano de Tyler seguía sobre mi rodilla y su pulgar trazaba círculos lentos. Cada vez que lo miraba, me dedicaba esa expresión. Esa que decía que sabía exactamente lo que estaba haciendo y que estaba disfrutando cada segundo.

Intenté distraerme con la mesa, las flores, cualquier cosa, pero era inútil. Todo mi cuerpo estaba en estado de máxima alerta y estaba segura de que mis mejillas tenían el mismo tono que el rosado que estaban sirviendo para el siguiente plato.

Harold Worthington y Tyler empezaron a hablar de nuevo sobre acciones, algo sobre *leveraged buyouts* y *private equity*. Incluso si hubiera entendido algo de aquello, no habría podido concentrarme.

El plato principal, un filete de pescado con una salsa de espuma de cítricos sorprendentemente deliciosa, interrumpió la charla financiera por un momento. Por desgracia, el silencio hizo que Eleanor volviera a tomar la palabra.

—A ver, Parsley —dijo, tomando un sorbo de vino—. ¿Qué hace usted cuando no está leyendo el boletín parroquial o comiendo tartas de limón en eventos?

Me obligué a tragar e intenté que mi voz no sonara como si un vibrador carísimo tuviera mi garganta como rehén.

—Yo, esto... de hecho, estoy fundando mi propia pequeña empresa. —Me aparté el pelo tras la oreja y recé para que mi sonrisa no pareciera una mueca.

Los ojos de Eleanor se agrandaron un poco.

—Una emprendedora. Me encanta. Eso requiere valor en esta ciudad.

Intenté sonreír, pero me salió algo rígido.

—Será solo una empresa pequeña, solo mi mejor amiga y yo. No será, ni de lejos, tan gigantesca como Elysium Weddings, para la que organizaba bodas antes.

Tyler intervino, con la voz más profunda que antes:

—No deje que se venda por debajo de su valor. Prácticamente planeó la boda de los Kensington ella sola, y con un plazo que habría hecho sudar incluso a un Navy SEAL. —Lo dijo como si estuviera hablando de una negociación de rehenes, lo cual, para ser sincera, no estaba lejos de la realidad.

Worthington enarcó una ceja.

—¿La boda de Dominic Kensington?

Asentí, intentando no parecer tan orgullosa como me sentía.

—Sí. Fue mi regalo para la novia.

—Dominic es un tipo astuto —dijo Harold Worthington dirigiéndose a Tyler—. Esa fusión del año pasado fue un trabajo impresionante. Al igual que su boda.

Tyler inclinó la cabeza, como si compartiera un secreto.

—Parsley es la verdadera estratega.

Me puse tan roja que podía oír mi propio pulso en los oídos.

—Tyler, puede que estés glorificando mi trabajo un poco de más —murmuré, pero nadie me escuchaba.

—Esa boda fue el tema de conversación en todas mis reuniones de amigas. —Ella asintió y su moño plateado se balanceó—. Solo hay un puñado de personas aquí capaces de domar a los Kensington.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Me salvó la llegada del siguiente plato. Se sirvió un último plato de pescado con vieiras.

Mientras servían los platos, la mano de Tyler se deslizó de nuevo hacia mi rodilla. El contacto físico me hizo recordar otra vez que algo vibraba en mi interior. Hice todo lo posible por ignorarlo todo. Tyler me observaba, con los ojos oscuros de diversión, y ni siquiera intentaba ocultar su sonrisa.

Harold y Tyler volvieron a hablar de negocios, algo sobre aranceles de importación y el riesgo de un colapso en la cadena de suministro. Intenté parecer interesada, pero cada vez que cruzaba las piernas, el huevo vibrador en mi interior me recordaba quién tenía realmente el control.

Comí como en piloto automático, con el cerebro sumido en una niebla de sensaciones contradictorias.

—Dígame, Parsley —dijo Harold—, ¿cómo mantiene contentos a sus clientes? Tiene que haber algún secreto profesional.

Tragué saliva a duras penas.

—La mayor parte del tiempo, simplemente escucho. A la gente le gusta sentirse comprendida, especialmente cuando se gastan sumas de dinero obscenas en una fiesta.

Eleanor se rió y miró al grupo.

—En eso no le falta razón.

—Pero en realidad no se trata del dinero, al menos no debería ser así. Son los sentimientos lo que hace que ame tanto mi trabajo. Ver cuando el novio ve a su novia por primera vez y apenas puede contener las lágrimas. Y cómo brillan de orgullo los ojos de un padre cuando puede acompañar a su hija al altar. Esos son los momentos que se recordarán para siempre, y me parece hermoso poder contribuir a ello.

—Muy bien, Parsley, me ha convencido. —Eleanor se inclinó hacia delante—. Cuando termine de fundar su empresa, tiene que llamarme. Nuestro trigésimo quinto aniversario de boda es la próxima primavera y me encantaría ser su primera cliente oficial.

Parpadeé.

—¿Quiere que yo organice la celebración?

—Sí. —Eleanor asintió y yo no supe qué decir.

—De acuerdo —respondí asintiendo. No fui capaz de articular nada más.

El pulgar de Tyler presionó contra mi rodilla, no llegó a subir por mi muslo, pero fue suficiente para hacerme estremecer.

Le lancé una mirada furibunda, pero él se limitó a sonreír con dulzura, como si nunca hubiera roto un plato en su vida.

La conversación derivó hacia los viajes, luego al arte y después, de forma inevitable, a las motos.

—Sabe, Tyler —dijo Harold—. Antes solía montar mucho en mi Harley. Pero hoy me pregunto por qué arriesgaba mi vida por una descarga de adrenalina sobre dos ruedas.

Tyler se echó hacia atrás y estiró los brazos.

—Porque es pura libertad. Sin distracciones, solo la carretera y el viento. Aparte de eso, con una moto se sortea mucho mejor el tráfico diario.

—Suena peligroso —dijo Eleanor, pero no sonaba desaprobadora.

La mirada de Tyler se desvió hacia mí.

—Parsley lleva mucho tiempo resistiendo el impulso de probarlo ella misma.

Le lancé una mirada.

—No resisto el impulso. Resisto a las probabilidades.

Él sonrió de medio lado.

—La probabilidad es que te encantaría.

—La probabilidad es que me caiga y me rompa al menos los dos brazos —le espeté, pero todos se rieron, incluso yo. Y de alguna manera, tuve la triunfal sensación de que a Tyler se le habían acabado las municiones y yo estaba ganando nuestro pequeño trato.

Llegó el postre. La *crème brûlée* de lavanda tenía un aspecto excelente: una capa de azúcar fina y cristalina sobre una crema pálida y floral, decorada con violetas confitadas.

Rompí la superficie con la cuchara. En cuanto di un bocado, Tyler debió de accionar el mando de nuevo, porque el huevo pasó de un zumbido constante a una corriente casi eléctrica. Dejé caer la cuchara en el plato y tuve que apoyarme con ambas manos en la mesa.

—¿Está todo bien, Parsley? —preguntó Eleanor, mirando con curiosidad entre la cuchara caída y mi rostro.

—Todo perfecto. —Me obligué a sonreír—. Es solo este postre. Casi marea.

Eleanor resplandeció.

—Se lo dije. Es el mejor postre de Nueva York.

—Es el segundo mejor —dije antes de poder frenarme.

Me miró sorprendida.

—¿Qué hay mejor que esto?

Cerré los ojos e intenté aguantar el siguiente impulso.

—El apple crumble de Celestial Cakes. Lo hace mi amiga Scarlett, con quien estoy fundando mi empresa. Si comes el apple crumble caliente con helado de vainilla, es como... —No terminé la frase porque estaba segura de que habría acabado con un gemido de orgasmo.

Eleanor volvió a reírse.

—Bueno, entonces tiene que invitarme sin falta a café y crumble cuando hablemos de mis celebraciones. Insisto.

Asentí, pero mi mano temblaba tanto que todavía no podía volver a coger la cuchara. Para mi desgracia, el huevo vibrador incluso subió una marcha más y me pregunté por qué quería castigarme Tyler.

Después del postre, Harold Worthington se aclaró la garganta.

—Lo siento, pero se está haciendo tarde.

—Por supuesto. —Tyler asintió.

—Ha sido un placer conocerles a ambos. —Harold Worthington me estrechó la mano a mí primero y luego a Tyler—. Nos vemos, como tarde, para la planificación de nuestro aniversario. —Al decir esto, Harold le lanzó a Eleanor una mirada de esas que toda mujer desearía de su marido. Una mirada que yo deseaba de Tyler, si era totalmente sincera conmigo misma.

En cuanto se fueron, Tyler hizo una señal al camarero para que trajera un vaso de scotch.

Cuando el camarero se hubo marchado, Tyler se volvió hacia mí.

—Has estado magnífica.

Me eché hacia atrás en la silla y exhalé pesadamente.

—Ya puedes apagar esa cosa.

Me miró durante un largo momento y luego sacudió la cabeza.

—No.

Podría haber gritado.

—Tyler, por favor.

Dio un sorbo lento a su scotch.

—¿Te acuerdas de nuestro desafío?

—¿Ese en el que decías que para el postre me estarías rogando que te llevara en tu Ducati? —Enarqué las cejas—. El postre ya se ha

terminado y he dicho que no.

—Te equivocas, Parsley —respondió Tyler, agitando el scotch en su vaso—. El postre aún no ha terminado, y yo estoy lejos de haber acabado.

Lo miré con incredulidad.

—Estás loco.

Él sonrió.

—Te encanta.

No le faltaba razón.

—A ver, ¿qué quieres, Tyler? —pregunté.

—Sabes perfectamente lo que quiero. —Para dejar claro quién de los dos tenía la sartén por el mango, Tyler hizo que el huevo vibrara aún más rápido. Dios mío, ¿cuántos niveles tenía ese trasto? Y lo que era más importante, ¿cuánta batería?

Las vibraciones eran tan fuertes que clavé las uñas en los reposabrazos de la silla. Era imposible distraerse con tanta intensidad. Todo lo que podía hacer era apretar los dientes y esperar que ninguno de los otros clientes se diera cuenta de lo que Tyler me estaba haciendo.

—No. —Sacudí la cabeza.

—¿No, no sabes lo que quiero? ¿O no, no voy a conseguir lo que quiero? —preguntó Tyler, dándole un sorbo a su scotch con una sonrisa socarrona.

—No vas a conseguir lo que quieres —solté entre dientes.

—¿Seguro? —Tyler se recostó—. No tienes idea de lo paciente que puedo llegar a ser.

Me mordí el labio inferior porque el calor en mi interior era cada vez más intenso. La mirada de Tyler intensificaba aún más todas las sensaciones y lo odiaba por ello.

—Sabes —empezó Tyler con voz susurrante—, podrías subirte ahora conmigo a mi Ducati, nos vamos a casa y te follo hasta que pierdas el sentido.

—¡Tyler! —Jadeé buscando aire porque estaba hablando de forma tan... vulgar en público que casi debería estar prohibido.

—O —continuó Tyler, sin reaccionar a mi indignación—, puedes irte a casa en la limusina mientras el huevo vibrador sigue a máxima potencia, y seguirá así hasta que se agote la batería, lo cual podría durar toda la noche.

—¿Y vas a...? —empecé, pero me detuve. A diferencia de Tyler, yo no poseía una confianza tan sólida en mí misma como para hablar en público sobre follar sin freno.

—¿Qué? —preguntó Tyler. Su sonrisa me dijo que sabía exactamente lo que iba a decir. Pero me obligó a pronunciarlo.

—¿A... usarme? —Decirlo me pareció mal. Realmente, muy mal.

—No. Fue solo una palabra, pero casi me hizo perder los estribos.

—¿No? —Lo miré con incredulidad.

—No —repitió Tyler su respuesta.

—No puedes estar hablando en serio —repliqué. Pero el brillo en la mirada de Tyler era inequívoco. Hablaba en serio.

—Te doy de tiempo hasta que me termine el scotch. —Tyler bebió ostensiblemente un gran sorbo de scotch.

—¿A eso lo llamas tú *"seducción"*? —pregunté con sequedad.

Tyler se encogió de hombros.

—¿Cómo lo llamarías tú?

Al principio quise gritar *"chantaje"*, pero en el fondo me estaba dejando elegir. Precisamente por eso era tan cruel. Me obligaba a tomar mi propia decisión.

Como no respondí nada y me limité a cerrar la boca, Tyler sonrió satisfecho.

—Eso pensaba —susurró, y se bebió el último trago de su scotch—. Entonces, pequeña Miss Perfect, ¿qué has decidido?

¿Lista?

Capítulo 22 — Tyler

CIEL BLEU, TRIBECA, NUEVA York, un momento después.

Me apoyé contra mi Ducati mientras esperaba a Parsley. Los últimos clientes del Ciel Bleu desaparecían en limusinas, mientras yo tamborileaba con los dedos sobre el depósito plateado de mi moto. Tribeca nunca estaba realmente tranquila, pero hoy el calor era tan absurdo, incluso de noche, que había despejado las calles. Hasta los taxistas se habían rendido. El aire estaba cargado de electricidad y yo solo quería que Parsley saliera por fin de la limusina para poder llevármela.

Sabía que me estaba observando desde dentro. Veía su silueta a través de los cristales tintados y cómo dudaba antes de quitarse el vestido, porque no cabía bajo la ropa de moto. Había guardado su chaqueta de cuero y unos pantalones a juego en el maletero de la limusina para que estuvieran a mano por si acaso. Y este era el «por

si acaso». A veces sí que planeaba las cosas con antelación, aunque fuera en contra de mis principios. Pero con Parsley mis principios se desconectaban. No es que fuera a admitirlo ante nadie.

La puerta de la limusina se abrió y Parsley bajó. Tuve que recordarme a mí mismo que no pusiera cara de asesino en serie. La chaqueta le sentaba como una segunda piel, pero lo que realmente me dejó sin aliento fueron los pantalones. Realzaban tanto sus largas piernas que estuve a punto de meterla de nuevo en el coche en ese mismo instante. Ella se detuvo, como si necesitara reunir valor por un momento, pero luego me miró y supe que había ganado. Estaba realmente lista para subirse a mi Ducati.

—Estás... —Dejé las palabras suspendidas en el aire a propósito—. Joder, Parsley. No pensaba que pudieras dejarme sin aliento tan rápido.

Se sonrojó, algo que pude ver a pesar de la oscuridad. Al mismo tiempo, hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta y miró al suelo con timidez.

—Ahora estás exagerando —dijo ella, pero su sonrisa era auténtica. Se acercó a la Ducati y fue como si el mundo se detuviera por un segundo.

—No exagero ni lo más mínimo —respondí, tendiéndole la mano—. Si no lo supieras ya por ti misma, te lo demostraría cada día de nuevo.

Ella sacudió ligeramente la cabeza y se acercó más; dejó que la agarrara por la cadera y la girara para que quedara apoyada de espaldas contra el depósito. Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, saqué el pequeño mando que controlaba el huevo vibrador de Parsley y seleccioné un nivel más alto.

Ni un segundo después, Parsley inspiró bruscamente. Sus pupilas se dilataron como si yo hubiera atenuado la luz, y sonreí. Su reacción

me confirmó que Parsley había cumplido con nuestra pequeña promesa.

Buena chica.

—¿Así que sigue ahí? —pregunté, aunque sabía la respuesta desde hacía tiempo.

—Eres sencillamente increíble, Tyler —murmuró, pero su voz vibraba porque el huevo vibraba dentro de ella.

Bajé un poco la intensidad, solo para no perderla por culpa de un orgasmo allí mismo en la acera. Parsley cerró los ojos y exhaló lentamente.

—No puedo creer que esté haciendo esto de verdad —dijo finalmente, como si se estuviera dando ánimos a sí misma.

—No te arrepentirás —respondí, y esta vez lo decía en serio—. Confía en mí.

—Confío en ti. Pero no en esta cosa. —Resopló suavemente, pero cuando la atraje hacia mí y puse mi boca junto a su oído, se quedó repentinamente callada.

—Nunca he perdido el control de mi moto —susurré, y aunque sabía que tenía miedo, también sabía que confiaba más en mí que en sí misma. Esa confianza estaba justificada; sabía cómo respondería mi Ducati en cualquier situación.

Parsley me miró un momento y luego asintió. La besé, y no fue un beso tierno. Fue un beso que decía que no habría una segunda oportunidad si decidía echarse atrás.

—Sube —dije.

—¿No deberías subir tú primero? —preguntó ella.

—No, tú vas delante —respondí. Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Luego se encaramó al asiento con sorprendentemente poco drama.

Me coloqué detrás de ella, puse las manos a ambos lados de su cintura, la atraje con fuerza hacia mí y oí cómo contenía de nuevo el aliento. Nunca había tenido a nadie que reaccionara de forma tan sensible a mi cercanía.

Cogió su casco, se lo puso y yo hice lo mismo. El mundo se volvió un poco más silencioso; los ruidos de la ciudad llegaban amortiguados incluso después de subirme la visera. Aparté el soporte con la pierna y enderecé la moto. Mientras que yo podía apoyarme cómodamente, Parsley apenas tocaba el suelo con las puntas de los pies.

—Pon las manos arriba, sobre el depósito. Y los pies en los estribos.

Obedeció y dejó descansar las manos suavemente sobre el depósito, como si temiera rayar la pintura. Arranqué la moto, el motor rugió y pude sentir cómo Parsley se tensaba.

—¿Debería saber algo más antes de que nos vayamos? —preguntó Parsley con voz insegura.

—Intenta inclinarte hacia delante de forma relajada. Y cuando tomemos curvas, inclínate hacia la curva.

Puse mi mano derecha en el manillar. En la izquierda sostenía el mando, y mi brazo izquierdo rodeaba su abdomen. Lo único que quería ahora era que se relajara.

—¿Lista? —pregunté.

Ella asintió.

Dejé que la moto empezara a rodar despacio y bajé del bordillo a paso de tortuga. Las vibraciones de la moto debían de intensificar

las vibraciones en el interior de Parsley, así que me lo tomé con mucha calma. Y para ser sincero, disfrutaba de que Parsley se apoyara en mí como si yo fuera su único apoyo. No solo físicamente.

Seguí yendo extremadamente despacio incluso después de tres manzanas más. Era casi vergonzoso lo mucho que quería proteger a Parsley, pero quería que se sintiera segura. Joder, quería que durante el trayecto pudiera dejarse llevar tanto como lo hacía yo.

En un semáforo en rojo, presioné mi casco contra el suyo.

—Lo estás haciendo genial. ¿Podemos ir un poco más rápido? A este paso tardaremos días en llegar a casa.

Ella rió suavemente. —Vale.

En cuanto el semáforo cambió, aumenté la velocidad de forma lenta pero constante. Las calles estaban casi vacías y Parsley se relajaba cada vez más, así que ya no había razón para no dar gas.

La moto tiró hacia delante y pude sentir cómo Parsley me agarraba del brazo, con tanta fuerza que casi pensé que me iba a cortar la circulación. Pero no era solo miedo lo que fluía por su cuerpo. No, había algo más. Adrenalina, mezclada con esa sensación que se tiene en el estómago después de un beso largo e intenso.

Cambié a la siguiente marcha y, al entrar en la autopista, la estreché aún más contra mí con el brazo izquierdo.

—Suéltate más, Parsley. Simplemente suéltate. Al principio no estaba seguro de si Parsley podía oírme por el viento. Pero luego sentí cómo intentaba relajarse.

En realidad, podríamos haber seguido por la ciudad hacia el Soho, pero quería que Parsley sintiera la sensación de la velocidad. Quería que se diera cuenta de lo que era olvidarse de todo lo que la

rodeaba y percibirnos solo a nosotros dos. Y quería que se diera cuenta de que, incluso en momentos así, yo no la soltaba.

Yo tenía el control.

La sensación de tener la moto bajo control total era mejor que cualquier otro subidón, pero no se comparaba con la sensación de controlar a Parsley.

Mi corazón latía con fuerza, mi polla estaba más dura de lo que hubiera esperado, pero me obligué a concentrarme. Dirigí la Ducati en curvas suaves a través de la noche, y el aire del trayecto ofrecía algo de frescor frente al calor abrasador del asfalto recalentado. Cuanto más rápido iba, más fuerte se apretaba Parsley contra mí y, por Dios, me habrían dado ganas de romper la barrera del sonido.

Cuando estuve seguro de que Parsley estaba lo bastante relajada, pulsé el mando a distancia y el cuerpo de Parsley se sobresaltó al instante. Y cuando reduje un poco la velocidad para rodear una zona de obras, volví a aumentar las vibraciones.

Las vibraciones de la máquina y el zumbido en su centro debían de estar descolocando a Parsley por completo. Me encantaba eso.

Mi brazo izquierdo bajó un poco, de modo que mi mano se deslizó entre sus piernas. A pesar del grueso cuero, Parsley sintió la fricción de inmediato. Había esperado una protesta, o al menos puro horror; en cambio, ella intentó intensificar la fricción con sus caderas.

Mi pequeña y aplicada Miss Perfecta estaba más caliente que el bloque del motor de la Ducati. Todo su cuerpo vibraba en varios niveles y estaba en un punto en el que habría vendido su alma por un orgasmo.

Bien, porque ese era exactamente el punto donde la quería tener. Quería volver loca a Parsley, una y otra vez, porque solo así podía asegurarme de grabarme a fuego en sus pensamientos. Tan

profundamente que ningún maldito tipo que viniera después de mí tuviera la oportunidad de dejar huella. Probablemente era egoísta y yo era definitivamente un capullo, pero quería que Parsley pensara en mí cuando la besaran, cuando alguien la tocara y, sobre todo, cuando alguien se la follara.

—¡Dios, Tyler! —La voz de Parsley sonó ahogada, no solo por el casco, sino también porque estaba al borde del orgasmo.

—Podrás correrte cuando estemos en el loft —respondí.

—¡Eres un monstruo! —replicó Parsley, y yo había esperado que lo hiciera. Como castigo, pulsé el botón del mando del huevo vibrador tantas veces que alcanzó el nivel máximo, ante lo cual Parsley gimió. Fue más un reflejo que Parsley agarrara mi mano, pero cuando intentó arrebatarme el mando, ocurrió lo que inevitablemente tenía que ocurrir. Se me escapó de la mano y en el retrovisor pude ver cómo la pequeña pieza se hacía mil pedazos.

—¡No! —jadeó Parsley, porque ahora ya no había posibilidad de alivio hasta que se agotara la batería. Sonreí, porque el aparato podía vibrar durante horas al nivel máximo.

—Tú misma tienes la culpa de tu situación, Parsley —susurré lo bastante alto para que me entendiera—. Ahora no quiero oír ni una palabra más. Y sobre todo, no quiero oír ningún orgasmo.

Ojalá hubiera podido ver su cara mientras se mordía los labios con valentía e intentaba retrasar lo inevitable.

En la siguiente salida dejé la autopista y me dirigí al Soho, porque Parsley no aguantaría mucho más. Quería desafiarla, pero no romperla.

Unas manzanas antes de mi loft, un semáforo volvió a ponerse en rojo. Me detuve y puse un pie en el suelo. Parsley respiraba con

dificultad y todo su cuerpo vibraba. Aproveché la oportunidad para aumentar la fricción entre sus piernas mientras la atraía hacia mí.

Parsley inclinó la cabeza y sus ojos brillaban, pero no dijo nada, solo suplicaba en silencio.

—Te prometo que ahora mismo te voy a follar hasta que pierdas el sentido.

Era una promesa que decía muy en serio. Porque aunque Parsley diera a entender lo mucho que me necesitaba en ese momento, no era consciente de cuánto la necesitaba yo a ella y de lo mucho que me costaba no arrancarle la ropa allí mismo.

Las reglas son más divertidas cuando se rompen a propósito.

Capítulo 23 – Parsley

LOFT DE TYLER, SOHO, New York City, esa misma noche

No sabía qué era más ruidoso: si el eco de la Ducati en el garaje privado o el martilleo de mi corazón en mis oídos. El trayecto desde Tribeca hasta aquí había sido un desastre sensorial de la peor y, al mismo tiempo, de la mejor manera posible; y ahora, con el huevo vibrador pulsando todavía a máxima potencia dentro de mí, estaba segura de que todo mi cuerpo vibraba a una frecuencia situada en algún punto entre las interferencias de radio y un colapso nuclear.

Tyler me había maniobrado hasta el borde de la locura, y un solo aliento o un parpadeo suyo bastaba para empujarme por el precipicio.

Tyler aparcó la moto justo al lado del ascensor. Dónde si no; siempre aparcaba su máquina donde le daba la gana y se salía con la suya

todas y cada una de las veces. Apagó el motor y pasó la pierna sobre el asiento tras haberse quitado el casco de la cabeza.

Yo también logré quitarme el casco con las manos temblorosas.

¿Era normal que me sintiera decepcionada cuando la moto dejó de moverse? En Tribeca, hacía ni siquiera una hora, me había resistido con uñas y dientes a subirme. ¿Pero ahora? Ahora quería que diéramos la vuelta al mundo en ella, al menos dos veces. Cuanto más rápido conducía Tyler la máquina, más me hormigueaba el cuerpo. No tenía ni la más remota idea de si se debía al subidón de adrenalina, pero su abrazo en la Ducati me parecía aún más posesivo, aunque no de mala manera. Más bien como si pudiera protegerme de todos los peligros del mundo. Había disfrutado de esa sensación de seguridad más de lo que me convenía.

—Venga, abajo —dijo Tyler y, antes de que pudiera siquiera fingir que bajaba como una persona normal, puso ambas manos en mi cintura y me levantó del asiento como si pesara menos que un cojín de sofá. Mis rodillas flaquearon de inmediato porque, en primer lugar, mis piernas estaban hechas de gelatina y, en segundo lugar, en el momento en que tensé los muslos, las vibraciones me recorrieron toda la columna vertebral y por poco me caigo de bruces contra su pecho.

Tyler me sostuvo, probablemente porque ya se esperaba una reacción así. Con ambos brazos alrededor de mis costillas, me sujetó con tanta fuerza que pude sentir sus latidos. Iba rápido. Más rápido de lo que jamás lo había sentido, y por un momento me pregunté si él estaría tan abrumado como yo.

La mirada de sus ojos me dijo: *sí, absolutamente, y además, si no subimos en los próximos dos minutos, probablemente me bajaría los pantalones aquí mismo, junto a los cubos de reciclaje.*

¿O eran más bien mis pensamientos? O mejor dicho, mis deseos, que eran tan prohibidos que me hacían jadear.

—¿Estás bien? —preguntó, con una voz a medias entre la sonrisa y el gruñido, y totalmente demoledora. Sabía perfectamente lo que me había hecho y en qué estado me encontraba en ese momento.

—No —respondí con sinceridad—. Ganas tú, ¿vale? Ganas tú. Has ganado. Enhorabuena.

Se inclinó hacia abajo, con la boca junto a mi oído, y dijo:

—Todavía no.

Luego me besó en el lateral del cuello, justo en el punto donde me saltaba el pulso, y mis piernas casi volvieron a fallar.

Dejé que me empujara al interior del ascensor, donde pulsó el botón del ático con tanta fuerza que me preocupé por el cristal. Pero era mejor que lo que yo habría hecho, es decir, nada, porque mi cerebro ya no era capaz ni de saber cómo usar un botón.

En cuanto se cerraron las puertas, perdí todo el autocontrol. Me lancé sobre él. No solo lo besé, lo devoré; mis manos se enredaron en su pelo, mi lengua en su boca y cada centímetro de mí se apretó contra cada centímetro de él, porque tenía que hacerlo o, de lo contrario, habría explotado. Me agarró por las caderas y me empujó contra la pared del ascensor; una mano me sujetaba con firmeza y la otra estaba apoyada en la parte baja de mi espalda, apretándome contra él.

El beso pasó de cero al Armagedón en medio segundo. Era calor y aliento y su sabor, y era tan bueno que casi lloré. Tenía los brazos rodeando su cuello y me frotaba contra él porque necesitaba fricción, cualquier tipo de fricción, y él respondió en consecuencia, moviéndose para que su muslo quedara entre mis piernas y empujando con más fuerza. Al hacerlo, me daba exactamente igual que nuestro trayecto pudiera verse interrumpido en cualquier momento.

—Dios mío, Parsley —murmuró, mientras sus labios recorrían mi mandíbula.

Yo temblaba.

—Te necesito.

—Lo sé. —Respiraba con dificultad y tenía los ojos salvajes—. Pero ya conoces las reglas. No te corres hasta que estemos dentro.

—Eres un sádico.

Él sonrió con la mirada de un hombre que acaba de descubrir el fuego y quiere ver qué más puede arder.

—Soy un hombre de palabra. ¿Quieres romper las reglas?

—Tú rompes reglas todos los días —logré decir, mientras mis dedos desesperados forcejeaban con su cinturón—. Nunca he visto que cumplas ni una sola. A veces incluso creo que solo buscas reglas para poder romperlas.

Me dejó trabajar en la hebilla de su cinturón, pero cuando la hube abierto a medias, atrapó mis muñecas con una mano y las mantuvo firmes por encima de mi cabeza. El movimiento fue tan repentino y tan fuerte que contuve el aliento.

—Esa es la cuestión con las reglas, Miss Perfecta. Son más divertidas cuando se rompen a propósito.

Me retorcí, intentando liberar mis manos. Si conseguía abrir los pantalones de Tyler, si me arrodillaba ante él dispuesta a tomar todo lo que me diera, no podría resistirse, estaba segura de ello. Pero me mantuvo sujeta y sus ojos se clavaron en mí.

—Tyler. —Solo pronuncié su nombre, pero había tanto implícito en él que harían falta todos los libros del mundo para describir cuánto.

Me besó con fuerza y luego me soltó las muñecas el tiempo justo para sacar el cinturón de las trabillas de sus vaqueros.

—Te ayudaré, pequeña Miss Perfecta —susurró Tyler.

Me quedé sin aliento porque pensé que iba a liberarme. Pero entonces esa sonrisa asomó a la comisura de sus labios y supe que tenía planeado lo contrario.

Antes de que pudiera reaccionar, Tyler había enrollado el cinturón alrededor de una de mis muñecas, luego alrededor de la otra, tiró con fuerza y anudó los extremos. Tenía las manos atadas, en alto sobre mi cabeza, y estaba apretada contra la pared, respirando tan fuerte que casi hiperventilaba.

Tyler me examinó, con los labios entreabiertos y el pelo revuelto, y por un momento ninguno de los dos nos movimos. Entonces deslizó ambas manos por mis costados, sobre la chaqueta, bajando hasta mis caderas, y se apretó contra mí, de modo que pude sentir cada centímetro de su dureza, caliente y apremiante a través de la tela de sus vaqueros.

Gemí, de verdad. No hay otra palabra para describirlo. La combinación de estar atada, el zumbido implacable dentro de mí y la forma en que me miraba, como si fuera lo único que había deseado jamás, me dejó totalmente acabada.

—Esto no es ninguna ayuda —repliqué jadeando con dificultad—. ¡Tyler, esto es lo contrario de ayudar!

—No —respondió Tyler con un tono de voz ronco—. Te estoy ayudando a cumplir nuestras reglas.

—No puedo —logré decir—. ¡Tyler, no puedo!

—Puedes. —Su voz se volvió aún más oscura—. Lo harás. Esperarás. Porque tú quieres, porque sabes que yo quiero.

—Me quiero morir.

—Todavía no —dijo y volvió a besarme, esta vez de forma algo más suave, pero no menos intensa. Sus manos se deslizaron bajo mi camiseta, sus dedos se extendieron por mi vientre y, cuando recorrió la cinturilla de mi pantalón, se me cortó la respiración.

El ascensor sonó. Casi lloro de alivio.

Sujetó el cinturón alrededor de mis muñecas con un agarre mortal y me arrastró con él cuando se abrieron las puertas. Tyler me llevó directamente al interior del apartamento, cerró la puerta de un golpe y me hizo girar para que mi espalda chocara contra la pared más cercana. Presionó su cuerpo contra el mío; ambos seguíamos completamente vestidos a excepción del cinturón abierto y de mis muñecas atadas sobre mi cabeza. Sus brazos estaban a izquierda y derecha de mí; yo estaba atrapada en un muro de músculos y miradas oscuras. Nos quedamos así un momento, mirándonos a los ojos, mientras mi respiración se aceleraba cada vez más y mi corazón tropezaba.

Esperaba que fuera brusco, pero esto era algo distinto. Me besaba como si necesitara aire y yo fuera el único oxígeno en el edificio. Su mano rodeaba mi mandíbula, sujetándome, y la otra mano trazaba círculos en mi cintura, deslizándose luego entre mis muslos, sobre el cuero ajustado, justo donde las vibraciones eran más fuertes.

Grité. No fue un grito pequeño y educado, sino un grito de verdad, auténtico, solo que amortiguado por su boca sobre la mía.

—¿Te gusta esto? —preguntó susurrando—. ¿Te gusta estar así a mi merced?

Asentí. Ni siquiera podía pensar, y mucho menos formar una frase.

Sonrió, con algo parecido a un lobo, y dijo:

—Veamos cuánto tiempo más me aguantas.

No aguanté. En el momento en que presionó su mano de la forma adecuada, las vibraciones y la presión hicieron cortocircuito en todo mi cerebro. Me corrí con tanta fuerza que durante medio segundo me desmayé, cayendo hacia delante y apoyando la cabeza contra su hombro.

Me sostuvo, con sus brazos fuertes alrededor de mi espalda, y susurró:

—Esa es mi chica. —Se mostró tierno, casi reverente, mientras me apartaba el pelo de la cara y me besaba la frente.

Aunque el orgasmo había mitigado un poco el calor en mi interior, todo mi cuerpo seguía ardiendo.

—Necesitas más, ¿verdad? —preguntó Tyler, a pesar de que ya conocía la respuesta.

Asentí.

—Mucho más, Tyler.

—Bien —respondió y sonrió satisfecho—. Yo también.

Tyler no perdió el tiempo, sino que me echó al hombro porque mis piernas todavía temblaban demasiado como para caminar por mi cuenta, y me llevó al dormitorio.

Me bajó y me guió hacia atrás, con las manos en mi cintura, hasta que mis corvas tocaron la cama.

Entonces Tyler me empujó hacia abajo. No con dureza, pero sí con firmeza, y se arrodilló ante mí. Me abrió el pantalón con una mano, mientras la otra seguía sujetando el cinturón alrededor de mis muñecas, y tiró del cuero sobre mis caderas. El alivio fue

instantáneo; el aire fresco sobre mi piel recalentada fue casi suficiente para hacerme correr de nuevo.

Me quitó el pantalón por completo y luego me abrió las piernas con ambas manos, lenta y pausadamente. Me miró, con los ojos oscuros y pesados, luego me lamió el muslo y subió con la punta de la lengua más y más arriba.

—Si paras, te mato —jadeé.

Tyler gruñó por lo bajo y luego besó la parte interna de mi muslo. Dejó que los besos subieran, lentos y calientes, y luego lamió mi clítoris, que ya estaba hipersensible por el huevo vibrador. Me arqueé con tanta violencia que casi le hundo la rodilla en la cara, pero él simplemente me agarró los muslos con más fuerza y continuó, implacable, hasta que me corrí de nuevo, gritando y temblando, con las piernas entrelazadas en sus hombros.

Se levantó, respirando con dificultad y mirándome con tanta ansia como si estuviera a punto de morir de hambre.

—Me vas a matar, Parsley.

—Tú eres el que casi me mata a mí.

Tyler se arrancó la chaqueta de cuero de los hombros, se desabrochó el botón de los vaqueros y se los bajó lo justo para liberar su dureza.

Me quedé mirando. Y él sonrió.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó con sorna.

—Tal vez —respondí y sonreí también.

Tyler me agarró y me empujó del todo a la cama para abrirme de piernas. Entonces, por fin, me libró del monstruo vibrante que había

en mi interior, que cayó al suelo zumbando y me dejó sintiéndome extrañamente vacía.

Cuando Tyler me cogió de las muñecas, pensé que por fin me liberaría, pero nada de eso. Ató el cinturón al cabecero de la cama y me dejó frustrantemente inmóvil. Quería tocarlo, sujetarlo y quería dejarle marcas visibles. Era frustrante.

Me besó, luego me separó las piernas, se posicionó y penetró de una vez. Profundo, duro y perfecto. Grité y mis uñas se clavaron en el dorso de mis propias manos.

Tyler se movía dentro de mí, profundo, pero con una lentitud exasperante, hasta que lo rodeé con mis piernas y él perdió toda paciencia. Me folló duro, y cada vez que yo me contraía a su alrededor, profería un gemido profundo desde su garganta.

—Te gusta estar atada, ¿eh? —preguntó.

Lo odiaba. Pero también lo amaba. Era una paradoja.

Asentí sin aliento.

—¿Te gusta pertenecerme? —siguió preguntando Tyler.

—Sí —jadeé—. Dios, sí.

Sonrió, de forma salvaje y dulce a la vez.

—Eres jodidamente perfecta.

Tyler continuó, cada vez más rápido y más fuerte, hasta que volví a estar al límite. Deseaba haber podido atraerlo más hacia mí, porque lo quería al menos tan cerca como en su Ducati.

—¿Quieres más? —gruñó.

—Sí. —Mi respuesta fue solo un susurro ahogado.

—Dilo. —Sus labios recorrieron mi cuello.

—Quiero más —supliqué.

Tyler se retiró de mí, me agarró por las caderas y me dio la vuelta con un movimiento rápido, de modo que quedé boca abajo. Me apoyé sobre las rodillas mientras intentaba sostenerme en el marco de la cama con mis manos atadas.

Entonces Tyler volvió a introducirse en mí y me folló hasta perder el sentido. Dio justo en ese punto sensible que me volvía loca, y lo sabía perfectamente.

Tyler me follaba de forma profunda y basta, y yo no lo quería de otra manera. Me agarró del pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para que pudiera sentir su aliento en mi oído.

Siguió embistiendo dentro de mí y, con la mano que tenía libre, me rodeó, encontró mi garganta y apretó, lo justo para marearme. El mundo se volvió borroso por los bordes, y me encantaba. Me encantaba confiar tanto en él como para permitirlo siquiera. Me encantaba que supiera exactamente hasta dónde podía llegar. Y me encantaba cuando apretaba un poco más fuerte.

Cuanto más fuerte sentía el agarre de Tyler en mi cuello y más me costaba respirar, más me hormigueaba todo el cuerpo. Era absurdo, casi paradójico, pero se sentía indescriptiblemente bien. Estaba totalmente colocada. Y cada vez que Tyler aflojaba su agarre para que pudiera tomar aire, me sentía un poco frustrada porque la sensación disminuía. Al menos hasta que Tyler volvía a controlar mi respiración.

La combinación de las embestidas duras, las secuelas del huevo vibrador y su ruda dominación me enviaron a otro orgasmo, tan fuerte que pensé que iba a morir. Tyler sintió cómo me corría y quiso seguirme. Arremetió hacia dentro, se enterró hasta el fondo y estalló con un gruñido, llenándome con su oro.

Se desplomó sobre mí, respirando con dificultad, luego nos hizo rodar a ambos hacia un lado para que quedáramos entrelazados en las sábanas. Soltó el cinturón, me besó las muñecas y me estrechó entre sus brazos. Me sujetó con tanta fuerza que no sabría decir dónde acababa yo y dónde empezaba él.

Dios, estaba completamente perdida, porque quería que aquello no terminara nunca.

Esto no es un producto de limpieza. Es aliño para la ensalada.

Capítulo 24 – Tyler

LOFT DE TYLER, SOHO, MANHATTAN, unos días después.

En el momento en que abrí la puerta, mis fosas nasales se declararon en huelga. Cada centímetro de aire en mi loft del Soho estaba saturado con el hedor penetrante y químico del desinfectante, como si alguien hubiera intentado ahogar un cadáver en Lysol. Me lloraban los ojos. Se me entumeció la lengua. Mi pasado, esa parte de la que fingía que no existía, me recorrió la piel como un hormigueo y me cortó la respiración. Dejé caer las llaves sobre la cómoda que, a juzgar por la ausencia de su habitual mosaico de huellas dactilares, no se había librado del ataque.

Seguí el rastro del olor hasta la cocina. Parsley estaba encorvada sobre la isla de cuarzo, frotando con un paño de microfibra y una concentración propia de un especialista desactivando una bomba, eliminando manchas que yo no alcanzaba a ver. La superficie brillaba

tanto que podía ver mi propio reflejo, distorsionado por las rayas del desinfectante.

El pelo de Parsley estaba recogido en una coleta, con mechones rubios pegados a las sienes por el sudor. No levantó la vista.

—¿Llamo ya al centro de toxicología o espero a que se te empiece a caer la piel a tiras?

Parsley ni se inmutó. Se limitó a pulverizar otra ráfaga de limpiador sobre la encimera, que ya estaba resbaladiza.

—Había algo pegajoso aquí —dijo, frotando en círculos cerrados y furiosos—. Probablemente almíbar. O champán. O lo que sea que derramáis los hombres ricos cuando hacéis vuestras *cosas de ricos* en vuestras *cocinas de ricos*.

—Es una cocina. El almíbar es uno de los gajes del oficio —me acerqué intentando no tener arcadas mientras el olor a hospital trepaba por mi garganta y se instalaba allí—. Pero sospecho que el almíbar no es el problema, ¿verdad?

Por fin levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos y el plateado de sus iris brillaba con intensidad.

—Limpio cuando estoy estresada —dijo, como si fuera un diagnóstico—. Es algo que me pasa. Lo heredé de mi madre. Créeme, no querrías ver a los Johnson antes de Acción de Gracias si el horno se estropea —se calló y frotó con más fuerza todavía.

—¿Por qué combates el estrés limpiando con algo que huele como el sueño húmedo de un forense? —pregunté, apretándome el puente de la nariz. La cabeza me latía con un pulso lento y rítmico—. ¿Y de dónde has sacado eso?

—Del supermercado —Parsley se encogió de hombros—. Solo tenías vinagre concentrado y agua bajo el fregadero. Eso no es un

producto de limpieza. Es aliño para la ensalada.

—Tampoco es tóxico ni apesta —dije, agitando la mano. El gesto atrajo más vapores hacia mis ojos, que empezaron a escocer de inmediato. Joder. Me costaba una energía tremenda reprimir los recuerdos asociados. La luz cegadora. El silencio.

—¿Desde cuándo te interesa la limpieza? ¿O el orden? —Se dio la vuelta, abrió el frigorífico, inspeccionó los estantes y roció desinfectante dentro. Observé cómo se formaba condensación y chorreaba por las rejillas. Lo limpió todo con un paño nuevo, sin dar muestras de querer detener su delirio de limpieza.

—Vas a terminar envenenándonos a los dos —le dije.

Cerró el frigorífico de un portazo y se giró hacia mí con los brazos cruzados, sosteniendo el pulverizador como si fuera un arma. —Todo lo demás en este apartamento ya te da igual, así que el olor puede unirse a la fiesta.

—No —la miré fijamente, luchando contra las ganas de toser—. Por usar tus propias palabras, Parsley. Siento un odio apasionado y documentado por el olor al desinfectante médico —había querido mantener un tono neutro, pero fracasé por culpa del cinismo que se filtró. Habría dado cualquier cosa por que no me importara. Joder, habría dado cualquier cosa por que nada de esto me importara. El olor. Los recuerdos. Parsley. Sobre todo Parsley.

Sus labios se apretaron en una línea fina.

—Lo siento —dijo, pero su mano ya estaba en la placa de cocina, frotando de nuevo—. Abriré las ventanas.

—No te molestes —me apoyé en la isla de la cocina y me preparé mentalmente. Sentía la piel pegajosa, como si el residuo químico ya estuviera penetrando—. ¿Vas a decirme qué pasa en realidad? ¿O

debo seguir adivinando tu estado emocional según tu marca favorita de productos de limpieza?

Se detuvo a mitad de una pasada y soltó un suspiro fuerte y tembloroso. —Arabella me está saboteando.

Tardé un momento en procesar el cambio de tema. —¿Arabella? ¿Te refieres a tu antigua jefa?

Parsley asintió y sus nudillos se volvieron blancos alrededor de la botella. —Está bloqueando todas mis solicitudes. La cláusula de no competencia en mi contrato de Elysium está redactada de forma tan amplia que podría demandarme incluso si abriera un puesto de limonada frente a la casa de mis padres.

Parpadeé. —Eso es… —iba a decir *«impresionante»*, pero la expresión en el rostro de Parsley me hizo contenerme. Hablaba en serio—. Eso es probablemente ilegal.

Se encogió de hombros. Un movimiento tan leve que apenas era perceptible. —No si tienes suficiente dinero y abogados. Ha bloqueado cada una de las solicitudes, Tyler. Todas han sido rechazadas. Cada una de ellas, Tyler.

Subrayó cada palabra golpeando el producto contra la encimera, que en ese momento probablemente estaba más limpia que cualquier otra cosa en el estado de Nueva York. Quizás en toda la costa Este.

—¿Y tu solución es la guerra química? —pregunté, intentando mantener un tono neutral. El olor empezaba a hacerme picar el cuero cabelludo.

—Mi solución es no perder la cabeza —respondió ella—. Limpiar ayuda. De alguna manera.

—¿En serio? —arqueé una ceja y miré a Parsley con seriedad—. Ya me lo imaginaba.

Parsley suspiró y evitó mi mirada para inspeccionar la fila de armarios buscando manchas de suciedad inexistentes.

—¿Sabes qué ayuda también, Parsley? —le quité la botella de la mano ignorando su mirada—. No envenenar el oxígeno que respiramos.

—Podrías irte a tu despacho —respondió—. O, ya sabes, a uno de tus otros apartamentos. O a un ático. O a un yate. Estoy segura de que tienes opciones.

—Yo también vivo aquí —repliqué, poniendo la botella fuera de su alcance—. Y preferiría no perder el conocimiento en mi propia cocina. Al menos no sin un buen motivo.

Me lanzó una mirada que era un tercio de *«atrévete a desafiarme»* y dos tercios de *«púdrete en el infierno»*. —No hago esto para fastidiarte.

—Pues misión fallida. Estoy fastidiado —era la verdad, pero mi orgullo exigía que mantuviera la compostura.

—Bien —dijo, y su voz se volvió suave. Se secó las manos en una toalla, la hizo una bola y la tiró al fregadero—. Dejo de limpiar.

Esperé y ella no se movió. Sus hombros se hundieron un poco más, como si intentara fundirse con el granito.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté una vez más.

Sacudió la cabeza. —No. Sí. Quizás. Yo… pensaba que podría conseguirlo. Empezar de nuevo. Demostrar que no soy solo una…—

—Parsley —la interrumpí—, no eres «solo una» *nada.*

Parpadeó, sorprendida por la interrupción. —Pero no es eso lo que siento.

—¿Por qué no puedo hacer la única cosa en la que soy realmente buena? —preguntó, y su voz se quebró en la última palabra.

—Porque Arabella es una zorra vengativa con un rencor del tamaño de Nueva Jersey —respondí sin pensar. Pude ver un atisbo de dolor en el rostro de Parsley, el viejo reflejo de defender a su jefa a pesar de toda la mierda por la que la había hecho pasar.

—Quizás debería volver con ella y suplicarle que me devuelva el trabajo —murmuró Parsley—. O mudarme a Alaska y organizar bodas para perros, porque seguro que eso no está incluido en la cláusula.

—Se te daría genial —dije—. Los perros te adorarían.

Parsley se rió, pero sonó como si le doliera. Se apoyó contra la encimera.

—En serio, Parsley. No deberías disgustarte por esto. No por tales banalidades.

—¿Banalidades? —me dedicó una mirada que habría podido matar.

—Sí —me mantuve firme.

—Tú siempre haces que todo parezca tan sencillo —respondió Parsley, mirándome como si acabara de contarle el final de Juego de Tronos.

—Yo hago que *todo* parezca sencillo. Es mi maldición.

Parsley sonrió, solo un poco. Se secó los ojos. —¿Alguna vez te estresas, Tyler? ¿Por algo?

Consideré mentir, pero esta vez quería ser honesto. —Sí.

—¿Y qué haces entonces? ¿Cuando las cosas no salen como tú quieres? ¿Cuando no puedes solucionarlo con dinero o encanto o…

lo que sea que uses?

Vacilé, porque la verdad era fea y no me gustaba decirla en voz alta. —Las ignoro.

Ella arqueó una ceja. —¿Ignorancia? ¿Esa es la respuesta?

Asentí. ¿Qué más podría haber dicho? ¿Que corría como un loco sin conseguir librarme ni de lejos de mis pensamientos? ¿O que rompía cosas con la esperanza de que ocurriera lo mismo con mi pasado? ¿Que dependía totalmente del día lo mucho que me costaba autoconvencerme de que realmente todo me daba igual?

Parsley reflexionó sobre ello, luego cogió la toalla del fregadero y la dobló en cuadrados ordenados y perfectos. El silencio creció, presionando los bordes de mis nervios.

—En fin, Parsley. Tu problema se soluciona con una llamada de teléfono.

—Sí, para hombres ricos como tú, Tyler —respondió Parsley, exhalando ruidosamente.

—¿Ya has olvidado que estás casada con un hombre rico? —le solté.

Parsley vaciló un segundo. —Pero esto es de mentira, Tyler. No estamos casados de verdad. Este es mi problema, tengo que solucionarlo sola.

Su respuesta fue más incómoda de lo que me habría gustado. Incluso más incómoda que el olor a productos de limpieza que todavía me retumbaba en las sienes. Joder. ¿Cómo había logrado borrar por completo que esto entre Parsley y yo era solo algo temporal? Pero lo que caló más hondo que esa comprensión fue el hecho obvio de que, al parecer, Parsley no lo había olvidado.

—Tienes razón, es de mentira, pero eso no te había molestado hasta ahora —mencioné con sequedad, intentando que no se notara mi agitación.

—¿Quieres saber lo que me molesta de verdad? —dijo ella, sin levantar la vista de la toalla.

—Ilústrame.

—Todo ese rollo tuyo de *«me da igual»*. Incluso cuando solucionas problemas, parece que no te interesa ni el problema ni la solución.

Me estremecí por dentro. Sin que se notara, esperaba. —¿Qué te hace pensar eso?

—Porque siempre finges que nada es importante. Como si todo fuera solo… —agitó la mano, buscando la palabra adecuada—… opcional. Como mi problema con Arabella. Como nuestra boda. Como… yo.

La miré fijamente y sentí cómo algo frío se instalaba en mi estómago. —No es que nada importe.

—¿Entonces? —insistió ella.

Podría haber dicho cien cosas. Podría haberle hablado de las largas semanas en habitaciones blancas, del sonido de las máquinas, de la forma en que el mundo se estrechaba hasta convertirse en un olor acre y constante. Podría haberle dicho que el hecho de que me importaran las cosas casi me mata una vez. Y que el que me importe… joder. No podía pensar en eso.

En su lugar, dije: —Si le diera importancia a todo, sería un despojo humano. Como tú ahora mismo.

—Al menos soy honesta con ello —me espetó.

—Sí —dije—, ¿pero qué pasará cuando se te acabe el desinfectante?

—Eres un idiota —se rió, esta vez una risa de verdad, y sentí que parte de la presión en mi pecho disminuía.

—¿Y ahora qué? —preguntó, doblando la toalla por última vez y dejándola sobre la encimera, como si eso pudiera anclarla al presente.

Me separé de la isla de la cocina, fui al armario empotrado y bajé una bolsa de deporte negra. Parsley me observaba y la curiosidad brillaba en sus ojos.

—¿Te vas? —preguntó con voz cautelosa.

—No —dije, colocando la bolsa sobre la encimera—. Voy a enseñarte lo que hago cuando necesito desahogarme. Cuando no todo me da igual.

Miró la gran bolsa de deporte y luego a mí. —No vas a matar a nadie, ¿verdad?

—Depende —respondí, abriendo la cremallera de la bolsa—. ¿Está Arabella en la ciudad?

Parsley sonrió y la tensión de sus hombros disminuyó un poco. —No quiero detalles, pero por si necesitas una coartada, hemos estado sentados aquí viendo todas las temporadas de Supernatural.

—Hecho —asentí—. ¿Vienes?

Aunque mantenía la respiración superficial, seguía aspirando las notas de la guerra química de Parsley contra las juntas de la cocina.

—¿De verdad quieres que te acompañe? —Parsley me miró con ojos muy abiertos.

—Siempre y cuando prometas no desinfectar el coche —respondí antes de que pudiera arrepentirme. Nunca había llevado a nadie a

ese lugar donde dejaba caer mi máscara. Por completo.

—¿El coche? Para ser sincera, ni siquiera sabía que tenías coche —Parsley arqueó una ceja—. ¿Por qué no la Ducati?

—Iremos en el coche —no le dije que no me subía a mi Ducati cuando estaba alterado y Parsley no preguntó más cuando cogí las llaves del coche, abrí la puerta y le hice un gesto para que pasara delante de mí.

Eres la primera que se merece un porqué.

Capítulo 25 – Parsley

THE MARINE TERMINALS, STATEN Island, New York City, esa misma tarde.

El cielo parecía llevar puesto un filtro de Instagram saturado de color cuando Tyler giró hacia Staten Island y condujo en dirección a las terminales marinas. Nunca antes había estado aquí y, por Dios, jamás se me habría pasado por la cabeza poner un pie en este lugar. Todo era tan desolador y agresivamente feo que todo mi cuerpo se tensó en un gesto de defensa. El coche de Tyler, un Lamborghini Huracán —caro, temerario y un poco demasiado ruidoso para mi gusto—, volaba sobre el asfalto agrietado. A pesar de los amortiguadores, cada bache era una pequeña declaración de guerra a mi columna vertebral.

Pasamos junto a una valla de tela metálica cortada; un cartel en el que antaño se leía *›AUTHORIZED PERSONNEL ONLY‹* colgaba ahora

de un solo alambre, como si quisiera ahorcarse. Olía a metal y a mar, pero del tipo de mar malo.

Tyler no parecía darse cuenta o le daba igual. Seguramente lo segundo. Se limitaba a conducir, con una mano relajada sobre el volante y la otra apoyada en la ventanilla abierta.

—Sabes —empecé cuando entramos en un aparcamiento que parecía haber sido bombardeado por pura diversión—. No tengo ni idea de qué pintamos aquí, pero creo que necesito una inyección contra el tétanos solo por haber mirado este sitio.

Tyler sonrió y apagó el motor. —Si tienes suerte, te llevarás algo más que eso.

—Oh, excelente, siempre he querido tener mi propio superbacilo —repliqué irónica.

—De nada. —Abrió la puerta y se bajó; el calor lo engulló por completo al instante. Observé cómo se dirigía al maletero. Con total calma, sin prisas, como si estuviera inspeccionando el terreno antes de dar un golpe.

Lo seguí, parpadeando ante la luz. El lugar abandonado era, en una palabra, apocalíptico. Un muro de hormigón roto rodeaba el recinto, cubierto de capas de grafiti, algunos extrañamente hermosos, pero la mayoría simplemente toscos. En el centro, una torre de agua oxidada se alzaba sobre maquinaria esquelética y restos de coches viejos. Una bandada de gaviotas picoteaba algo a lo lejos. Decidí no mirar con demasiada atención.

Tyler abrió el maletero y sacó la bolsa de deporte que había traído del apartamento. Se la colgó al hombro y luego se giró hacia mí con una mirada que decía: *›Confía en mí‹*. En este caso no lo hacía, pero lo seguí de todos modos.

Nos abrimos paso entre los escombros, saltando sobre rollos de cable y los restos dentados de tubos de escape. Mis zapatos se empaparon de viejas manchas de aceite que no pude esquivar y mi camisa se pegó de inmediato a mi espalda por el aire húmedo.

—Vale —dije, intentando no sonar tan asustada como me sentía—. Me rindo. ¿Cuál es el plan? ¿Venimos a enterrar un cadáver? Pensaba que debía darte una coartada creíble, no ser tu cómplice. ¿O es simplemente tu idea de una excursión romántica?

Tyler dejó la bolsa sobre el capó de un coche tan aplastado que era prácticamente una escultura, y abrió la cremallera. —Ninguna de las dos cosas, a menos que cuentes el asesinato de las malas vibraciones. En ese caso, sí que te considero mi cómplice.

—Ah, o sea que vamos a hacer algo así como un exorcismo. Entiendo.

Él ignoró el comentario y sacó una palanca. Luego un bate de béisbol. Después un par de guantes gruesos y algo que parecía una porra telescópica. Me tendió el bate de béisbol. Estaba desgastado y rayado, y se sentía más pesado de lo que debería.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente —asintió—. ¿Alguna vez has machacado algo solo para ver qué pasa?

—Fui educada como metodista —respondí automáticamente.

—O sea que no.

Se puso los guantes en sus largos dedos y luego probó el peso de la palanca, como si hubiera nacido para ello. Entonces, sin previo aviso, estampó la barra contra el parabrisas de un coche cercano. El sonido fue estremecedor, un estallido que rebotó en el agua y me caló hasta los huesos por segunda vez. Los fragmentos de cristal

saltaron bajo el sol y, al hacerlo, resultaron casi extrañamente hermosos.

Di un salto. —¡Cielo santo, Tyler!

Él se limitó a mirarme, con los ojos brillando desafiantes. —Se siente bien. Inténtalo.

—No voy a dañar la propiedad privada —repliqué cruzándome de brazos.

—No es privada. Está abandonada. A nadie le importa. —Señaló demostrativamente el coche desguazado, que descansaba sobre cuatro bloques de ladrillos, sin neumáticos, sin bloque de motor y sin interior.

—A mí me importa, Tyler. Por principios.

—Parsley —dijo, y por un momento bajó la voz—, no tienes que repararlo todo. A veces está bien romper cosas. Y algunas cosas están ahí precisamente para ser destruidas.

Golpeó de nuevo con la palanca, esta vez destrozando el espejo retrovisor del lado del conductor. Observé cómo los trozos se deslizaban por el capó abollado.

—Estás realmente furioso, ¿verdad? —pregunté, ahora con más suavidad. Esos golpes precisos estaban tan concentrados, eran tan... brutales, como nunca antes había visto a Tyler.

Él no se detuvo. —Te dije que odio el olor a productos de limpieza.

—No sabía que esa aversión fuera tan profunda —respondí en voz baja, al darme cuenta de que esa rabia la había provocado yo.

Se encogió de hombros, dio un paso atrás y finalmente se apoyó en la palanca. Su respiración era rápida y superficial, y su mandíbula

estaba tensa de una manera que hacía que me dolieran mis propios dientes.

—¿Quieres que destroce algo? —pregunté, intentando dejarme llevar por lo que Tyler me ofrecía.

—Quiero que por una vez hagas lo que quieras. Sin pensar en las consecuencias. Y sin pensar en lo que los demás puedan pensar de ti.

Miré el bate, luego miré a Tyler y, finalmente, el coche que ya había caído víctima de la furia de Tyler. Mi pulso era un tambor pequeño pero muy ruidoso. Había pasado toda mi vida evitando problemas, esquivando el caos y siendo la persona que deja los lugares mejor de lo que los ha encontrado.

Así que propiné un golpe. Uno. El bate rebotó con un sonido hueco en el panel lateral abollado.

—¿A eso lo llamas golpe? —Tyler arqueó una ceja.

—Solo estoy calentando —repliqué, intentando aferrar el mango del bate de otra manera.

—Suéltalo todo, Parsley.

Agarré el bate con más fuerza y volví a golpear, esta vez contra el parabrisas que ya estaba medio destrozado. El cristal cedió con un crujido satisfactorio. Sentí el impacto hasta en los brazos.

Continué. Cada golpe liberaba algo de mi estrés al mundo: Arabella, la cláusula de no competencia, mis padres, que no sabían nada de la boda, la sensación amenazante de que, incluso en un matrimonio de pega, yo era una impostora porque mis sentimientos ya no eran fingidos al cien por cien. Por un momento salvaje, estuve a punto de gritar que odiaba cuánto me gustaba Tyler, pero me lo tragué. No

podía complicarlo todo aún más, no cuando ya tenía grabada en la frente una fecha de caducidad para este matrimonio.

—Tienes un talento natural para esto —dijo Tyler, observándome con algo parecido al orgullo.

—No digas eso, Tyler. No debería estar haciendo esto.

—Pero quieres —supuso Tyler con acierto y sonrió brevemente.

—Sí —asentí—. Realmente eres una mala influencia para mí.

—De nada.

Nos turnamos. Él rajaba el capó con la palanca; yo hundía la puerta lateral con el bate. El sudor me goteaba en los ojos y me ardían los brazos, pero se sentía real de una manera en que nada antes se había sentido.

Cuando por fin paramos, el coche estaba irreconocible. Y yo, en cierto modo, también.

Nos sentamos en el maletero abierto del Lamborghini de Tyler, recuperando el aliento y observando cómo el sol se hundía tras las grúas del puerto. Mis manos aún temblaban, pero aquello me gustaba.

—Gracias —dije—. Creo que lo necesitaba.

Tyler asintió y se limpió una mancha de grasa de la frente. —No es para tanto.

—Siempre dices eso, pero de alguna manera sí que lo es.

Estiró las manos y clavó la vista en el horizonte. —¿Te has fijado alguna vez en que en esta ciudad nada se detiene nunca, excepto las personas que más necesitan progresar?

—Eso es demasiado poético para ti, Tyler. ¿Debería preocuparme?

—No —me lanzó una mirada, ahora seria—. Solo estaba pensando.

—¿Sobre qué? —pregunté con cautela, pues a juzgar por su expresión, la conversación había tomado un rumbo que requería más empatía de lo normal.

—Ya sabes. No es solo el olor a productos de limpieza lo que odio. Es el recuerdo que ese olor desencadena. Cuando era niño, pasé meses en el hospital. Neumonía. De las serias.

Contemplé su perfil, cómo la última luz resaltaba los ángulos de su rostro. Él no me miraba.

—Me curé, pero el olor nunca desapareció del todo. Es como si cada vez que huelo un poco de Lysol o lejía, volviera a estar en esa cama, contando las placas del techo y fingiendo que no todo era una mierda.

Asentí, insegura de qué decir.

Estiró las piernas. —Ni siquiera fue la neumonía lo que casi acabó conmigo, ¿sabes?

—¿Qué fue entonces?

Vaciló, solo un segundo, pero lo vi claramente. —Casi me ahogo. Así fue como enfermé para empezar.

De repente, todo cobró sentido. El pánico, la piscina, la forma en que me había mirado después. El sexo lleno de rabia bajo la ducha. ¿Cómo había podido pasar por alto esas señales?

—Tyler, siento lo de la piscina. Si hubiera sabido cuánto te afectaba, nunca se me habría ocurrido nadar allí.

—No hiciste nada malo. Yo reaccioné de forma exagerada. Es solo que... —Se interrumpió, y luego sonrió con amargura—. Irónico, ¿verdad? El tipo con la piscina de borde infinito que tiene miedo al agua y no soporta una ducha a menos de cuarenta grados.

—¿Por qué tienes una piscina, entonces? —pregunté pensativa.

Se encogió de hombros. —Nunca tuve que preocuparme de que alguien se ahogara en ella. Nadie se ha quedado nunca a dormir en mi casa.

Ladeé la cabeza. —Ni siquiera las mujeres con las que... —No pude seguir. Que hubiera llegado a pronunciar tanto de la frase ya era casi un milagro.

—No importa dónde folles con ellas, Parsley. Puede ser en un club, en un coche, en un hotel. Donde sea. Nunca he traído a nadie a casa.

—Claro que no. Eso sería demasiado sentimental —respondí más rápido de lo que mi boca pudo frenarse.

—Exacto —me miró, con los ojos oscuros e intensos—. ¿Acaso estás celosa?

Pensé en mentir, pero parecía inútil. —Sí. Puede ser.

Sonrió, de esa forma peligrosa. —No tienes por qué estar celosa. No tienes nada que envidiar a esas mujeres.

—¿Por qué? —Mis mejillas ardían. Aparté la mirada.

Se inclinó más cerca, lo justo para que su hombro rozara el mío. —¿Sabes que a veces me das un poco de miedo?

—Acabas de verme cometer un asesinato automovilístico con un bate de béisbol. Por supuesto que doy miedo.

—No —dijo, y su voz era suave—, porque eres la primera persona que me ha preguntado por el *porqué*. Joder, Parsley. Eres la primera persona que se merece un *porqué*.

Intenté encontrar una respuesta, pero mi cerebro se bloqueó.

Tras un largo momento, Tyler saltó del maletero y aterrizó en cuclillas, con las manos colgando entre las rodillas. —Bueno. ¿Quieres destrozar algo más o ya tienes suficiente por hoy?

Contemplé el cementerio de coches arruinados y los rastros de nuestro sudor y aceite en mi piel. —Creo que ya he machacado bastante para los próximos cien años.

—Bien —se puso en pie y me tendió la mano—. He oído que hay un sitio en Brooklyn donde puedes romper platos y gritar a la nada, por si alguna vez te interesa.

—Tentador, pero creo que prefiero la compañía que hay aquí.

Él no dijo nada, solo me apretó la mano y tiró de mí para levantarme a su lado. El sol casi había desaparecido, pero el aire seguía siendo cálido y denso. Si no eran las miradas de Tyler, definitivamente lo que acabaría conmigo era este calor que simplemente no quería irse de Nueva York.

Pero al menos moriría sabiendo que a Tyler no le daba todo igual. Que las muchas facetas que yo había intuido estaban allí de verdad y que solo necesitaba tiempo suficiente para mostrármelas.

Ojalá tuviéramos ese tiempo antes de que el contrato caducara...

Capítulo 26 – Tyler

EL LOFT DE TYLER, Soho, Manhattan, unos días más tarde.

He apartado la mirada de la ventana, que mostraba unos nubarrones de tormenta desplazándose por el cielo nocturno de Nueva York, al oír a Parsley bufar por lo bajo. Estaba en mi vestidor, luchando por embutirse en uno de los vestidos de gala.

A decir verdad, si el trato con Worthington no me importara tanto, habría cancelado este compromiso social y me habría pasado toda la noche follando con Parsley.

He echado un vistazo al vestidor, donde Parsley peleaba con un vestido de seda azul medianoche. Estaba tan deslumbrante que, de pronto, me he sentido dispuesto a soportar toda una velada de apretones de manos con políticos con tal de tenerla del brazo y que todos los tíos vieran lo que me pertenece.

Parsley luchaba con la cremallera en la espalda del vestido. Yo estaba apoyado en el marco de la puerta del vestidor, con los brazos cruzados, limitándome a observar su reflejo. El vestido no tenía mangas, era de cuello alto y llevaba una franja de malla oscura en la parte delantera. Tenía algo de recatado, pero no lo suficiente como para engañar a alguien que ya la hubiera visto sin nada. Cosa que pensaba volver a hacer a la mínima oportunidad.

Parsley ha captado mi mirada en el espejo. Me ha lanzado una ojeada, mitad desesperación, mitad absoluta alegría.

—Sabes, ya que estás ahí parado mirándome tan descaradamente, al menos podrías ayudar.

—Parece que estás perdiendo la batalla contra el vestido —me he incorporado y me he acercado a ella con las palmas de las manos en alto, en señal de rendición—. Deja que te ayude.

Ha puesto los ojos en blanco, pero ha hecho lo que le he dicho. Ha recogido en un puño su melena suelta, que normalmente suele forzar en un moño demasiado tirante, y ha dejado a la vista su espalda impecable y desnuda. La cremallera se había atascado a media altura, justo donde la curva de su culo empezaba a hacer cosas interesantes con la tela.

Me he inclinado y, en lugar de agarrar la cremallera de inmediato, he presionado mis labios contra su nuca. Ha tenido un escalofrío.

—Estás ganando tiempo —ha dicho, pero no sonaba como si le importara.

—Culpable —he agarrado la cremallera y la he subido despacio. El vestido se le ceñía como una segunda piel. No llevaba nada debajo. Esta vez ha sido elección suya, como me había dicho hace un rato, para que las líneas quedaran limpias. También lo había dicho de una forma que me hacía saber que esperaba una recompensa por ese sacrificio especial. Y quizás le concediera ese deseo.

Cuando la cremallera ha llegado arriba del todo, ha soltado el pelo y se ha dado la vuelta. Sus ojos se han desviado hacia mi corbata y ha sonreído. —Te la has puesto.

—No suenes tan sorprendida —he dicho—. Al fin y al cabo, tú la has dejado preparada.

Ha estirado la mano y ha alisado la seda de mi corbata entre los dedos, dándole luego un suave tirón.

—Cierto. Pero nunca pensé que vería el día en que tú también te la pusieras. Creía que habías dicho que las corbatas eran un símbolo de opresión.

—Me confundes con Karl Marx. Dije que las corbatas eran la señal de una infancia desperdiciada en colegios privados —he dejado que me acercara más a ella. Me gustaba cómo me miraba desde abajo, incluso con tacones. Me gustaba cómo se burlaba de mí y, al mismo tiempo, conseguía que quisiera follármela. Y me gustaba cómo nos tratábamos los dos desde que habíamos destruido coches juntos. Aquella tarde en los muelles había cambiado algo. Había más intimidad entre nosotros. Y, sinceramente, me tranquilizaba que Parsley me siguiera mirando de la misma forma que antes, antes de conocer una parte de mi pasado. La única pregunta era si me seguiría mirando así cuando conociera el resto de la verdad. Pero no tenía intención de descubrirlo ni pronto ni en ningún momento de un futuro lejano.

—La corbata te queda bien —ha dicho Parsley, con voz más suave—. A ti, quiero decir. Me gusta.

—Cuidado, Parsley. Me vas a crear un complejo —he pasado el pulgar por su mejilla. Su rostro estaba encendido, ya fuera por el calor de la habitación o por la forma en que la miraba. Esperaba que fuera lo segundo.

Ha sonreído, pero bajo el gesto había un poco de inseguridad. —¿De verdad me queda bien?

He hecho un espectáculo de recorrerla con la mirada de arriba abajo. Se ha inquietado solo un poco, y yo me he permitido disfrutar de la vista.

—Pareces la mujer más sexy que jamás haya pisado el Metropolitan Club.

La comisura de su boca se ha curvado.

—¿Entonces es suficiente para la boda de un senador?

—Suficiente para empezar una pequeña guerra —la he atraído hacia mí por la cintura, de modo que todo su cuerpo ha quedado pegado al mío. Podía sentir cada detalle de lo que no llevaba bajo ese vestido. Se me ha disparado la tensión.

Se ha inclinado hacia delante, con el aliento cálido en mi oído. —¿Te vas a portar mal toda la noche o solo hasta los entrantes, porque entonces nos echarán?

—Aún no lo he decidido —he respondido con una sonrisa—, pero sé lo que pasará *después*.

—¿Ah, sí? —Parsley ha arqueado una ceja con interés.

—Sí —he asentido y la he apretado más contra mí—. Vas a tener que vivir con las consecuencias de que hoy me haya puesto corbata.

Los ojos de Parsley se han iluminado; había aceptado el desafío. —Sean las que sean, estoy segura de que valdrán la pena.

—No tienes ni idea —he susurrado mientras deslizaba mi mano por su espalda. He dejado mis dedos justo en la base de su columna, sintiendo el calor de su piel a través de la tela.

Ha vuelto a temblar. —No me importa —ha replicado, con la voz apenas más alta que un susurro.

He dejado que eso quedara suspendido entre nosotros. Podría habérmela tirado allí mismo, contra la puerta del vestidor, la pared del dormitorio, la isla de la cocina. Maldita sea, incluso en el balcón, con media ciudad como espectadora. Pero no lo he hecho. Simplemente la he sujetado con fuerza, respirando su aroma y dejando que la anticipación creciera hasta convertirse en un dolor físico en mi pecho.

Nunca me había puesto una corbata por nadie. Jamás. Para Parsley no era solo una corbata; era al mismo tiempo una promesa, una amenaza y una invitación. Ya sabía lo que quería hacer con ella cuando volviéramos a casa. Y el pensamiento me ha puesto duro como una piedra.

Parsley debe de haberlo sentido, porque ha presionado sus caderas contra las mías y sus labios se han curvado hacia arriba. —¿Esto es culpa de la corbata o mía?

—Deja de halagar a la corbata. Tú sola me vuelves loco.

Se ha echado hacia atrás, todavía sujetando el nudo de mi corbata, y me ha besado. Ha empezado despacio —siempre empezaba despacio—, pero luego ha hecho ese truco con la lengua que pulverizaría mi autocontrol si no paraba pronto.

Pero no ha parado. Ha soltado la corbata y, en su lugar, ha agarrado los costados de mi camisa, arrugando la tela en sus puños y apretándose más contra mí. Tenía hambre de mis labios, y yo también de los suyos.

He deslizado la mano muslo arriba bajo la seda y ha jadeado contra mi boca. No había nada entre ella y yo salvo esa fina capa de tela. He dejado que mis dedos trazaran el dobladillo. Parsley ha separado

las piernas lo justo para hacerme saber lo que quería y yo he rodeado su trasero, alzándola hasta casi separarla del suelo.

Ha soltado un gemido minúsculo e indefenso. Esa era la única invitación que necesitaba. La he besado con más fuerza y le he mordido el labio inferior hasta que ha soltado un quejido. El miembro me latía y presionaba dolorosamente contra el pantalón. Al mismo tiempo, Parsley se restregaba contra mí, intentando estar aún más cerca.

He metido la mano bajo su vestido, rodeando su culo desnudo, y he sentido su calor por todas partes. Podría habérmela follado aquí mismo y ahora mismo. Joder, quería hacerlo. Temblaba y se aferraba a mí como si fuera a desmoronarse si la soltaba. Cosa que no pensaba hacer.

Simplemente he seguido besándola, con más profundidad y rudeza, hasta que su respiración se ha vuelto jadeante y sus manos han empezado a temblar.

Parsley ha sido la primera en apartarse para recuperar el aliento.

—Vamos a llegar tarde —he susurrado contra sus labios.

—Que esperen —ha replicado Parsley mientras yo le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Pequeña Miss Perfect, eres una influencia realmente mala para mí —he respondido y la he besado de nuevo. Esta vez más despacio, para disfrutar de cómo se derretía en mis brazos.

Parsley ha estirado la mano y me ha apartado el pelo, con los dedos demorándose en mi mejilla. —Eres peligroso, ¿lo sabes?

—A ti te gusta el peligro —mi voz ha sonado como el retumbar de un trueno.

—Me gustas tú —ha replicado ella en voz baja pero sincera.

Eso me ha provocado algo. No sabía qué, pero era nuevo y era bueno. La he besado otra vez, con más ternura, dejando que mis manos pasearan por su espalda.

Parsley ha correspondido a mi beso e intentaba profundizarlo, pero yo me he retirado.

—Tenemos que irnos de verdad, Parsley —he susurrado contra sus labios. Maldita sea, me habría encantado follármela ahora mismo, pero si había algo que me gustaba aún más que tomar a Parsley en el acto, era hacerla esperar. Cuando todo su cuerpo estaba tan sensible que una ráfaga de viento bastaba para hacerla vibrar o cuando una sola mirada hacía que se le cortara la respiración. Cuando tenía que esperar por ello, cuando tenía que suplicar ser follada, estaba demasiado arrebatadora. Esa visión valía con creces el esfuerzo de autocontrol.

—¿Puedes caminar con esos zapatos? —he preguntado al dar un paso atrás, aunque todavía sujetaba su brazo.

—Después de los últimos minutos, no estoy segura de si puedo caminar siquiera.

—Te llevaré en brazos —he ofrecido, y ella me ha dado un palmetazo en el brazo.

—Eres imposible —ha contestado, pero seguía sonriendo. Se ha arreglado el vestido, se ha sacudido el pelo y luego me ha examinado de arriba abajo.

—¿Estás lista? —he preguntado.

—Ni por asomo —ha respondido Parsley—. Pero finjamos durante una hora o dos que somos gente decente.

Ha entrelazado su brazo con el mío y juntos hemos ido hacia el ascensor. Podía sentir su pulso, rápido y salvaje, y sabía que ella también podía sentir el mío.

Capítulo 27 – Tyler

GRAN SALÓN DE ACTOS del Metropolitan Club, Upper East Side, Nueva York, poco después.

La pura magnitud del evento era tan innecesaria como cualquier aparición de las Kardashian. El salón, ya de por sí imponente gracias al mármol y al oro, estaba decorado con miles de arreglos florales, y los camareros servían canapés de caviar y pan de oro comestible.

Parsley y yo llegamos tarde, por supuesto. Ella le echó la culpa a la limusina y yo se la eché al tráfico. Sin embargo, ambos éramos conscientes de que habíamos perdido el tiempo cuando ayudé a Parsley a subirse la cremallera sin sucumbir a la tentación de bajársela de nuevo inmediatamente. Cuando por fin entramos en el salón, la fiesta ya estaba en pleno apogeo y la lista de invitados se había agrupado hacía tiempo en microcomunidades en torno a la

barra, la pista de baile y la tarta nupcial de cuatro pisos, con la que se habría podido alimentar a medio Manhattan.

Parsley no dijo nada. Se limitó a quedarse en el umbral, mirando con la boca abierta. Había apostado por lo clásico con su vestido, pero el efecto era cualquier cosa menos eso. Por cómo la tela resaltaba su figura, quedó claro de inmediato que no llevaba sujetador, y el rubor de sus mejillas se debía a medias a la anticipación y a medias al calor asfixiante que se genera cuando se mete a quinientas personas en un salón para trescientas cincuenta.

—Guau —dijo ella, y por una vez lo decía de verdad—. Esto es…

—¿Obsceno? ¿Exagerado? ¿Una violación de las Convenciones de Ginebra? —sugerí mientras buscaba caras conocidas y, lo que era más importante, la barra libre.

—En realidad iba a decir *«maravilloso»*, pero tus sugerencias también encajan. En cierto modo. —Se aferró con más fuerza a mi brazo, como si creyera que iba a salir huyendo a la primera señal de charla trivial. No le faltaba razón.

—Apuesto a que has organizado cientos de bodas como esta —aventuré.

—No, en realidad no. —Parsley negó con la cabeza—. Los clientes de Elysium Weddings tienen dinero, de eso no hay duda. Pero no *tanto* dinero. Al menos no los clientes para los que yo he trabajado. Ya te puedes imaginar quién quería dárselas de importante con este tipo de gente.

Ya podía imaginarme que Arabella querría organizar ella misma lo de la alta sociedad para hacerse un nombre. Tras mi investigación, sabía que Arabella era el tipo de mujer de la que era mejor mantenerse alejado. Muy, muy alejado.

Arrastré a Parsley hacia el gentío, navegando por el mar siempre cambiante de damas de la sociedad, políticos y acompañantes profesionales con una facilidad que solo se adquiere cuando se ha crecido en este tipo de ambientes. Parsley, mientras tanto, intentaba absorberlo todo sin que pareciera que lo estaba absorbiendo todo, lo cual resultaba bastante tierno y tan sutil como una banda de música en una biblioteca.

Apenas habíamos avanzado tres metros cuando apareció un camarero con la bandeja en alto. Nos ofreció dos copas de un líquido sospechosamente rosa, adornado con un cítrico y tanta condensación que cualquiera diría que acababan de ser montadas en una cámara frigorífica por un equipo de expertos en gastronomía molecular.

Cogí ambas copas, le tendí una a Parsley y levanté la mía en un brindis fingido. —Por sobrevivir a esta noche.

—Por que no hagamos el ridículo —replicó ella y brindó conmigo. Dio un sorbo y se atragantó de inmediato. Parpadeó como si acabara de recibir una descarga de gas pimienta—. Tiene tanto vodka que creo que ya no veo por un ojo.

Me bebí la mía de un trago, dejando que el ardor subiera un momento y sonreí. —De eso se trata precisamente.

Me dio un codazo, pero no me contradijo.

Seguimos dando vueltas y divisé algunas caras de la sección de economía, entre ellos un antiguo alcalde que evidentemente ya llevaba demasiados martinis encima y le contaba a todo el que quisiera oírlo la historia de cómo había recibido una llamada del presidente durante un partido de los Yankees. Parsley todavía intentaba recordar nombres y conexiones, pero me di cuenta de que todo empezaba a emborronársele.

—Creo que después de esta copa he olvidado todas las reglas que he aprendido en mi vida —murmuró después de unos minutos.

—No te preocupes, en este evento solo hay dos reglas que importan. Regla número uno: no toques nada que no puedas permitirte reemplazar.

—¿Y la segunda regla? —preguntó Parsley.

—No dejes que te fotografíen con nadie que esté imputado actualmente.

Soltó una risita, y ese sonido hizo que me entraran ganas de buscar un armario, arrastrarla dentro y probar cuánto podía subirle el vestido antes de que alguien llamara a seguridad. En lugar de eso, simplemente dejé que mi mano descansara en su espalda, justo encima de la cremallera que había dominado antes.

Pasamos por delante de la pista de baile principal, donde una orquesta tocaba las mismas canciones aburridas que en todos los eventos caros.

La mirada de Parsley se detenía una y otra vez en el bufet de postres, donde se exhibía un ejército de petits fours y macarons.

—Quieres algo de eso —dije. No era una pregunta.

—Tal vez —admitió con voz un poco avergonzada—. Quiero decir, ¿quién no querría unos macarons con tan buena pinta? Pero no es como si pudiera ir allí sin más y empezar a…

—¿Por qué no? En el último evento también lo hiciste.

Vaciló, haciendo girar el pie de la copa entre los dedos. —Aquello era diferente. Con tanta gente tan rica, me sentiría rara.

—Estás increíble. Créeme, en lo único en lo que se fija la gente es en ti, no en el pastel.

Se puso roja, que era mi segundo color favorito en ella, justo después del azul de su vestido. —Dices eso solo porque quieres verme comer pastel.

—Simplemente quiero verte disfrutar, Parsley. ¿Tan malo es? —pregunté con sinceridad.

—En algunos estados seguro que sí —replicó ella, pero sonriendo.

—Aparte de eso, hoy también están el vicepresidente y su esposa. ¿Quién sabe? Quizá hoy hagas amistad con la futura Primera Dama mientras habláis de tartaletas de cereza.

—No me presiones, Tyler —masculló Parsley.

Estaba a punto de acompañarla al bufet de postres cuando Eleanor Worthington nos cortó el paso. Su semblante parecía esculpido en un único bloque de hielo de Nueva Inglaterra, hasta que vio a Parsley y sonrió.

—Parsley, Tyler. Es un placer verlos aquí.

—Eleanor —respondí con un asentimiento.

Se dirigió a Parsley. —¿Me permitiría secuestrarla un momento, Parsley? Necesito una cómplice para probar las tartaletas de fresa.

—Un plan excelente —respondió Parsley, sonriendo. Luego me miró interrogante, esperando mi reacción.

Mi mirada se desvió un momento hacia la barra y divisé a Jaxon, que parecía más interesado en el bourbon que en la gente que lo rodeaba.

—Estaré en la barra con Jaxon.

—De acuerdo —respondió Parsley, y luego me dio un beso en la mejilla. Iba a salir corriendo hacia el bufet justo después, pero la sujeté por la muñeca.

—¿Eso es todo? —pregunté, atrayéndola hacia mí—. Vamos, puedes hacerlo mejor.

Puso los ojos en blanco, pero se dejó besar, y de verdad, de modo que quedó un rastro de carmín en mis labios. Cuando nos separamos, estaba un poco sin aliento, y eso me gustó casi más que su rubor.

—Anda —dije—. Ve a conquistar el pastel.

Ella sonrió de oreja a oreja y luego se dirigió al bufet con Eleanor.

Las seguí con la mirada y no oculté el hecho de que observaba cómo el vestido de Parsley se balanceaba con cada uno de sus pasos.

—Es encantadora —exclamó Eleanor por encima del hombro, y tuve que darle la razón.

Luego me encaminé solo hacia la barra y cogí otro de esos cócteles rosas de vodka de manos de uno de los camareros.

A mitad de camino me interceptó el mismísimo Harold Worthington.

Me saludó con un asentimiento y un apretón de manos que dejaba claro que podría romper un palo de golf con sus propias manos en cualquier momento si le apeteciera.

—Tyler —dijo—. Me alegra que haya venido.

—Nadie que se precie se pierde este tipo de eventos.

Se rió, un sonido seco y cortante. —Demasiada gente aquí se precia de demasiado.

—Es cierto. —Asentí y Worthington me observó como solo puede hacerlo un hombre que ha vivido demasiadas veces cómo un trato se va al traste en el último momento.

Aunque estaba en medio de una conversación con el hombre por el que estaba montando todo este circo, mi mirada se desvió un momento hacia Parsley, que comía un trozo de pastel con satisfacción.

Worthington siguió mi mirada. —A mi mujer le cae bien; eso es raro.

Sonreí. —Es difícil que Parsley no caiga bien. —Ni siquiera tuve que pensar la respuesta, porque era un hecho.

—A personas así no se las deja marchar fácilmente.

—No tengo intención de hacerlo, señor —respondí con seriedad.

Asentió pensativo. Luego se aclaró la garganta. —Haré que mi secretaria concierte una reunión con su asistente la semana que viene. Hay algo que debemos discutir.

—¿Ah, sí? —Levanté una ceja.

—Conoce los rumores sobre mi jubilación. Y desde entonces, cada uno de los empresarios de Nueva York que podría sacar provecho de mi compañía ha venido a cortejarme. Solo usted no, Tyler. Usted tuvo la decencia de esperar a que fuera oficial.

Reconozco que me sentí mal porque Worthington no sabía toda la verdad. Pero tampoco había mentido en lo que respecta a Parsley. Joder, realmente no quería dejarla marchar.

—Gracias. Estaré encantado de asistir a la reunión. —Brindé con él.

Me dio una palmada en el hombro, asintió de nuevo y volvió a desaparecer entre la multitud. Me quedé con esa extraña sensación

de haber conseguido la fusión empresarial, pero de no sentirme, por alguna razón, más satisfecho.

En la barra, Jaxon ya estaba esperando, llevaba ya dos copas encima y parecía que fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Has tardado, Ty —dijo.

—Ya sabes cómo es esto. —Me encogí de hombros.

Jaxon escudriñó mi corbata, luego mi cara, luego otra vez la corbata. —¿Has perdido una apuesta o solo quieres impresionar a la chica?

—Es una situación excepcional —repliqué secamente.

Me miró un instante y luego hizo una seña al barman.

—Dos más —dijo, y luego se dirigió a mí.

Nos apoyamos en la barra y observamos la fiesta a nuestro alrededor. Ambos nos sentíamos más cómodos en el margen que en medio del barullo.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Se han ido antes de que llegaras —respondió Jaxon sin emoción.

—Aburridos —respondí y di un sorbo.

—Bueno —empezó Jaxon tras un minuto de silencio—. ¿Cómo va la cosa con tu chica de mentira?

—No es una chica de mentira —repliqué, quizá demasiado rápido—. Quiero decir, nuestro acuerdo es de mentira, pero Parsley no lo es.

Arqueó una ceja. —Ya veo. ¿Así que todavía no quieres admitir que lo vuestro va en serio?

—Suenas como mi terapeuta —gruñí y puse los ojos en blanco.

—No tienes terapeuta.

—Suenas como el terapeuta que tendría si no estuviera tan sano mentalmente —me corregí.

Jaxon sonrió brevemente. —¿Ves a ese tipo de ahí?

Seguí su mirada hacia el bufet de postres, donde Parsley hablaba con un hombre que parecía recién salido de una sesión fotográfica de la GQ para capullos. Pelo engominado hacia atrás, dientes de un blanco deslumbrante y un traje que probablemente venía con un frasco de perfume de regalo y una orden de alejamiento.

—Sí —dije, y no me gustaba nada el rumbo que estaba tomando esto.

—Ese va tirándole los tejos a toda mujer menor de cuarenta años que hay aquí. Incluso a la novia. Y ahora a *tu* chica de mentira.

—¿Y? —Fruncí el entrecejo e intenté parecer neutral. Mientras tanto, mi pulso se disparaba hasta una zona poco saludable.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

Observé cómo el tipo se inclinaba un poco demasiado hacia ella.

—Me da igual —respondí. Las palabras salieron con dificultad de mi boca mientras mi mandíbula se tensaba cada vez más.

—Estás celoso —dijo Jaxon con naturalidad.

—No estoy celoso —gruñí. Intenté no sonar tan irritado como me sentía. ¡Mierda, no estaba celoso! Eso era absurdo.

La comisura de los labios de Jaxon se curvó. —Estás muertito de celos. Es muy tierno.

Le lancé una mirada elocuente. —Recuérdame por qué soy tu amigo.

—Porque soy el único que te dice la verdad. —Su respuesta salió como un disparo. Y estaba seguro de que tenía otras dos docenas de respuestas preparadas por si no estaba de acuerdo con esa. Pero estaba de acuerdo, tenía razón, siempre era sincero. Volví a mirar hacia el bufet de postres.

—¿Crees que debería intervenir? —pregunté.

Jaxon se encogió de hombros. —Dímelo tú.

Había muchas cosas en las que era bueno. Negociar, marcarse faroles, hacer creer a la gente que todo me daba igual. Pero ver a Parsley con otro, aunque fuera solo una conversación, de algún modo me hacía perder el suelo bajo los pies. No estaba orgulloso de ello. Ni siquiera sabía qué hacer con ese sentimiento. Pero lo que sí sabía era que no me iba a quedar mirando de brazos cruzados mientras un idiota repeinado intentaba probar suerte con ella.

Vacié mi copa y la posé con suficiente impulso como para que el barman levantara la vista. —Eres un auténtico desgraciado, ¿lo sabes?

—Dios los cría y ellos se juntan —respondió Jaxon, y pidió otra copa —. Cuéntame cómo te ha ido en la próxima partida de póquer.

Le dediqué una breve mirada de reojo sobre el hombro antes de dirigirme hacia Parsley, listo para cometer un pequeño delito social.

Me acerqué a Parsley, le pasé un brazo por la cintura y le dediqué al tipo mi mejor sonrisa de CEO, esa que dice: *«Compraría toda tu puta empresa solo para despedirte»*.

—Hola, cariño —le dije a Parsley—. ¿Te apetece bailar?

Me miró y el alivio floreció en su rostro. —Nada me gustaría más.

Lo haces mejor que cualquier saco de patatas.

Capítulo 28 – Parsley

GRAN SALÓN DE BAILE del Metropolitan Club, Upper East Side, Nueva York, en ese mismo instante.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que había pisado una pista de baile en mi vida. Para contar cuántas veces les había pisado los pies a otros o a mí misma, me harían falta una docena más de manos. Tyler era probablemente el único hombre en esta sala que lo sabía y, aun así, corría el riesgo de hacer el ridículo conmigo en público. Quizá fuera precisamente por eso por lo que me gustaba tanto. Porque, a veces, estaba bien que a uno le diera igual lo que pensaran los demás.

Apenas habíamos dado el primer paso hacia la pista, Tyler ya me atrajo hacia él. Sin demasiada brusquedad, pero con la firmeza suficiente para que no hubiera duda de quién llevaba la voz

cantante. Su mano descansaba cálida y pesada sobre mi espalda; la otra aferraba la mía como si fuera un cabo de salvamento.

Nos quedamos quietos un momento y noté que estaba tenso. No por su postura —que era tan relajada como siempre—, sino porque su mirada era más afilada de lo habitual.

—¿Qué pasa? —pregunté porque, oh sorpresa, no se me daba bien reprimir mi curiosidad.

Él alzó una ceja. —¿A qué te refieres?

—Parece que estés librando una guerra interna contigo mismo. —Ladeé la cabeza y lo analicé—. O con ese tipo de allí. —Señalé discretamente con la barbilla al hombre de traje que me había estado interrogando sobre la tarta hacía un momento.

Tyler torció el gesto. —¿Se ha propasado ese tío?

No pude evitar sonreír. —No. Solo quería presumir de currículum y contarme que a los veinte ya había ganado su primer millón. —Me encogí de hombros—. De verdad creía que eso impresionaba a las mujeres.

—¿Y lo hace? —preguntó Tyler con voz seca.

Fruncí el ceño para que viera que hablaba en serio. —Solo si dejaron de creer en el amor a los diez años.

Tyler se relajó un poco. —Bien.

—¿Bien? —repetí, porque no entendía qué tenía eso de bueno.

Me estrechó más contra él. —Porque no puedo garantizar que vaya a comportarme si alguien más intenta ligar contigo.

Parpadeé. —¿Acaso estás celoso?

Me miró como si la pregunta fuera un insulto a su inteligencia. —Eres mi esposa, Parsley. Aunque solo sea sobre el papel. —Se inclinó más, hasta que sentí su aliento en mi mejilla—. Por supuesto que me saca de quicio que los tíos te tiren los trastos. Sobre todo cuando lo hacen tan en público.

Tuve que reír porque resultaba absurdo, pero al mismo tiempo era un poco tierno. Y ahí estaba de nuevo: esa punzada sorda en el pecho porque cada vez disfrutaba más del tiempo con Tyler, a pesar de saber que pronto se acabaría.

No dejé que ese pensamiento se instalara. Hoy no. No mientras todo un salón de baile esperaba a que hiciéramos el ridículo. O al menos yo.

La música cambió a un vals rápido y me quedé clavada en el sitio.

—Debo advertirte —dije—: ya te lo advertí una vez, pero es que no sé bailar.

—Pensé que era una broma. —Tyler torció el gesto en una sonrisa ladeada—. No me digas que en todas esas bodas nunca has probado la pista de baile.

Negué con la cabeza. —Yo solo organizaba, nunca bailaba. ¿Para qué? Los novios y los invitados ya se encargan de eso.

Me miró con esa expresión que me ablandaba las piernas. —De verdad que tienes un talento especial para destruir todas mis ideas preconcebidas sobre las bodas y las organizadoras.

—Para eso me pagan —repliqué—. O me pagaban, al menos. Hasta que me despidieron.

Me empujó un paso hacia delante y casi tropiezo. —No entres en pánico. Yo te guío.

—Dicho por ti suena a amenaza —respondí, pero me dejé llevar. Confiaba en él. Y confiaba aún más en que, si la cosa se ponía patética, simplemente nos reiríamos y desapareceríamos de allí.

Nos unimos a las parejas que ya habían encontrado el ritmo desde hacía un rato y Tyler me colocó en la posición clásica de baile. Ni muy apretada, ni muy suelta, pero de forma que supiera que podía apoyarme en él si perdía la orientación al segundo siguiente.

—Se te da sorprendentemente bien —murmuré al darme cuenta de que no tenía que cambiar de dirección inmediatamente para no tropezar con mis propios pies.

Se encogió de hombros. —Tengo talentos ocultos. —Luego sonrió—. Pero nunca pensé que fuera a darle uso a *este* talento.

Lo miré alzando la vista. —¿Tienes talentos ocultos?

Se inclinó hacia mi oído. —Todavía no has visto ni la mitad.

Me dio calor, y no era solo por el salón abarrotado o por el movimiento del baile. Estaba segura de que me estaba poniendo roja como un tomate, pero al menos estaba moviéndome y podía fingir que era por el esfuerzo físico.

—¿Y cuándo vas a enseñarme los otros talentos? —pregunté.

—Si te lo dijera, ya no sería una sorpresa —rebatió Tyler guiñándome un ojo.

—Sabes que, en realidad, no soy muy fan de las sorpresas.

—Pero eso no se aplica conmigo. Mis sorpresas te gustan —respondió Tyler, sonando más seguro de sí mismo de lo que le convenía. Pero precisamente eso fue lo que me hizo reír.

—Si tú lo dices... —Me encogí de hombros.

—Sí —reafirmó él, y la canción cambió de compás—. Gira.

Intenté dar el paso, pero fallé en la marca que me había fijado mentalmente y me pisé mi propio pie. Tyler rió por lo bajo y me sostuvo antes de que perdiera el equilibrio.

—No ha estado tan mal —opinó—. Para ser la primera vez.

Resoplé. —Creo que me he roto un dedo. Tú también deberías tener cuidado con los tuyos.

Negó con la cabeza. —He sobrevivido a cosas peores.

—Hablo en serio. Acabas de comprobar que rítmicamente tengo el mismo talento que un saco de patatas.

Tyler alzó una ceja. —Pues yo creo que lo haces mejor que cualquier saco de patatas que conozca.

Me eché a reír. —Apuesto a que no has visto un saco de patatas en tu vida.

—Esa apuesta la ganas —repuso Tyler, lo que me hizo soltar una carcajada todavía mayor.

—Al menos eres sincero —dije, retirándome un mechón de la cara con un soplido.

—Y tú estás monísima cuando te pones así de nerviosa.

Que me lo señalara provocó que mis mejillas se encendieran un poco más.

Seguimos bailando y, con cada paso, resultaba más fácil. No era perfecto, pero daba igual porque Tyler siempre me sujetaba cuando empezaba a tambalearme, y en algún momento llegamos a bailar de verdad. Pero de verdad, en serio. Mi cuerpo se adaptó al suyo, me dejé guiar y dejé de pensar constantemente en mis pies.

La canción terminó y la siguiente era más lenta, más tranquila. Tyler redujo el ritmo y me atrajo hacia él hasta que apenas quedaba espacio entre nosotros. Apoyé la cabeza en su hombro porque se sentía bien. Porque quería olvidar por un momento que todo esto terminaría tarde o temprano.

Girábamos despacio y noté que Tyler paseaba la mirada por encima de mi hombro. Seguí su dirección y descubrí a Harold Worthington, que estaba en la barra con otros dos hombres observándonos.

—He visto que has hablado con Harold Worthington antes —dije en voz baja.

Tyler asintió sin perder el compás. —Quiere concertar una cita la semana que viene.

—Eso suena a oferta.

—Eso es exactamente lo que es.

Debería alegrarme por Tyler, pero se me encogió el estómago. —Eso significa que ya tienes lo que querías.

Se detuvo un instante. —Sí.

No supe qué responder. Por un lado, mi tarea había sido ayudar a Tyler precisamente con eso y causar una buena impresión a Harold Worthington. Me había esforzado al máximo para que Tyler consiguiera lo que quería. Y ahora había llegado el momento. En teoría, debería haber estado contenta porque había hecho bien mi trabajo. Pero era todo lo contrario. Me sentía fatal, pero fatal de verdad.

Para no decir ninguna tontería, y también para no echarme a llorar, me mordí el labio con tanta fuerza que Tyler se dio cuenta.

—Parece que te vas a poner a llorar ahora mismo —dijo.

Me encogí de hombros. —Quizá un poco.

Detuvo el baile, pero no me soltó. —¿Por qué?

Respiré hondo. —Eso significa que pronto tendré que irme.

Tyler negó con la cabeza. —No.

Lo miré. —Sí. Ese era el trato. Una vez consigas la fusión, mi trabajo habrá terminado. A partir de ahí, solo será cuestión de lo que tarde el registro civil hasta que seamos exmarido y exmujer. Literalmente.

El músculo de su mandíbula se tensó. —¿Quieres irte, Parsley?

Abrí la boca, pero no salió ni una palabra. Así que solo negué con la cabeza.

Tyler me acercó aún más. —Entonces quédate.

—¿Quieres que me quede? —pregunté, porque sencillamente necesitaba oírlo.

—Quiero que te quedes —respondió sin vacilar.

Me sentí mareada. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que el director de orquesta dejaría a sus músicos en cualquier momento para ver quién estaba marcando el ritmo.

Me reí porque no sabía cómo reaccionar de otra forma. Estaba demasiado feliz para llorar, pero demasiado abrumada para hablar. Todo era un gran caos de sentimientos y yo estaba completamente superada por la situación.

Tyler tomó mi rostro entre sus manos y apoyó su frente contra la mía.

—Hablo en serio —dijo—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Parsley. Tú y tus pósits de colores.

Al final se me escaparon unas lágrimas, pero aun así me reí. —Seguro que ahora tengo el rímel por toda la cara y parezco un panda.

—Te queda bien —dijo él, y me besó en la nariz—. Además, a todo el mundo le gustan los osos panda.

Quise besarlo de verdad, pero me dio la risa, y esa fue quizá la sensación más bonita del mundo.

—Sabes... —empecé pensativa, porque no sabía cómo formular las siguientes palabras—. Creo que ha llegado el momento de que te presente a mis padres. Ahora que esto, sea lo que sea lo que hay entre nosotros, es oficial.

Tyler arqueó una ceja. —¿Quieres presentarme a tus padres ultraconservadores como tu marido?

—Quizá omitiría ese detalle por el momento —respondí sonriendo—. Pero te presentaría como el hombre que me ha robado el corazón.

—Suena bien —respondió Tyler con una sonrisa.

Rodeé su cuello con los brazos y me apreté contra él.

—Tengo que ir un momento a retocarme —murmuré—. Antes de que mi maquillaje se desmorone por completo.

Tyler no me soltó de inmediato. —Te espero, pequeño panda.

—Eso no es lo que quería oír —respondí fingiendo indignación.

—¿Pequeña Miss Goth? —siguió tomándome el pelo Tyler.

Le di un manotazo en el pecho, sin fuerza, lo que hizo que Tyler me mirara divertido.

—No te preocupes, Parsley. Sigues estando encantadora —dijo Tyler finalmente—. Pero te prometo que arruinaré ese maquillaje más tarde, cuando estemos los dos solos.

Al instante volvió a subirme el calor a las mejillas y me quedé sin palabras. Así que no respondí nada, sino que me solté de Tyler y escapé hacia los aseos.

No tenía ni idea de cómo poner orden a todo esto. Si quería reír o llorar, o las dos cosas a la vez. Solo sabía que amaba a ese hombre más de lo que jamás hubiera creído posible, y que sentía que, por fin, había llegado a casa.

Capítulo 29 – Parsley

METROPOLITAN CLUB, UPPER EAST Side, Nueva York, un momento después.

Por suerte, los aseos estaban vacíos mientras intentaba salvar mi maquillaje y poner mi existencia en un orden medianamente aceptable.

El aire húmedo olía a Chanel n.º 5, laca para el pelo y un toque de productos de limpieza con olor a cítricos. Me temblaban las manos como si me hubiera bebido un litro de café de un trago, pero en realidad era solo Tyler, que hacía que mi corazón fuera a mil por hora.

Había dicho que *sí*. A Tyler. A un futuro que nunca me habría atrevido a soñar. Tyler de verdad quería que me quedara con él. ¿Podía este día ir a mejor?

Habría dado lo que fuera por llamar a Scarlett y contarle lo absurdo, hermoso y aterrador que era todo. Pero, por supuesto, no llevaba el móvil encima. Más bien, mi móvil estaba en el bolsillo de la chaqueta de Tyler, porque no había querido llevar un bolso de mano que de todos modos habría acabado perdiendo.

Me miré al espejo, me aparté el pelo suelto de la cara e intenté arreglar de algún modo el rímel corrido.

—Esto es de verdad un caso para urgencias estéticas —murmuré para mis adentros y respiré hondo. Conseguí arreglar el maquillaje razonablemente bien y volver a pintarme los labios.

No estaba perfecto, pero ahora ya no parecía que hubiera estado llorando. Al menos de lejos.

Salí del baño de mujeres y por poco choco en el pasillo con una mujer que estaba tan absorta en sí misma y en su portapapeles que, con las prisas, no se había percatado de mi presencia.

—¡Cuidado! ¿No ve que estoy ocupada? —espetó una voz que conocía demasiado bien mientras seguía caminando.

No respondí nada, esperando que Arabella simplemente siguiera de largo y no notara mi existencia. Por desgracia, se detuvo y tomó aire. Conocía esa mirada; estaba a punto de soltarme un sermón aún más largo por atreverme a interponerme en su preciado camino. Cuando me reconoció, su expresión se volvió todavía más sombría. Bajó el portapapeles y me escrutó con la mirada de una serpiente de cascabel a punto de morder.

Me miró fijamente durante unos segundos, como si no me hubiera visto nunca, y luego torció la boca en una sonrisa dulce y absolutamente falsa.

—Vaya, Parsley. No me esperaba para nada verla en un evento tan importante.

Me estremecí como si alguien hubiera conectado mi sistema nervioso directamente a la alta tensión.

Claro, de todas las personas del mundo tenía que ser precisamente con Arabella con quien tropezara. Tenía que pasar. Debería haber sabido que Arabella estaría aquí. Como muy tarde, cuando vi las tartaletas de frambuesa en el bufet. Claramente la firma de Scarlett. Y donde aparecían las tartas de Scarlett, Arabella nunca andaba lejos.

Me recompuse y forcé mi voz para que sonara en un punto intermedio: *ni sumisa* ni *completamente fuera de mí*.

—Estoy invitada —respondí—. Como el resto de los invitados, seguramente.

Arabella me examinó de arriba abajo y detuvo su mirada en mi vestido como si fuera una falta de estilo y gusto que empeoraba con cada centímetro. —Seguro. ¿En calidad de qué? ¿De premio de consolación?

Me mordí el interior de la mejilla para no echarme a llorar de nuevo. —Como acompañante de mi marido.

Eso la descolocó por un momento. Parpadeó tan rápido que casi pasó desapercibido. —Por supuesto —replicó entonces con la voz más dulce que pudo fingir—. Debería haber sabido que se aferraría a alguien importante para conseguir su ascenso social.

Sabía que Arabella era arrogante y cruel. Aun así, el dardo dolió más de lo que debería. Precisamente por eso tuve que contraatacar con más mordacidad, para distraer de lo mucho que Arabella me intimidaba.

—¿Se refiere a cómo hizo usted en Elysium Weddings?

Sus ojos se entrecerraron. —Yo me he ganado mi puesto en esta empresa con mucho esfuerzo. No como otras que creen que con un par de tartas decentes y unas cuantas palabras amables se puede conseguir todo.

Sentí que las mejillas me ardían, pero no cedí. —¿Cuál es tu problema, Arabella?

—Usted, Parsley. Usted es mi problema —respondió con una mirada que decía que ella nunca cometía errores, sino que solo era víctima de la incompetencia, por supuesto, ajena.

—¿Quiere saber lo que creo, Arabella? Creo que tiene un problema con la gente que no se deja impresionar por su falsedad.

Arqueó una ceja. —Tengo un problema con la gente que me traiciona.

Crucé los brazos para que no viera cuánto me temblaban las manos. —Yo no te he traicionado. Siempre he hecho mi trabajo, bien y con responsabilidad.

Se rió entre dientes, pero sonó como si estuviera masticando cristales rotos. —Organizaste la boda de Dominic Kensington. Por tu cuenta. Ese era mi proyecto y me lo robaste.

Me quedé boquiabierta. —¿Perdone? Organicé la boda para Juniper, la mujer de Dominic, porque somos amigas. Fue mi regalo de bodas para ella.

—¿Regalo? —repitió Arabella, poniendo los ojos en blanco como si yo hubiera propuesto resolver esta discusión con una guerra de almohadas—. Me dejó en evidencia delante de todo el mundo. Socavó mi autoridad y me convirtió en el hazmerreír ante la junta directiva.

—¿Porque organicé la boda de dos personas que, de otro modo, tampoco habrían acudido a Elysium Weddings?

—No, sino porque rechazó mi generosísima oferta de volver a Elysium Weddings. ¿De verdad se cree demasiado buena para nosotros? ¿Tiene idea de la bronca que me echó la junta después de que rechazara la oferta? ¡Me han quitado el Bentley, Parsley! ¡Ahora tengo que conducir un coche de gama media!

—Esa nunca fue mi intención —repliqué, y lo decía de verdad, al menos lo de la junta. Yo no era de las que disfrutaba dejando en evidencia a los demás, ni siquiera a Arabella.

El rostro de Arabella se endureció. —No tiene ni idea de cómo funciona este negocio. Pero bueno, ya está fuera de juego de todos modos.

Levanté la barbilla. —¿Se refiere a porque renuncié a mi puesto en Elysium Weddings? ¿O porque me pone todas las trabas posibles con sus absurdas cláusulas?

—Su opinión al respecto me da exactamente igual; es mi derecho legal —me cortó ella—. Lo que no me da igual es esto: sea como sea que convenciera a la junta para que aprobara esas solicitudes, sé lo que planea.

Parpadeé, confundida. —Quiero organizar bodas como yo creo que es correcto. Es todo lo que he querido siempre.

Volvió a reírse, esta vez más fuerte. —¿Cree que puede llegar así de la nada y quitarme a *mis* clientes? Es más ingenua de lo que pensaba.

Negué con la cabeza. —Eso no funciona así, Arabella. La mayoría de la gente solo se casa una vez en la vida, por eso es tan importante que lo hagamos todo bien. No se lleva a los clientes consigo como si esto fuera un despacho de asesoría fiscal.

—Es tan mona cuando finge no enterarse de nada —dijo Arabella, inclinándose hacia mí para que tuviera que respirar directamente la nube de su perfume—. A mí no me engaña. Primero va de amable y servicial, pero al final me clavará el puñal por la espalda.

—No quiero hacerle nada malo —dije en voz baja—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Me escrutó como si pudiera analizar mi ADN solo con mirarme fijamente el tiempo suficiente. —Porque es exactamente igual que todos los demás que alguna vez creyeron ser mejores que yo. Pero le prometo una cosa, Parsley: voy a acabar con usted.

Me quedé allí parada, sin saber si salir corriendo o decirle cuatro cosas bien dichas. Ninguna de las dos opciones parecía útil. Así que guardé silencio y ella sonrió, creyendo que había ganado.

En ese momento, una mano se posó sobre mi hombro, firme y segura, y supe de inmediato a quién pertenecía. Tyler no era precisamente el tipo de hombre que se movía por las fiestas como un ninja, pero ahora apareció de repente e inesperadamente a mi lado. Por suerte, porque estaba, literalmente, a punto de romper a llorar.

—¿Hay algún problema? —preguntó él. Su voz era baja, pero tenía ese matiz que dejaba claro que era mejor responder con un *no*.

Arabella lo miró parpadeando como si hubiera olvidado cómo hablar. Su rostro se quedó inexpresivo y luego esbozó una sonrisa falsa. —Sr. Kingsley, qué afortunado es, con una acompañante tan *encantadora*.

Tyler le devolvió la sonrisa, pero en sus ojos ya no había nada de encantador. —Lo sé. Por eso me pongo de muy mal humor cuando alguien intenta hacerle la vida imposible a *mi mujer*.

Mujer. Había dicho mujer. Sentí que las rodillas se me aflojaban y tuve que aferrarme a Tyler para no desmoronarme allí mismo.

Arabella necesitó unos segundos para procesarlo. Abrió la boca, la cerró y luego lo intentó de nuevo: —¿Parsley? ¿Su mujer? ¿Están casados?

—Lo estamos —respondió Tyler, y sonó como si estuviera anunciando una fusión en la que la otra empresa era absorbida de inmediato—. Y puedo asegurarle que vigilo muy de cerca cómo se la trata.

Arabella me lanzó una mirada y luego otra a Tyler. Su rostro era ahora una mezcla de estupefacción y odio puro. —Vaya, qué interesante.

—¿A que sí? —rebatió Tyler—. ¿Y sabe qué más es interesante, Arabella? No queda nada bien en el currículum insultar a invitados intachables en la boda del senador.

Ella soltó un bufido. —Eso es mentira.

—En realidad no. Y me encargaré de que todo el mundo se lo crea si vuelve a tratar a Parsley de esa manera.

Arabella cerró los puños y los nudillos se le pusieron blancos. —No tiene ni idea de con quién se está metiendo.

—Oh, lo sé perfectamente —respondió Tyler, rodeándome la cintura con el brazo. De repente me sentí ligera, como en una vieja película de Hollywood donde el héroe siempre aparece en el momento justo para rescatar a la chica en apuros—. No tengo paciencia para la gente que me complica la vida a mí o a las personas que me importan.

Arabella me miró como si deseara convertirme en una tarta solo para estamparla contra la pared. —Nos volveremos a ver, Parsley.

Me obligué a sonreír. —No me lo tome a mal, pero espero que no.

Por un brevísimo instante, la comisura de su boca se contrajo hacia arriba. Luego se dio la vuelta, sus tacones repiquetearon como ráfagas de ametralladora sobre el suelo de mármol y desapareció en dirección a la cocina.

Yo seguía allí, inmóvil, como si me hubieran escayolado.

Tyler se inclinó hacia mí, con sus labios muy cerca de mi oreja. —¿Estás bien?

Asentí, pero sentía las piernas como si fueran de goma. —Creo que acabas de derrotar al jefe final.

Se rió suavemente y me besó en la frente.

—Me siento como un flan —dije, sacudiendo los brazos.

—Me gusta el flan. Especialmente cuando es tan dulce como tú. Sus dedos acariciaron mi espalda hacia abajo, con suavidad pero con tanta determinación que al instante olvidé todo lo demás. Incluso a Arabella.

Me apoyé en él. —Me has salvado.

Él negó con la cabeza. —Lo habrías conseguido también sin mí.

—Pero contigo se siente mejor después de sobrevivir a una erupción volcánica social —respondí, y él sonrió.

—Ya hemos tenido suficiente boda y dramas por una noche —dijo—. Vámonos.

Asentí y dejé que me tomara de la mano y me guiara por el pasillo. Justo antes de la salida, Tyler se detuvo.

—Ve yendo al coche, Parsley. Te sigo enseguida.

¿Estás lista para las consecuencias?

Capítulo 30 – Parsley

LOFT DE TYLER, SOHO, MANHATTAN, esa misma noche.

Acabábamos de salir del ascensor cuando Tyler me empujó contra la pared y puso sus manos en mis caderas. Me besó como si hubiera estado esperando exactamente este momento toda la velada. Algo que, seamos sinceras, nos pasaba a los dos. En realidad, debería haber estado trastornada tras el encuentro con Arabella. Pero en lo único en lo que podía pensar era en cómo le había dicho a Arabella, delante de media élite de Nueva York, que yo era su esposa, y en cómo aquello había derretido mi interior en un charco de deseo.

—Al menos deberíamos esperar a estar dentro del apartamento —susurré contra los labios de Tyler.

—He esperado más que suficiente —replicó Tyler con un gruñido. Pero accedió a mi deseo y me empujó hacia la puerta de la vivienda.

En el momento en que entramos tropezando en su loft, me agarró por la cintura, me hizo girar y cerró la puerta de un puntapié mientras volvía a abalanzarse sobre mí. Apenas me di cuenta, porque lo único que podía sentir era su lengua deslizándose sobre la mía, haciendo promesas que tenía toda la intención de cumplir.

—No vas a dejarme ni recuperar el aliento, ¿verdad? —logré decir entre beso y beso, con la voz ya ronca.

—Esta noche no, Parsley —gruñó Tyler, mordiéndome el labio inferior con la fuerza justa para hacerme soltar un gemido—. Esta noche eres mía.

Y entonces empezó a desvestirme, esta vez de verdad. Ni siquiera se molestó con la cremallera; sus dedos simplemente se engancharon bajo los tirantes de mi vestido y tiraron. Deslizó la tela en un movimiento fluido por mis hombros, sobre mis pechos y más allá de mis caderas. El vestido se amontonó a mis pies y me estremecí. No de frío, sino por la forma en que sus ojos devoraban cada centímetro de mí.

Era una mirada nueva, más oscura de lo habitual. Casi como si estuviera sopesando todas las formas en las que podría llevarme a la perdición. O como si no estuviera seguro de con qué método quería empezar.

—¿Quieres que te diga ahora mismo lo hermosa que eres? —preguntó en voz baja, con la mirada fija en mi piel desnuda—. Porque no estoy seguro de tener las palabras adecuadas para ello. Me temo que todas las palabras que existen son demasiado débiles.

Apenas podía mantenerme en pie. No podía hacer otra cosa que rodear su cuello con mis brazos y tirar de él hacia mí para darle otro beso, porque mis rodillas se habían rendido oficialmente.

—Ya lo has hecho delante de Arabella —susurré—. Pero desde luego no le diré que no a un bis.

Se rió, con una carcajada profunda y salvaje, y me empujó hacia atrás hasta que mi espalda chocó con la pared de ladrillo visto de la entrada. Me mantuvo allí con su cuerpo, completamente vestido con su traje y su corbata. La corbata que había jurado que nunca se pondría, ni siquiera por un acuerdo de mil millones de dólares. Y, sin embargo, se la había puesto hoy. Voluntariamente.

—Sabes —dijo con voz ronca—, te dije que habría consecuencias por esta corbata.

Asentí, con el corazón golpeándome en la garganta. —Lo dijiste.

Aflojó el nudo con una mano, lenta y deliberadamente, y dejó que la seda se deslizara de su cuello. La enrolló alrededor de su puño y luego la pasó por el centro de mi pecho, sin detenerse, hasta que la punta rozó justo mi entrepierna.

—¿Estás lista para las consecuencias, Parsley?

—Nunca he estado más lista para nada en mi vida —respondí sin aliento.

Esbozó una sonrisa lobuna. —No tienes ni idea de lo que estás aceptando.

—He dicho que pagaré el precio, ¿no?

Tyler no respondió. Simplemente colocó la corbata alrededor de mi nuca, tiró de ella con fuerza como si fuera una correa y la usó para atraerme hacia otro beso. Esta vez no fue con calma. Su lengua invadió mi boca, saboreando y reclamando hasta que me sentí mareada. La corbata se apretaba con cada segundo que pasaba, hasta que no pude respirar, ni pensar, ni hacer nada que no fuera aferrarme a su camisa y esperar que nunca, nunca se detuviera.

Cuando por fin me soltó, jadeé porque quería más. No, ya no se trataba solo de *querer*. Si no obtenía más, estaba casi segura de que

mi cuerpo entraría en combustión espontánea por todo ese calor.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó con una voz que era poco más que un susurro.

—Sí —dije, y lo dije tan en serio que mis rodillas casi flaquearon de verdad.

Siguió la línea de la corbata donde me apretaba el cuello, luego subió mis manos y enrolló la seda alrededor de ellas, atando mis muñecas la una a la otra frente a mi garganta.

—Estás perfecta —dijo, admirando su propia obra.

Se sentía tan bien estar así frente a Tyler. Tan expuesta y tan completamente a merced de su voluntad. Nunca había deseado nada tanto.

Tyler me obligó a ponerme de rodillas presionándome los hombros, con suavidad pero con firmeza, y yo obedecí. La alfombra era rugosa contra mis rodillas, pero no me importó. Lo único que contaba era la forma en que Tyler me miraba, como si estuviera a punto de devorarme por completo.

Se desabrochó el cinturón y los pantalones y liberó su erección mientras me miraba como si yo fuera la única mujer en el mundo.

Se deslizó en mi boca, lentamente al principio, dándome tiempo para adaptarme. Lo rodeé con mis labios y succioné, dejando que me llenara por completo. La corbata alrededor de mi cuello me mantenía en el sitio, y cada vez que él empujaba hacia adelante, la seda se tensaba, haciendo que fuera un poco más difícil respirar.

Me encantaba. Me encantaba la forma en que hací que mi cuerpo se sintiera caliente y frío al mismo tiempo.

Me encantaba la forma en que Tyler tomaba el control y me encantaba cómo mi propia excitación aumentaba cada vez que penetraba más profundamente.

—Tómalo todo de mí, Parsley —murmuró—. Y lo hice. Lo tomé tan profundamente como pude, hasta que la punta de mi nariz chocó contra su vientre y me dolió la mandíbula por el esfuerzo. Las lágrimas me escocían en el rabillo del ojo, pero no me detuve. Quería dárselo todo.

Sus manos se enredaron en mi pelo y me guiaron en el ritmo que él marcaba. Podía sentir cómo temblaba un poco, y eso me animó a esforzarme más. Usé mi lengua e incliné la cabeza hacia atrás. Hice todo lo que había leído alguna vez en un artículo de la Cosmo y una docena de cosas con las que solo había soñado.

Tyler empezó a perder el control y a embestir con más fuerza. Al mismo tiempo, me atraía más hacia sí con la corbata. No podía respirar, no podía moverme, no podía hacer nada excepto dejar que me usara, y eso me puso tan caliente que lo sentí claramente entre mis muslos.

—Dios, eres increíble —gimió con voz ronca. Tyler se acercaba a su clímax, lo notaba. Sus caderas se agitaron y por un momento pensé que se correría ya, pero en el último instante se retiró, me agarró de la cintura y me puso en pie. Dios, estaba tan lista, tan desesperada, que apenas podía tenerme.

Tyler me agarró, me levantó y me apretó contra la pared. Intuitivamente enrosqué mis piernas alrededor de su cuerpo mientras él entraba en mí de una sola embestida.

Solté un gemido sonoro y Tyler me folló aún más fuerte. Me tomó como si quisiera expulsar de mí cada mal recuerdo, cada duda y cada miedo que hubiera existido jamás. Fue rudo, sin filtros y perfecto.

—Te encanta esto, ¿a que sí? —gruñó bajito en mi oído.

—Sí —jadeé—. Dios, sí.

Acercó mis manos más hacia sí, de modo que la corbata se tensó alrededor de mi cuello, y siguió embistiendo dentro de mí. Cada vez que empezaba a marearme, aflojaba lo justo para que pudiera tomar aire, y luego empezaba de nuevo. Nunca me había sentido tan viva, tan deseada, tan completamente consumida. Todo mi cuerpo hormigueaba hasta la punta de los dedos.

—Te ves tan bien así —susurró, y me estremecí—. Estás tan jodidamente estrecha cuando no puedes respirar.

Gemí, esta vez más fuerte, y me dio un azote en el culo, lo bastante fuerte como para hacerme gritar.

—Te correrás para mí, Parsley. Pero solo cuando yo lo diga.

—Por favor, Tyler —supliqué. Podía sentir cómo el orgasmo se acumulaba, tan cerca que podía saborearlo, pero no me atrevía a dejarme llevar. No hasta que él me dijera que podía hacerlo.

Tyler continuó, más fuerte y más rápido, hasta que pensé que me desmayaría de placer. Mi visión se nubló y me zumbaron los oídos, pero aguanté y esperé su orden.

—Ahora, Parsley —gruñó, y me corrí con tanta intensidad que vi estrellas. Todo mi cuerpo se sacudió mientras cada centímetro de mi piel ardiente era inundado por olas de hormigueo.

—Buena chica —respondió Tyler, mirándome. Mi expresión parecía haber respondido ya a su pregunta de si quería más. Porque volvió a moverse dentro de mí, primero despacio, luego cada vez más rápido.

¿Cómo lograba Tyler siempre destruir mi visión del mundo y volver a recomponerla? Cada vez que pensaba que lo había experimentado

todo lo que se puede experimentar, llegaba Tyler y me enseñaba cosas nuevas e increíbles.

—Dilo, Parsley —gruñó Tyler en mi oído—. Di a quién perteneces.

Intenté responder, pero solo salió un jadeo entrecortado. Se retiró, lo justo para dejarme desesperada y vacía, luego volvió a entrar y frotó sus caderas hasta hacerme temblar.

—Dilo —exigió de nuevo.

—A ti, Tyler —logré articular—, te pertenezco a ti.

Gruñó satisfecho y usó su mano libre para seguir la línea de mi mandíbula. Sus dedos encontraron la corbata que todavía mantenía mis manos fijas alrededor de mi cuello.

—Mírame mientras te follo —susurró—. ¿Quieres más?

Asentí varias veces.

—Usa tus palabras —exigió Tyler.

—Quiero más, Tyler. Por favor.

Sonrió, sin aliento y salvaje, y me folló tan fuerte que mi visión se volvió tubular por los bordes.

—Sabes —dijo de pasada—, podría tenerte así toda la noche. ¿Te gustaría?

Mis rodillas se ablandaron. —Sí —susurré.

—Bien. Porque quizás lo haga.

Empezó a moverse de nuevo, esta vez despacio, pero tan profundamente que sentía cada milímetro. Con cada embestida, la

corbata apretaba más. Estaba completamente entregada a su dominio.

Tyler se inclinó, con sus labios en mi oído. —Eres perfecta, Parsley. Aceptas todo lo que te doy.

Mi centro se contrajo y solté un gemido. —Tyler, estoy... estoy tan cerca.

—Todavía no —gruñó Tyler y se retiró justo en el momento en que el orgasmo comenzaba, haciendo que se detuviera y se prolongara en oleadas, dejándome sedienta de más.

Se retiró del todo de mi interior y todo mi cuerpo gritó en protesta. Lo único que obtuve fue un beso intenso que me robó el aliento. Literalmente.

—¿Quieres correrte otra vez?

Asentí, con lágrimas recorriéndome la cara por la intensidad. —Por favor, Tyler, por favor.

Sonrió, lenta y diabólicamente. —Entonces sé una buena chica ahora.

—Sí —sollocé—. ¡Sí, seré tu buena chica!

Se rió entre dientes. —Bien. No esperaba menos de mi pequeña Miss Perfecta.

Tyler volvió a entrar en mí y me tomó hasta que perdí toda noción del tiempo. Cada vez que estaba a punto de llegar, se detenía, se retiraba y me hacía volver a suplicar por ello. Mi cuerpo estaba tan sensible que no podía dejar de temblar.

Se inclinó cerca de mí, con su voz como hielo sobre mi piel. —Ahora vamos a ver si realmente puedes ser una buena chica. —Tyler me

miró expectante—. ¿Sabes lo que quiero? —preguntó.

—No —gemí, incapaz de articular un solo pensamiento.

—Quiero que tú misma te quites el aliento. Aprieta más la corbata.

La orden me golpeó como una onda de choque. Dejar que Tyler me dominara era una cosa. ¿Pero hacerlo yo misma? Eso era otro nivel. Vacilé y me dio un suave cachete en la cadera, no doloroso, solo lo suficiente para recordarme quién mandaba.

—Hazlo, Parsley.

Obedecí. Mis vías respiratorias se estrecharon, el mundo se volvió borroso y cada nervio de mi cuerpo se electrizó.

La mano de Tyler se posó sobre la mía y guió el movimiento, y la forma en que me follaba cambió. Más profundo, más lento, como si estuviera saboreando cada segundo.

—Esa es mi chica —murmuró con voz ronca—. No tienes ni idea de lo bien que se siente cuando haces eso.

Era como si estuviera en llamas. Cada vez que apretaba más la corbata, me ponía más húmeda, más estrecha y más desesperada por la liberación. Tyler lo notó, y eso hizo que me follara aún más fuerte, hasta que estuve segura de que dejaríamos marcas en la pared.

Me apretó con más fuerza contra la pared con su torso, rodeó mi parte superior con un brazo y encontró con la otra mano mi punto más sensible. Frotó solo lo suficiente para llevarme al límite y mantenerme allí. Pero no me dejó saltar, el muy canalla.

—¿Quieres correrte? —preguntó.

Asentí frenéticamente, incapaz de hablar porque veía estrellas tras mis párpados.

—Respira —susurró Tyler al oído—. Y luego suéltate. —Solo entonces me di cuenta de cuánto tiempo había mantenido tensa la corbata. Relajé las manos y aspiré aire como si me estuviera ahogando.

El golpe de oxígeno hizo que mi cuerpo explotara y volví a correrme. Grité tan fuerte que estaba segura de que todo el bloque lo oyó.

Tyler me sostuvo mientras tanto, se corrió él también, fue más despacio y luego se detuvo. Ambos respirábamos con dificultad mientras Tyler me besaba. Esta vez suavemente, casi con ternura.

Como mis piernas cedían una y otra vez cuando Tyler intentaba ponerme en pie, me levantó en vilo y me llevó al dormitorio.

Me depositó con cuidado en la cama, porque todavía estaba atada, y luego se tumbó a mi lado. Las sábanas de seda fresca se sentían agradables sobre mi piel ardiente. Fuera seguía haciendo tanto calor que incluso estar desnuda parecía demasiada ropa.

Tyler no se molestó en desatarme. En su lugar, se apoyó en un codo y me miró fijamente, como si yo fuera lo único en el universo que importaba.

—Estás demasiado guapa como para desatarte jamás —dijo, con los ojos oscuros y hambrientos.

—Entonces no lo hagas —susurré.

—Ya deberías saber que es mejor no desafiarme —respondió.

—Y tú ya deberías saber que puedo lidiar con tus desafíos —respondí con voz firme.

Extendió la mano, acarició mi mejilla y me besó de nuevo, lenta y profundamente. Me fundí en el beso, mi cuerpo todavía temblaba por todo lo que me había hecho.

Y entonces Tyler sonrió, diabólico y hermoso.

—Sabes, Parsley —dijo—, todavía no he terminado contigo ni de lejos.

Y antes de que pudiera responder, estaba de nuevo sobre mí, tomando lo que quería tomar a cambio de lo que me daba y de lo que yo necesitaba.

Capítulo 31 – Parsley

EL LOFT DE TYLER, Soho, Manhattan, a la mañana siguiente.

Rebusqué en el vestidor tan silenciosamente como pude, intentando no perder los nervios. Por un lado, flotaba en una especie de euforia burocrática; por otro, la presión del tiempo me respiraba en la nuca de forma tan desagradable que ya me estaba empezando a doler la cabeza.

Aún era temprano y no quería despertar a Tyler. Con la precisión de un artificiero, fui sacando una prenda tras otra del armario, solo para comprobar que ninguna era la adecuada.

Cada fibra de mi cuerpo lloraba porque no estaba devolviendo la ropa a su sitio, sino que la dejaba caer al suelo. A esas alturas, ya se podía hablar de un auténtico alud de colada.

Entonces, por fin, descubrí una blusa y la saqué del armario. Por desgracia, la percha se enganchó con otras cuantas y media barra acabó en el suelo con un estruendo metálico.

Me quedé petrificada, con una pierna en el aire, un brazo metido en una manga y la otra mitad de mi ser sumida en esa clase de culpa cósmica que normalmente está reservada a los niños que rompen jarrones antiguos en casa de su abuela.

Durante cinco largos segundos no pasó nada. Ni gritos, ni gruñidos, ni siquiera un suspiro salió del dormitorio. Solo se oía el leve zumbido de la ciudad que entraba por la ventana entreabierta y el retumbar profundo y persistente de una tormenta que se avecinaba. En algún lugar aulló una sirena. *Bienvenida a Manhattan.*

Exhalé aliviada y eché un vistazo a la zona de guerra. Me quedaban exactamente veintiocho minutos antes de tener que presentarme ante las autoridades, pero mi cerebro seguía atascado en la llamada telefónica de hacía diez minutos. Aquella en la que un funcionario muy amable y muy sobreexcitado por la cafeína me comunicó que mis permisos habían sido aprobados y que solo faltaba una última firma. Lo cual era una locura, porque hace dos días nada funcionaba, porque la burocracia casi siempre era un caos insalvable, incluso cuando tu antigua jefa no intenta poner palos en las ruedas y sabotearlo todo. Pero entonces —milagro de los milagros—, de repente todo empezó a ir sobre ruedas.

El sistema, que para los simples mortales tardaba semanas o meses y que debería haberme sepultado bajo el papeleo, había hecho una excepción conmigo.

No podía ni expresar mi alegría con palabras; era casi como si me hubiera tragado un paquete de bengalas encendidas que ahora chisporroteaban en mi estómago.

Lo único que me devolvía a la realidad era la cuestión de qué ponerme. Necesitaba algo que dijera: *«Soy profesional, pero no*

intento ganar un concurso», *«Respeto el proceso, pero no de forma servil»* y *«Por favor, no me deis otro formulario o me pondré a llorar»*. Y todo eso sin despertar a Tyler. Ya tenía la blusa, pero aún estaba pendiente decidir qué falda o qué pantalón combinar con ella.

Elegí unos vaqueros oscuros, de esos que siempre pasan por estilo formal-informal, y que combinaban con la blusa beige ajustada de corte recatado.

Cuando estaba a medio vestir con los pantalones, me di cuenta de que había perdido los zapatos que había preparado en medio del caos.

—¡No, no, no! —murmuré mientras gateaba a cuatro patas bajo los percheros—. Estaban justo aquí.

Los zapatos no respondieron, pero un par de pies anchos y descalzos aparecieron en el umbral de la puerta. Parpadeé hacia arriba y casi me trago mi propia lengua.

Tyler Kingsley, de un metro ochenta y cinco y diseñado genéticamente para arruinar a cualquier otro hombre para las mujeres, estaba apoyado en el marco de la puerta sin nada más que unos bóxers azul marino y una expresión espectacularmente despreocupada. Tenía el pelo revuelto, como si hubiera pasado la noche en un túnel de viento, y la barba de tres días en su mandíbula le daba el aspecto del miembro más peligroso de una boy band del mundo. Se cruzó de brazos y me contempló con la relajada diversión de alguien que jamás, ni una sola vez en toda su vida, se había preocupado por la opinión de los demás.

—Sabes —dijo con una voz deliciosamente ronca—, es peligroso para ti estar de rodillas en el suelo cuando estoy cerca. Especialmente con esa mirada.

Me puse de pie de un salto intentando no parecer alguien que acababa de ponerse en evidencia hasta el tuétano.

—Estoy buscando mis zapatos —respondí, solo para descubrirlos justo detrás de Tyler, en la alfombra del pasillo. Por supuesto, estaban allí.

Me adelanté, pero él no retrocedió. En lugar de eso, extendió la mano y deslizó un dedo por mi brazo desnudo, empezando por la manga remangada y terminando en mi muñeca—¿Qué haces aquí? Sabes que a tres metros en aquella dirección hay una cama y que es demasiado pronto para haberla dejado ya, ¿verdad?

—Lo sé —repliqué, intentando sonar natural, aunque me salió con un hilo de voz—. Es que, eh, tengo prisa. Asuntos urgentes con el ayuntamiento.

—A las seis y media de la mañana —dijo Tyler sin inmutarse—. ¿Planeas un golpe de Estado?

Negué con la cabeza y sonreí tanto que me dolieron las mejillas—No, mis solicitudes para la ciudad han sido revisadas.

Él me devolvió la sonrisa—Déjame adivinar: ¿ahora te sueltan ante novias histéricas, suegras aún más histéricas y futuros maridos desbordados?

—Espero no atraer a ese tipo de clientela. Pero sí. —Mi corazón dio un pequeño vuelco de alegría.

—¿Y no te sientes estafada por no tener que presentar más formularios para que te den otros formularios con los que solicitar unos terceros? —preguntó Tyler casi con ironía.

—Dios, no. ¡Estoy harta de formularios! —respondí asintiendo. No era mentira. Después de que Arabella me hubiera saboteado prácticamente todo, me sentía simplemente feliz de que todo estuviera solucionado.

—Felicidades, Parsley.

—Gracias.

Seguimos allí parados; Tyler bloqueando la salida y yo aferrada a mis zapatos. Daba la sensación de que la temperatura de la habitación subía un grado por segundo, y dudaba mucho que fuera por la ola de calor de septiembre que se colaba por las ventanas.

—¿Puedo ir a la cocina? —pregunté, porque lo único más urgente que los formularios oficiales era la necesidad de café. Mi nivel de cafeína estaba en niveles negativos peligrosos.

—No, si no dices «por favor» —respondió Tyler sonriendo.

—Por favor.

Se hizo a un lado, pero no antes de agarrarme por la cintura y atraerme para un beso rápido y rudo. Me derretí, porque la resistencia era un mito, igual que el espacio personal en este loft, ya que esa atracción física hacia Tyler siempre me empujaba hacia él.

—Tienes suerte de que yo sea una persona matinal —susurró contra mis labios.

—No lo eres. Eres simplemente imposible de matar —respondí.

Me soltó y salí prácticamente disparada hacia la cocina. La cafetera ya estaba encendida y llenaba el aire con el aroma del cielo tostado. Me serví un trago, luego otro, añadí un chorrito minúsculo de leche de avena y di un sorbo tan caliente que casi me quema la lengua. Perfección.

Tyler apareció detrás de mí, ahora con una camiseta que no hacía nada por ocultar las pruebas de sus entrenamientos matutinos. Se apoyó contra la encimera, con los brazos cruzados, y me observó con esa misma mirada que ponía justo antes de agarrarme y follarme hasta hacerme perder el sentido.

—Parece que estés a punto de perder un vuelo —dijo divertido.

—Es que casi lo pierdo. Bueno, no un vuelo exactamente —respondí gesticulando con mi taza de café—. Pero llego súper tarde. Y no tengo ningunas ganas de presentarme ante la administración como un perro apaleado porque me digan que todas las solicitudes han sido anuladas por mi retraso y que tengo que empezar de cero.

—Eso no va a pasar —rebatió Tyler asintiendo con seriedad.

—A ti quizás no, pero los simples mortales no gozamos de tales privilegios en los trámites oficiales.

—Te has casado conmigo, puedes comprar cualquier privilegio que desees —dijo Tyler encogiéndose de hombros.

—Quiero hacerlo bien, Tyler.

Tyler asintió, luego me quitó la taza de la mano y dio un trago largo —¿Sabes que esto es básicamente veneno?

—Tú bebes whisky y le echas esa salsa sriracha increíblemente picante a casi todo, no tienes derecho a juzgar.

—El whisky es sincero —opinó Tyler bebiendo otro trago de forma demostrativa.

—Y el café es eficiente —rebatí.

Tyler se rindió y me devolvió la taza, pero no sin antes dejar que sus dedos rozaran los míos. Era plenamente consciente de cada punto de contacto, de cada microexpresión de su rostro. Las últimas horas habían sido un auténtico campo de tensión —profesional, sexual, existencial— y todavía no estaba segura de haberlo puesto todo en orden, ni de si eso era siquiera posible.

—Tyler, esto no vale —susurré cuando sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja.

—¿Qué? —preguntó con inocencia.

—Llego tarde —repliqué.

—Entonces deberías irte —respondió Tyler, pero yo no me moví ni un centímetro.

—No me lo pones precisamente fácil.

—Si no estoy haciendo nada. Tyler dio un paso atrás y me sonrió. Casi me acerco a él para besarlo de nuevo cuando vi en el reloj que no llegaba solo un poco tarde, sino muchísimo.

—¡Me tengo que ir ya mismo! Corrí hacia el pasillo, solo para que Tyler me alcanzara, me agarrara por el codo y me hiciera girar. Me empujó contra la puerta con la fuerza natural de alguien que podría cargar conmigo y con todo mi equipaje emocional al mismo tiempo.

—Un momento —dijo—. No puedes salir así.

Me miré el atuendo—¿Tengo una mancha de café? ¿Tengo...?

Él sonrió, igual que un lobo que ha encontrado a su presa—Parece que necesites una sesión de sexo salvaje y desenfrenado.

Mis mejillas se pusieron incandescentes—. Lo que parece es que necesito una máquina del tiempo para retroceder treinta minutos y elegir un conjunto más rápido —respondí e intenté coger mi bolso.

Tyler me bloqueó con una mano y usó la otra para apartarme un mechón de pelo detrás de la oreja—. Eres y seguirás siendo predecible, mi pequeña Miss Perfecta.

—Desde luego, como reina de los horarios burocráticos sensatos, ya me puedes destituir.

—Puedes ser ambas cosas. Mi pequeña Miss Perfecta. Mi reina. Pero el título de *«Puntualidad»* probablemente no te lo den.

Me besó de nuevo, esta vez más despacio. Me supo a café y a un poquito de regocijo. Era injusto lo bueno que era en eso.

Fui la primera en apartarme, principalmente porque de lo contrario nunca lograría salir por la puerta—Tyler, de verdad, tengo que irme.

—Llévate mi moto.

Me detuve en seco—¿Qué?

Fue hacia el colgador de llaves y me lanzó las de su Ducati—Necesitas velocidad. Llévate la Ducati.

Me quedé mirando las llaves como si fueran una granada de mano sin anilla—. Yo no sé conducir ese bicho.

—Sí que sabes —dijo con voz profunda—. Es solo que no quieres admitir que te gustaría.

—Eso es una trampa mortal.

—El metro en hora punta también lo es. Al menos en la Ducati estarás espectacular.

Dudé. Dudé muchísimo. Por un lado, la puntualidad era mi religión, y preferiría arder en el infierno antes que llegar tarde a una cita crucial para mi vida. Por otro lado, las motos.

—Eres malo, y además como mínimo al nivel de Voldemort —dije.

Él se encogió de hombros; la camiseta se le subió lo justo para mostrar una franja de piel—. Te encanta.

Y así era. Que Dios me ayude, pero así era.

—Está bien —respondí agarrando las llaves—. Si me muero, vendré a buscarte como un fantasma.

—Si me persigues como un fantasma, te pondré un altar en el salón.

—Asegúrate de que combine con los colores —repliqué.

—No soy un monstruo —respondió Tyler con sequedad.

—Eso es discutible.

Se rió, y fue esa clase de risa que hacía que el eje de la tierra se inclinara un poco. Me siguió hasta la puerta y volvió a agarrarme de la muñeca.

—Espera, Parsley —dijo, de repente serio.

Me di la vuelta, esperando un sermón sobre seguridad o una declaración de amor. En lugar de eso, me besó con tanta intensidad que vi fuegos artificiales tras mis párpados.

Cuando se apartó, apoyó su frente contra la mía—. No creerás de verdad que voy a dejar que conduzcas mi Ducati, ¿verdad?

Parpadeé—¿Entonces por qué me has dado las llaves siquiera?

Sonrió como el mismísimo diablo—. Quería ver si las aceptabas.

Lo miré sin palabras. Luego empecé a reír, porque era la única reacción sensata.

Deslizó sus dedos por mi espalda y susurró: —Me encanta cómo mi pequeña Miss Perfecta se convierte en una chica mala.

Abrí la boca para responder, pero las palabras se enredaron con mi pulso. Fuera, un trueno rodó sobre la ciudad y el cielo se volvió casi negro.

Dentro, me pregunté cuántas veces más dejaría que Tyler Kingsley pusiera mi mundo del revés antes de dejar de fingir que no estaba enamorada de él.

Aquí tienes toda mi existencia. No la derrames.

Capítulo 32 – Parsley

BROOKLYN HEIGHTS, NUEVA YORK, un poco más tarde.

Los escalones frente al edificio del ayuntamiento de Brooklyn eran una zona catastrófica: tres losas rotas una tras otra, barandillas que faltaban y una paloma que se negaba a echar a volar cuando te acercabas a ella. La humedad me golpeó como una bofetada mojada nada más salir del organismo oficial, haciendo que la blusa se me pegara a la espalda en cuestión de segundos. Pero nada de eso podía estropearme el humor.

Porque en mis manos sostenía una carpeta con el sello dorado de la ciudad de Nueva York, y dentro de esa carpeta estaba el trozo de papel más hermoso, perfecto y burocráticamente bendecido que había visto en mi vida.

Mi propia agencia de organización de bodas. ¡Legal y legítima, pero sobre todo mía!

Apreté la carpeta con tanta fuerza que por poco dejo las huellas marcadas en el cartón marrón. Tuve que contenerme para no besarla, principalmente porque una mujer de traje al pie de la escalera me miraba fijamente, y ya tenía bastantes problemas con mi reputación de *‹esa loca obsesionada con el orden›*. En lugar de eso, di una vueltecita, casi tropiezo con la paloma y luego me reí a carcajadas de mí misma.

Quería llamar a alguien. Quizá a mi madre, pero a esta hora seguro que seguía con su grupo de lectura de la Biblia. O a Scarlett, pero probablemente estaría demasiado ocupada intentando sobrevivir a los caprichos de Arabella.

Dios mío, nunca había visto a Arabella tan furiosa como ayer. Cuanto más bajaba la voz, más locura brillaba en sus ojos. Y no era el tipo de locura que una agradece cuando te pegan contra la pared para besarte. No, era el tipo de locura que tienen los supervillanos justo antes de la batalla final.

En realidad, sabía perfectamente a quién quería llamar. A Tyler.

Pero antes de que pudiera siquiera marcar su número, lo vi junto a su Ducati, exactamente donde me había dejado antes. Se pasaba la mano por el pelo con aire desenfadado, haciendo que todos los hombres en tres manzanas a la redonda envidiaran sus bíceps.

Incluso desde la distancia, pude ver su sonrisa al divisarme.

—Si no hubieras salido en los próximos cinco minutos, habría dado por hecho que habías caído víctima de la burocracia —comentó—. Lo cual ocurre con frecuencia cuando se entra en el séptimo círculo del infierno administrativo.

Debería haberme sentido indignada. Pero, de alguna manera, sonaba sexy cuando Tyler lo decía así.

En lugar de responder, eché a correr hacia él. Corrí todo lo rápido que me permitían los zapatos. Tropecé con una baldosa suelta y por poco me voy al suelo, pero conseguí recuperar el equilibrio en el último segundo.

En mi defensa, estaba drogada de endorfinas, cafeína y el embriagador conocimiento de que había vencido yo sola al jefe final de la batalla de papeleo de la ciudad.

Llegué derrapando frente a Tyler y él me sonrió.

—¿Te han doblegado ellos o los has doblegado tú a ellos?

—Soy inquebrantable —respondí, intentando sonar genial, aunque lo que hacía principalmente era jadear buscando aire mientras me aferraba a la carpeta—. ¡Mira!

Colocó el casco sobre el asiento de la Ducati con un gesto fluido. —Me gusta oír eso. Entonces, antes de que pudiera moverme, se inclinó y me besó, directamente en la boca, a plena luz del día, ante unos seis peatones y un agente de policía que definitivamente se había detenido para mirar. Seguía siendo extraño. Y de alguna manera más extraño aún, porque de nuestro matrimonio fingido había surgido algo más. Algo que ya no era tan fingido, sino real.

Me flaquearon las rodillas.

—Estás cañón cuando sales victoriosa —susurró Tyler mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara—. ¿Qué se siente al ser la directora general más reciente de Brooklyn Heights?

—Como si pudiera levantar un autobús urbano —repliqué—. O al menos una Vespa. Una pequeña. Sin carrocería.

—Te compro una —respondió Tyler de inmediato, sin pestañear—. O una flota entera.

—No hace falta. Tengo tu Ducati —observé—. Y a ti como conductor.

Sonrió, lenta y relajadamente, y me tendió mi chaqueta de cuero. —¿Significa eso que estás lista para volver a casa?

No tuve ni que pensarlo, me limité a asentir.

—¿Segura? —Tyler arqueó una ceja inquisitiva—. ¿Me confías tu vida aunque ya no haya plazos ni fechas límite que cumplir?

Metí los brazos en la chaqueta de cuero, que pesaba y estaba caliente, pero que se sentía casi como un abrazo de Tyler.

—Confío en ti más que en mí misma, Tyler —respondí seria, porque hablaba en serio.

—Y te prometo que no traicionaré esa confianza, Parsley. Jamás.

Eso era o lo más romántico o lo más temerario que alguien me había dicho nunca, y no estaba segura de cuál de las dos cosas.

Me puse el casco y dejé que Tyler guardara el documento más importante de mi vida en el compartimento bajo el asiento. Luego me subí a la Ducati detrás de él, le rodeé la cintura con los brazos y sentí de inmediato el rugido de la máquina al arrancar.

Yo no era una persona de motos. Yo era una *persona de hojas de Excel con pestañas clasificadas por colores* y *de planes de reserva para los planes de reserva*. Pero con Tyler, todo se sentía al mismo tiempo como un desafío, una promesa y una idea realmente mala.

Se giró hacia mí y preguntó:

—¿A qué velocidad quieres ir?

—Sorpréndeme —respondí antes de que pudiera arrepentirme.

Hizo rugir el motor una vez y luego salimos zumbando, incorporándonos al tráfico de Brooklyn. La ola de calor no había remitido y, tras dos manzanas, el sudor empezó a acumularse en la parte baja de mi espalda. A bajas velocidades la chaqueta era un suplicio, pero no me quejé, porque Tyler estaba en su salsa, serpenteando entre taxis y furgonetas como si hubiera nacido sobre dos ruedas.

En un semáforo en rojo, miró hacia atrás.

—¿Estás bien?

—¡Todo bien! —grité por encima del motor. Y lo decía de verdad. Estaba vibrando. Estaba viva. Y quería más.

En cuanto entramos en la interestatal, Tyler abrió gas y el mundo pasó volando a mi alrededor. Pegué el pecho a su espalda y me agarré fuerte mientras el viento me refrescaba el cuerpo y la ciudad se convertía en franjas borrosas de acero y sol.

Pensé que tendría miedo. Pero no fue así, al contrario. Estaba eufórica. Cualquier miedo que hubiera acumulado hacia las motos, hacia la pérdida de control, se había esfumado. Evaporado. Solo existían Tyler, la moto y la velocidad demencial que hacía que mi corazón latiera más rápido.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que no tenía miedo porque confiaba de verdad en Tyler. No de la forma casual de *‹Sí, confío en que compres la leche›*, sino de la forma aterradora e irrevocable de *‹Aquí tienes toda mi existencia, no la derrames›*. Y eso me dio ganas de gritar, de reír y quizá también un poco de llorar.

Tyler aceleró y la Ducati cogió tal velocidad que a mis lados solo veía líneas borrosas. Solo quedaban Tyler, a quien me abrazaba cada vez más fuerte, y el cielo que empezaba a oscurecer sobre nosotros.

Sentía cada músculo de su cuerpo trabajando, cada sacudida y cada ajuste ante los movimientos más sutiles. Tyler mantenía la trayectoria a la perfección y ajustaba la velocidad de forma tan intuitiva que se notaba que lo había hecho miles de veces.

Supe en ese instante que podría hacerlo eternamente sin cometer ni un solo error.

Y eso me encantaba de él. Me gustaba tanto que me daba más miedo que la propia velocidad.

Y en algún momento, cuando cambiamos la interestatal libre por las calles de tráfico urbano denso, noté que las piernas me temblaban ligeramente, pero no de miedo. La adrenalina, la felicidad y el saber que había confiado mi vida a Tyler me tenían en una nube.

Por un lado, sentí alivio cuando nos detuvimos frente a nuestro complejo de apartamentos; por otro, también me sentí decepcionada porque me había acostumbrado al subidón de adrenalina.

Tyler apagó el motor, se giró y se quitó el casco. Su pelo se veía perfectamente imperfecto y su boca estaba curvada en una sonrisa.

—¿Y bien?

Me quité el casco, dejé que el pelo me cayera sobre los hombros e intenté recuperar el aliento. —Acabas de arruinarme cualquier otro medio de transporte.

Se rió. —Sabía que te encantaría si de verdad te dejabas llevar.

—Ese es el problema —dije bajándome de la moto—. Me estás convirtiendo en una adicta a la adrenalina.

Pasó la pierna por encima del asiento y acortó la distancia entre nosotros, poniendo las manos sobre mis hombros. —Admítelo, nunca

has tenido miedo de verdad.

—Sí, estaba muerta de miedo —dije con sinceridad—. Pero curiosamente, también es cuando más segura me he sentido.

Su expresión cambió y se suavizó. Recorrió mi mandíbula con el pulgar. —Eso es lo que quiero. Que te sientas segura conmigo.

—Tyler —dije, y todo rastro de broma desapareció de mi voz—. ¿Sabes la locura que es lo mucho que confío en ti?

Me buscó la mirada, ahora serio. —Sin un poco de locura, todo sería muy aburrido.

—¿Quieres más locura todavía? —pregunté.

No respondió directamente, sino que se limitó a besarme. Solo entonces asintió.

—Vale, ración doble de locura.

Nada que valga la pena es fácil.

Capítulo 33 – Tyler

LOFT DE TYLER, SOHO, MANHATTAN, un poco más tarde.

Cuando por fin llegamos a la puerta de mi apartamento, el aire estaba tan húmedo que podía saborear el champú de Parsley en la lengua. Ella se apoyó en mí mientras yo abría la puerta y, en cuanto se abrió, me abalancé sobre ella.

Soltó su bolso y yo alcancé a coger el casco justo antes de que golpeara contra el parqué. Soltó un sonido de sorpresa y yo solo alcancé a susurrar un —shhh— antes de empujarla contra la puerta y besarla con tanta furia que a ambos se nos cortó la respiración.

—Tyler —jadeó Parsley, pero ignoré su intento poco entusiasta de resistirse.

—Querías locura —le repliqué con un susurro ronco, mientras bajaba la cremallera de su chaqueta de cuero y se la quitaba de los

hombros.

Nos quedamos así un momento, inhalando el aire del otro, frente contra frente, con su pecho subiendo y bajando al ritmo del mío. Me miró como si le acabara de ofrecer el mundo entero, lo cual era una locura, ya que todavía no había hecho nada de nada.

Me miró fijamente. —No este tipo de locura.

—Pero este es el tipo de locura que puedo darte —dije y volví a besarla, con más fuerza que antes, mientras sus labios se abrían bajo los míos. Parsley sabía de maravilla. A cafeína y a algo dulce.

La empujé con más firmeza contra la pared y sus manos se hundieron en mi pelo, mientras yo enganchaba mis dedos en su blusa.

Parsley jadeó y se apretó más contra mí, pero vi que todavía tenía intenciones de resistirse.

Deslicé mi mano por su muslo, más arriba de la cinturilla de sus vaqueros, encontré la piel suave y cálida y dejé que mi pulgar reposara justo bajo el elástico de su ropa interior.

—Llevas demasiada ropa puesta —susurré y me quité la camisa.

—Tyler —respondió Parsley de nuevo, mientras dejaba que le deslizara la blusa por el hombro.

No podía pensar, ni respirar, y no quería otra cosa que estar aquí con ella. Parsley era la única persona que podía tener a mi alrededor constantemente. Es más, Parsley era la única persona que necesitaba tener cerca. Lo había negado durante demasiado tiempo, pero Jaxon tenía razón.

Hizo un sonido de anhelo cuando la besé a lo largo de la mandíbula, bajando por su cuello, y cuando succioné suavemente su clavícula,

llegó a soltar un gemido.

Sonreí contra su piel. —Te gusta eso.

—Tal vez —consiguió decir con voz aguda y entrecortada.

Subí la mano, apretando su pecho a través de la fina tela de su sujetador, y ella se retorció bajo mi contacto.

—Dime qué es lo que quieres, Parsley.

Vaciló, pero solo un segundo. —Quiero que pierdas el control.

—Un deseo peligroso —advertí.

—De eso se trata precisamente —dijo y volvió a besarme, de forma dulce, profunda y con tanta confianza que casi pierdo los papeles allí mismo—. Pero ahora no. Al menos no ese tipo de control.

—¿De qué se trata entonces ahora? —levanté una ceja, inquisitivo, mientras liberaba a Parsley de sus vaqueros.

Estaba temblando, pero no de nervios, sino de deseo, y yo no estaba mucho mejor. Quería cada centímetro de ella. Maldita sea, la quería ruidosa, suplicante y desesperada. Quería que gritara mi nombre.

Pero justo cuando iba a bajarle la ropa interior, apoyó sus manos en mis hombros y me apartó.

—Espera —dijo con las mejillas encendidas—. Luego. Primero tenemos que hacer otra cosa.

Arqueé una ceja. —¿Mejor que esto?

—No. —Parsley se mordió los labios pensativa—. Pero es necesario.

Algo en su rostro me dijo que lo que planeaba no era agradable.

Parsley se soltó de mí y tiró de mi mano. —Ven conmigo.

La seguí hasta la terraza trasera. Fuera, el aire estaba cargado de humedad y las nubes de tormenta pesaban sobre la ciudad, provocando probablemente multitud de dolores de cabeza.

Parsley fue hacia la piscina de borde infinito y quitó la cubierta que estaba extendida sobre la superficie.

—¿Quieres ir a nadar? —pregunté con un tono tan plano que casi me arrepentí al ver cómo se estremecía Parsley.

La miré fijamente, luego a la piscina, luego otra vez a ella. Me hormigueaba la piel, y no de la buena manera. Debió de notarlo, porque se detuvo con una pierna ya en el agua.

—Odias esto, ¿verdad? —preguntó, como si no tuviera ni idea. Aunque Parsley lo sabía de sobra.

Me encogí de hombros intentando parecer despreocupado. —No es mi actividad favorita.

Se sentó en el borde, con los pies colgando en el agua, y dio unas palmaditas en el sitio a su lado. —Siéntate sin más. Ni siquiera tienes que entrar.

Observé la piscina y no me moví ni un centímetro. El agua estaba clara y la superficie tan lisa que reflejaba las nubes de tormenta sobre nosotros; aun así, apenas podía soportar la vista.

Odiaba las piscinas. Odiaba cualquier masa de agua abierta en la que no se pudiera hacer pie.

Realmente no le había contado a Parsley por qué. Al menos no de una forma que contara. Y eso era precisamente lo que ahora se volvía en mi contra.

—Sabes, en realidad te tengo prohibido entrar ahí —dije mientras me sentaba junto a ella.

—Técnicamente me prohibiste nadar. No estoy nadando. Estoy... moviéndome en una zona gris creada por ti.

—Juega usted demasiado bien a este juego, señora Kingsley —gruñí, pero en mi voz no había rastro de ira real.

—Eso lo he aprendido de usted, señor Kingsley. Parsley me miró con seriedad. ¿Sabes por qué te he traído aquí, Tyler?

—¿Por qué quieres matarme?

—No —respondió y agarró mi mano—. Porque sé que odias el agua. Y sé que no es solo odio, hay algo más. Algo más profundo que te quita el aire para respirar.

Aparté la mirada y contemplé el horizonte, que ahora estaba casi negro.

—Sea lo que sea lo que te frena, Tyler, tienes que dejarlo atrás para poder volver a respirar —dijo—. Tú me ayudaste con mi miedo a perder el control. Ahora yo te ayudo con tu temor al control.

—Eso es diferente.

—No, no lo es. —Tiró suavemente de mi mano.

Sentí cómo se tensaban mis hombros y cómo mi cuerpo entero se ponía en modo defensa. —No quiero hablar de ello, Parsley.

—Entonces no digas nada. Solo siéntate aquí a mi lado. —Parsley dio unas palmaditas con la mano libre junto a ella. A regañadientes acepté su oferta y me senté sobre las baldosas calientes. Mis pantorrillas estaban sumergidas hasta la mitad en el agua, que estaba casi tan tibia como el aire de la tormenta.

—Sabes —dijo tras un minuto de silencio—, la primera vez que me llevaste en la moto, tenía un miedo atroz. Y la segunda vez, más todavía.

—No parecías asustada —respondí.

—Pero lo estaba. Y lo hice de todos modos. Porque estabas tú.

Asentí. —Porque confías en mí.

—Sí. —Parsley miró por un momento sus pies que flotaban en el agua—. ¿Tú también confías en mí?

Asentí y respiré hondo. El olor a cloro me llenó la cabeza.

—Tienes razón, Parsley. No es solo que odie el agua —dije en voz baja—. No solo eso. Odio lo que me hace sentir. —No lo dije en voz alta, pero tal vez el miedo también jugaba un papel importante.

Parsley no se rió. No sonrió con burla. Al contrario, se mostraba tan comprensiva que casi dolía. Paciente, dejó que sus pies flotaran en el agua y esperó a ver si tenía algo más que decir.

—¿Quieres saber por qué? —pregunté.

Me apretó la mano. —Solo si quieres contármelo.

Dejé que el silencio se estirara buscando las palabras adecuadas. —Tenía diez años. Mi mejor amigo Blaze —en realidad Benjamin, pero solo respondía al nombre de Blaze por unos dibujos animados—, tenía once. Estábamos tonteando junto al Hudson, como hacen los chavales que solo tienen travesuras en la cabeza. Había un viejo bote de remos, encadenado pero sin candado. Blaze quería salir remando y cruzar hasta Jersey. Yo dije que no. Dije que era una estupidez y que nos meteríamos en líos. Que estaba prohibido. —Tomé aire brevemente—. Cuesta imaginarlo, pero de niño seguía las reglas de manera casi fanática. —No era una exageración. De

pequeño, incluso los niños del coro parecían rebeldes a mi lado. Al menos hasta aquel día...

Parsley escuchaba con los ojos muy abiertos.

—Blaze me llamó cobarde y se fue solo. Vi cómo soltaba el bote y, cuando estaba a unos veinte metros de la orilla, el bote empezó a hacer aguas. Intentó dar la vuelta, pero... —Tragué saliva con dificultad—. Se hundió. Salté tras él. Era un buen nadador, pero la corriente era demasiado fuerte.

Cerré los puños recordando lo fría que había estado el agua, cómo me había succionado el aire de los pulmones y cómo se me habían agarrotado los músculos. Cada célula nerviosa de mi cuerpo recordaba vívidamente aquel día. Podía saborear el Hudson en la lengua y la culpa de no haber sido lo bastante fuerte, lo bastante rápido, casi me asfixiaba.

—Tres días después desperté en el hospital. Blaze no.

La mano de Parsley apretaba ahora la mía con fuerza y le agradecí el apoyo.

—Así que sí, odio el agua. Las piscinas, los ríos, lo que sea. No porque no pueda soportar recordar cómo me ardían los pulmones o cuánto me dolía el cuerpo. Sino porque podría haberle salvado si tan solo...

—Eras un niño —susurró Parsley.

—Era el único que estaba allí.

No intentó corregirlo ni dijo que no fuera mi culpa. Simplemente sostuvo mi mano y me dejó ahí con el recuerdo, lo cual agradecí. Ninguna palabra en el mundo, ni siquiera saliendo de la boca de Parsley, podía quitarle hierro a esa culpa.

—Ahora entiendo tu prohibición sobre la piscina. —Parsley se aclaró la garganta—. ¿Es también esa la razón por la que actúas como si te dieran igual las reglas? ¿Porque sientes que tu sentido de la responsabilidad te traicionó entonces?

La miré fijamente. —Me comprendes demasiado bien.

Logró esbozar una media sonrisa. —Tal vez sea también el motivo por el que conduces tan rápido. O por el que besas como si se fuera a acabar el mundo.

—O por el que me casé contigo tras nuestra primera noche.

—Eso es lo que más me gusta. —Apoyó la cabeza en mi hombro—. Está bien soltar lastre, Tyler.

—¿Soltar qué?

—El miedo. Y el odio. Los pensamientos que te obligan a creer que eres una mala persona, porque no lo eres.

—No es tan fácil —respondí.

Ella me miró. —Nada que valga la pena es jamás fácil.

Se deslizó desde el borde a la piscina, el agua arremolinándose en su cintura y luego en su pecho. Extendió las manos.

—Vamos —dijo—. No me pasará nada si estás conmigo. Confío en ti. Tú deberías hacer lo mismo.

Vacilé, luego hundí más las piernas en el agua. Más abajo, el agua estaba más fresca, pero seguía estando demasiado caliente para aquel calor.

Permití que Parsley tirara de mí más adentro hasta que yo también estuve de pie en el vaso. Parsley rodeó mi cuello con sus brazos y

nos quedamos así, con los cuerpos apretados el uno contra el otro y el agua por el pecho.

—¿Sientes eso? —susurró—. Eso es confianza.

Asentí. El agua no era tan terrible si podía sujetar a Parsley. Después de un minuto, hasta tuve la sensación de que no era la cosa más espantosa del mundo estar en el agua con ella.

Parsley apretó su rostro contra mi cuello. —Contigo me siento segura.

—No te pasará nada —prometí.

Me besó, lento y profundo, y por primera vez me permití aceptar el agua que me rodeaba.

Estaba lejos de que me gustara, pero ya no era el mismo que había sido cinco minutos antes.

Después de un rato, salimos de la piscina calados hasta los huesos. Busqué toallas y la envolví a ella primero, y luego a mí.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Parsley.

Lo reflexioné. —Sí. La verdad es que sí.

Ella sonrió. —Bien.

La atraje hacia mí. —Gracias.

—No es nada. —Parsley quiso restarle importancia, pero atrapé su mirada con gesto serio.

—No, de verdad. Gracias, Parsley.

Parsley me abrazó con fuerza. —Sabes, hiciste lo que pudiste. Y a veces eso no es suficiente. Pero no es culpa tuya.

Quise responder algo, pero me apretó la mano con más fuerza y no me dejó terminar.

—Creo que eres la persona más fuerte que conozco —dijo—. Aunque a veces te comportes como un gilipollas.

Sonreí, porque era la única forma de no ablandarme.

—Ser un gilipollas es mi estrategia de supervivencia.

—Funciona solo a medias —respondió ella con sequedad.

Me reí, aunque en realidad no tenía ganas. Aun así, tenía la sensación de poder respirar mejor que antes.

—Sé que aún no te has perdonado, pero algún día podrás hacerlo —dijo Parsley con voz firme.

—Quizá. —No aparté la vista de Parsley, aunque era lo que más deseaba. Pero una chispa de su determinación se me contagió y me pregunté si realmente podría librarme de las sombras del pasado en algún momento.

El momento, por extraño que fuera, se vio interrumpido por el zumbido de mi móvil. Lancé una mirada sombría hacia el interior de mi apartamento, donde vibraba sobre la mesa.

—Deberías contestar, ya vas bastante tarde de todos modos —dijo Parsley.

—Siempre voy tarde —respondí con indiferencia.

—Aun así, tienes cosas que hacer. Y yo también, por cierto. Parsley se encogió de hombros. Tengo que contarle a Scarlett, mi mejor amiga y desde hoy también mi socia, que el papeleo oficial por fin está listo.

Joder, se me había pasado por completo que el día de hoy era especial para Parsley.

La volví a estrechar contra mí. —Siento haberte aguado la fiesta con todo ese asunto del trauma.

Negó con la cabeza y puso las manos sobre mi cara.

—No lo has hecho, Tyler. Al contrario, acabas de demostrarme lo mucho que significo para ti por haber entrado en la piscina conmigo.

La miré y, por un momento, todo estuvo bien. —Entonces me pongo en marcha antes de que mis accionistas pierdan la paciencia.

Doce.

Capítulo 34 – Parsley

CELESTIAL CAKES, UPPER EAST Side, Nueva York, un poco más tarde.

Hoy era uno de esos pocos días en los que en Celestial Cakes reinaba una calma absoluta. Estaba tan tranquilo que en la parte delantera se oía la lista de reproducción que Scarlett había puesto en la parte de atrás de la pastelería. Hoy parecía haberle dado por el rock-pop de principios de los 2000.

Pasé por delante del mostrador hacia la cocina, donde Scarlett estaba decorando una tarta de cinco pisos con purpurina comestible. En su delantal tenía pegado glaseado azul cielo y algo que parecía mermelada de frambuesa.

Me aclaré la garganta y Scarlett levantó la vista.

—Estás sonriendo —dijo Scarlett secamente, dejando a un lado la purpurina y entrecerrando los ojos—. Pero de verdad. No es esa sonrisa tuya de *«estoy intentando convencerme de que todo va bien»*. Esta es real. —Se acercó a mí y, al pasar, sacó una cuchara de madera de una olla y me señaló. Solo para que conste: la cuchara estaba llena de mermelada espesa—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con la Parsley Kingsley-antes-Johnson?

Me dejé caer en el taburete y permití que mi cara hiciera lo que llevaba toda la mañana amenazando con hacer: irradiar alegría.

—Hoy tengo todos los motivos para sonreír, Scarlett. De hecho, por lo menos tres. —Los fui contando con los dedos—. Primero: Tyler me ha preguntado si quiero quedarme con él, y no de esa forma de *«lo pregunto solo por cortesía»*, sino de verdad. De esa forma de *«quédate conmigo»* que vemos constantemente en las películas de Hollywood. Segundo: se ha puesto una corbata por mí. Creo que eso significa que, en algunas culturas, estamos prácticamente casados «de verdad».

Scarlett lanzó las manos al aire y la mermelada salió disparada de la cuchara por toda la cocina. —¿Es el mismo Tyler Kingsley que una vez dijo que *las corbatas eran los collares isabelinos del capitalismo tardío*? ¿Ese Tyler Kingsley?

—Ese mismo. Y tercero —tomé aire profundamente, tan profundo como si me estuviera inyectando oxígeno puro directamente en las venas—, tengo todos los papeles. Desde esta mañana, soy oficialmente la dueña y fundadora de *Celestial Weddings*.

Scarlett me miró con la boca abierta antes de soltar un chillido tan agudo que probablemente activó las alarmas de los coches del siguiente barrio.

—¡Lo has conseguido! —Rodeó el mostrador y me estrujó en un abrazo de oso, mermelada de frambuesa incluida—. ¡Dios mío,

Parsley, estoy tan orgullosa de ti! ¡Tienes una agencia de bodas de verdad!

—Sí —dije, con la voz amortiguada por su pelo, cuyas puntas se habían teñido de azul gélido—. Todavía no me puedo creer que sea real. ¿Y sabes qué es lo mejor?

Scarlett me soltó, dio un paso atrás y me examinó como si me estuviera buscando pulgas. —¿Que por fin te has dado cuenta de que puedes hacer algo épico sin dejar que gente como Arabella te pase por encima?

—Bueno, eso también, pero lo más importante es que, a partir de hoy, eres oficialmente mi repostera exclusiva para *Celestial Weddings*. —Saqué un papel del bolso—. Bueno, en cuanto firmes el contrato.

—Tú y tus contratos, Parsley. —Scarlett tenía lágrimas en los ojos, algo tan raro en ella como un eclipse total de sol en la costa este—. ¿Y has llamado a tu agencia Celestial Weddings?

Asentí. —Celestial Cakes, Celestial Weddings. Es un paquete completo. A partir de hoy, no tendremos que volver a dejar que Arabella ni ningún otro ricachón engreído nos mangonee.

Scarlett parpadeó rápido y terminó por limpiarse los ojos con la manga. —No puedo creer que lo hayas hecho. Quiero decir, dijiste que esto sería cosa nuestra, pero…

—Lo prometido es deuda —respondí con seriedad—. Y no empieces a llorar ahora, porque, si no, yo también empezaré. Y ya sabemos las dos que será un círculo vicioso interminable, porque no pararemos de hacernos llorar la una a la otra.

Scarlett sorbió por la nariz y recuperó de inmediato su volumen de voz habitual. —Vamos a celebrarlo. Ahora mismo. Sin discusiones. Voy a hacernos una tarta que hará que cualquier nutricionista del

estado solicite una orden de alejamiento contra nosotras si alguna vez llegamos a enseñársela a alguien.

—¿Podemos ponerle Skittles? —pregunté sonriendo.

—Voy a repartir tantos Skittles por encima que será estructuralmente inestable. —Scarlett ya estaba sacando cuencos y mezclando ingredientes con un entusiasmo temerario—. Cielo, voy a usar tantos paquetes de Skittles que después nos cuestionaremos nuestra propia existencia.

—¡Trato hecho! —Asentí.

—Así que Tyler quiere que te quedes. —Scarlett empezó a medir la harina mientras seguía hablando—. ¿Qué, para siempre?

—Vayamos despacio —respondí levantando las manos en un gesto tranquilizador—. «Para siempre» es mucho tiempo.

—No tanto si lo pasas con personas que te gustan.

Volví a asentir. —Aun así, quiero ser precavida y no hacerme falsas ilusiones. ¿O eso me convierte en una idiota?

Scarlett me interrumpió con un movimiento de sus varillas. —No eres idiota. Solo eres emocionalmente cautelosa. Es lo que pasa cuando creces con unos padres que piensan que mostrar afecto antes del matrimonio es pecado. Pero eso no significa que no te lo merezcas. —Me señaló con las varillas—. Te mereces cada pizca de felicidad, Parsley. Por lo menos tanta felicidad como Skittles habrá en nuestra primera tarta de Celestial Weddings.

La observé trabajar y sentí que el pecho se me apretaba de la mejor manera posible. —Quiero hacerlo bien, ¿sabes? Quiero que funcione. No solo que Tyler consiga su acuerdo, sino que lo nuestro con Tyler también funcione. *Nosotros*.

Dios, cuánto deseaba que este sueño se hiciera realidad. Me permití aferrarme a ese pensamiento, porque hoy Tyler me había demostrado que sí tenía sentimientos. Me había confiado cosas que no se comparten así como así, sino para las que hacía falta confianza.

Scarlett se encogió de hombros y removió con tanta fuerza que se levantó una nube de harina. —Pues hazlo. No le des tantas vueltas, simplemente deja que… pase. Siempre estás tan ocupada esperando a que el cielo se desplome, que nunca miras hacia arriba para ver cuándo está despejado.

—Te estás poniendo muy filosófica para ser alguien que una vez intentó averiguar cuántos malvaviscos cabían en la boca a la vez.

—Doce. Y el récord sigue imbatido hasta hoy. —Scarlett sonrió—. Como sea. Por eso yo soy el cerebro de esta operación.

—¿Y yo, qué soy entonces? —pregunté frunciendo el ceño.

—Pues qué va a ser, tú eres el corazón. Tienes tanta compasión que casi temo que sea contagiosa, y todas esas reglas tuyas de la carpeta no son más que porque quieres que los demás tengan un día inolvidable.

Scarlett me tendió una cuchara con masa para probar. —Prueba esto y dime si está demasiado dulce.

La lamí y parpadeé. —Scar, esto está tan dulce que casi entro en coma diabético.

—Perfecto —dijo satisfecha.

—Oye —añadí, al recordar su primera reacción—. ¿Por qué creías que no iba a estar de buen humor cuando llegara?

En medio segundo, Scarlett puso su cara de *«ahora la cosa va en serio»*. No era buena señal.

—Hoy no has visto las noticias todavía, ¿verdad? —Scarlett ladeó la cabeza, intentando no parecer que me compadecía.

—No, ¿qué pasa?

—Tengo una noticia buena y otra mala; ¿cuál quieres primero?

—La buena —respondí, con la esperanza de que la mala no fuera tan mala después.

—Eres famosa. En cierto modo.

—¿Y la mala? —pregunté, sin entrar en lo que Scarlett quería decir con *«famosa»*.

—Arabella ha contribuido a tu fama.

—¿Qué? —Mi pulso se disparó de inmediato a niveles poco saludables.

Scarlett sacó su móvil, pulsó la pantalla un par de veces y luego lo giró para que yo pudiera verlo.

Era un vídeo. De Arabella frente al Metropolitan Club, saliendo por la puerta principal tambaleándose con una botella de champán a medio vaciar, mientras una bandada de reporteros se lanzaba sobre ella.

—Pero ¿qué…?

El vídeo empezaba con Arabella casi tropezando por los escalones y agitando la botella como si fuera a bautizar un barco. Miraba directamente a las cámaras, con los ojos vidriosos y furiosos, mientras los reporteros le hablaban todos a la vez queriendo obtener información privilegiada.

—¿Queréis saber algo sobre la boda? ¿Sobre los invitados? —balbuceó, con la voz una octava más aguda de lo habitual—. Yo os hablaré de la boda. La lista de invitados ya ni siquiera es exclusiva. ¿Sabéis por qué? Porque Parsley Johnson… no, perdón, Parsley Kingsley… tiene a Tyler comiendo de su mano, hasta el punto de que ni siquiera puede respirar.

Los reporteros mordieron el anzuelo y le acercaron los micrófonos.

—¿Está diciendo que Tyler Kingsley está casado?

Arabella los interrumpió con un bufido. —Casado. Sí. Pero eso no es lo peor. Parsley me ha robado a mi mejor cliente delante de mis narices. Y eso después de haberme robado ya otra boda. La boda Kensington. Esa debería haber sido mía. —Le dio un trago a la botella y luego señaló con ella a las cámaras—. Y ahora quiere quedarse con todo el sector. Buena suerte. Nadie querrá volver a contratarla cuando yo haya terminado con ella.

El vídeo continuaba; la diatriba de Arabella se volvía más ruidosa y menos coherente mientras desplegaba todo su repertorio despectivo contra mí. Así siguió hasta que los servicios de seguridad terminaron por meterla de nuevo dentro.

Me quedé mirando la pantalla casi sin respirar.

Scarlett retiró el móvil con delicadeza, se lo guardó y dijo: —Eso ni siquiera es lo peor. Hay cientos de montajes en Instagram.

—¿Cientos? —jadeé, sin que me saliera la voz.

—Y miles en TikTok —añadió Scarlett en voz baja—. Ha creado una nueva tendencia. *«It's My Party and I'll Cry If I Want To»*. Tiene su gracia, si no fuera tan trágico.

Recuperé la voz. —¿Cuánta gente lo ha visto?

Scarlett abrió mucho los ojos. —Pars, ha salido en las noticias de la mañana. Está en todas las cuentas de redes sociales que sigo y en todas las portadas que he visto.

Apoyé la cabeza sobre la encimera de la cocina y solté un gemido.

—Eh —dijo Scarlett con voz suave—. Esto no es algo malo. Arabella parece un desastre y tú quedas como una heroína. Todo el mundo habla de lo elegante que estuviste en la boda y de que no has dicho ni una mala palabra sobre ella. Estás recibiendo más prensa positiva que la propia novia del senador. De hecho, nadie habla de la boda.

—Yo no he hecho nada —murmuré, con la cara todavía pegada a la chapa metálica.

—Exacto. Has dejado que tu profesionalidad hable por ti. Por eso le gustas a la gente. —Sentí que los ojos volvían a escocerme, y esta vez ni siquiera intenté contenerlo. Dejé que brotaran las lágrimas y Scarlett me abrazó con más fuerza.

Giré la cabeza para poder ver a Scarlett. —¿Y si Tyler ve esto? Oh, Dios, ¿y si lo ve mi familia?

Scarlett me interrumpió con un bufido. —Si Tyler se parece en algo al tipo que me has descrito, le parecerá divertidísimo. Si no, es que de todas formas no te merece.

Intenté creerle. De verdad. Pero una parte de mí seguía esperando a que el cielo se desplomara.

—Dios mío —dije llevándome la mano a la frente—. ¿Qué pasará cuando Arabella vea el espectáculo que montó anoche?

Scarlett resopló. —¿Sabes lo que digo yo a eso?

—¿Qué? —Me di un poco de aire con la mano; el ambiente olía a vainilla y canela.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz. —Que le den. Que le den a Arabella. No le debes nada. Tuvo su oportunidad de ser una persona decente y la fastidió. Lo que pasó anoche no es culpa tuya y nadie puede convencerme de lo contrario.

—¿Tú crees? —Los latidos del corazón me seguían retumbando en los oídos.

—Lo sé —respondió Scarlett asintiendo con determinación.

Antes de que pudiera responder, sonó mi móvil. La pantalla se iluminó. *Mamá.*

—Es mi madre —susurré, mirando la pantalla como si pudiera explotar—. ¿Qué hago?

—Para empezar, puedes dejar de susurrar, que todavía no te oye —respondió Scarlett inclinándose hacia delante—. ¿Vas a contestar?

Asentí. Luego negué con la cabeza. Y volví a asentir. —¡No lo sé! ¡No tengo un plan para este escenario!

—Nadie tiene un plan para el caso de que su antigua jefa desvele ante la prensa que estás casada —replicó Scarlett—. Pero si sirve de algo, puedes coger cualquier tarta, cualquier cupcake y cualquier dulce que haya en el mostrador. Obviamente, esto es una emergencia de azúcar.

—Gracias —murmuré, sin dejar de mirar la pantalla.

¿Debía contestar? ¿O mejor no? Cada escenario que se me pasaba por la cabeza era peor que el anterior. No podía mentir a mi madre, pero tampoco podía decirle la verdad.

¡Socorro!

Deberías ignorar mis palabras. Eso le funciona a la mayoría de la gente.

Capítulo 35 – Tyler

DISTRITO FINANCIERO, KENSINGTON INDUSTRIES, NUEVA York, un poco más tarde.

Jaxon estaba sentado frente a mi escritorio. A pesar del calor que, pese al aire acondicionado, se acumulaba hasta el piso cuarenta, su traje estaba impecable y la camisa blanca de debajo, sin una sola arruga. Y su corte de pelo de catálogo de modelo masculino ni siquiera se atrevía a moverse.

Aun así, yo seguía con la vista clavada en la hoja de cálculo que tenía delante, la cual había terminado de procesar hacía una hora.

Jaxon tamborileó una vez con los dedos sobre el escritorio, se detuvo y me observó con mirada seria.

—Estás haciendo eso otra vez, Ty —dijo con sequedad.

—¿El qué? —No levanté la vista de la pantalla.

—Eso de fingir que estás leyendo o que todo te da igual. Pero en realidad le estás dando vueltas a algo de forma tan profunda que Confucio a tu lado parecería un niño con TDAH y una botella de Coca-Cola encima.

—No le estoy dando vueltas a nada profundo —respondí, y pinché en la siguiente pestaña, que también llevaba lista mucho tiempo.

Jaxon se inclinó hacia delante y cerró mi portátil de un golpe seco.

—Estoy trabajando —repliqué cortante, a lo que Jaxon solo respondió con una mirada de mofa.

—Los dos sabemos que ahora mismo no estás trabajando.

—¿Y qué estoy haciendo entonces, según tú? —Mi tono fue más duro de lo que pretendía, pero no pareció importarle lo más mínimo.

—Estás serio. Pero no con esa seriedad que te impones cuando estás en la misma habitación que Worthington. Por cierto, felicidades de nuevo por el acuerdo.

—Gracias. Su asistente me ha enviado los primeros documentos de la *due diligence*. Todo tiene buena pinta —respondí, reclinándome en la silla.

—¿Lo ves? Deseabas tanto este acuerdo que, por primera vez en tu vida, trazaste un plan. ¿Y ahora qué? Lo dices como si no fuera para tanto y pones esa famosa cara tuya de funeral. ¿Qué demonios te pasa?

El rostro de Jaxon se mantuvo neutral, pero sus ojos se entrecerraron lo justo para demostrar que hablaba en serio.

—Nada. No dije nada más. Jaxon sacó una pelota antiestrés del bolsillo y empezó a apretarla; resultaba extraño porque tenía la fuerza de un oso y la pelota casi reventaba bajo la presión de sus dedos.
—¿Así que esta es tu nueva versión de estar aburrido? —Jaxon no sonaba muy convencido.

—No estoy aburrido —dije—. Solo... —Me detuve, porque la verdad era que no sabía qué venía después de *conseguir lo que siempre habías querido*. Especialmente cuando lo que de verdad quería era una planificadora de bodas rubia con más equipaje emocional que el aeropuerto JFK el día de Acción de Gracias.

Jaxon lanzó la pelota al aire y volvió a atraparla. —Estás pensando en Parsley.

—Siempre estoy pensando en Parsley.

Él se sonrió. —No te imaginaba como el tipo de hombre que se muere de amor.

—Y yo no te imaginaba como el tipo de hombre que tarda tanto en llegar a una conclusión lógica.

Ignoró mi comentario, algo habitual en él. —Entonces, ¿tu mal humor se debe a que has tenido que admitir algo ante ti mismo?

—No. —Sacudí la cabeza—. Le he hablado del río Hudson. Ya conoces mi humor cuando no tengo más remedio que tocar ese tema. Y no, Parsley no ha intentado hacerme terapia; le he contado lo que pasó por voluntad propia.

Los rasgos de Jaxon se suavizaron. —Entonces la cosa va jodidamente en serio.

—Sí. —Esta vez asentí.

—¿Ya se lo has dicho? —Jaxon se inclinó un poco hacia delante, sujetando con fuerza la pelota antiestrés.

—¿Decirle qué? ¿Que la quiero? —Intenté sonar informal, pero la voz se me quebró al decir *quiero*, como si fuera un empollón introvertido de dieciséis años que intenta invitar a una chica al baile de graduación.

A Jaxon le temblaron los labios. —Vaya. Esto es un nuevo récord de honestidad emocional. ¿Quieres una medalla o solo una placa conmemorativa?

—¿Quieres tú solo un ojo morado o una discapacidad permanente?

Esbozó una sonrisa, pero la acritud había desaparecido. —A ver, ¿cuál es el plan? ¿Os escapáis Parsley y tú a los Hamptons para formar una familia de miniplanificadores de bodas?

—Esto no funciona así —repliqué.

—¿No? Porque a mí me parece que estás consiguiendo todo lo que siempre has deseado, y además casi todo lo demás que nunca habías pedido, pero que te ha llegado igual. Y por alguna razón inexplicable, te comportas como si todo fuera a saltar por los aires.

—Porque probablemente así sea —dije—. Me conoces. ¿Qué probabilidades hay de que lo fastidie?

A decir verdad, apenas me había atrevido a mirar a Parsley a los ojos desde que le hablé de lo del Hudson. Ella no me había mirado de forma distinta a como lo hacía antes, pero la idea de que tal vez *sí* me viera de otra manera me estaba volviendo loco.

Jaxon puso los ojos en blanco. —Sabes que me gustan las estadísticas de probabilidad. Pero tú rompes cualquier estadística, así que deja ya de imaginar escenarios de *qué pasaría si*. Parsley es un buen partido y tú tampoco estás mal.

Quería creerle, pero yo lo sabía mejor. —Parsley es, tal vez, demasiado buen partido.

Él asintió, ahora en tono profesional. —Sí, puede ser. Pero aun así, te ha elegido a ti. Cualquier mujer normal habría salido corriendo de tu lado hace tiempo.

Arqueé una ceja. —¿Esta es la parte en la que tú psicoanalizas mi vida amorosa, doctor Freud?

—No, esta es la parte en la que dejas de esconderte tras tu actitud de pasotismo y luchas de verdad por la chica —dijo en voz baja, lo que dio a sus palabras un peso mucho mayor.

No supe qué responder a eso, algo poco frecuente en mí.

Jaxon me lanzó la pelota antiestrés a la cabeza y yo la atrapé. —Se acabaron los pensamientos oscuros, que me bajas el ánimo.

—Como si tú hubieras tenido alguna vez un subidón de ánimo —respondí.

—Al menos no cerca de ti —rebatió Jaxon con una breve sonrisa.

—*Touché*. —Le devolví la pelota.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió con tal violencia que el cristal vibró. Parsley entró como un cohete, con el móvil sonando en la mano, sujetándolo como si fuera una bomba de relojería. Se la veía furiosa y asustada al mismo tiempo.

Ni siquiera se percató de la presencia de Jaxon hasta que estuvo a tres pasos de mi mesa. —No puedo —dijo, agitando el móvil como si fuera una granada sin seguro—. ¡Simplemente no puedo!

—¿Qué es lo que no puedes? —pregunté, intentando mantener la calma.

—Coger el teléfono. Es mi madre. Me ha llamado ya siete veces.

Jaxon enarcó una ceja. —¿Qué es lo peor que podría pasar?

Parsley lo miró sin expresión, luego a mí y de nuevo a él. —¿Habéis visto las noticias hoy?

Sacudí la cabeza. —Todavía no —me dirigí a Jaxon—. ¿Tú?

—No había nada interesante en mis canales habituales.

Parsley rodeó el escritorio y abrió mi portátil de un tirón. Tecleó furiosa con una mano mientras el móvil seguía vibrando en la otra. Abrió un vídeo y le dio al *play*. Arabella, en todo su esplendor de borracha con la máscara de pestañas corrida, despotricaba ante un enjambre de micrófonos contra Parsley, contra mí y contra nuestro *matrimonio de conveniencia desvergonzado y totalmente calculado*.

—Me ha llamado parásita, Tyler. Y buscavidas. Y, en el mejor de los casos, una *aficionada mediocre*, que, por cierto, ni siquiera es un buen insulto.

—Eres, como mínimo, una buscavidas aficionada de primera clase —respondí con sorna, pero Parsley no se rió.

Cerró el portátil de un golpe y se tapó la cara con ambas manos. —Mi madre me va a matar.

Miré a Jaxon, que gesticuló un *vaya* sin emitir sonido, pero no dijo nada más.

Parsley bajó las manos y me miró; tenía los ojos azules muy abiertos y desorbitados. —¿Qué se supone que debo hacer?

—Podrías, no sé, ¿coger el teléfono? —sugerí, porque era lo más obvio.

Me lanzó una mirada fulminante. —Es una propuesta terrible.

—Tienes razón, soy un idiota. Deberías ignorar mis palabras, como siempre. Eso le funciona a la mayoría de la gente.

Ella resopló, entre el llanto y la risa. —No ayudas nada, Tyler. ¿Lo sabes?

Jaxon se levantó y se abotonó la chaqueta. —Me voy antes de que esto se convierta en un episodio completo del Dr. Phil. Ty, ¿nos vemos esta noche para el póker?

—Claro. —Asentí.

Jaxon me lanzó una mirada que decía *suerte, capullo*, y luego asintió hacia Parsley. —Si alguien me dedicara un vídeo así, yo no podría mantener la calma. Eres más dura de lo que pareces, Parsley.

Parsley esbozó una sonrisa forzada. —En realidad no lo soy, pero gracias.

—Aun así —dijo él, y se marchó.

En el despacho se hizo el silencio, a excepción del timbre del móvil de Parsley. Ella me miró con los hombros tensos y la respiración acelerada.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté.

—La verdad es que no. —Un suspiro escapó de su boca.

—¿Prefieres gritarme a mí? —insistí.

Se lo pensó y luego se encogió de hombros. —Tal vez.

—Vale. Adelante. —Abrí los brazos.

—¿Por qué siempre haces una broma de todo? —estalló Parsley—. ¿Por qué no puedes hablar en serio nunca? Es mi vida, Tyler. Mi vida real. Tengo una familia. Y mi familia se toma ciertas cosas muy en

serio, como... —Hizo un gesto de impotencia—. Como el matrimonio. Como el amor. Como el decoro, las normas y el no hacer el ridículo en la televisión.

—Lo sé —dije—. Pero ¿sabes qué? Nada de eso me importa a *mí*. Ni lo que diga Arabella, ni lo que piensen tus padres. Lo único que me importa eres tú.

Parpadeó, sorprendida. —Eso... esa no es la cuestión.

—¿Entonces cuál es?

Se guardó el móvil en el bolso. —La cuestión es que no quiero mentir a mi madre. No quiero que se entere de lo nuestro por un vídeo viral y cuatro blogs de cotilleos. Quiero ser yo quien le diga que estoy casada. Y quiero que mis padres te conozcan porque tú te presentes ante ellos, no porque Arabella lo pregone a los cuatro vientos. Pero no puedo, porque si lo hago, no me perdonarán nunca. Jamás he mentido a mis padres, ni una sola vez en toda mi vida. —Intuitivamente, la mano de Parsley se deslizó sobre la pequeña cruz de su collar.

—Entonces no mientas. Cuéntale la verdad —sugerí.

Me miró como si le hubiera propuesto saltar por la ventana. —No lo entiendes. En mi familia no se quiere a alguien sin más. Hay que declararlo ante Dios, unos setenta primos y un cura que habla demasiado. Hay que decirlo en serio.

—Lo digo en serio.

Ella sacudió la cabeza. —Lo dices *al estilo Tyler*. Lo que significa envolverlo todo con bromas y sarcasmo y fingir que te da igual.

—¿Qué quieres de mí, Parsley? —pregunté desconcertado.

Ella bajó la mirada al suelo y apretó los puños. —No lo sé.

—Eso es mentira. Tú siempre lo sabes.

Se rió, pero no hubo una pizca de humor. —Quiero que te tomes esto en serio. Quiero que entiendas lo que significas para mí. Quiero que seas el tipo que aparece para ayudar. No solo el tipo que aparece para burlarse de todo.

—Puedo serlo.

—¿Puedes? —preguntó ella con tono desafiante.

—Sí —dije, levantándome y acortando la distancia entre nosotros—. Puedo. Joder, ya hace tiempo que te lo he demostrado.

Me miró hacia arriba y, por un momento, pensé que me daría una bofetada, un beso o ambas cosas. En lugar de eso, dio un paso atrás.

—Es verdad. Lo has hecho, Tyler. —Parsley respiró hondo—. Pero ahora mismo necesito despejar la mente. Lo que ha hecho Arabella...

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, repasando mentalmente una lista de abogados que me habían sacado de escándalos mucho peores.

—Nada —respondió Parsley—. Esta noche voy a dormir en casa de Scarlett. Después de una tarrina familiar de Ben & Jerry's, un maratón de Anatomía de Grey y una noche sin pegar ojo, supongo que veré el mundo de otra manera.

—Parsley... —comencé, pero ella negó con la cabeza.

—Hablamos mañana, Tyler. ¿Vale?

—Vale —respondí como un autómata. Aunque nada estaba bien. Joder, era justo lo contrario de estar bien.

Debería darme igual.

O al menos debería fingir que me daba igual.

Pero, por primera vez en mi vida, estaba harto de fingir.

Capítulo 36 – Parsley

THE MARINE TERMINALS, STATEN Island, New York City, esa misma tarde.

Estaba a punto de destrozar el lado del copiloto de un sedán de dos puertas con un bate de béisbol cuando el cielo decidió obsequiarme con un castigo bíblico. Uno que, probablemente, hasta me merecía.

Primero, un trueno de advertencia, como un padre que da un golpe en la encimera para llamar tu atención; luego, un diluvio vertical que convirtió mi pelo en fideos instantáneos y mi camiseta en un desastre pegajoso y transparente.

El impacto del siguiente golpe me ardió en las manos, y las palmas me pulsaban allí donde la madera había empezado a astillarse. Un arco dentado de cristal saltó del parabrisas y rebotó en mi espinilla. Estaba sudando tanto que la lluvia prácticamente me encontró a

mitad de camino. Debería haberme dolido, pero estaba demasiado ocupada estando furiosa con el universo, con Arabella y conmigo misma, exactamente en ese orden.

Le había dicho a Tyler que necesitaba espacio, lo que en mi caso significaba huir al último lugar donde se le ocurriría buscar. Aquí, al vertedero no oficial de la ciudad para los sueños, la dignidad y cualquier otra cosa que el servicio de recogida de basuras no tuviera permiso legal para quemar.

Irónicamente, sin Tyler nunca habría encontrado este lugar, así que estaba doblemente agradecida por poder dar rienda suelta a mi rabia aquí sin que nadie me viera.

Golpeé el capó del coche desguazado con el bate, dejando una abolladura con un estruendo sordo. Golpeé otra vez. Y otra más. Mis brazos habían pasado de parecer de gelatina a ser de plomo, para terminar en un puro e inútil hormigueo, pero no podía parar.

Todavía no.

No cuando cada molécula de mi cuerpo gritaba por hacer algo, lo que fuera, con tal de no quedarme quieta y dejar que mis pensamientos me alcanzaran.

Estaba tan concentrada en mi proyecto de destrucción que no noté los pasos detrás de mí hasta que un paraguas de neón se abrió justo sobre mi cabeza y me sumergió en un resplandor azul y rosa.

Scarlett estaba allí de pie; su delineado de ojos desafiaba al mal tiempo y unos cascos enormes alrededor de su cuello vibraban con un ritmo que hacía bailar a las gotas de lluvia extraviadas sobre el auricular.

Llevaba un vestido tan estiloso que probablemente tenía sus propios seguidores en TikTok, y sus botas eran del tipo de calzado que uno se compra si tiene la intención deliberada de meterse en una pelea.

No dijo «hola» ni «¿estás bien?» ni ninguna otra cosa que la gente normal intentaría. En su lugar, asintió hacia la abolladura que yo había dejado en el coche.

—Eso es tranquilamente un siete sobre diez —dijo, evaluando mi obra como una jueza en la feria agrícola más triste del mundo—. Pero si quieres hacerlo de forma profesional, tienes que darle con más ganas. Y mantener los codos más altos. Así. —Imitó un swing de béisbol perfecto y casi me da en la oreja con el paraguas.

—¿Estás de broma? —pregunté, dejando caer el bate sobre el asfalto agrietado. Mi respiración salía a sacudidas, mitad por el esfuerzo, mitad por el intento de no romper a llorar de forma patética delante de mi mejor amiga.

—Sabes que no bromeo con las cosas fundamentales, Parsley. —Esquivó un charco y se puso a mi lado—. Y saber cómo arrear de verdad con un bate de béisbol es absolutamente una de las cosas fundamentales.

Intenté poner los ojos en blanco, pero mi visión todavía estaba rodeada de manchas brillantes por la adrenalina. —No lo es.

—Vaya si lo es. —Scarlett me ofreció el paraguas, pero sacudí la cabeza y dejé que la lluvia me siguiera golpeando la cara. Sentaba bien, de una forma poco saludable, como un castigo y un perdón al mismo tiempo.

Nos quedamos allí un minuto sin decir nada. Los únicos sonidos eran la lluvia repiqueteando sobre el metal muerto y el paraguas de Scarlett, sirenas lejanas y el siseo de los buques portacontenedores que pasaban por los muelles.

Scarlett me tocó el hombro con el mango del paraguas. —Bueno. ¿Te apetece contarme por qué estás aquí fuera jugando a *Mad Max*?

—Porque —comencé, respirando hondo una vez más—, si vuelvo a ver a Arabella con la rabia que tengo ahora mismo en el cuerpo, me van a arrestar de verdad.

—No vale la pena. Quiero decir, sí, es el mismísimo engendro de Satanás, pero no vale la pena —respondió Scarlett, pero hubo una dureza en su voz que me indicó que probablemente me sacaría de la cárcel de todos modos.

—Lo sé. Eso es lo peor. Sé perfectamente que sus palabras no son más que basura y, aun así, dejo que me afecten. —Le di una patada al bate de béisbol, que rodó contra un montón de mangueras de goma medio deshechas. Mis manos seguían temblando de rabia.

Scarlett me miró. Y me miró como solo pueden hacerlo las personas que te conocen desde el instituto. Caló mi fachada de fanfarronería, el sarcasmo, todo ese numerito de «en realidad siempre tengo un plan».

—¿Quieres hablar de ello o prefieres que vaya a la licorería más cercana y compre una bolsa de Skittles?

—Opción C —dije—. Actuar como si nada de esto hubiera pasado y volver a tu programación habitual.

Bufó. —Buen intento. Pero no te vas a librar tan fácilmente.

Intenté cruzarme de brazos y me di cuenta de que mi camiseta estaba tan empapada que se me pegaba como una segunda piel fría.

Scarlett se acercó más y sostuvo el paraguas de forma que me cubriera a medias. —Si sigues así, vas a pillar una hipotermia.

—A lo mejor así me refresco —murmuré—. O se me congelan los sentimientos por completo. Así me libraría de ellos.

—Guau, qué lúgubre. Me gusta. —Sonrió, pero sus ojos hablaban en serio—. Escucha, lo entiendo. Arabella es como una pastilla del váter en un mundo lleno de diamantes. Tienes que estar por encima de eso, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? —Me encogí de hombros.

—Sácate los pensamientos sobre Arabella de la cabeza como si fuera una mosca molesta. Porque tú, Parsley, ¡no eres solo una mosca, eres como mínimo un estomatópodo! ¿Sabías que esos bichos pueden romper el cristal de un golpe? ¡Cristal! La Arabella-mata-moscas no tiene nada que hacer contra eso.

—¿Acabas de llamarme crustáceo? —Fruncí el ceño.

—Sí, pero un crustáceo de lo más cañero. —Me sacó la lengua—. Uno que es capaz de arrear un golpe de siete sobre diez con un bate de béisbol.

Esbocé una sonrisa y me sentí algo mejor. Al menos hasta que mi móvil volvió a vibrar. Era mamá otra vez. Todavía no me había visto capaz de aceptar sus llamadas.

—¿Vas a contestar o prefieres que te falsifique un certificado de defunción? —preguntó Scarlett con una ceja levantada.

—No sé qué decirle, Scar. Es decir, ¿qué se supone que le dices a tu madre conservadora después de que tu boda, que no tenía nada de conservadora, se haya convertido en una noticia del corazón internacional?

Scarlett giró su paraguas, haciendo que salieran gotas de lluvia disparadas en todas direcciones. —Podrías mentir. Una mentirijilla piadosa de vez en cuando no es tan grave. Estoy segura de que nadie sale ardiendo espontáneamente por una mentira blanca, ni siquiera tú, Parsley. —Pero al ver mi mirada seria ante su respuesta, se aclaró la garganta—. Er, o simplemente escríbele un mensaje

diciendo que estás superocupada en este momento y que no puedes hablar por teléfono.

—Eso es... —Hice una breve pausa—. Eso es aterradoramente simple y genial.

Scarlett sonrió. —Ya te digo que yo soy el cerebro de este equipo.

—Absolutamente. —Sin perder más tiempo, le escribí un mensaje a mi madre. Corto, simple y sincero.Parsley:

*Hola mamá, estoy bien. Pero ahora mismo estoy superocupada. Te llamo mañana. ¡Prometido!*Eso me había hecho ganar algo de tiempo y sentí los hombros unos cuatro mil kilos más ligeros.

—Gracias, Scarlett. No solo por tu cerebro, sino por todo lo demás.

—Como mejor amiga tuya, es mi deber. —Scarlett me dio un breve abrazo.

Me mordí el labio inferior. —Ya que hablamos de «deberes de mejor amiga»... me he autoinvitado hoy a tu sofá, ¿te parece bien?

—Claro, de todas formas ya llevamos demasiados jueves posponiendo nuestro jueves de DVD.

Un suspiro de alivio escapó de mis labios. No solo porque podía quedarme en casa de Scarlett, sino también porque no me preguntó el porqué. Simplemente no podía hablar todavía de Tyler, ni de que no tenía ni idea de en qué punto estaba nuestra relación.

—¿Qué me dices? ¿Queremos seguir echando raíces aquí hasta que nos disolvamos o prefieres trabajar en tu swing con el bate?

—Vámonos —respondí, caminando ya en dirección al coche de Scarlett—. Se está poniendo bastante desagradable.

—Los muelles nunca son agradables, Parsley.

—Cierto. —Me encogí de hombros y luego me detuve—. ¿Scarlett? ¿Cómo sabías siquiera que estaba aquí?

—¿Me creerías si te dijera que te he puesto un micrófono? —Puso esa mirada de cachorrito que podía derrocar reyes y derretir corazones helados. Pero a mí no me impresionó en absoluto.

—No —dije seca.

—Vale, ha sido Tyler —admitió finalmente Scarlett, dándole una patada a una piedrecita.

—¿Quiere que me espíes? —pregunté, dando un paso atrás para analizar mejor el lenguaje corporal de Scarlett. Al hacerlo, casi tropiezo con un trozo de barra de refuerzo y solo pude recobrar el equilibrio en el último segundo.

—No. —Scarlett sacudió la cabeza—. Me ha llamado para preguntar si habías llegado bien a mi casa. Ya sabes, porque estabas muy alterada y está cayendo la tormenta del siglo sobre Nueva York. Tyler se preocupa por ti, pero no quiere agobiarte. Eso no es tóxico, es absolutamente tierno.

Quería estar enfadada, pero lo único que sentí fue una oleada de vergüenza. —No debería tener que cuidarme.

—No te está cuidando, Parsley. Simplemente se preocupa. A su manera extraña y emocionalmente bloqueada.

—Le he gritado.

—¿Y qué? Yo te he gritado mil veces y aun así me dejas seguir comiéndome tus patatas fritas.

—Eso es diferente. Tú eres tú. Yo ahora mismo no soy más que un enorme y caótico manojo de nervios.

Scarlett se detuvo un momento y dejó que su mirada recorriera una grúa de carga, de cuyos brazos doblados goteaba agua como de un aspersor roto. Se cruzó de brazos y me lanzó una mirada que era a la vez burlona y sincera, lo cual era básicamente su estado predeterminado.

—Incluso tú tienes derecho a ser un caos de vez en cuando —dijo—. Eso no es un defecto de personalidad. Se llama *ser humano*.

—Ya, pero no quiero ser ese tipo de ser humano. —Se me quebró la voz, lo cual fue humillante, pero también liberador de alguna manera —. Quiero ser la persona que simplemente sabe pasar página. Que no permite que Arabella Williams arruine toda su existencia con un vídeo viral. Y que no se toma estas cosas tan a pecho que no quede espacio para nada más.

—Ahora te estás poniendo un poco dramática, ¿no crees? —preguntó Scarlett.

—Es un dramatismo absolutamente justificado. Pero ¿sabes qué es lo peor? —pregunté retóricamente, tirando del dobladillo de mi camiseta empapada—. Tyler se ha portado de maravilla con todo esto y yo simplemente le he saltado a la yugular. Ni siquiera le he dado la oportunidad de ayudarme.

Scarlett me dio un codazo. —Parsley, tienes derecho a perder los estribos. Si Tyler no puede lidiar con eso, es que no merece esos trajes caros ni la moto de seis cifras.

—Es una Ducati.

—Salud.

Me reí a pesar de todo, antes de ponerme seria de nuevo. —¿Y si Tyler no me perdona mi comportamiento de antes?

—Entonces empieza quizá por perdonarte a ti misma. —Scarlett chocó su hombro contra el mío—. No eres la única que ha perdido los papeles alguna vez. De hecho, yo diría que es una parte necesaria si uno no quiere estar emocionalmente atrofiado.

—Hum —gruñí. Seguía sin estar convencida de lo que Scarlett intentaba explicarme.

—Escucha, no digo que tengas que perdonar a Arabella. Yo no lo haría, porque mi santa indignación me parece demasiado sagrada. Pero puedes pasar página perfectamente sin tener que aprobar lo que ha hecho. Es como la versión adulta del perdón.

Me quedé mirando mis zapatos, que ahora eran dos tonos más oscuros y chirriaban a cada paso. —¿Puedes perdonarme tú por ser tan drama queen?

—Ese es literalmente el motivo por el que te aguanto a mi lado. —La voz de Scarlett se suavizó—. No tienes ni idea de las ganas que tengo de que veamos telebasura y comamos tanta pizza que se te olvide cómo se deletrea tu nombre.

—Me parece un buen plan —respondí, forzando una sonrisa—. Pero a lo mejor tengo que dormir en tu sofá una semana entera. O un año. Probablemente antes de eso nadie se olvidará de mi nombre.

—Hecho. Pero entonces tendrás que ver por fin Star Trek conmigo. Y me refiero a todas las series. Empezando por *La conquista del espacio* y terminando con *Star Trek: Enterprise*. ¡En orden cronológico! Todo lo que venga después es una tontería.

—Er... ¿acabas de decir la misma serie dos veces? —pregunté confundida.

—No. Son dos series totalmente diferentes, como pronto descubrirás. Pero admito que no fueron muy creativos con la elección del nombre. Entonces, ¿qué me dices?

—Negocias duro, Russo.

—Es la parte italiana que hay en mí. No hacemos nada a medias. —Scarlett enfatizó sus palabras juntando las yemas de los dedos con el pulgar y moviendo la mano de arriba abajo.

Llegamos al coche de Scarlett —un Civic abollado con más pegatinas que pintura— y ella buscó las llaves en su bolso. Dudó antes de abrir la puerta.

—Hay una cosa más, Parsley.

—¿Una de esas de «buena noticia y mala noticia»? —pregunté con cautela.

—No, una de «solo buenas noticias» —me aseguró Scarlett—. ¡Tenemos nuestro primer encargo!

—¿De verdad? —Se me desencajó la mandíbula.

—De verdad. —Scarlett asintió—. Una de mis mejores clientas, que se merece la mejor boda del mundo.

—¿Conozco a esa clienta? —Sentí un atisbo de emoción. Una emoción real y auténtica.

—No directamente. Pero eso da igual, porque mañana nos reuniremos en el lugar donde se celebrará la boda. Ya he preparado algunas tartas de prueba. Va a ser genial.

—Y me servirá de distracción —añadí en voz baja—. Con suerte.

—¡Te garantizo que te hará pensar en cosas totalmente distintas! Vamos a casa. He hecho una tarta Apple Crumble de prueba de más que podemos aniquilar viendo la temporada más reciente de *Anatomía de Grey*.

—¿Quieres una tarta Apple Crumble? —Se me encogió el corazón por un momento. Esa era la tarta que yo quería para mi propia boda.

Al notar mi mirada, Scarlett me dio un apretón. —No te preocupes, Parsley. Nadie es tan fanática de mi famoso Apple Crumble como tú, y eso siempre será así.

Prefiero juzgar desde una distancia segura.

Capítulo 37 – Tyler

CEMENTERIO DE GREENWOOD, BROOKLYN, NUEVA York, esa misma noche.

¿Por qué tenía que llover a cántaros precisamente hoy? Es más, este aguacero era un auténtico arrebato de furia que resultaba casi irónico.

—Te gusta esta ironía, ¿verdad, Blaze? —pregunté en mi mente. Por un segundo, casi esperé recibir una respuesta de la tumba de Benjamin. Pero, por supuesto, todo permaneció en silencio, a excepción del constante rumor de la lluvia.

La lápida estaba limpia y delante había flores frescas. Alguien había estado aquí, y ese alguien definitivamente no había sido yo, porque nunca había sido capaz de presentarme en este lugar. Quizá su madre, quizá su hermana pequeña, que ahora tendría veinticinco

años, acabaría de terminar la carrera y no me había culpado ni una sola vez, lo cual habría sido justo. De hecho, yo mismo lo había exigido.

Para ser sincero, me había imaginado la tumba de Benjamin de otra manera. De algún modo menos... definitiva.

Su entierro tuvo lugar cuando yo aún estaba en la unidad de cuidados intensivos y, después de aquello, nunca me había atrevido a visitar su tumba.

Oficialmente, porque consideraba que, estando a dos metros bajo tierra, él no podría oírme de todos modos. Pero la verdad era que nunca había sido capaz de venir aquí porque resultaba demasiado doloroso. Era más fácil fingir que todo te daba igual si no permitías que el dolor te alcanzara.

Mis botas perdieron la batalla contra el río que me llegaba a los tobillos y que bajaba por el camino, pero me dio igual. Incluso cuando el viento me azotó la cara con más agua, me quedé allí de pie y hundí las manos aún más en los bolsillos de mi chaqueta de cuero mientras clavaba la mirada en la lápida.

En la piedra ponía Benjamin Caleb Ashworth, pero él habría perseguido a cualquiera que lo hubiera llamado así. Blaze era más estrepitoso que su nombre, más grande que el dichoso río que se lo llevó, y la única persona que jamás descubrió cómo forzar las máquinas expendedoras de chocolatinas del instituto sin que nadie se diera cuenta para conseguir Snickers gratis. Se habría merecido un amigo mejor. En su lugar, le tocó cargar conmigo.

Al principio no sentí nada al estar frente a la tumba de Benjamin. Cualquier terapeuta que se hubiera desesperado conmigo habría dicho que yo era *«emocionalmente evitativo»*, y yo habría replicado que era *«eficiente»*. Hasta ahora.

—Hola, tío —dije, después de que el silencio se hubiera prolongado tanto que pensé que mi cerebro empezaría a cargar como un viejo vídeo de YouTube. Mi voz sonaba extraña, fina y quebradiza, como si pudiera disolverse antes de que alguien pudiera oírla.

—Sé que ha pasado una eternidad. Ni siquiera sé si te acuerdas de mí, teniendo en cuenta que soy el que te dejó aquí y luego siguió con su vida como un completo gilipollas. Pero probablemente no puedas estar muy cabreado conmigo, de lo contrario ya habrías lanzado algún tipo de venganza de poltergeist desde el más allá contra mí. En cualquier caso, me lo habría merecido.

Me pasé la mano por el pelo. La lluvia básicamente estaba limpiando mi cuero cabelludo a presión, así que no había ninguna diferencia.

—He conocido a alguien, Blaze. Se llama Parsley, y sí, puedes reírte, porque es el tipo de nombre del que te habrías burlado durante días. —Esbocé una breve sonrisa porque podía visualizar perfectamente a Blaze haciendo una mueca.

—Y le he hablado de ti, de una forma complicada y extremadamente al estilo Tyler, lo que significa que en realidad ella no debería haberme entendido. Pero me entiende, y sabe lo que pasó. ¿Y quieres saber lo más fuerte? No salió corriendo cuando descubrió que arrastro una tonelada de culpa. Se quedó. En realidad, hizo incluso más: consiguió que me metiera en una piscina con ella, y ya sabes lo que opino yo de las piscinas. Pero aun así lo hice. Probablemente, de no ser por eso, no estaría aquí ahora.

A lo lejos pasó un coche, levantando una cortina de agua.

—Te caería bien, creo. Hornea unas galletas que están tan buenas que podrían hacer llorar a tu madre, y tiene esa forma de cantarme las cuarenta cuando me porto como un capullo, algo que tú habrías apreciado, obviamente. También es un poco friki, y es una de esas chicas que tiene planeado vivir en una casita de las afueras con cinco hijos y un golden retriever. ¿Sabes qué es lo más loco de todo?

Que le compraría el maldito perro y la casa si eso la hace feliz. Tú probablemente dirías ahora que me ha contagiado una enfermedad incurable de los suburbios y luego añadirías con sobriedad que me he enamorado de ella. ¿Y sabes qué respondería yo? Que tienes razón, Blaze. El caso es que estoy enamorado de ella.

Aunque la lluvia estaba gélida y mi ropa estaba completamente empapada, una extraña sensación de paz se extendió por mi interior. Había esperado sentirme estúpido hablando con una piedra, pero no fue así. Me sentía como si hubiera pasado demasiado tiempo sin hablar y, por fin, alguien escuchara.

—La historia se vuelve aún más salvaje. La antigua jefa de Parsley tuvo un colapso total de película porque Parsley y yo nos hemos casado. Ese ataque de histeria ha llegado al Times, lo cual me parece gracioso en cierto modo porque Arabella no se merece otra cosa. Pero nuestra boda también aparece mencionada, algo que a Parsley no le hace mucha gracia. Es una larga historia, pero en resumen: el matrimonio era fingido hasta que se volvió real, y ahora Parsley tiene miedo de que sus padres se enteren y no se lo perdonen nunca. Tiene una familia de esas tradicionales, ¿sabes? De las que no se divorcian, sino que simplemente se vuelven más católicos. Y estoy bastante seguro de que, si sus padres se enteran, se presentarán en mi puerta con agua bendita, un exorcista y un ejército lleno de aldeanos con antorchas y horcas.

Me quedé mirando la tumba un momento y dejé que las palabras flotaran en el aire.

—De todos modos, lo he estropeado. —Una parte de mí se arrepentía de haber dejado que Parsley se marchara del despacho hecha una furia. Pero la otra parte de mí sabía que, a veces, era mejor soltar. Si Parsley hubiera querido estar conmigo en ese momento, se habría quedado; es así de sencillo.

—Te echo de menos, tío. Ojalá pudiera preguntarte qué debo hacer. Pero supongo que esto no funciona así. Así que aquí estoy, pareciendo un loco y esperando que, de alguna manera, puedas perdonarme.

Detrás de mí crujió una rama y me di la vuelta como si alguien me hubiera disparado. Jaxon estaba allí bajo un paraguas negro, viéndose tan fuera de lugar que resultaba casi cómico. Su traje estaba impecable, era demasiado caro y no tenía ni una sola gota de lluvia encima.

—No te habría imaginado como un turista de cementerios —dije, incorporándome.

Jaxon no se movió. Solo me observó con esos ojos azul glaciar que hacían que la gente en las juntas directivas se lo pensara dos veces antes de respirar.

—He localizado tu móvil —dijo, como si fuera lo más normal del mundo—. No estabas en la oficina y no contestabas al teléfono.

—Necesitaba un momento para mí. ¿Quieres unirte o vas a quedarte ahí juzgando?

Parpadeó. Esa era su versión de un suspiro. —Prefiero juzgar desde una distancia segura.

—Típico. —Me acerqué y miré el paraguas. Él no se ofreció a compartirlo y yo tampoco se lo pedí. Ya estaba empapado de todos modos.

—Y bien, ¿por qué estás aquí? —pregunté.

—Querías que organizara unos documentos relacionados con Parsley. Parecía urgente, así que aquí estoy.

—¿Lo tienes todo? —pregunté.

Él asintió. —Por eso estoy aquí. —Barrió con la mirada las filas de tumbas, probablemente contando a cuántas personas sobreviviría aún—. ¿Estás seguro de esto, Tyler?

No respondí de inmediato. Quería hacerlo, pero también quería evitar decir algo real. Jaxon esperó, totalmente inmóvil.

—Estoy seguro —dije finalmente.

Él asintió, pero no apartó la mirada. Su rostro era un muro, pero en su mirada se reflejaba una preocupación genuina.

—Quieres saber por qué, ¿verdad?

—No —dijo—. Ya sé por qué. Solo quiero oírlo de tu boca.

Me reí, pero no tenía gracia. —¿Quieres que haga confesiones emocionales? Eso es nuevo.

Se encogió de hombros. —Lo pondré en tu cuenta.

La lluvia arreció, transformando el mundo en un gran velo gris. Tuve ganas de gritar o de golpear algo, o tal vez de abrazar a este tipo y decirle que tenía miedo, pero eso no iba con nosotros.

—Ella es lo mejor que me ha pasado nunca, Jaxon. Sé que es un cliché, pero es la verdad. Y si *esto* es necesario para mantenerla a salvo, o feliz, o lo que sea, lo haré. Incluso si significa mandarlo todo al traste o tomar decisiones que normalmente no tomaría.

Su boca se crispó, solo un poco. —Eres mejor hombre de lo que pensaba, Kingsley.

—Eso es poner el listón muy bajo. —Volví a mirar la tumba—. ¿Crees que él lo entendería?

—¿Benjamin? —Jaxon pronunció el nombre como si lo conociera. Algo que, indirectamente, era cierto, porque yo le había hablado

mucho de él—. Pensaría que eres un idiota. Pero también estaría orgulloso.

Me froté las manos contra los vaqueros. —Probablemente me habría soltado un mamporro.

—Definitivamente —dijo Jaxon.

Se hizo un silencio extraño, de esos que solo ocurren entre dos personas que se conocen lo suficiente como para no necesitar palabras.

Entonces Jaxon echó mano al bolsillo interior de su chaqueta y me tendió un trozo de papel doblado. Estaba completamente seco y doblado con tal precisión que me pregunté si plancharía sus documentos.

—Toma. Sé que me pediste esto, y no debería preguntar, pero lo hago de todos modos. ¿Estás realmente seguro?

Cogí el papel y no me molesté en abrirlo. —Para ser sincero, no tengo ni idea de si es lo correcto. Pero creo que es lo mejor para Parsley.

—¿Y para ti? —insistió Jaxon.

—Quiero que Parsley sea feliz. Entonces yo también lo seré.

—Vale —respondió Jaxon asintiendo—. ¿Vendrás de todos modos a la partida de póquer? ¿A pesar de estas decisiones que cambian la vida?

Miré el reloj. —No.

—¿No? —Jaxon enarcó una ceja—. Póquer, whisky y buena compañía son exactamente lo que te vendría bien ahora mismo.

—Lo sé —repliqué—. No me vendría mal perder algo de dinero para recordarme que todavía soy humano. Pero no puedo. Solo dile a los chicos lo que ha pasado. El resto se solucionará solo. O no, pero entonces también dará igual.

Jaxon asintió, se dio la vuelta y se marchó. No se despidió, porque eso tampoco iba con nosotros.

Me quedé allí un minuto más, mirando la tumba de Blaze.

—Volveré y te contaré cómo ha ido —dije, y esta vez lo decía en serio.

Capítulo 38 – Parsley

UPPER EAST SIDE, NUEVA York, a la mañana siguiente.

Me quedé mirando el cielo azul mientras la ciudad desfilaba ante mis ojos. El tiempo era casi insultantemente perfecto. No había ni una sola nube a la vista, lo que me pareció un ataque personal teniendo en cuenta el nubarrón que se cernía sobre mi estado de ánimo. Anoche apenas pegué ojo, porque en mi lista de tareas todavía quedaban demasiadas cosas sin marcar.

No íbamos, como ayer, en el destartalado Civic de Scarlett, sino en lo que ella llamaba su *«carroza de trabajo»*, una furgoneta Volkswagen vintage con la pintura original de antes del cambio de milenio. En los laterales de la furgoneta ponía *«Celestial Cakes»* con una tipografía que te hacía preguntarte si Scarlett transportaba tartas de verdad o más bien a una banda de punk-rock con pirotecnia incluida.

En el salpicadero, una hula-hula de energía solar se balanceaba junto a una figura de resina de Marilyn Monroe. El asiento trasero estaba cubierto con esterillas de yoga de color rosa chillón, a las que Scarlett se refería como *«amortiguadores de pasteles»*. Y olía de maravilla a vainilla, porque Scarlett tenía un vaso con vainas de vainilla auténticas en el portavasos. En teoría, debería sentirme a gusto aquí. Como en casa. Estaba yendo con mi mejor amiga a mi primer encargo profesional.

Pero no me sentía cómoda. Al contrario.

Apenas habíamos salido de los límites de la ciudad y cada átomo de mi cuerpo ya quería estar en otra parte. Intenté mirar por la ventana y fingir que el mundo estaba lleno de posibilidades y no de catástrofes. Pero Scarlett probablemente podía oler un cambio de humor a medio condado de distancia.

—Sabes, Parsley —dijo, con la mirada fija en la cinta de la carretera de dos carriles que teníamos delante—, tengo una regla estricta contra las caras largas antes del mediodía.

—En algún lugar ya es media tarde —repliqué sin mirarla.

—Eso no me vale —me espetó—. Ahuyenta los nubarrones grises de tu cabeza antes de que lluevan sobre mis magdalenas. Es una cuestión de higiene meteorológica básica.

—¿Acaso existe la palabra higiene meteorológica? —pregunté frunciendo el ceño.

—Por supuesto. Desde ahora mismo —Scarlett asintió, satisfecha—. Algún día, mis neologismos influirán en generaciones enteras.

—Vaya, hoy estás de lo más humilde.

—Lo sé —Scarlett asintió de nuevo—. Soy tan humilde que me basta con que mi invento lingüístico te influya solo a ti, y concretamente

para que te pongas de mejor humor.

—¿Qué te hace pensar que estoy de mal humor? —pregunté, intentando mantener un tono de voz uniforme, lo cual era difícil porque mi voz amenazaba con quebrarse en cualquier momento.

Scarlett hizo todo un teatro suspirando y luego puso el intermitente. —Primero, te has quedado dormida, cosa que no haces nunca. Segundo, has fingido dolor de estómago. Dos veces. Una antes del desayuno y otra después. Tercero, me has dirigido exactamente tres palabras desde que salimos del piso, y una de ellas ha sido «café». No necesito un sexto sentido para saber que estás de un humor de perros.

No le faltaba razón. Esta mañana había intentado mimetizarme con el sofá, pero ella me había hecho rodar por el suelo y había amenazado con verterme Red Bull por la garganta. —No es justo —respondí, todavía sin devolverle la mirada—. Es que tengo mucho que digerir ahora mismo. Es como un bufet libre de catástrofes.

—Si tienes que ponerte melodramática, hazlo al menos con carbohidratos —repuso Scarlett—. Hay estudios que demuestran claramente que hay que comer algo como mucho treinta minutos después de levantarse para empezar bien el día. —Me puso en la mano la bolsa en la que había recogido algunas sobras de *Celestial Cakes* antes de que nos pusiéramos en marcha.

—Vale —me rendí—, aunque mi interior daba vuelcos constantes desde ayer—. Pero no volveré a tener hambre hasta que sepa cómo enfrentarme hoy a Tyler. Quiero decir, después de... —Dejé la frase inacabada, esperando que entendiera el punto.

Scarlett miró hacia mí y enarcó una ceja. —¿Después de que perdieras los papeles por completo? Por suerte él no estaba presente cuando amenazaste con mudarte a Canadá si no se te ocurría un plan mejor. Así que sí, me acuerdo.

—En realidad no amenacé con mudarme a Canadá —respondí, aunque mi protesta fue débil—. Solo dije que tal vez un poco de distancia internacional con Nueva York sería un límite saludable.

Scarlett sonrió con sorna. —Por suerte, antes tienes cerca de un millón de cosas que tachar de tu lista antes de poder poner en marcha tus planes de emigración.

Intenté lanzarle una mirada asesina, pero ella era inmune a cualquier forma de intimidación. —No me estás ayudando precisamente.

—Lo sé —gorjeó mientras reducía la marcha al tomar una curva cerrada; la furgoneta gimió—, pero me has pedido ayuda, así que te llevas el paquete completo de las Russo.

Tamborileó con los dedos en el volante y luego suavizó un poco el tono. —¿Por qué no te limitas a afrontar el asunto, como haces siempre? Eres la organizadora de bodas más organizada, competente y experimentada que conozco. Si puedes sobrevivir al derrumbe de un pastel de seis pisos en el Waldorf, también sobrevivirás a un CEO emocionalmente gélido.

—No es emocionalmente gélido —protesté, estremeciéndome por lo defensiva que sonaba—. Él... simplemente procesa las cosas de otra manera.

Scarlett resopló. —Parsley, ese hombre lleva chaquetas de cuero en banquetes estatales oficiales y se niega a reconocer el cambio de hora. Definitivamente tiene los sentimientos bajo cero, pero te garantizo que tú eres la manta y los calcetines de lana para su corazón helado.

No pude evitarlo; me reí. Solo un poco. —Aun así, no sé qué decirle.

—¿Por qué tienes que decir algo? —Scarlett se encogió de hombros —. Limítate a aparecer, haz tu trabajo y, si intenta que la situación

sea rara, tienes mi permiso total para echarme la culpa de todo a mí. Soy un chivo expiatorio profesional.

—Las cosas no funcionan así —rebatí, ahora con voz más baja—. Y aunque todo se aclare con Tyler, todavía están mis padres. Aún no les he explicado por qué se enteraron de que estoy casada por una notificación de los Dailys en el móvil. Y ni se te ocurra hacer ahora ningún chiste sobre *combustión espontánea*.

Los labios de Scarlett se curvaron. —No te preocupes, mantendré mis cerillas quietas. Pero, cielo, te estás volviendo loca por dentro y no viene a cuento para nada. ¿Y sabes por qué? Mi familia, en el fondo, me apoya, aunque hornee tartas en vez de hacerme cargo del restaurante familiar. Porque la familia es la familia y siempre estamos ahí los unos para los otros. Incluso cuando puede que no entendamos algunas decisiones. Ninguno de nosotros puede cambiar quién es, y la familia lo sabe.

—Mi verdadero yo es un desastre —murmuré.

—Noticia de última hora: todos somos desastres andantes. Tú incluso bastante menos que el resto de nosotros. —Sacó la lengua—. Por cierto, tus padres también te quieren tal como eres. Y Tyler también.

Puse los ojos en blanco, pero sus palabras me calaron. —¿Crees que Tyler querrá verme después de lo de ayer? A estas alturas ya podría estar a mitad de camino de Bora Bora.

—Oh, quiere verte, sin duda —respondió Scarlett, y había algo en su voz que hizo que me saltaran todas las alarmas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté lanzándole una mirada de reojo.

Sonrió hasta que se le vieron los dientes. —Sé cosas. Llámalo intuición femenina o corazonada. Lo mejor es que ni lo cuestiones.

Miré a Scarlett, pero ella se limitó a silbar y subió el volumen de la radio. Me rendí, porque Scarlett era físicamente incapaz de guardarse un secreto. Y como llevábamos un buen rato conduciendo sin que Scarlett explotara, debí de imaginarme que me ocultaba algo.

Fuera, el paisaje se transformó en diez minutos de casas de barrio residencial a campo abierto. Los árboles empezaban a ruborizarse por los bordes. Tonos rojos, colores dorados, ese amarillo que parece que alguien se ha pasado con el filtro de Instagram. Pasamos por delante de un campo de calabazas, un cartel escrito a mano de dónuts de sidra de manzana y un rebaño de vacas que estaban tan quietas que me pregunté si les pagaban por posar para folletos turísticos.

A medida que avanzábamos, todo me resultaba más familiar. El pulso se me aceleró.

—Scarlett, ¿a dónde vamos? —pregunté con cautela.

Ella sonrió aún más. —A Cooperstown. A la iglesia. ¿Sabes? La de las puertas azules y el pequeño campanario.

Apreté los labios. La última vez que estuve allí fue en la boda de mi prima, cuando tropecé con una silla plegable al intentar atrapar el ramo. Pero mucho más importante fue mi primera visita a esa iglesia. Mi yo de ocho años había sido la niña de las arras en la boda de mi tío y me enamoré de las decoraciones al instante. Fue el momento en que me juré a mí misma que algún día me casaría allí también.

Scarlett entró en la zona de grava, los neumáticos crujieron y apagó el motor. Se hizo un silencio absoluto, aparte del tic-tac del motor al enfriarse y la radio, que seguía encendida.

Me miró ladeando la cabeza. —¿Estás bien?

—Sí —respondí, que era lo opuesto a cómo me sentía realmente.

Salió, rodeó el coche y abrió mi puerta. —Después de ti.

Bajé al aparcamiento y las rodillas me flaquearon. La iglesia era preciosa: revestimiento de madera blanca, detalles azules, pequeñas vidrieras que atrapaban el sol de la mañana y proyectaban arcoíris sobre los escalones. El césped estaba segado a la perfección, como un campo de golf, y alguien había flanqueado el camino a la entrada con macetas llenas de crisantemos en todas las tonalidades de naranja.

Scarlett esperó a que lo asimilara todo y luego me dio un codazo. —¿Y bien?

Tomé aire temblorosa. —Antes siempre decía que me casaría aquí algún día. Con todo un ejército de niñas de las arras y un vestido con tanto encaje que violara la Convención de Ginebra.

—¿Ah, sí?

—Con el cura que me bautizó. Y el pastel de melocotón de mi abuela en el banquete. Y quizás un cuarteto de cuerda si mis padres se lo podían permitir. Y una tarta horneada por mi mejor amiga.

Los ojos de Scarlett se suavizaron. —Todo eso sigue siendo posible, ya lo sabes.

Resoplé. —¿Conoces mi vida? Me daré con un canto en los dientes si no tengo que casarme en una capilla *drive-through* en Las Vegas con un imitador de Elvis. Si es que alguien quiere casarse conmigo.

—Te mereces algo mejor que a Elvis. —Hizo una mueca—. Aparte de eso, alguien ya se ha casado contigo hace tiempo. ¿O ya se te ha olvidado, señora Kingsley?

Sacudí la cabeza, mitad riendo, mitad horrorizada. —Limitémonos a terminar con esto. Seré profesional. Me concentraré. Y le dedicaré a mi primera planificación de boda la atención que se merece. La novia se merece a una organizadora que no sea un ataque de pánico con patas.

Scarlett me dio una palmadita en el brazo. —Buena chica. Y no te preocupes. La novia ya está esperando dentro.

La seguí por los escalones hasta el vestíbulo, donde me recibió el aroma de la cera de abejas y el eucalipto. Las puertas de la nave estaban abiertas y eché un vistazo. Cada banco estaba adornado con seda blanca, y el pasillo estaba flanqueado por flores silvestres, hortensias blancas y manojos de eucalipto fresco atados con lazos de terciopelo blanco. Había velas encendidas por todas partes; de las de verdad, no de las baratas de pilas. Casi me olvidé de respirar. La novia tenía que ser mi gemela secreta si tanto la iglesia como las flores coincidían con mis propios deseos. Eso solo llevaba a una conclusión: o la planificación de la boda era pan comido, o estaba en el *nivel del jefe final que te derrota de un solo golpe*.

—¿Cuándo es al final la boda? —pregunté mirando alrededor en busca de señales de los invitados.

—Pronto —dijo Scarlett, pero había algo esquivo en su voz—. Con suerte.

Subió conmigo por el pasillo, el viejo suelo de madera cedía ligeramente bajo sus pesadas botas, y se desvió a la izquierda del altar hacia una puerta lateral. En la puerta había un cartel que decía *«Cuarto de la novia»*. No llamó, simplemente entró de golpe, y yo la seguí con vacilación mientras ya ensayaba mis disculpas por el desastre que estaba a punto de desencadenarse.

Dentro no había ninguna novia. Solo un maniquí en la esquina que llevaba un vestido que me detuvo el corazón. Era de color marfil, con un corpiño ajustado, una falda que caía en amplias capas y unas

mangas que parecían tejidas con nubes de verdad. La cola se desplegaba por detrás, rematada con un encaje delicado que era casi demasiado bonito para tocarlo.

Al lado, sobre una mesa pequeña y redonda, había un ramo a juego: flores silvestres, hortensias, eucalipto. Y un plato con las mini tartas tatín de manzana de Scarlett, aún calientes.

Me quedé mirando la escena y luego a Scarlett, que se veía demasiado satisfecha de sí misma para alguien que acababa de asaltar el sagrado refugio de una futura novia.

—¿No es precioso? —preguntó, señalando el vestido.

Asentí con un nudo en la garganta. —Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Scarlett sonrió de oreja a oreja. —Deberías ponértelo.

Me quedé boquiabierta. —Scarlett, no puedo hacer eso. Es el vestido de la novia.

Ella se encogió de hombros. —Lo sé. Pero, técnicamente, todavía no hay novia.

Eso me dejó helada. —¿De qué estás hablando?

Scarlett se dejó caer en la chaiselongue de terciopelo y le dio un mordisco a una de las tartaletas. —Digo que te pongas el vestido y ya está. Confía en mí.

—Scar, eso es...

—Parsley Kingsley, hazlo de una vez.

No solía usar mi nombre completo y, cuando lo hacía, significaba que yo ya había perdido la discusión.

—La novia me va a matar —murmuré.

—Te juro por lo más sagrado que hoy no habrá ningún asesinato en esta iglesia. Es más, la novia incluso quiere que te lo pongas. —Scarlett me miró con solemnidad—. ¡Venga, ponte el vestido de una vez!

Me acerqué al maniquí. Con manos temblorosas, alcancé la cremallera. El vestido se deslizó hacia abajo como si me hubiera estado esperando. Me metí en él y Scarlett me subió la cremallera; luego me dio la vuelta para que pudiera verme en el espejo antiguo.

Me quedaba bien. Quiero decir, me quedaba perfecto. Ni una arruga extraña, ni necesidad de imperdibles de última hora; se ajustaba como una segunda piel. Parecía una versión de mí misma de un universo paralelo donde todo sale bien.

Me quedé mirando mi reflejo, viendo cómo el vestido hacía que mi cintura pareciera diminuta y transformaba mi postura de *«gruñona matinal encorvada»* a *«quizá-una-princesa»*. Toqué el encaje del escote y, por un momento, me permití imaginar que esto era real.

—Estás preciosa —dijo Scarlett con una voz inusualmente suave—. Sabía que te quedaría perfecto.

Tragué saliva. —¿Qué es esto, Scar? ¿Qué está pasando aquí?

Ella se limitó a guiñarme un ojo. —Pronto lo descubrirás.

—Gracias, eso no responde a ninguna de mis un millón de preguntas —respondí con cinismo.

Dicho esto, ella cogió otra tartaleta, se lamió el azúcar de los dedos y se dirigió a la puerta.

Mi corazón empezó a bailar claqué en mi pecho.

—Scarlett, ¿qué está pasando? —pregunté con las manos en las caderas—. ¿Se supone que la organizadora de bodas debe ponerse el vestido de la novia para qué, para domarlo? ¿Para comprobar la ventilación?

Scarlett sonrió y abrió la puerta apenas una rendija. Luego se aclaró la garganta.

—Ya puedes entrar —susurró con tono conspirador.

Abrió la puerta de par en par y allí estaba Tyler Kingsley, con un traje oscuro que lo hacía parecer más alto, más imponente y todavía más el tipo de hombre que podría arruinarte con una sola mirada. Tyler no solo llevaba traje, sino también corbata.

Pero no una corbata cualquiera, sino *la* corbata. Aquella con la que me había hecho perder la cabeza después de la boda del senador.

Y había otro detalle estilístico que me desconcertó. Llevaba un pañuelo de seda negro alrededor de los ojos.

—¿Parsley? —preguntó, girando la cabeza aunque no podía ver nada.

Miré a Scarlett, que se encogió de hombros, y luego cerró la puerta tras de sí y de Tyler, dejándonos solos.

—Tyler, ¿por qué llevas una venda en los ojos? —pregunté desconcertada.

—Porque cualquier otra cosa traería mala suerte —respondió, pareciendo divertido—. El novio no debe ver a la novia antes de la boda.

—Ya me has visto hace mucho tiempo —respondí—. Esas reglas no se aplican en matrimonios falsos concertados.

Él siguió sonriendo. —No sabía que ya habíamos alcanzado este nivel de disfunción.

—No creo que pudiéramos alcanzar ese nivel jamás —respondí, y no pude evitar sonreír yo también. Pero entonces fui consciente de lo absurdo de la situación. Yo, con un vestido de novia que no era mío, y Tyler con traje, corbata incluida, y los ojos vendados.

—A ver, ¿qué es todo esto? —pregunté—. ¿Es algún tipo de fantasía a lo Pretty Woman a la inversa?

—Nunca he visto Pretty Woman —respondió él.

—Todo el mundo ha visto Pretty Woman, Tyler —rebatí.

Él sonrió. —Soy más del tipo de *Jungla de Cristal.*

Puse los ojos en blanco, pero mis labios volvieron a curvarse hacia arriba. —¿Vas a quedarte ahí todo el día o vas a quitarte la venda de una vez?

Dudó, luego hizo amago de soltar el nudo. Pero sus manos volvieron a caer antes de que pudiera desatarlo.

—No, no estaría bien. Además, Scarlett me mataría si lo hiciera.

Miré hacia la puerta cerrada. —Probablemente esté escuchando detrás de la puerta con un bol de palomitas, pero no puede ver si te quitas la venda o no. ¿Cómo vamos a hablar si no puedes verme?

Él se rió, pero sonó nervioso. —Estás preciosa, ¿lo sabes?

—Ni siquiera puedes verme —respondí, sintiendo cómo se me calentaban las mejillas porque deseaba que fuera verdad.

—No importa. Sé que lo estás. —Se aclaró la garganta suavemente —. Parsley, lo siento.

Eso me hizo detenerme. —¿Por qué?

Tomó aire de forma entrecortada. —Por no haberte tomado en serio. Por no haber entendido lo importante que es para ti hacer las cosas bien. Con tus padres, con casarse... ya sabes.

Su voz era más suave de lo que la había oído nunca y tuve que apoyarme en la mesita auxiliar que tenía al lado porque me flaquearon las piernas.

—Tyler —mi garganta se cerró—. Yo también lo siento. No debí gritarte así ayer. Y mi huida tampoco fue muy oportuna. Puede que incluso considerara por un momento mudarme a Canadá, pero ahora me siento bastante estúpida por ello.

—Me lo merecía —dijo él—. Todo. Pero espero que, a pesar de todo, también me haya ganado tu corazón.

Tyler se arrodilló ante mí, justo encima de la alfombra antigua, y me tendió la mano. Por un momento pensé que se había vuelto loco, pero entonces sacó una cajita de anillos del bolsillo de su chaqueta. La abrió y dentro estaba el anillo de compromiso del que había oído hablar toda mi vida. Una montura de oro con un delicado zafiro en el centro y pequeños diamantes agrupados alrededor como copos de nieve. El anillo de mi bisabuela.

Parpadeé con fuerza. —¿De dónde lo has sacado?

Él me miró con la mandíbula tensa. —Me lo dio tu padre.

—¿Qué? ¿Cómo? —Empecé a hiperventilar y me alegré de que Tyler todavía llevara la venda. Si no, habría visto lo conmocionada que estaba.

Él soltó una carcajada y se pasó una mano por el pelo, arruinando por completo la raya impecable que llevaba. —Fui a ver a tus padres anoche.

—Espera, ¿qué? —Me sentí mareada por completo—. ¿Fuiste así de repente a casa de mis padres? ¿Para qué? ¿Para contarles la verdad?

Él asintió. —Era mejor eso que arriesgarme a que tu madre apareciera en mi oficina con una Biblia y una turba de monaguillos furiosos.

Me tapé la boca, intentando imaginarme a Tyler en la mesa de la cocina de mis padres, probablemente con una taza de café flojo y un plato del pan de plátano de mamá, mientras papá tenía un bate de béisbol apoyado en el regazo.

—¿Y qué les dijiste exactamente? —seguí preguntando.

Él levantó la vista y, aunque no veía sus ojos, su expresión era tan sincera que me habría gustado conservar el momento en un frasco. —La verdad. Les hablé de la boda por lo civil —subrayando que solo era por los papeles, no ante Dios—, y de por qué lo hicimos y del lío que organicé. Les dije lo mucho que significas para mí y que quería hacer lo correcto por ti. Y como para ti las tradiciones son importantes, quería hacerlo de la forma más tradicional y pedirle permiso a tu padre para pedirte matrimonio.

—i¿Que has hecho qué?! —El corazón se me subió a la garganta y casi me asfixio—. ¿Y qué dijo él?

Tyler sonrió. —Tu padre dice que es decisión tuya con quién quieres pasar el resto de tu vida. Pero que si me quieres a mí, tendríamos su bendición. Y el anillo.

Me eché aire con las manos. —¿No estaban enfadados?

—En todo caso, estaban enfadados con Arabella. Por cierto, no sabían nada de su poco glamurosa aparición.

Ahora sí que se me desencajó la mandíbula. —¿Me estás diciendo que me podría haber ahorrado al menos dos tercios del drama de

ayer porque mis padres ni siquiera se enteraron de nuestra boda falsa?

—Sí —Tyler sonrió—. Tu padre dijo que siempre había soñado con que te casaras con un buen chico de la iglesia, pero que yo también estaba bien, siempre que nunca intentara hacer trampas al Scrabble.

Tuve que sonreír, porque eso era típico de mi padre. —El Scrabble es algo así como el deporte nacional en casa de los Johnson y casi tan sagrado como el servicio del domingo.

—Es bueno saberlo —Tyler volvió a tender su mano, y esta vez yo la tomé—. Parsley Kingsley, ¿quieres casarte conmigo? ¿De verdad esta vez? No por un contrato de negocios ni por un escándalo viral ni por nada parecido, sino porque estoy locamente enamorado de ti y quiero pasar el resto de mi vida despertándome a tu lado, aunque me quites la manta y dejes gomas del pelo por todas partes.

Me quedé mirando el anillo, luego a él, luego la forma en que su pulgar acariciaba el dorso de mi mano. Quería hacer un chiste. Quería decir algo ingenioso y autocrítico, algo típico de Parsley. Pero lo único que pude hacer fue asentir mientras se me nublaba la vista.

—Parsley, ya sabes que no puedo verte la cara, así que tienes que decir algo.

—Sí —susurré—. ¡Sí, quiero! ¡Claro que quiero, Tyler!

Me puso el anillo en el dedo y encajó como si hubiera estado esperando cien años para hacerlo. Me besó la mano, luego se levantó y me besó los labios. De repente, todo el peso, todo el drama de Arabella y cada cosa mala que me había pasado se deslizaron de mis hombros, y me sentí agradecida de poder estar justo aquí, justo ahora. Con Tyler.

Nos separamos y él apoyó su frente contra la mía. —Tengo que confesarte algo.

—Si es lo de la corbata, ya me he dado cuenta.

Él se rió. —No, es solo que nunca he odiado realmente las bodas. Simplemente nunca pensé que tendría una como esta.

—¿Como cuál?

Él señaló a nuestro alrededor. —Contigo. Ahora.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Ahora?

—Ahora. —Tyler sonrió. Y por primera vez en la vida, se le veía un poco tímido—. Todos los invitados solo están esperando a que digas *«sí»*.

—A ver, solo para que conste, ¿le has pedido permiso a mi padre, has hecho venir a toda mi familia aquí y has organizado una boda? ¿Y todo eso en una noche?

—Sí.

—¿Quieres hacerme la competencia? —pregunté sonriendo.

—No. —Tyler me atrajo hacia él—. Quiero que tengas la boda que te mereces.

Sonreí satisfecha. —Has pensado en todo, Tyler. En las flores silvestres y el encaje y... —Se me quebró la voz un momento—. Estás loco.

—Loco por ti, Parsley.

Antes de que pudiera decir algo vergonzoso, porque mis pensamientos eran un caos total, la puerta chirrió y Scarlett asomó la cabeza.

—Ah, qué bien, no os estáis morreando en el diván. Lo necesito para la sesión de fotos.

—¡Scarlett! —protesté.

La miré con severidad y ella simplemente se encogió de hombros y luego se abanicó con un programa que traía del pasillo.

—¿Puedo llevarme a tu novio o se va a quedar ahí ciego para siempre? —preguntó Scarlett.

—Por favor —repuse, y Scarlett entró del todo por la puerta. Ahora llevaba un vestido rosa pálido y, al notar mi mirada, levantó el dedo en señal de advertencia.

—Ni una palabra, Parsley. Si no fueras mi mejor amiga, jamás se me habría pasado por la cabeza ponerme algo así. Y si llegan a circular fotos mías con esto, lo negaré todo y diré que es Photoshop.

Solté una risita. —Eres una loca. —Luego me dirigí a Tyler—. Nos vemos ahora mismo.

Tyler me besó. —Hasta ahora.

Entonces Scarlett cogió a Tyler del brazo y lo guió hacia fuera.

Cuando la puerta se cerró tras él, me di cuenta de golpe de lo que acababa de pasar.

En cinco minutos me iba a casar. De verdad. En la iglesia con la que siempre había soñado, con el vestido que nunca me había atrevido a imaginar, con el único hombre que me había hecho sentir que mi vida era algo más que una serie de listas de tareas pendientes.

¡Oh, Dios mío! ¡Voy a casarme con Tyler otra vez!

No es una caída si aterrizas de pie.

Capítulo 39 – Tyler

COPPERSTOWN, ESTADO DE NUEVA YORK, esa misma noche.

Hace unos meses, habría apostado mi Ducati sin dudarlo a que jamás pisaría una iglesia. Y mucho menos para casarme. Y ahora aquí estaba, recién casado y dispuesto a dar por mi esposa mucho más que solo mi moto.

Estaba rodeado de las únicas personas en el mundo que realmente importaban. Mis mejores amigos, mi mujer y aproximadamente el ochenta por ciento de la población de Copperstown, Nueva York, todos amontonados en un recinto ferial improvisado detrás de la iglesia, como si fuera el escenario de una película de Hallmark.

Ese tipo de alegría, acentuada por el sonido de una pequeña orquesta y las risas, solo se encuentra en las fiestas de los pueblos pequeños.

Los postes de la carpa estaban envueltos con eucalipto, seda blanca y guirnaldas de luces que se extendían desde el centro hasta las esquinas.

Las mesas estaban dispuestas para una cena familiar, tal y como Parsley lo había descrito una vez en un monólogo casual al que yo había fingido no prestar atención. La comida se servía en platos de porcelana y la decoración consistía en flores silvestres, algunas de ellas recién cortadas esa mañana por un batallón de niños pequeños con trajes de colores pastel. La tarta tenía tres pisos, chocolate sobre chocolate, con una tarta de repuesto para los invitados con alergia a los frutos secos. Tomé nota mental para volver a agradecer a Scarlett el despliegue de guerra total que había iniciado para hornear docenas de tartas en menos de veinticuatro horas, cuidar de Parsley y no dejar que se notara nada.

Mis ojos volvían una y otra vez a la mujer que era el centro de todo.

Parsley bailaba con su padre. No soy un tipo sentimental —al menos no lo era antes de conocerla—, pero había algo en la forma en que reía con todo el rostro, con el pelo recogido pero con unos mechones rebeldes que le caían sobre los ojos, que le hacía cosas extrañas a mis latidos. Llevaba un vestido que ella había descrito como *›demasiado bonito para existir de verdad‹*, y yo no podía estar más de acuerdo. Había encargado el vestido siguiendo los deseos de Parsley sin haberlo visto yo mismo. Las tradiciones me daban igual, pero a Parsley no. Así que había intentado organizarlo todo como ella lo habría hecho.

El padre de Parsley no paraba de hablar con ella y Parsley hacía eso de morderse el labio inferior para no emocionarse. Lo había visto las suficientes veces como para reconocer las señales de advertencia.

A mi lado, en la barra, Jaxon analizaba en silencio a la multitud con la misma intensidad con la que observaba las tendencias del mercado y el ajedrez tridimensional. Había cambiado su habitual

traje negro por uno azul marino, pero aun así se las arreglaba para parecer que podría ordenar una adquisición empresarial hostil en cualquier momento. Alexander y Dominic estaban enfrascados en un debate sobre si el vino blanco o el zumo de uva era más *›festivo‹*, una palabra que ninguno de los dos habría pronunciado nunca antes de hoy. Ryder era el único que realmente estaba bebiendo alcohol, y lo hacía con tan poca moderación que me hacía sospechar que se lo estaba pasando mucho mejor de lo que admitía.

Levanté mi vaso hacia Jaxon, que me lanzó una mirada de soslayo.

—Lo has conseguido, tío —dije—. Conseguiste todas las direcciones de mi lista en menos de una hora. No estoy seguro de si debería estar impresionado o asustado.

—No ha sido nada —replicó Jaxon sin emociones, pero había un destello de algo parecido al orgullo en sus ojos—. No eres el único que sabe cómo cobrar favores.

—Evidentemente —se metió Ryder—. Has cobrado como diez favores grandes. Apuesto a que tu factura del teléfono este mes se va a las cinco cifras.

—Lo que importa no es el importe de la factura —empezó Alexander —, sino cuánto vale la persona al otro lado de la línea.

Dominic, que nunca dejaba pasar un momento educativo, se inclinó hacia delante. —En realidad, la lección debería ser: no esperes hasta el último minuto. La próxima vez, planifícalo con antelación. Así te ahorrarás una factura de teléfono bastante larga y un buen puñado de favores.

—Lo tendré en cuenta para mi próxima boda espontánea, señor Kensington —respondí, haciéndole un saludo burlón.

Ryder se rió en su vaso. —De todas las personas del mundo, habría creído que tú serías el que menos sobreviviría a la vida matrimonial,

Ty. —Hizo una breve pausa—. Excepto quizá Jax. Si hay algo que ahuyenta a las mujeres aún más que la *ausencia* de reglas, son *demasiadas* reglas.

—A veces las reglas y los principios no están tan mal —respondí encogiéndome de hombros. Sin mi chaqueta de cuero, mis hombros se sentían inusualmente ligeros.

—Digo lo mismo. —Jaxon levantó su vaso para brindar.

Sonreí y observé cómo el padre de Parsley la hacía girar en un círculo lento. Podía ver las lágrimas en sus ojos desde aquí. —¿Creéis que es feliz?

Alexander, que estaba observando lo mismo, respondió sin apartar la vista. —Creo que está rebosante de felicidad.

Dominic asintió. —Parece aún más alegre de lo habitual, aunque no habría creído que eso fuera posible. Te has llevado a una mujer que nunca tiene días malos. Felicidades.

—Oh, Parsley también tiene sus días malos —redebati—. Solo que no deja que nadie lo vea.

—Excepto tú —dijo Ryder, y lo dijo como un desafío.

Me encogí de hombros. —A mí sí me deja. Ese es el trato. En las buenas y en las malas.

Jaxon me dedicó una de sus raras sonrisas de aprobación. —Has cambiado, Tyler. No pensaba que lo llevases dentro.

—¿Qué, la monogamia? —pregunté, con el mismo tono provocador que Ryder.

—La tradición —respondió Jaxon—. Tú con traje, en una iglesia, rodeado de gente a la que le importas. Te sienta bien.

Hice una mueca. —Estoy pagando un precio muy alto por ello. Al menos hoy. Después de esto, no me volveréis a ver con corbata jamás.

Alexander extendió la mano y me enderezó el cuello. —Seguro que es una corbata de clip —dijo con voz monótona. Pero cuando tiró de ella, me cortó el aire un momento. Y desmintió su propia teoría.

—Uno pensaría que después de todos estos años tendríais más confianza en mí —dije con total sequedad y me arreglé la corbata antes de que me estrangulara.

Ryder levantó su vaso. —Por el próximo de nosotros que caiga.

—No es una caída si aterrizas de pie —respondí, y todos se rieron, incluso Jaxon.

En ese momento, la orquesta pasó de la pieza lenta a algo más animado, y el padre de Parsley empezó a sacarla de la pista de baile. Dejé mi vaso y me ajusté la chaqueta.

—Disculpadme —dije, asintiendo a mis mejores amigos.

—No te rompas una pierna —dijo Ryder, y por su expresión supe que lo decía literalmente.

Me abrí paso por el césped, esquivando un corro de niñas de las flores que estaban enfrascadas en un acalorado juego de pillar. El sol empezaba a ponerse, tiñendo de dorado las vidrieras de la iglesia. Tuve una vaga visión de lo que Parsley debía de haber visto de niña: este pueblecito perfecto, toda la gente a la que amaba en un mismo lugar, y nada que pudiera sumir este idilio en el caos.

La encontré al borde de la pista de baile, hablando con su padre y limpiándose los ojos con el dorso de la mano.

—¿Puedo pedirle este baile a mi esposa? —pregunté.

El padre de Parsley me examinó de arriba abajo, como solo un padre sabe hacerlo. Luego asintió.

—Es toda tuya, hijo mío —dijo, y me la entregó como si fuera lo más valioso del mundo.

Parsley puso su mano en la mía. Era pequeña, fría y perfecta. Me miró con las pestañas húmedas y sonrió.

—Tú has hecho todo esto —susurró.

—¿Te gusta? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza y se rió. —No. Lo adoro. Es, literalmente, el mejor día de mi vida.

La atraje hacia mí y empecé a mecerme, aunque no tenía ni idea de qué estaba tocando la orquesta. Estaba demasiado distraído con Parsley. —Eres fácil de complacer.

—Eso lo dices ahora —replicó ella—, pero espera a que te obligue a ordenar tu parte del armario tú solo.

—Supones que vamos a compartir armario.

—Supones que tienes elección.

Nos movimos por la pista de baile y me dejé llevar por la sensación de su cercanía. El vestido, el pelo, el aroma de su perfume, el peso de su mano en mi hombro. Podría haberme quedado allí para siempre.

—Has pensado en todo —susurró Parsley—. En cada detalle.

—¿Ah, sí? —pregunté, bajando la voz.

—Sí. —Parsley asintió—. Las flores silvestres, la decoración. El vestido perfecto. Todo. Eres increíble.

—Jaxon y Scarlett ayudaron —respondí sonriendo.

—¿Qué haría yo sin ti y sin Scarlett? —preguntó Parsley, lanzando una mirada a su mejor amiga, que huía de una horda de niñas de las flores con un trozo enorme de tarta.

—Probablemente estarías perdida con una tarta de supermercado y un vestido de poliéster —bromeé.

—Y te casarías conmigo de todas formas, ¿verdad?

Dejé de bailar y la miré directamente a los ojos. —Me casaría contigo con una tarta de supermercado en ese mismo aparcamiento, Parsley.

—Bien. —Apoyó la cabeza en mi pecho y suspiró—. Gracias, Tyler. El día ha sido precioso.

—Organizaría esta boda todos los días por ti solo por verte sonreír —contesté.

Se rió y sentí cómo la risa vibraba por todo su cuerpo. Luego se aclaró la garganta y puso una expresión extrañamente seria.

—Por cierto, no tengo ningún regalo para ti.

—¿Por qué iba a necesitar yo un regalo? —pregunté, arqueando una ceja.

—Porque es lo que se hace. Los novios se regalan algo. Tú me has regalado la mejor boda del mundo. ¿Y yo? Ya soy una esposa terrible desde el primer día.

Le aparté un mechón de pelo de la mejilla. —No tienes que regalarme nada, excepto tu tiempo, tu sonrisa y tus miradas.

—Oh, Tyler. —Parsley contuvo un sollozo.

—Además, la noche aún no ha terminado. Y ya sabes que no llevo esta corbata por motivos altruistas.

Su rostro se puso rojo como un tomate y me dio un golpe en el brazo. —Eres imposible.

—Y encantador.

—Discutible. —Parsley me sonrió. Había tanta confianza en sus ojos que casi me daba miedo—. Sabes que no tengo ni idea de qué pasará después de nuestra boda, ¿verdad? Tenía un plan para todo, pero mis listas de tareas nunca iban más allá de la boda. Así que ahora mismo estoy volando a ciegas.

—No me mires así, Parsley. Sabes que yo no tengo un plan para *nada*.

—Bien. Mientras estemos igual de despistados...

—Además, creo que nuestros primeros meses como marido y mujer han salido bastante decentes.

Parsley asintió y, cuando la orquesta tocó los últimos acordes, fue relevada por una banda que arrancó con una versión bluegrass de una canción de Taylor Swift.

Nos separamos, pero no del todo. Mantuve mi mano en su cintura.

A nuestro alrededor, los niños corrían con bengalas y cada vez más gente se lanzaba a la pista de baile.

Al borde de la carpa esperaban Jaxon, Ryder y Alexander, cada uno con un vaso en la mano.

—Como corresponde a una verdadera celebración de boda, el novio tiene que pronunciar un discurso —dijo Jaxon, mirándome con aire desafiante.

Pero antes de que pudiera aceptar el desafío, Parsley hizo un gesto de desdén.

—No hay por qué aferrarse a la fuerza a cada pequeña tradición —dijo ella, cogiendo un vaso de sidra—. ¿Pero querȳis un discurso? Muy bien, aquí tenéis uno.

Parsley golpeó su copa con un tenedor hasta que atrajo la atención de los invitados. —Gracias. Gracias a todos los que habéis venido con menos de un día de antelación. A mis padres, por no volverse locos cuando dije que me casaba con un hombre al que no habían visto nunca. A Scarlett, por todo, literalmente. A Sigma Dominus, por haber hecho a Tyler solo un poco menos caótico de lo que era antes. Y gracias a mi marido, por perdonarme que no haya podido organizar un regalo de boda para él a toda prisa. —Levantó su vaso —. Por la familia. Por todas ellas. —Todos vitorearon, incluso la gente que no sabía de qué estaba hablando Parsley en realidad. La agarré cuando saltó de la silla.

—Gracias, Tyler. En Copperstown no se hablará de otra cosa que de nuestra boda en los próximos diez años.

—Esa es la idea —respondí.

—Si vamos a hacer algo, mejor hacerlo bien.

Se inclinó hacia delante y me ajustó la corbata. —Vas a ser un marido estupendo, Tyler.

—Ya te encargarás tú de mantenerme a raya, Parsley.

Me miró durante un largo rato y luego sonrió. —Siempre.

La atraje hacia mí y le puse los brazos alrededor de la cintura. Ella rodeó mi cuello con los suyos y presionó sus labios contra los míos.

—Te quiero, Parsley.

—Yo también te quiero, Tyler.

—Prométeme algo —susurró Parsley entre dos besos.

—Lo que quieras —respondí sin aliento.

—Que nunca seremos normales. Que siempre desordenarás mis listas. Y que yo seguiré volviéndote loco con mi manía por la limpieza.

Lo pensé un momento y luego asentí. —Prometido.

¿Por qué tengo la sensación de que solo puedo responder mal a esta pregunta?

Capítulo 40 – Parsley

LOFT DE TYLER, SOHO, MANHATTAN, 8 meses después, verano.

Me estiré, dejando que el calor penetrara en mis huesos, y consideré que este podría ser el punto álgido de la existencia humana. O al menos lo más cerca que estaría de ello jamás. Mi piel chisporroteaba bajo el sol mientras me refrescaba con un té de hibisco con hielo.

En ese momento se abrió la puerta corredera de cristal tras de mí y Tyler salió a la terraza. Iba descalzo pero, muy a su estilo, llevaba vaqueros, una camisa blanca desabrochada hasta el esternón y su chaqueta de cuero favorita. Esa que llevaba desde tiempos inmemoriales y que tenía las costuras ligeramente desgastadas porque siempre la llevaba encima.

Se detuvo en el umbral y me escrutó de arriba abajo. Pude sentir su mirada recorriendo toda la longitud de mi cuerpo, que en esos

momentos estaba descubierto en un noventa y dos por ciento aproximadamente, y no de una forma que mi conservadora educación hubiera aprobado. Había empezado el verano con un bañador de una pieza, pero tras los constantes comentarios de Tyler sobre su falta de *«puntos de acceso estratégicos»*, había cedido y comprado un bikini que, sinceramente, dejaba muy poco a la imaginación.

—Has llegado pronto a casa —dije sin abrir los ojos.

—Y tú vas con retraso —replicó Tyler, con la voz a medio camino entre la burla y el desafío. Pude oír cómo caminaba por el cemento hacia mí—. Deberías estar con los Worthington a la una.

Miré de reojo el móvil que tenía al lado. Eran poco más de las once. En mi mundo, eso ya era en realidad demasiado tarde y motivo suficiente para una reunión disciplinaria. Pero en el mundo de Tyler, la cita estaba todavía en un futuro tan lejano que no valía la pena ni pensar en ello.

Evidentemente, Tyler me había contagiado sus costumbres.

Me apoyé sobre los codos, lo que tuvo el efecto secundario de que mis pechos lucieran increíbles, y le clavé la mirada con los ojos entrecerrados. —Si vas a chivarte de mi pequeña y humilde empresa, al menos deja que termine primero mi terapia de vitamina D.

Tyler sonrió y se dejó caer en la tumbona de al lado, tan cerca que nuestras rodillas se tocaban. —Por mí, como si te quedas ahí tumbada tomando el sol hasta que te quemes —dijo—. Aunque solo sea porque quiero una excusa legítima para que te pases la próxima semana desnuda en mi cama.

Solté un bufido. —Las quemaduras solares no funcionan así. Además, si alguna vez repites esa frase en público, mi madre vendrá volando a hacerte un exorcismo.

Él se estiró, entrelazó las manos detrás de la cabeza y miró al cielo. —Sabes que tu madre me idolatra. Soy el yerno ideal. Aparte de eso, estoy bastante seguro de que soy inmune al agua bendita.

Puse los ojos en blanco y eché la cabeza hacia atrás mientras el pelo se me pegaba a los hombros húmedos. —Dios, mataría por estar aquí fuera otra media hora. Pero tienes razón, realmente voy tarde.

—En años Parsley, ya te has pasado de hora —me picó Tyler, sonriendo.

—No exageres. Me reuniré con los Worthington puntualmente. E incluso si llegara tarde, todo lo importante ya está cerrado. El encargo de los Cunningham fue aún más fácil, voy casi dos semanas por delante de mi calendario.

—Eres increíble, Parsley —susurró Tyler, mirándome de esa forma en que solo él sabía hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté parpadeando.

—Organizas los eventos más importantes del calendario social del Upper East Side y actúas como si fuera una fiesta en una piscina.

—Espero no tener que pasar nunca por el trance de organizar una fiesta de boda en una piscina en el Bellagio para nuevos ricos —respondí sonriendo.

—Por suerte, la mujer que está detrás de Celestial Weddings se ha encargado de que su agencia se gane una reputación de bodas clásicas y elegantes. A nadie se le ocurriría pedirte que organices una fiesta en la piscina —contestó Tyler—. Una fiesta en la piscina sería probablemente lo menos conservador que existe.

—¡Oye! Podría organizar la mejor fiesta en la piscina de la historia si quisiera —me defendí.

—Por supuesto, cariño. —Tyler emitió un sonido de escepticismo.

Le eché una mirada, dejando que mi vista se detuviera en la forma en que su camisa se abría y en la confianza relajada de su postura. Ocho meses de matrimonio y verlo todavía me provocaba cosas de las que no estaba segura de que fueran médicamente seguras.

—¿Por qué estás tan pronto en casa? —pregunté, solo por cambiar de tema antes de estar lo suficientemente distraída como para trepar a su regazo a plena luz del día.

Se encogió de hombros, con un breve destello de músculos bajo el tejido vaquero. —El trato se cerró antes de lo previsto. Pensé en venir a casa a celebrarlo con mi mujer.

Sonreí. —¿Cómo celebrarlo?

—Con champán. Ya está enfriándose. —Tyler asintió.

—¿Con champán? —Levanté una ceja inquisitiva—. ¿Acaso tenemos copas de champán aquí?

Se giró hacia mí, apoyándose en un codo, y dejó que un dedo se deslizara por mi espinilla. —¿Quién necesita copas de champán cuando puede bebérselo directamente del ombligo de su mujer?

Le di un golpe suave en el pecho. —No tienes remedio.

—Por eso te casaste conmigo.

Alargué la mano, cogí un cubito de hielo medio derretido de mi té y se lo lancé al pecho. Aterrizó con un chasquido húmedo justo por encima del tercer botón de su camisa.

Tyler miró la gota, luego a mí. Sus ojos se oscurecieron, solo un ápice. —Sabes que estás jugando a un juego peligroso.

Arqueé una ceja. —¿Es ese en el que debería estar con los Worthington en unos diez minutos, pero, en lugar de eso, estoy tumbada al sol medio desnuda con mi marido? Porque estoy bastante segura de que se me da muy bien este juego.

Se movió rápido, tan rápido que no lo vi venir. Un segundo estaba yo muy satisfecha de mí misma, al siguiente él se había rodado hacia mi tumbona, me rodeaba con sus brazos y presionaba su boca contra la mía. El beso fue ardiente, insistente y sabía ligeramente a menta y a cualquier espresso italiano que hubiera tomado para desayunar.

Emití un pequeño sonido de protesta, pero él se lo tragó, profundizando el beso y poniendo una mano en mi nuca. Su otra mano aterrizó en mi muslo, con los dedos abiertos, justo por debajo del nudo de la braga de mi bikini.

Me gustaría decir que opuse resistencia, pero habría sido mentira. Enlacé mis brazos alrededor de su cuello, dejé que su cuerpo se posara sobre el mío y le devolví el beso como si fuera lo único que me mantuviera pegada al suelo. El pulso me martilleaba en los oídos. Mi piel hormigueaba de calor, y no era solo por el sol.

Finalmente se retiró, lo justo para susurrar contra mi boca: —Vas tarde.

Tomé aire y limpié una mancha de brillo de labios de su barbilla. —Eres un peligro para mi puntualidad.

—Y te encanta.

Lo consideré un momento y luego asentí. —Me encanta, de verdad.

Él sonrió y se inclinó para morder mi labio inferior, lo justo para hacerme jadear. —Si sigues mirándome así, vas a llegar todavía más tarde.

Solté un gemido, me zafé de él y me incorporé. Mi pelo era un desastre. La parte de arriba del bikini estaba torcida. Intenté arreglar ambas cosas, desistí y en su lugar cogí el sombrero de ala ancha.

—El sombrero me hace parecer como si debiera estar en la portada de *Town & Country*. ¿No crees?

Tyler me observaba, con la mirada abierta y apreciativa. —Vas a matar a la mitad de los lectores si te sacan así.

—Por suerte, no voy a dejar que me saquen así para ninguna revista —repliqué, sintiendo cómo mis mejillas se sonrojaban ligeramente—. Y menos con este atuendo.

Él ladeó la cabeza. —Una pena.

Hice una mueca. —¿No tienes una empresa que dirigir? ¿O vas a quedarte aquí tumbado todo el día intentando distraerme de mis obligaciones?

Se estiró de nuevo. —Me lo estoy pensando. A menos que tú quieras distraerme a mí.

Eché un vistazo al reloj. Todavía había tiempo suficiente. Por los pelos. Pero el tráfico sería una pesadilla. Si no tenía cuidado, llegaría tarde de verdad.

—Está bien —murmuré, recogiendo mis cosas—. Pero solo porque tengo un trabajo muy importante que hacer. —El trato con Harold Worthington ya estaba más que cerrado, pero aun así me tomaba este trabajo muy en serio.

Tyler se levantó, extendió la mano y me agarró la muñeca antes de que pudiera escapar. —Estoy orgulloso de ti, ¿lo sabes?

Eso me dejó helada. —¿Qué? ¿Por qué?

Apretó mi mano, mientras su pulgar trazaba círculos perezosos sobre mi pulso. —Te has casado con un multimillonario. Podrías haber dejado tu trabajo sin problemas. Podrías haber decidido que no valía la pena el drama, o el estrés, o el hecho de que en cada evento que planeas al menos un tercio de todas las mujeres presentes acaba llorando. Pero no lo hiciste.

Miré hacia otro lado, avergonzada por la sinceridad de su voz. —No hay nada más en lo que sea buena.

—Eso no es cierto —dijo él—. Eres buena en muchas cosas. Pero admito que posees un cierto talento para convertir el caos en algo hermoso.

Intenté no sonreír. —Te estás volviendo un sentimental con la edad.

Me atrajo hacia sí, con su boca pegada a mi oreja. —Tú también.

Me soltó, solo lo suficiente para que pudiera recogerme el pelo en un moño. Pero en cuanto estuve de pie, me giró de nuevo hacia él y me besó otra vez, esta vez lenta, profunda y concienzudamente. Sus manos rozaron mi cintura, sus dedos se hundieron en la parte baja de mi espalda. Me derretí ante su contacto y el mundo se redujo al calor entre nuestros cuerpos.

Cuando finalmente nos separamos, estaba sin aliento y un poco mareada. Me abaniqué con el sombrero. —Vale, ahora tengo que irme de verdad. O al menos ir a la sombra. Me estoy derritiendo.

Los ojos de Tyler chispearon. —Necesitas refrescarte.

Vacilé y luego sonreí. —¿Por qué tengo la sensación de que solo puedo responder mal a esta pregunta?

Él me devolvió la sonrisa. —Porque tu instinto es bastante bueno.

Tyler me echó una mirada, luego a la piscina abierta y después otra vez a mí.

Oh, Dios. Supe por su sonrisa lo que planeaba.

Eché a correr, pero Tyler fue más rápido. Me atrapó por la cintura, me levantó y me echó al hombro como un saco de patatas muy dispuestas.

—¡Tyler! —chillé, golpeando su espalda con los puños—. ¡Bájame!

Él se dirigió directamente hacia la piscina. —Última oportunidad, señora Kingsley. Ríndete pacíficamente o atiénete a las consecuencias.

—¡No te atreverías!

Se detuvo al borde, me miró y sonrió como el mismísimo diablo. —¿Apostamos?

Solté un grito, envolví su torso con mis piernas y me aferré a él como si me fuera la vida en ello. —Si me arruinas el pelo, te arruinaré la vida.

—Vale la pena —dijo Tyler mientras saltaba.

El impacto del agua fría me robó el aliento. Salí a la superficie resoplando. Mi pelo estaba pegado a la cara y la parte de arriba de mi bikini se había movido por completo. Tyler emergió a mi lado, sacudió la cabeza como un perro y me dedicó esa sonrisa perfecta e irritante.

—¿Ya te has refrescado? —preguntó mientras nadaba en el agua.

Le salpiqué agua. —¡Puedes ser un auténtico imbécil!

Él me salpicó de vuelta. —Te encanta.

—Lo tolero —repliqué casi sonriendo.

—Eso no fue lo que dijiste anoche. ¿O es que anoche también solo me *tolerabas*, eh?

Me sonrojé, algo imposible de ocultar bajo el sol brillante, y nadé hacia los escalones. Tyler me agarró el tobillo bajo el agua, me atrajo hacia él y me atrapó entre sus brazos.

—¿Tregua? —preguntó.

—Jamás.

Se encogió de hombros, luego me presionó contra la pared de la piscina y me besó con fuerza. Enlacé mis piernas alrededor de sus caderas, sentí su presión contra mí y olvidé cualquier razón que hubiera tenido para resistirme.

Sus manos se deslizaron por mi espalda, con los dedos bien abiertos, y me susurró al oído: —Espero que no me provoques, Parsley. Si no, vas a llegar tarde definitivamente.

Le mordí la mandíbula, lo justo para hacerle gemir. —Por suerte tengo un marido cariñoso que posee una moto muy, muy rápida.

Él se rió, de forma profunda y sugerente. —¿Y cuál es el precio actual por un viaje?

Apreté más las piernas, lo atraje más cerca y susurré: —Lo que tú quieras.

Enterró su cara en mi cuello, inhaló y soltó un suspiro trémulo. —Deberías tener cuidado cuando tu boca firma cheques que tu coño tiene que pagar.

Sonreí, bajando las uñas por su pecho. —Entonces tendrás que cobrar esas deudas.

Me levantó, me presionó contra el borde y me besó hasta que vi las estrellas. La ciudad se desvaneció. El calor, el ruido... todo desapareció, sustituido por la forma salvaje, impetuosa e imposible en que Tyler me amaba.

—Te quiero, Tyler —jadeé contra su cuello.

—Y yo te quiero a ti, Parsley.

Agradecimientos

Mil gracias a mis entregados lectores de prueba, a mis queridas colegas y a mi marido, sin el cual no existirían mis novelas. Y mil gracias a ti por haber leído este libro. Siempre estoy dispuesta a escuchar tus críticas y tus elogios, porque soy una persona real con sentimientos reales. Puedes escribirme en cualquier momento a lana@lana-stone.de.

En este libro no hay métodos anticonceptivos, ¿por qué? No se desarrolla en el mundo real, sino en el Lanaverse; allí, no solo todos los multimillonarios tienen tableta y son buenos en la cama, sino que además no existen ni las enfermedades de transmisión sexual ni los embarazos no deseados. Es un mundo de ensueño en el que uno simplemente puede dejarse llevar y olvidar la realidad.

Si quieres recibir una novela gratuita y que te avise cuando se publique mi próximo libro, visita: https://lana-stone.de/#newsletter. Allí podrás suscribirte a mi boletín de noticias, como ya han hecho más de 10.000 fans antes que tú.